



PECADOS

SERIE PERFECTA IMPERFECCIÓN

oscuros
NEVA ALTAJ

PECADOS

SERIE PERFECTA IMPERFECCIÓN

oscuros

NEVA ALTAJ

Notas de licencia

Copyright © 2024 Neva Altaj

www.neva-altaj.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma sin el permiso del autor, excepto según lo permita la ley de derechos de autor de EE. UU.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares, es pura coincidencia.

Editado por Andie de Beyond The Proof (www.beyondtheproof.ca)

Revisión por Yvette Rebello (<https://yreditor.com/>)

Crítica del manuscrito por Anka Lesko (www.amlediting.com)

Traducción, edición y corrección al español por Sirena Audiobooks Productions LLC www.sirenaaudiobooks.com

Diseño de Portada: Deranged Doctor (www.derangeddoctordesign.com/)

Orden de lectura y *tropes*

Serie Perfecta Imperfección

1. Cicatrices Marcadas (Nina & Roman)

Tropes: héroe discapacitado, matrimonio falso, diferencia de edad, polos opuestos se atraen, héroe posesivo y celoso.

2. Susurros Rotos (Bianca & Mikhail)

Tropes: héroe con cicatrices y discapacidad, heroína muda, matrimonio arreglado, diferencia de edad, vibras de la bella y la bestia, héroe extremadamente posesivo y celoso (OTT)

3. Verdades Ocultas (Angelina & Sergei)

Tropes: diferencia de edad, héroe roto, solo ella puede calmarlo, vibras de: ¿quién te hizo esto?

4. Secretos Destruídos (Isabella & Luca)

Tropes: matrimonio arreglado, diferencia de edad, héroe posesivo y celoso, amnesia.

5. **Caricias Robadas (Milene & Salvatore)**

Tropes: matrimonio arreglado, héroe discapacitado, diferencia de edad, héroe sin emociones, héroe extremadamente posesivo y celoso (OTT).

6. **Almas Destrozadas (Asya & Pavel)**

Tropes: él la ayuda a sanar, diferencia de edad, vibras de: ¿quién te hizo esto?, héroe posesivo y celoso, él cree que no es lo suficientemente bueno para ella.

7. **Sueños Quemados (Ravenna & Alessandro)**

Tropes: guardaespaldas, amor prohibido, venganza, enemigos a amantes, diferencia de edad, vibras de: ¿quién te hizo esto?, héroe posesivo y celoso.

8. **Mentiras Silenciosas (Sienna & Drago)**

Tropes: héroe sordo, matrimonio arreglado, diferencia de edad, *grumpy-sunshine*, polos opuestos se atraen, héroe extremadamente posesivo y celoso (OTT).

9. **Pecados Oscuros (Nera & Kai)**

Tropes: *grumpy-sunshine*, polos opuestos se atraen, diferencia de edad, *stalker hero*, solo ella puede calmarlo.

Índice

[Notas de licencia](#)

[Orden de lectura y *tropes*](#)

[Índice](#)

[Nota de la autora](#)

[Advertencia](#)

[Prólogo](#)

[PARTE 1](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[PARTE 2](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Epílogo](#)

[¿Qué sigue?](#)

[Siguiente en la serie:](#)

[Sobre la Autora](#)

Nota de la autora

Mis queridos lectores,

Quiero pedirles un favor. Cuando escriban una reseña, por favor, **¡que no contenga spoilers!** Permitan que otros lectores descubran por sí mismos cuál es el pecado más oscuro de Kai. Como comprenderán, es el elemento clave que mueve la historia, revelarlo de antemano puede afectar directamente a la experiencia de otros amantes de los libros como tú.

Muchas gracias.

Espero que amen la historia de Kai y Nera tanto como yo.

Con mucho cariño,

Neva

Advertencia

Por favor, tenga en cuenta que este libro contiene escenas que algunos lectores pueden encontrar perturbadoras y sangrientas, violencia, intento de abuso sexual (no por los personajes principales), abuso, lesiones autoinfligidas, crueldad animal (no por los personajes principales, este capítulo será señalado en el libro en caso de que necesite saltárselo), y descripciones gráficas de tortura.

Esta es una obra de ficción. No intente ninguno de los procedimientos médicos descritos en su hogar. Si necesita ayuda, por favor consulte a un servicio profesional.

Prólogo

Presente

La Villa Leone, Boston

(Kai 34 años, Nera 24 años)

Nera

Él está aquí.

Mis ojos aún no se adaptan a la oscuridad que me rodea, así que no puedo distinguir nada, salvo las siluetas en general de los muebles de mi sala. Nada se mueve. No hay ningún sonido, aparte de mi respiración.

Nada.

Sin embargo, sé que está aquí.

Es un sexto sentido que se me metió en los huesos hace años, desde el primer momento en que lo conocí. Su presencia crea un cambio imperceptible en el aire, agitando los átomos que me rodean. No necesito verlo ni escucharlo moverse para saber que está ahí. Mi cuerpo y mi mente lo sienten. Siempre lo han hecho.

Cierro los ojos y empiezo a girar lentamente, sin escuchar nada más que los latidos de mi corazón. Es más rápido de lo normal, pero constante. Casi termino de girar cuando mi corazón da un vuelco. Allí. Cuando abro los ojos, la oscuridad sigue siendo lo único que me acoge, mas no importa. Sé que está justo frente a mí.

Mi corazón siempre lo sabe.

—Cuánto tiempo sin verte, *Pequeña Tigresa*. —La voz profunda y áspera me inunda.

Escucharla es como estar envuelta en una manta gruesa y afelpada. Estoy a salvo y segura, en un lugar donde nadie puede hacerme daño. Durante unos instantes, dejo que me penetre, absorbiendo las vibraciones de su tono. El sonido es distinto al de la última vez que lo vi, su voz es más cruda, pero es él. ¿Cuántas noches sin dormir pasé acurrucada en mi cama, tratando de revivir su tono característico? Probablemente miles.

La lámpara de lectura sobre la mesita lateral se enciende y su tenue resplandor ilumina parcialmente el enorme cuerpo masculino recostado en el sillón reclinable. En su mayor parte, su rostro permanece en las sombras; únicamente dos ojos color plateado parecen brillar en la penumbra del entorno.

Volver a verlo después de tanto tiempo es como un puñetazo en el pecho.

—Pensé que habías muerto —suelto ahogadamente.

Inclina la cabeza hacia un lado y la luz ilumina más su rostro, lo que me permite ver sus labios apretados y más... Una cicatriz en su mejilla izquierda: una línea irregular de piel levantada que comienza en la comisura de su boca y se curva hacia su oreja. Otra cicatriz le marca la piel por encima de la ceja izquierda, y dos más son visibles en su barbilla, algo ocultas por la barba oscura que cubre su mandíbula. Ninguna de ellas marcaba su rostro la última vez que lo vi.

El impulso de correr hacia él me abruma, mas lo sofoco. Mantengo los pies clavados en el suelo y la mirada fija en el hombre que una vez lo fue todo para mí. He pasado demasiadas noches recostada en la cama imaginando lo que sentiría al verlo de nuevo. Sabía que me dolería. Sin embargo, no esperaba que me doliera *tanto*.

El tiempo es algo complicado. Horas. Días. Años. El cerebro humano tiene una capacidad limitada para almacenar información y, a medida que pasa el tiempo, lentamente y sin noción, olvida cosas. Sonidos. Olores. Palabras. Situaciones. Los recuerdos se desprenden y son arrastrados por los vientos del tiempo, como hojas secas que revolotean en la brisa justo antes de la llegada del invierno. Y cuando llega la primavera, lo único que queda es una vaga memoria de su existencia pasada.

Tiempo.

Dicen que el tiempo cura todas las heridas.

Son puras mentiras y un montón de mierda.

El tiempo no se llevó mis recuerdos de él, aunque lo deseé en numerosas ocasiones. Todavía recuerdo cada detalle de este hombre.

—¿Me echaste de menos? —pregunta con esa voz ronca, con un tono que me recuerda al de una tormenta que se avecina, el instante previo al primer trueno.

«*¿Echarlo de menos?*». No, ese término no describe la angustia y la desesperación de los últimos cuatro años. La esperanza desesperada que sentí mientras buscaba en cada rincón oscuro, rezando por encontrarlo. Y luego, la inevitable decepción y agonía al descubrir que no estaba allí. Como siempre había sentido su mirada sobre mí, incluso cuando no podía verlo, la repentina certeza de que se había ido de verdad fue devastadora. El horror se apoderó de mí cuando finalmente acepté que seguramente había muerto y que nunca volvería a verlo.

—Es difícil echar de menos a un hombre cuyo nombre ni siquiera conozco. —Un dolor casi físico me opriime el pecho. Todo este tiempo me

hizo creer que estaba muerto.

Una comisura de sus labios se inclina hacia arriba, haciendo más prominente la nueva cicatriz de su rostro.

—Yo también te extrañé, *Pequeña* —susurra, levantando una enorme pistola negra, equipada con un silenciador—. No te muevas.

Mi respiración se detiene.

El disparo amortiguado resuena en el aire.

PARTE 1

PASADO

Capítulo 1

5 años atrás

(Nera 19 años, Kai 29 años)

Nera

—Mi querida Nera, estás impresionante esta noche. —La mujer del vestido de seda rojo oscuro se inclina para darme un rápido beso en la mejilla. Su intenso perfume invade mi nariz y me esfuerzo por contener la tos—. Simplemente radiante.

—Gracias. —Esbozo una sonrisa, tan falsa como los sentimientos de esta mujer.

Ayer llegó mi periodo y me pasé toda la noche dando vueltas en la cama, sin poder dormir porque los cólicos me estaban matando. Tengo ojeras que la base de maquillaje no pudo ocultar y estoy segura de que aún tengo la cara hinchada. Ambas sabemos que estoy hecha un desastre, pero nadie se atrevería a decirle algo así a la hija de Nuncio Veronese.

—Y me encanta la blusa que tienes puesta —continúa—. ¿Quién es el diseñador? Debe de ser de una marca carísima.

—Mi hermana la hizo —murmuro y lanzo una mirada por encima de mi hombro, buscando a mi amiga Dania, con la esperanza de que me salve.

—*Oh*. Es adorable. —Sonríe—. Justo le estaba diciendo a Oreste que ustedes dos harían una pareja perfecta. Le diré que te llame la próxima semana, Nera querida. Acaba de comprarse un coche nuevo, el último modelo de Tesla, y estoy segura de que disfrutarías de un paseo.

Me estremezco. Oreste es un famoso mujeriego promiscuo que usa demasiado gel para el cabello y prácticamente se baña en colonia, incluso peor que su madre.

—La próxima semana estoy ocupada. Tal vez en otra ocasión.

—Perfecto. Estoy segura de que Don Veronese estaría de acuerdo en que ustedes dos salgan juntos. —Sonríe y se inclina para susurrarme al oído—. Tu padre aprecia mucho a mi hijo, y estoy segura de que está considerando convertir a Oreste en Capo.

Y, ahí está. La verdadera razón por la que intenta emparejarme con su engendro. No porque yo le agrade, ni porque piense que realmente haríamos buena pareja, sino porque a su hijo le sería más fácil ascender en la escala jerárquica con la hija del Don como su novia. Ya ni siquiera me sorprende.

—Seguro que sí. *Oh*, ahí está Dania. Tengo que ir a saludarla. —Tomo un vaso de limonada helada de la mesa cercana y corro hacia mi amiga al otro lado del jardín. Ella intenta frenéticamente llamar a un mesero y es completamente ajena a mi lenta asfixia por educación social. No pierdo de vista a mi mejor amiga mientras me abro paso entre los invitados a la fiesta, con la esperanza de no caer en un contacto visual indeseado con otra persona.

—¡Nera, cariño! —Alguien de un grupo a mi izquierda me roza el brazo cuando paso a su lado—. Tu cabello luce increíble.

—Gracias. —La cola que llevo en la parte superior de la cabeza no es nada impresionante, pero fue el único esfuerzo que logré hacer después de lavarme el cabello esta mañana.

—*Oh*, Nera, no sabía que estabas aquí. —Un tipo que me resulta vagamente familiar se materializa justo delante de mí, deteniéndome de golpe. Creo que es uno de los sobrinos del *underboss*—. Esto está bastante aburrido. ¿Qué tal si nos escapamos y vamos a tomar algo a algún lugar?

—*Um*, no. Gracias. —Lo rodeo y me encuentro cara a cara con Jaya, la prima de Dania.

—Te extrañamos el sábado. —Me ofrece una enorme sonrisa fingida—. Melinda se decepcionó cuando no te presentaste.

Sí, estoy segura de que su hermana estaba destrozada porque no fui a su *baby shower*. No porque me quisiera allí para compartir su felicidad, sino porque ahora no puede decir que la hija del Don asistió a su fiesta.

—Solo he visto a tu hermana una vez, Jaya —replico—. Me invitaste a su cumpleaños, y cuando llegué, simplemente tomó el regalo y ni siquiera se molestó en presentarse.

—¡No sabía quién eras! Si lo hubiera sabido, seguro que te habría tratado de otra manera.

—Exactamente. Por favor, dale mis mejores deseos.

Dejo a Jaya observándome la espalda y corro hacia Dania. Está intentando convencer al pobre mesero de que le traiga una bebida alcohólica, por lo que parece.

—Necesito salir de aquí —susurro mientras halo su brazo—. Ahora mismo.

—Claro. —Toma una copa de vino blanco de la bandeja del mesero y me deja arrastrarla por el césped hacia la fuente de piedra en la parte trasera del jardín.

—Esto debería servir. —Señalo una banca de hierro junto a la fuente y tomo asiento. La sombra de un gran roble nos oculta en este lugar, a pesar de los postes de luz cercanos.

Dania mira por encima del hombro hacia la multitud que disfruta de la noche en el exterior de la mansión de estilo colonial al otro lado de la propiedad.

—¿Crees que alguien se dará cuenta de que nos fuimos?

—Algún pez gordo dará un discurso pronto. Todos estarán demasiado ocupados escuchando sus tonterías y aplaudiendo como tontos. —Doy un sorbo a mi limonada—. Papá dijo que lograron persuadir a este tipo para que impulsara un proyecto de ley en la Legislatura del Estado que ayudará a la Familia.

—¿Algo sobre los casinos?

—Podría ser. No estoy al tanto de todos los negocios desde que me fui de casa.

—Todavía no puedo creer que el Don te dejara mudarte. —Se sienta a mi lado.

—Yo tampoco. —Me encojo de hombros—. Cuando le dije que había comprado un lugar con el dinero que me dejó mamá, le dio un ataque. Me dio un largo sermón sobre lo escandaloso que es que la hija de Nuncio Veronese viva sola, en un “pequeño cobertizo de mierda” como apartamento. “¿Qué dirá la gente?”

—Entonces, ¿lograste convencerlo?

—Lo intenté. Me amenazó con llevarme a rastras de vuelta a casa si me atrevía a marcharme, y luego me echó de su oficina. Pero a la semana siguiente me dijo que lo había pensado y decidió concederme mi espacio.

—Ojalá mi padre fuera más como el tuyo. —Dania da un gran sorbo a su copa y tose—. El próximo mes cumple veinte años. Mi padre ya empezó a hacer de casamentero. Por lo visto para el próximo año por estas fechas estaré casada.

Me estremezco.

—Lo siento.

—¿Y tú?

—De momento no hay ningún casamentero, gracias a Dios. Le dije a papá que estoy harta de no hacer nada todos los días y que quiero ir a la universidad, o al menos tomar algunos cursos en línea, antes de dejar que me atrape en un matrimonio arreglado. Cuando no estuve de acuerdo, le dije que me desnudaría y saldría a bailar por la plaza del Ayuntamiento, arruinando mi reputación y, posiblemente, todas las posibilidades futuras de matrimonio... para siempre.

—Creo que aún serás un buen partido, incluso después de enseñar tu trasero desnudo. —Dania se ríe.

—Puede ser. ¿Pero te imaginas el escándalo que se armaría? Mi trasero sería el tema principal de los chismes de la *Cosa Nostra* durante años.

—Sigo sin entender por qué demonios quieres ir a la universidad. Ustedes están tan forrados que no necesitarán trabajar ni un día de su vida. Y estoy bastante segura de que cuando te cases, tu marido no te permitirá tener un trabajo de todos modos.

—Lo sé. Aun así, conseguí que me aceptaran en el programa *online* de técnico veterinario. Empezaré las clases este otoño.

Dania se atraganta con el vino, escupiendo por todas partes, y se ríe a carcajadas.

—¡¿La hija del Don, poniendo vacunas a las gallinas y atendiendo partos de cerditos?!

—Bueno, supongo que en algún momento tendré que pasar por todo eso. —También me río.

—¡Así que esa es la verdadera razón por la que empezaste a ayudar en esa clínica veterinaria! Pensé que solo estabas aburrida.

—Digamos que necesitaba un cambio de aires. Y es divertido. La semana pasada trajeron a un perro callejero y pude ver cómo el veterinario le cosía una herida en el estómago.

—¡Nera! Qué asco.

—La verdad es que no. Me gusta bastante. Fingir tener una vida normal y todo eso —suspiro—. La madre de Oreste me acorraló hace un rato. Quiere emparejarme con él. Creo que voy a dar por terminada la noche e irme a casa.

—¿Y tu equipo de seguridad?

Inclino la cabeza hacia el cielo, mirando las estrellas. Papá insiste en que me lleve a los de seguridad siempre que estoy fuera hasta tarde, pero no estoy de humor. Es difícil actuar como si llevaras una vida normal cuando tienes guardaespaldas siguiéndote.

—Esta noche no.

—El Don se enfadará si se entera.

—Sin duda —resoplo—. Bueno, entonces me voy. Tengo que levantarme a las siete. Tenemos una cesárea de una gata programada para mañana por la mañana.

—¿Sabes? Te envidio. Jugando a ser doctora de animales mientras yo tengo que empezar la búsqueda de un vestido de novia perfecto.

—No te preocunes. Yo también estaré buscando uno muy pronto. Papá me permitió unos pocos años de libertad, no obstante, en un futuro estaré destinada al mercado matrimonial. —Cada vez que voy a los almuerzos de los domingos a los que papá insiste que debo asistir, temo que me diga que ha cambiado de opinión. Desde que cumplí diecinueve años, ha estado insinuando no tan sutilmente que estoy lista para casarme—. Rezo para que mantenga su palabra y me deje en paz hasta que Massimo sea liberado.

—Sí —coincide Dania—. Eres un recurso demasiado valioso para no ser utilizado.

—Sí. Un recurso.

—¿Tienes idea de con quién podrías acabar?

Me recorre un escalofrío.

—No. Lo único que espero es que no sea nadie del Clan Camorra. Escuché a papá hablando con el *underboss*, y parece que últimamente hay negociaciones con ellos.

—Dios, Nera. Espero que tu padre no decida aliarse con la Camorra y te case con Alvino. Se dice que le dio una paliza a la chica con la que salía. Acabó en un hospital.

Siempre ha habido rumores de que Alvino es un *abusivo*. Supongo que eso no le perjudica como líder del Clan Camorra.

—Menos mal que mi padre odia a Alvino y a la Camorra. No creo que firme nunca una tregua con ellos, pero aunque eso ocurriera, nunca me obligaría a casarme con ese bastardo.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura. —Le doy a Dania un besito rápido en la mejilla, luego me levanto de la banca y agarro mi bolso—. Nos vemos el viernes. Que te diviertas.

Mientras camino por el jardín, en dirección al estacionamiento, vuelvo a echar un vistazo a los invitados de la fiesta que beben y ríen en el patio trasero de la casa de mi infancia. Cuando era pequeña, me encantaba esconderme detrás de la barandilla de la escalera con mi hermana pequeña, Zara, observando a los hombres y mujeres elegantemente vestidos que se arremolinaban en el gran salón de abajo. A mi padre siempre le gustó ser anfitrión de fiestas, y cuando el Don enviaba una invitación, nadie se atrevía a rechazarla. Los preparativos a menudo duraban días, y mamá se

aseguraba de que todo, desde los cubiertos de plata hasta la música, estuviera preparado según sus altos estándares. Nunca le gustaron las fiestas, pero siempre brilló como la gran anfitriona. Mantener contentos a los miembros de alto rango de la *Familia* era importante. Mantenerlos cerca, era crucial.

Recuerdo que miraba asombrada a aquellas hermosas personas, deseando ser mayor para poder estar entre ellas. Imaginaba el vestido que llevaría a mi primera fiesta: blanco, con una gran falda de vuelo. Y unos taconcitos, quizá dorados o plateados. Estaba ansiosa por formar parte de su mundo.

Hasta aquella noche catorce años atrás.

Era víspera de Año Nuevo, y toda la casa estaba decorada con preciosos listones dorados con pequeños detalles rojos en los flecos que ayudé a mamá a escoger. Bueno, en realidad era nuestra madrastra, pero ni Zara ni yo la llamamos nunca así. Nuestra madre murió al dar a luz a Zara, y Laura había sido la única figura materna que habíamos conocido.

Esa noche, las mesas estaban cubiertas de manteles de satén blanco con grandes cintas doradas sujetas a las esquinas. Unos magníficos centros de mesa florales adornaban cada uno de los platos. Nuestros padres estaban de pie junto al enorme árbol de navidad: papá, con un elegante traje negro, y mamá, con un precioso vestido de seda que hacía juego con el azul de sus ojos. La fiesta de Año Nuevo siempre era un gran acontecimiento y, además de los miembros de la Familia, asistían muchos políticos y otros funcionarios de gobierno. Yo no sabía quién era quién, mas recuerdo que señalé a un hombre de una larga barba blanca, que se reía de un chiste que había hecho nuestro padre, y le dije a Zara que era un juez, y no el sultán que vi en la película de Aladino. Papá me lo dijo cuando nos visitó esa misma noche. Zara dijo que el hombre se parecía más a Santa Claus.

Massimo, nuestro hermanastro, estaba en el vestíbulo, justo debajo de la escalera donde Zara y yo nos escondíamos en el rellano superior,

inmerso en una seria discusión con dos hombres. En aquel entonces tenía veinte años, no obstante, siempre parecía mayor. Quizá porque siempre estaba serio y con el rostro sombrío. Massimo nunca nos prestó mucha atención a Zara y a mí, probablemente éramos demasiado jóvenes para que se preocupara por nosotras, pero él y nuestro hermano mayor, Elmo, eran inseparables.

A lo largo de los años, me he preguntado cómo se llevaban tan bien entonces. La personalidad melancólica y antisocial de Massimo era totalmente opuesta a la alegre y extrovertida de Elmo. Aunque eran muy jóvenes, Massimo se comportaba como si tuviera al menos una década más que Elmo, que era divertido y despreocupado.

Así que, mientras mi hermanastro se dedicaba a sus negocios, Elmo estaba apoyado en la columna de mármol cercana a la entrada principal, coqueteando con una guapa pelirroja. No es que yo supiera lo que era “coquetear” cuando tenía cinco años, pero al recordar aquella noche a medida que crecía, cada vez se me iban aclarando más detalles.

Elmo acababa de cumplir dieciocho años poco antes de aquella fiesta, y recuerdo que pensaba en lo mayor que parecía con su esmoquin negro. Estaba provocando a una mujer que casi le doblaba la edad, haciéndola soltar una carcajada que no dejaba de hacernos reír a Zara y a mí. Probablemente debería haberse mezclado con los capos, como se esperaba del hijo del Don, pero no. Massimo era el que siempre hacía lo que se esperaba de él.

El olor a humo de puro, alcohol y comida sofisticada llegaba hasta el piso superior, donde Zara y yo espiábamos las actividades de abajo. Mi hermana chillaba cada vez que veía un vestido nuevo y bonito, y yo tenía que recordarle cada cierto tiempo que se callara para que no nos descubrieran.

Ojalá no lo hubiera hecho.

Deseaba que alguien nos hubiera visto y nos hubiera devuelto a nuestras habitaciones.

Era casi medianoche y todo el mundo reía. Un hombre vestido de blanco tocaba una melodía en el piano contratado formalmente para la ocasión. Los camareros se movían entre los invitados, llevando bandejas de delicadas copas altas elevadas por encima de sus cabezas. El champagne para el brindis. Un acontecimiento verdaderamente extravagante y festivo.

Apenas me di cuenta del alboroto en la puerta principal cuando dos hombres empezaron a discutir. No pude escuchar lo que decían por encima del bullicio de la fiesta, pero parecía importante porque las voces elevadas se transformaron de repente en gritos. Cuando los hombres empezaron a empujarse, con los rostros enrojecidos y enfadados, Elmo abandonó a la pelirroja y corrió hacia ellos. Siempre el pacifista, mi hermano sin duda pretendía separarlos.

No vio el arma que sacó uno de los hombres. Pero Massimo obviamente sí, porque corría hacia la entrada, gritándole a Elmo que retrocediera.

Un estruendo ensordecedor estalló en el interior de la habitación decorada en tonos dorados y rojos al dispararse el arma. Elmo retrocedió dando tumbos y llevándose una mano al pecho. Las voces y la música se apagaron de repente, como si alguien hubiera presionado un interruptor. El silencio duró menos de un segundo antes de que el rugido animal de Massimo llenara el vacío. Mi corazón latía como un tambor mientras apretaba los postes de madera de la barandilla, viendo cómo Massimo atrapaba a Elmo mientras mi hermano caía. Al instante, otros gritos reverberaron por la habitación mientras la gente empezaba a correr hacia el vestíbulo de la entrada. Y en medio del caos, mi hermanastro se llevó la mano a la espalda y sacó su propia pistola.

Sonó otro estruendo cuando Massimo disparó al hombre que había herido a Elmo.

Escuché el eco de aquellas balas durante horas. Ni siquiera la penetrante sirena de la ambulancia que se apresuró a llegar a nuestra casa ni el estruendo del motor del forense que más tarde se llevó a Elmo pudieron ahogar aquel sonido. Y aún retumbaba en mi cabeza, por encima

del golpe ensordecedor de la puerta de la patrulla que rompía la quietud de la noche, mientras los policías se llevaban a Massimo.

Fue entonces cuando la noción idealista del mundo perfecto de mi familia estalló como una gran burbuja.

—¿Quiere que le traiga el coche, señorita Veronese? —La voz del *valet* me saca del doloroso recuerdo, dispersando las imágenes de listones dorados y sangre.

—Sí, por favor. —Asiento con la cabeza y me rodeo con los brazos—. Gracias.

—Bonita noche, ¿verdad? —Me lanza por encima de su hombro.

Levanto la vista hacia el cielo cubierto de incontables estrellas brillantes, que rodean la gran luna llena sobre la línea de árboles en la distancia.

—Sí —musito—. Realmente lo es.

Kai

La grava suena bajo las suelas de mis zapatos mientras camino por el estacionamiento vacío, en dirección al edificio residencial de seis pisos aún sin terminar. Las luces del alumbrado público de la cuadra están apagadas, pero la brillante luz de la luna llena representa una complicación inoportuna, que me obliga a mantenerme en las sombras.

Justo cuando me acerco a las puertas de servicio, que están abiertas, oigo un ruido sordo procedente del interior. Manteniendo mi paso normal, saco mi pistola y entro a la escalera.

—¿Puedo ayudarle? —pregunta un hombre con uniforme de trabajo desde lo alto de la escalera. A su lado hay un cubo con productos de limpieza. Es un conserje.

Todo el bloque está en construcción y los inquilinos aún no se han mudado, así que no debería haber personal de limpieza a estas horas. Obviamente, la información que recibí era errónea. Levanto el arma y apunto a la cabeza del conserje.

—Por favor —suplica el hombre—. Tengo familia. Dos hijos y...

Aprieto el gatillo antes de que pueda terminar la frase.

Un fuerte impacto se produce cuando el hombre cae al suelo, su cuerpo desciende por las escaleras y aterriza a mis pies. La sangre rezuma por el gran agujero que tiene en el centro de la frente, mientras sus ojos, vidriosos, parecen mirarme fijamente. Algunas culturas creen que las almas de los muertos permanecen en este mundo y siguen a la persona que acabó con su vida por toda la eternidad. Persiguiéndolos. Él es bienvenido a unirse al ejército que ya está a mi espalda.

—Estoy dentro —informo por el micrófono *Bluetooth* y paso por encima del cadáver—. Tiempo estimado para completar la misión, catorce minutos.

—Copiado. Iniciando silenciamiento de radio. —Con esa confirmación, la señal de audio se apaga.

Mi blanco debería estar en uno de los apartamentos del tercer piso, dirigiendo una reunión secreta con dos regentes del Medio Oriente. No importa si se trata de petróleo, armas u otra cosa. El único aspecto que me interesa es el método elegido para eliminar al objetivo, si es que lo hay. En los contratos militares rara vez se especifica ese detalle. Normalmente, el único requisito es que no haya nada en la escena del crimen que pueda ser

rastreado hasta ellos. Los contratos privados, sin embargo, suelen venir con una serie de jodidas peticiones específicas, que a veces son demasiado extrañas como para siquiera pensar en ellas. Por suerte, esta es una simple orden de asesinato de “matar y desaparecer, sin testigos”. Sin peticiones estúpidas de qué preocuparse. Me gustan mucho más este tipo de contratos.

Llego al rellano del tercer piso y me dirijo por el pasillo hacia dos hombres que están junto a la última puerta a la derecha.

—¡Oye! —brama el primero, sacando un arma del interior de su chaqueta.

Levanto mi pistola y dispara dos veces seguidas. Los guardaespaldas caen al suelo, exhibiendo idénticos agujeros de bala entre los ojos.

La puerta del apartamento se abre de golpe. Incluso con el silenciador, el sonido de un disparo no se puede suprimir por completo y llamará la atención. Disparo al tipo que está en el umbral y luego cambio de objetivo hacia el siguiente hombre que sale por la puerta. Justo cuando mi bala da en el blanco, un dolor ardiente estalla en mi pierna derecha. El cabrón consiguió darme. Aprieto los dientes, aguento el dolor y entro. De espaldas a la pared y con el arma preparada, avanzo por el estrecho pasillo hacia la puerta del otro extremo.

Una ráfaga de balas atraviesa la superficie de madera que tengo adelante y me salpica la parte superior del cuerpo con varios impactos. Me tambaleo hacia atrás, dejándome únicamente un segundo para tomar aire, y abro la puerta de una patada. En medio de la habitación, un matón está cambiando el cartucho de su pistola. Sin dudarlo, le dispara dos veces en el pecho. Se tambalea hacia atrás y el arma golpea el suelo de cemento. Otro disparo en la frente y su cadáver cae también al suelo. Uno de mis antiguos colegas tenía un dicho, “Nunca des por muerto a alguien hasta que tenga un agujero en la cabeza”. Es un mantra acertado.

Apoyo una mano en la cadera y miro a mi alrededor. El espacioso estudio está vacío, las paredes blancas, antes impecables, están ahora rociadas de rojo y presentan nuevas perforaciones. No hay rastro de mi objetivo ni de sus socios por ninguna parte. El olor a pintura fresca flota en

el aire, pero aún detecto un leve y penetrante olor a pólvora cuando me dirijo al baño y abro la puerta de una patada.

Tres tipos de traje están agazapados junto al retrete, con ropa elegante para morirse cerca del excusado, sus rostros pálidos y sus ojos frenéticos. Le disparo al más cercano en la cabeza y me encargo de los otros dos de la misma forma. Después de comprobar que los muertos eran realmente mi objetivo y sus socios, aprieto el botón de comunicación de mi auricular.

—Malditos idiotas, dijeron que solamente habría dos guardaespaldas.

—El cliente... —Una voz temblorosa suena a través de la línea—. El cliente nos aseguró que no habría más de dos miembros de seguridad con el objetivo.

—¿Y qué hay de la maldita información de vigilancia?

—*Um...* El capitán Kruger dijo que no había tiempo para ello. —La voz del hombre alcanza un tono histérico—. Lo siento mucho. Fue un trabajo apresurado, señor Mazur.

Me lo imaginé.

—Dile a ese hijo de puta que si me quiere muerto, que intente matarme él mismo.

—Sí, se lo haré saber. —El tipo se aclara la garganta—. ¿Puede decirme el estado de la misión, señor Mazur?

—¡Cumplida, joder! —Me quito el auricular y lo meto en mi bolsillo.

La naturaleza de mi relación con Lennox Kruger, el jefe de la Unidad Z.E.R.O., siempre ha sido ambigua. Le gusta decir que me salvó cuando me sacó del centro psiquiátrico para menores considerados demasiado peligrosos para la sociedad. En realidad, quería una mascota a la que pudiera entrenar para matar gente sin remordimientos. Bueno, consiguió lo que quería, y más. Estoy bastante seguro de que ya se habría deshecho de

mí si no fuera el único agente que queda de la Unidad Z.E.R.O. original. Con Belov y Az fuera, soy el último de sus secuaces psicópatas.

Hubo un tiempo en que nuestro grupo disfuncional de hermanos se unió con un único propósito: matar objetivos rápidamente, y hacerlo sin dejar rastro de quién lo hizo. Tras la desaparición de Az y, posteriormente, de Belov, Kruger decidió dejar el ejército y convertirse en un contratista independiente. Reunió nuevos equipos para encargarse de trabajos tanto gubernamentales como privados. Extorsiones. Protección de cualquier persona, incluyendo criminales de alto nivel, con los bolsillos lo suficientemente llenos como para pagar la tarifa que exigía por métodos sin escrúpulos y sin hacer preguntas. Incluso acabar con señores de la guerra o gobiernos de países pequeños si el precio era adecuado. Y, por supuesto, asesinatos. Esas misiones me eran asignadas principalmente a mí. Recibía el 50% del valor del contrato por cada trabajo realizado, todo un incentivo para seguir trabajando para el hombre que me aterrorizó durante la mayor parte de mi adolescencia. Pero el caso es que, incluso sin la cuenta bancaria llena de dinero, probablemente habría seguido haciéndolo. Matar es lo único que sé hacer.

Gotas de sangre manchan el reluciente lavabo de cerámica blanca y el lado derecho del espejo que hay sobre él. Al mirar mi reflejo, una gran mancha roja se adhiere al punto alineado con mis ojos en el cristal. Qué apropiado. Dejo la pistola sobre la encimera y empiezo a desabrocharme la chaqueta del traje.

—¡Mierda! —gimo mientras me desabrocho el chaleco kevlar que llevo sobre la camisa.

Varias de las balas me dieron en el pecho, dificultándome la respiración. Dejo que el chaleco antibalas caiga al suelo y me levanto la camisa para inspeccionar la herida cerca de la cadera. Las fibras antibalas no la atraparon. Aprieto los dientes y palpo con los dedos la piel alrededor de la herida. La bala no parece estar tan profunda. El obstáculo combinado de la puerta y mi equipo de protección definitivamente la frenó.

No me molesto en recoger el chaleco o la chaqueta al salir del apartamento. Mi ADN ya está por todas partes conmigo sangrando, pero no

puede ser rastreado hasta mi identidad a través de ninguna base de datos de la ley. Con suerte, el equipo de limpieza de Kruger se encargará de esta mierda. Si no, que así sea. Otra muestra desconocida para hacerle compañía a todos los demás casos sin resolver.

El primer disparo me rozó el muslo, causando una molestia menor. El de mi costado, sin embargo, podría ser un problema. No planeaba que me dispararan esta noche, así que dejé mi coche a varias calles de distancia. Recorrer esa distancia con una bala alojada justo encima del hueso de mi cadera va a ser un fastidio.

No hay nadie a mi alrededor mientras cojeo por el estacionamiento; únicamente yo, las estrellas y la luna llena que proyecta su luz sobre el entorno desértico.

Detengo mi avance un momento y observo el cielo. Cuando era niño, a menudo me escapaba cuando todos en mi hogar adoptivo se dormían y me subía al techo para observar el cielo. No era la oscura extensión ni su aparente infinitud lo que cautivaba mi atención, sino los puntos centelleantes de aquellas estrellas lejanas. Parecían tan pequeñas y, sin embargo, su brillo penetraba en la oscuridad como si fueran faros que iluminaban el camino de cualquiera que se perdiera en la oscuridad. Estiré la mano e imaginé que atrapaba una en mi puño, como si pudiera sostener esa luz salvadora. Pero al abrir la mano descubría que estaba vacía. La luz permanecía en el cielo, brillante, tentándome a intentarlo de nuevo, mas siempre quedaba fuera de mi alcance.

La última vez que intenté atrapar una estrella tenía ocho años. Mi padre adoptivo me encontró en el tejado y me arrastró hacia abajo sujetándome del cabello. Me llevó al sótano, donde me dio una paliza. Después no podía ni ponerme en pie. Me llamó imbécil y me dejó tirado en un charco de mi propia sangre mientras él subía a buscar la navaja. Estaba demasiado ido para luchar contra él cuando volvió a agarrarme del cabello y me lo rasuró todo.

Dos días después, cuando por fin pude caminar, encontré la misma navaja, entré en su habitación y le corté la garganta. Después de aquella

noche, nunca volví a intentar cazar una estrella. Supongo que eso fundó mi creencia de que el brillo celestial no estaba destinado para mí.

Dirijo mi rostro hacia el brillante globo en el cielo oscuro y cierro los ojos, imaginando lo bueno que sería no volver a abrirlos nunca más.

Nera

El semáforo cambia a rojo, así que subo un poco el volumen de la música y miro por la ventanilla abierta. A papá no le gusta que pase por esta parte de la ciudad, cree que es peligroso, no obstante, es una ruta mucho más rápida. Vengo por aquí muy a menudo porque la clínica veterinaria está justo en la calle de al lado y, de todas formas, no hay nadie a estas horas de la noche.

Tarareo la melodía de la radio, tamborileando con los dedos en el volante, cuando me llama la atención un movimiento en el callejón de enfrente. Parece un hombre que camina lentamente apoyándose con la mano en la pared. Se detiene un momento y luego da dos pasos más antes de que sus piernas cedan, doblándose bajo él.

Mierda. ¿Voy a ver si necesita ayuda? Nop, ya vendrá alguien más a echarle una mano si lo necesita. Miro hacia el semáforo. Sigue en rojo. Mis ojos vuelven al hombre del callejón. Ahora está sentado en el suelo, apoyado en el costado del edificio, y tiene la cabeza inclinada hacia arriba. Probablemente sea un borracho que se ha perdido o que está tan ebrio que ni siquiera puede caminar derecho. «*Estará bien*», me digo, pero no puedo apartar mis ojos de él.

Parece observar al cielo, igual que yo hacía hace un rato. No era la primera vez que miraba la noche y me preguntaba qué me depararía la vida.

¿Hará él lo mismo? ¿Es como yo, que también se pregunta “qué me espera ahí afuera?

Quizás este tipo no tenga teléfono. Si lo tuviera, ya habría pedido ayuda a alguien, ¿no? *Rayos*. Piso el acelerador en cuanto el semáforo se pone en verde y giro el volante dando una vuelta en U, luego dirijo mi auto hacia la acera desolada, deteniéndome en el hueco entre los dos edificios.

Abandonar mi vehículo y adentrarme en un callejón oscuro para ver cómo está un tipo cualquiera, es una estupidez, pero no puedo ignorarlo. Meto la mano bajo el asiento para sacar la pistola que tengo escondida. Me la meto en la pretina del pantalón por la espalda y salgo del coche.

El alumbrado público de la entrada del callejón baña los alrededores con un resplandor amarillento. Mantengo la mano derecha en la empuñadura de la pistola, lista para sacarla en cualquier momento. Puedo ser imprudente, mas no estúpida. Hace dos años, sorprendí a uno de los hombres de mi padre revolcándose con una sirvienta mientras debería haber estado de guardia, así que lo chantajeé para que nos enseñara a disparar a mí y a mi hermana. Zara no quería al principio, pero terminó siendo muy buena. Puede que yo no sea la mejor tiradora, sin embargo, lo hago bastante bien a corta distancia.

Me acerco al hombre y me detengo junto a sus piernas. Lleva pantalones negros y una camisa de vestir negra, con los dos botones de arriba desabrochados. Su pierna izquierda parece mojada y hay manchas de sangre en el suelo. Mi mirada se posa en su enorme pecho, que sube y baja lentamente con cada respiración entrecortada, y luego sube hasta su cara. Se me escapa el aire de los pulmones.

Debe de ser el tipo más *sexy* que he visto en mi vida. Definitivamente mayor que yo, y no como uno de los pavorreales inmaduros que dejé atrás en la fiesta de papá. Las líneas de su rostro son afiladas como si estuvieran talladas en piedra. Pómulos altos. Una mandíbula fuerte con una barba corta y cuidada, y una nariz ligeramente torcida. Sus ojos cerrados están enmarcados por gruesas cejas negras, y varios mechones de cabello negro azabache le caen sobre la cara, las puntas le llegan casi hasta la cintura. Nunca he conocido a ningún hombre con el cabello tan largo.

—¿Necesitas ayuda? —inquiero cuando recupero el juicio.

El hombre no responde. Echo un vistazo por encima del hombro. Sigue sin haber nadie alrededor. Genial. Sin soltar la pistola, me agacho y me inclino hacia él.

—Oye. —Le toco el pecho con el dedo.

Ni siquiera veo que se mueva. En un momento está desplomado contra la pared como si se hubiera desmayado, y al siguiente tiene una pistola apuntándome a la sien, sus ojos clavados en los míos. Mi cuerpo se queda completamente inmóvil. Un sudor frío me recorre la piel y un escalofrío de miedo me recorre la espalda. No tengo tiempo de desenfundar mi propia arma, así que me limito a mirar fijamente a los ojos más insólitos que he visto en mi vida. Un tono de gris tan claro que casi parecen plateados.

—¿Quién carajos eres? —pregunta con voz ronca y profunda.

—Una idiota, por lo visto.

Arruga las cejas y examina mi blusa de flores y mis pantalones blancos. Sus ojos suben hasta detenerse en la parte superior de mi cabeza, donde tengo mi cabello rubio oscuro recogido en una coleta alta y atada con una pañoleta de seda roja. El contacto del frío metal en mi sien desaparece.

—Lárgate de aquí, *Pequeña*. —Carraspea y vuelve a apoyar la cabeza en la pared, cerrando los ojos—. Chica estúpida.

Deslizo la pistola por detrás de mi espalda y le apunto con el cañón al pecho, justo encima del corazón.

—Estúpida, pero armada.

Esos magníficos ojos se abren de golpe. Me sostiene la mirada mientras rodea el cañón con sus dedos y desplaza el arma hasta apoyarla en el puente de su nariz.

—Hazme un favor. No falles. —Su voz es inexpresiva, desganada, como si su vida no significara nada.

Observo fijamente al lunático que tengo enfrente, incapaz de romper el contacto visual. Algunas personas pueden decir que no les importa si viven o mueren, por la razón que sea, pero cuando se enfrentan a una situación de supervivencia real, harán lo que sea necesario para salvarse. La autoconservación es un instinto básico, independientemente de las circunstancias.

—Vamos, *Pequeña Tigresa*. No tengo toda la noche. —Con esas palabras, suelta mi arma y vuelve a cerrar los ojos.

Lo más sensato sería volver a mi auto y dejar que el galán con ganas de morir se fallezca por la pérdida de sangre, sin embargo, no puedo hacerlo. Y ya hemos dejado claro que soy una idiota. Bajo la pistola y la vuelvo a guardar en la parte trasera de mi pantalón. Luego, jalo la pañoleta que sujetaba mi cabello.

La parte superior del pantalón del tipo está rasgada hasta la mitad del muslo, dejando al descubierto un corte largo que supura sangre. Le envuelvo la pierna con la pañoleta, justo por encima de la herida, y le hago un nudo apretado.

—Mi coche está allí. Te llevaré a un hospital. —Me levanto y le extiendo la mano.

Sus ojos plateados vuelven a encontrarse con los míos y bajan hasta mi mano extendida, viéndola como si fuera a morderla. Lentamente, levanta el brazo y rodea sus dedos con los míos. Se empuja del suelo con la otra mano y empieza a levantarse. Sube y sube. Cuando por fin está totalmente de pie, tengo que inclinar la cabeza hacia el cielo para poder sostenerle la mirada.

—¡Nada de hospitales! —exige soltándome la mano—. Estoy estacionado varias cuadras más adelante, solo llévame.

—Clar-o —balbuceo—. Um... ¿Necesitas ayuda?

Sus labios se curvan en las comisuras mientras observa mi cuerpo de metro y medio y niega con la cabeza. Puede que tenga una estatura media para una mujer, pero él me saca más de medio metro.

—¿No es una noche de escuela? —inquiere mientras se dirige hacia mi coche, apoyándose en la pared del edificio a su derecha.

—No desde mi baile de graduación hace más de un año —replico, apresurándome a abrirle la puerta del pasajero.

Veo cómo la montaña de hombre herido cruza la acera arrastrando los pies y se agarra al borde de la puerta del vehículo. Tiene la cara pálida y el pañuelo que le até alrededor del muslo está completamente empapado de sangre.

—No hay forma de que puedas conducir a ningún sitio en ese estado.
—Me dirijo alrededor del coche mientras él prácticamente se deja caer sobre el asiento—. ¿Pelea con navajas? —Curioseo, arrancando el motor.

—Bala. —Arroja su arma sobre el tablero—. Mi auto está a un kilómetro y medio de aquí.

Hago todo lo posible por mantener la vista en la carretera, mas mis ojos se desvían hacia el desconocido que tengo a mi lado. Que empieza a desabrocharse la camisa.

—¿Qué haces?

Ignora mi pregunta y se quita la camisa, gimiendo en el proceso.

—¡Dios mío! —grito, mirando el desastre sangriento en el costado de la parte superior de su cuerpo.

—Los ojos en la carretera, Pequeña.

—Te llevaré al hospital.

—No, no lo harás —discute mientras aprieta la prenda sobre la herida ensangrentada de su cadera—. Tengo un médico esperándome en... casa. Simplemente necesito llegar allí.

—Te llevaré a casa, entonces.

—No.

Aprieto el volante y le echo un vistazo. Dondequiera que esté su casa, se desangrará antes de llegar. No es mi problema. Ya llegué al límite de lo “extremadamente estúpido” al permitir que un desconocido armado y con heridas de bala entrara a mi auto. Hacer algo más es aspirar al nivel de “astronómicamente idiota”. Maldigo en voz baja y tomo el siguiente giro a la derecha.

—Te llevaré a la clínica veterinaria donde trabajo. Intentaré detener la hemorragia y luego podrás seguir tu alegre camino.

* * *

—¿Puedes subirte ahí? —Hago un gesto con la cabeza hacia la mesa de metal que hay en el centro de la habitación.

Cuando me doy la vuelta, encuentro a mi desconocido herido apoyado en el marco de la puerta con el hombro, sosteniendo una pistola en la mano mientras examina el espacio con la mirada.

—Solo estamos nosotros —aseguro—. La clínica no abrirá hasta mañana a las ocho de la mañana.

Evalúa la habitación una vez más, se aparta de la entrada y cojea hacia la mesa de operaciones. Casi llega cuando de repente se detiene y se agarra al armario de su izquierda.

Me abalanzo sobre él y lo agarro del brazo, pasándolo por encima de mi hombro.

—Vamos, unos pasos más.

El calor de su cuerpo se filtra en mí mientras avanzamos por la habitación. Aprieto su espalda desnuda con la palma de la mano izquierda, justo encima de la pistola que lleva en la cintura, mientras le agarro el antebrazo con la derecha. Tengo varios amigos con quienes soy relativamente cercana, y los abrazos al azar son algo habitual. Puede que *no* sea un abrazo de verdad, pero con mi cuerpo básicamente metido en el del desconocido, estoy muy consciente de cada punto de contacto entre nuestros cuerpos. El peso de su brazo sobre mis hombros. El leve roce de mi cadera contra su muslo. Los músculos tensos de su antebrazo bajo las yemas de mis dedos. Su cálido aliento que me da cosquillas en la cabeza. Es como si me rodeara con su presencia y todo lo demás pareciera desvanecerse. Nunca había sentido *algo así* con ninguno de mis amigos.

De algún modo conseguimos llegar a la mesa. Lo ayudo a levantarse y acerco el carro con el material y los instrumentos quirúrgicos.

—De acuerdo. —Intento armarme de valor y respiro profundamente mientras hurgo en el primer cajón—. Primero nos ocuparemos de tu costado. Debería haber un paquete de vendajes de presión por aquí. —Finalmente, mis dedos se enroscan en una forma tubular que me resulta familiar y coloco el rollo encima. Me enderezó y veo una caja de guantes de nitrilo en un mostrador cercano. Me tiemblan las manos mientras saco dos y me los pongo.

Qué locura. Todo esto es una locura. Esta idea no parecía tan complicada cuando se me ocurrió en el coche, pero ahora, poco a poco, voy entrando en pánico. «*Estúpida. Estúpida. Estúpida*».

—Primero tienes que sacar la bala, Pequeña.

Mi cabeza se gira en su dirección y lo miro horrorizada. ¿*Qué*? No hay manera de que escarbe en su piel para sacarle una bala. Pensé en vendarlo para detener la hemorragia.

Una pequeña sonrisa asoma por la comisura de sus labios. Parece que la situación le divierte. Mi pulso se dispara mientras observo los dos orbes plateados que han captado mi mirada. No puedo evitar preguntarme qué secretos se ocultan en sus profundidades. Algo en esos pálidos iris me hace

sentir como si estuviera observando a la muerte a los ojos, pero el alocado latido de mi corazón no se debe al miedo.

Sé que es medianoche y que estoy a solas con un desconocido, un hombre que me dobla en tamaño y que, incluso herido, podría romperme el cuello con facilidad. Pero no, mis frenéticos latidos no tienen nada que ver con el miedo.

Más mechones de cabello se han salido de su trenza, y las hebras oscuras enmarcan su atractivo rostro. A plena luz, veo que no es tan perfecto como parecía. Tiene una cicatriz en la frente y otra en el pómulos izquierdo, mas no distraen de su aspecto.

—La bala está cerca de la superficie. —Toma las pinzas del carro y me las pone en la mano—. Te las arreglarás sin problemas.

Aprieto el instrumento y miro el agujero de su costado.

—Aquí solo tenemos anestesia para animales.

—No me gustan las drogas. Lo haremos sin ellas —indica y se tumba en la mesa.

—Sin anestesia. Claro. —Trago saliva. Dios mío, está loco.

Haciendo todo lo posible por no alterarme del todo, empiezo a limpiar la piel alrededor de la herida de bala. Lo único que veo es sangre, pero, de algún modo, hago lo posible para que no me tiemble la mano mientras acerco las pinzas a la herida.

—Está a medio centímetro más o menos —informa—. Deberías poder sentirla enseguida.

«*No te desmayes. No te desmayes*». La bilis me sube por la garganta mientras coloco la punta de las pinzas dentro de la herida. He visto cómo tratan a los animales en numerosas ocasiones, incluyendo algunas laceraciones bastante feas, pero nunca he presenciado a nadie sacando una

bala. El deseo de cerrar los ojos, de bloquear las imágenes de sangre y carne desgarrada, es abrumador. Aprieto los dientes para vencerlo.

Unos dedos fuertes me rodean la muñeca y mueven ligeramente la mano hacia la izquierda. La fuerza con la que me sujetan es inexistente, como si temiera hacerme daño.

—Ahí. —Lo escucho, aunque no me atrevo a apartar la mirada de la herida—. ¿Puedes sentirla? —Asiento con la cabeza—. Bien. Ahora, sácala.

Contengo la respiración y aprieto el pequeño objeto con las pinzas. El cuerpo del desconocido se tensa, pero no emite ningún sonido. Un sudor frío me recorre la frente mientras saco lentamente la bala. Al instante, empieza a brotar sangre del agujero en la piel. Tiro las pinzas y la bala al carrito, tomo una toalla y la pongo sobre la herida.

—Y ahora ¿qué? —Me ahogo.

—Primero limpia la sangre. Después, ponle una gasa, quizás algunas más, y cúbrelas con un vendaje. Luego, usa la cinta para sujetarlo todo.

Sigo sus instrucciones y, cuando ya tengo asegurado el vendaje de la cadera, me agarro al borde de la mesa e intento controlar mi respiración errática. Tengo las manos y los brazos manchados de sangre hasta los codos.

—Ahora, la pierna —gruñe mientras se sienta—. ¿Tienes vendas elásticas?

Asiento con la cabeza, me quito los guantes ensangrentados y busco en el cajón para sacar dos paquetes. Me tiemblan los dedos y apenas noto mis propios movimientos cuando coloco los paquetes en su mano extendida. La piel de su palma es áspera, y una gruesa cicatriz en relieve la divide en diagonal.

—Pequeña.

Mi mirada salta de su mano a sus ojos. Los cuales me observan atentamente. Toca ligeramente mi muñeca derecha con los dedos, igual que hace unos minutos. Me levanta la mano y presiona la punta de mis dedos contra sus labios. Y de repente me olvido de cómo respirar.

—Lo hiciste muy bien. —Su voz ronca me envuelve, casi como una caricia, mientras me suelta la mano.

Atónita, me quedo allí parada mientras él arranca la envoltura del rollo y empieza a envolver su muslo con la venda. Ni siquiera se inmuta. Mi pánico empieza a remitir, así que por fin soy capaz de procesar la visión de él en toda su hermosa gloria masculina.

Dejo que mis ojos se paseen por su enorme pecho desnudo, cada uno de cuyos músculos está tan perfectamente delineado que sería un sujeto fenomenal para estudiar anatomía. ¿Qué? Sí, “estudiar”, eso es exactamente lo que pienso mientras observo cómo se flexionan sus bíceps mientras trabaja para vendarse la pierna. Esas cosas podrían ser más gruesas que mis dos muslos juntos. El calor se extiende por mis mejillas mientras lo contemplo sin un gramo de vergüenza.

Al igual que en su cara, hay pequeñas imperfecciones en la parte superior de su cuerpo. Una línea de cinco pulgadas de carne levantada en su antebrazo izquierdo. Probablemente una vieja herida de cuchillo. También tiene varias cicatrices pequeñas en el estómago y el pecho, pero no estoy segura de qué pudo causárselas. Sin embargo, la marca redonda en su hombro, cerca de la clavícula derecha, es sin duda de una bala.

Cuando termina, se baja de la mesa y, de nuevo, tengo que inclinar la cabeza para poder mirarlo fijamente.

—La próxima vez que te encuentres con un hombre herido de bala, huyes o lo matas. —Se inclina hasta que su cara queda a escasos centímetros de la mía, y uno de los mechones sueltos de cabello oscuro roza mi mejilla—. ¿Entendiste, Pequeña Tigresa?

—Sí —susurro.

Recoge su camisa estropeada, luego agarra mi pañoleta de seda tirada en la mesa y la guarda en el bolsillo de sus pantalones. Al instante siguiente, está cojeando por la habitación, en dirección a la salida.

—¿Ningún “gracias por salvarme la vida”? —murmuro.

Mi misterioso desconocido se detiene, pero no volteo a mirarme.

—Estás viva, ¿verdad?

—Sí. ¿Y?

—Ese es el “gracias” más grande que alguien ha recibido de mí, Pequeña.

La campana que hay sobre la puerta repica mientras esta se cierra a su paso.

Observo mi mano. Todavía siento un hormigueo en la punta de los dedos, donde sus labios los rozaron. ¿Fue un beso? Permanezco parada en medio del quirófano, mirándome la mano durante casi cinco minutos. Cuando por fin me sacudo la niebla de la mente, corro hacia la puerta, temiendo encontrarme al tipo de cabello largo tirado boca abajo en el estacionamiento.

No hay nadie cuando salgo. Me doy la vuelta, mis ojos buscan la figura alta, pero no encuentran nada. Un periódico arrugado, arrojado por la brisa, rueda por la calle solitaria. El contenedor de basura al final de la calle se agita cuando un gato callejero brinca sobre su tapa y luego salta al balcón de arriba. Pero no hay rastro de él. Es como si hubiera... desaparecido.

Saco el teléfono de mi bolsillo trasero y abro la aplicación de noticias. Varios artículos con titulares en negrita aparecen en la pantalla mientras hojeo el contenido. Todos hablan del tiroteo que ocurrió esta noche, a apenas cinco calles de aquí. Hago clic en el más reciente y recorro el texto. Nueve víctimas, según la policía. Un importante magnate inmobiliario y miembros de su equipo de seguridad. Un reportero entrevistó a los residentes cercanos, mas nadie vio ni escuchó nada. La única pista potencial

vino de una mujer que trabajaba en el turno de noche en la casa de empeño cercana. Vio a un hombre que se dirigía hacia el complejo en construcción donde se produjo el tiroteo. Por desgracia, no le vio la cara, únicamente la espalda y el cabello largo, recogido en una trenza.

Capítulo 2

Nera

—¿Cómo va ese trabajo tuyo? ¿Ha pasado algo interesante? —Las palabras se pronuncian entre bocados, y es el tono despreocupado habitual de mi padre, pero Nuncio Veronese, el Don de la *Cosa Nostra* de Boston, nunca dice ni hace nada sin un motivo.

Un trozo de brócoli casi se me queda atascado en la garganta, porque, por una fracción de segundo, pienso que podría haberse enterado de alguna manera de lo de mi desconocido de cabello largo de la semana pasada.

—*Um...* Es genial, papá. —Trago saliva—. No. Lo mismo de siempre, ya sabes. *Oh*, pero un chico trajo una tarántula el otro día.

—¡Dios mío! —suspira y se dirige a mi hermana, que está sentada al otro lado de la mesa—. Zara, pásame el pan, por favor.

Mi hermana le acerca el tazón de cristal y sigue comiendo en silencio. Siempre está tan callada que, a veces, me olvido de que está en la habitación. Cuando éramos niñas, Zara era tan alegre, se reía constantemente y siempre parloteaba sobre algo. Mamá solía decir que, si Zara no tuviera boca, le crecería una por pura voluntad. Eso cambió la

noche que mataron a Elmo. Desde entonces, no ha vuelto a ser esa niña sonriente a la que le encantaban las travesuras.

—Sé que acepté seguir adelante con esta loca idea tuya, Nera, pero ¿no quieres reconsiderarlo? —continúa mi padre—. Si quieres estudiar algo, ¿por qué no economía? ¿O finanzas? ¿Algo que realmente te beneficie y puedas utilizar en el futuro?

—*Nop.*

—Entiendes que es algo temporal, ¿verdad? Cuando te cases, tu marido no te dejará pasar el tiempo inseminando caballos o lo que sea. Es absolutamente impropio de alguien de tu linaje.

—Apenas hay caballos que necesiten inseminación en Boston, papá —pronuncio. Es la misma conversación todos los domingos cuando vengo de visita—. La mayoría de las veces atendemos mascotas.

—Gracias a Dios. —Toma su vino y bebe un gran sorbo—. Debería haberte casado en cuanto cumpliste los dieciocho, pero Massimo dijo que debía esperar.

Levanto una ceja. No sabía que mi padre hablara de mi futuro con mi hermanastro. Massimo cumple una condena voluntaria de dieciocho años por homicidio involuntario por matar al tipo que le disparó a Elmo, y papá lo visita una vez a la semana. Todos los jueves por la mañana, viaja hasta la correccional de las afueras de Boston y se queda durante horas. Siempre me he preguntado de qué hablan. Él es la única persona a la que mi hermanastro permite que lo visite en la cárcel. Ni Zara ni yo lo hemos visto desde que lo encerraron. Que yo sepa, ni siquiera ha dejado que Salvo, su amigo de la infancia que ahora es uno de los Capos de mi padre, vaya a visitarlo.

—¿Cómo está? —pregunto.

—Bastante bien, la verdad. Ya conoces a Massimo, nada lo perturba demasiado.

—¿Lleva más de una década encerrado en la cárcel de máxima seguridad y está “bien”?

—Sí —dice—. Ha estado preguntando por ustedes dos.

Se escucha un jadeo agudo al otro lado de la mesa. Levanto la vista y veo a Zara mirando su plato, con el tenedor a medio camino de su destino. Solo dura un instante antes de volver a meterse la comida en la boca.

—¿Pero sigue sin dejarnos ir de visita? —Vuelvo a mirar a mi padre.

—Tiene sus razones. —Papá se encoge de hombros y cambia de tema—. El hijo de Tiziano será bautizado este otoño, y después habrá un gran almuerzo de la *Familia*. Necesito que las dos asistan y se arreglen como nunca. Cómprense vestidos hechos a la medida, algo que ninguna otra mujer allí tenga. Mis hijas necesitan estar por encima de la esposa o novia de cualquier Capo. No quiero que me hagan pasar una vergüenza delante de la *Familia*, ¿me escuchan?

—¿Qué día es? Tendré que consultar mi horario en la clínica.

—No me importa el horario de tu pasatiempo, Nera. Estarás allí —ordena, y luego señala a Zara con el tenedor—. Tú también. Con un atuendo apropiado para el lugar y el clima. Luego hablamos de la fecha.

Con la mirada agachada, Zara deja los cubiertos en el plato y se levanta despacio. No dice ni una palabra mientras se aleja y sale del comedor.

—¡Eso fue cruel! —siseo en cuanto mi hermana se aleja lo suficiente.

—Ya no es una niña. Tu hermana tiene casi dieciocho años y tiene que empezar a prestar atención a cómo se presenta. No puede ir por ahí cubierta de pies a cabeza con un calor de cien grados, por el amor de Dios. La gente hablará.

—¡Pues que hablen, maldita sea! —Arrojo la servilleta al plato y salgo corriendo detrás de Zara.

Su habitación está en el segundo piso, justo al lado de la mía. Están unidas por una puerta, y como ya no paso más tiempo aquí, dejo que Zara use mi habitación de la infancia como taller de costura.

Encuentro a Zara sentada en el borde de la cama, agarrando la colcha con los dedos. Revistas de modas, bocetos y varios trozos de tela están esparcidos por todas partes. Apoyo el hombro en el marco de la puerta y observo el desorden.

—Mi habitación no es suficiente, ¿eh? —Sonríe, tratando de mantener un ambiente relajado—. Vamos. Enséñame en qué estás trabajando.

Zara se encoge de hombros y parece que se le caen aún más. Me meto en sus dominios, haciendo todo lo posible para no tropezarme con ninguno de los patrones de costura que tiene esparcidos por el suelo.

—Esto está increíble. —Me agacho y levanto un boceto que muestra un vestido sin mangas con un corpiño tipo *halter* que se anuda al cuello—. Me vendría bien un vestido para ese almuerzo con Tiziano, si tienes tiempo.

Los labios de mi hermana se ensanchan al instante en una sonrisa. Salta de la cama y corre por la habitación, recogiendo la cinta métrica y un bloc de notas del sillón reclinable.

—¿Estás segura del diseño? —pregunta mientras se agacha para tomar un lápiz de debajo de la cama—. Puedo hacerle cambios si quieres.

—Sin cambios. Quedará perfecto. Como todas las prendas que me has hecho.

Paso mi mano por la manga abombada de su blusa blanca. Me contó que el estilo es conocido como “farol”, donde el material se abomba hacia las muñecas y los puños se sujetan con botones de perlas. El cuello de la blusa es alto y ajustado, formando un gran lazo alrededor. Es muy talentosa.

Poco después de que mataran a nuestro hermano, Zara desarrolló vitílico. Empezó en sus dedos y muñecas, pero luego le aparecieron manchas blancas en el pecho, las piernas y los brazos. Alrededor de la

muerte de mamá, el vitílico se extendió a las zonas alrededor de sus ojos. No importa la temperatura que haya afuera, Zara siempre lleva cuello alto y manga larga porque no le gusta que la gente la mire. El año pasado intentó cubrir las partes descoloridas de su cara con una base de maquillaje, pero su piel no lo toleró bien. Aun así, siguió cambiando de marca y probando otras, hasta que le salió un sarpullido tal que tuve que sentarla y ponerle un espejo en la mano. Es absolutamente hermosa, e intenté que se diera cuenta. No hay nada que no sea bello en mi hermana. Quería que se diera cuenta de eso, que reconociera que es guapa y perfecta, tal como es. No me creyó, pero al menos dejó de usar la base de maquillaje.

—¿Qué tal seda lavanda? —cuestiona Zara mientras me rodea las caderas con la cinta métrica.

—Sí, lavanda suena genial. —Levanto los brazos para que pueda medirme el busto—. Así que... Conocí a alguien en la veterinaria la semana pasada.

Zara arquea una ceja.

—Alto. Realmente alto. Con un cuerpo increíble. Cabello largo y negro. Es probablemente el hombre más *sexy* que he conocido.

—¿Llevó una mascota para un chequeo?

—*Um*, no exactamente. —Me río—. Él terminó siendo el paciente.

Le cuento los detalles de mi encuentro con el desconocido, empezando por cómo lo encontré en un callejón, no obstante, me salto la parte de la pistola.

Sigo pensando en él. Su voz áspera y rota. La forma en que yacía sobre la mesa, completamente inmóvil, mientras yo le sacaba la bala del cuerpo. Hace un par de años, uno de los guardias de mi padre fue baleado frente a nuestras puertas. Mientras nuestros hombres de seguridad se encargaban rápidamente del matón lo bastante estúpido como para hacerlo, trajeron al herido a casa. Nuestro médico de cabecera llegó para tratarlo y, aunque me enteré de que le habían puesto anestesia, seguía gimiendo lo bastante fuerte

como para que yo lo escuchara en mi habitación. Probablemente lo escuchó todo el vecindario.

Pero lo que más me impresionó fueron los ojos de mi desconocido. Tan hermosos. Y tan vacíos. No había nada en esos dos orbes plateados. Ni miedo a morir. Ni preocupación. Nada. Al mirarlos, sentí como si estuviera viendo un alma hecha de piedra.

Cuando termino de relatar nuestro encuentro, Zara se me queda observando unos instantes, luego me agarra de los hombros y me grita a la cara.

—¡Te volviste loca, maldita sea!?

Parpadeo. Zara nunca maldice. Y no recuerdo la última vez que la escuché levantar la voz.

—¡Sola! —continúa, sacudiéndome los hombros—. A mitad de la noche. ¿Curando heridas de bala de un desconocido?

—Mira. Sé que fue una estupidez, ¿está bien? Pero cuando lo vi en ese callejón, mirando el cielo oscuro, me recordó a mí, de alguna manera. No podía dejarlo allí desangrándose.

—Podrías haber llamado al 911.

—Lo sé. Pero no lo hice —suspiro—. Ya no importa. De todas formas, no volveré a verlo.

—¡Gracias a Dios! —Mi hermana sacude la cabeza y se acerca a la cómoda.

Se arrodilla en el suelo y empieza a hurgar en un montón de telas de colores apiladas en el lado derecho. Hay otro montón a la izquierda, que contiene todos los colores neutros: *beige*, blanco, marrón y negro. No hay tonos vivos ni estampados. Son las telas que utiliza para hacerse la ropa.

—¿Tienes suficiente de esa tela lavanda para hacerte algo para ti también? —pregunto—. Podríamos ir con trajes que combinen, como

cuando éramos niñas.

Zara mira el gran bulto de tela doblado sobre su regazo y acaricia cariñosamente la seda de color entre morado y rosa con la punta de los dedos. Le quedaría precioso ese color, sobre todo con uno de los diseños que vi esparcidos por el suelo, un magnífico vestido de noche con escote en V sin hombros y una gran abertura a lo largo de la pierna.

—No —susurra y se acerca a mí con la tela en los brazos.

Me rodea la cintura con la bonita tela para ver cómo me queda, luego revisa su boceto y, mientras observo a mi talentosa hermana, mi corazón se rompe por ella por milésima vez. Ojalá se viera a sí misma como lo hago yo, hermosa por dentro y por fuera, y se pusiera uno de los asombrosos vestidos que tanto le gusta crear en lugar de limitarse a hacérmelos a mí y a nuestras amigas.

—¿Cómo están las cosas aquí en casa?

—Igual —comenta mientras garabatea los números en su bloc de notas —. Batista Leone vino el otro día, y él y papá se pasaron casi tres horas en su oficina.

No es nada nuevo. Como *underboss* de papá, Leone pasa bastante tiempo en nuestra casa. También era el *underboss* del Don anterior. Escuché que esperaba hacerse cargo de la *Familia* de Boston cuando el viejo Don muriera. Sin embargo, durante el encuentro en el que los Capos y los mayores inversionistas de negocios se reunieron para discutir la sucesión, mi padre fue elegido como el próximo Don. Fue en ese mismo evento cuando se concertó el matrimonio entre mi padre y la viuda del Don anterior, Laura. Elmo tenía dieciséis años, yo tres y Zara apenas un año cuando nuestra nueva madre llegó a casa. Massimo, el hijo de Laura y el difunto Don, tenía dieciocho años cuando se convirtió en nuestro hermanastro.

—¿Crees que papá dejó que Batista siguiera siendo su *underboss* porque se sentía mal porque básicamente le habían robado el puesto de Don? —inquiero.

—Tal vez. Papá nunca estuvo hecho para ser Don, y lo sabe.

—¿Qué?

—Um... Le gusta ser el centro de atención y que la gente le pida consejos, pero su temperamento no es propio de un Don.

—¿Qué quieres decir? Lleva más de quince años encargándose de las cosas de la *Familia* y manteniendo un orden perfecto.

—Sí, ciertamente eso parece —murmura—. ¿Quieres la cremallera a un lado, o detrás?

Entrecierro los ojos hacia mi hermana, preguntándome qué habrá querido decir con sus comentarios crípticos. Podría indagar un poco más, aunque no serviría de nada. Cuando Zara da por concluido un tema, se acabó la discusión.

—Por detrás me parece bien —contesto.

Zara añade otra nota junto a su boceto, luego me quita la tela lavanda de las manos y empieza a doblarla.

—Necesito que me prometas algo, Nera.

—¿Qué?

—Si vuelves a encontrarte con ese hombre al que salvaste, te alejarás.

—Solo era un chico guapo cualquiera. —Me encojo de hombros, fingiendo desinterés—. Lo ayudé. Él se marchó. No veo cómo podríamos volver a vernos.

—Ese hombre sabe dónde trabajas.

—Seguro que ya se olvidó de mí, Zara. No te preocupes.

Desvío la mirada con una carcajada, pero la verdad es que secretamente espero volver a encontrarme con mi desconocido de cabello

largo.

Kai

Un hombre vestido con *shorts* amarillos y camiseta blanca se mueve dentro del círculo de mi mira mientras lo rastreo con mi rifle. Todo este espacio del parque forma parte de la propiedad del señor corredor extraordinario y está fuertemente vigilado. Una persona infiltrada le proporcionó a Kruger el itinerario diario del tipo, pero no tenía el código de la alarma de la reja. Tuve que escalar el muro y escabullirme durante el cambio de turno de los guardias a medianoche, y luego pasé la noche tumbado detrás de un arbusto, esperando a mi objetivo.

El corredor se detiene un momento, se estira y reanuda la marcha. Nunca entenderé la necesidad de correr a las cinco de la mañana como forma recreativa.

Durante mi entrenamiento básico con la Unidad Z.E.R.O., se realizaban a diario extensas actividades de acondicionamiento físico, faltar a ellas estaba fuera de discusión. Correr y otras formas de ejercicio cardiovascular. Ejercicios de acondicionamiento y levantamiento de pesas. Escalada con cuerda. Combates cuerpo a cuerpo con otros reclutas, a mano o con diferentes armas blancas. Cuatro horas diarias para perfeccionar el cuerpo, desarrollar la agilidad y la resistencia, todo con el fin de desarrollar la memoria muscular necesaria para soportar la tensión del campo de batalla. El resto del día lo dedicábamos a tácticas militares y entrenamiento con armas, incluyendo los fundamentos de una variedad de armas cortas y rifles, armas de lanzamiento y también artefactos explosivos y artillería ligera. Esa segunda parte estaba destinada a convertirnos en perfectas

máquinas asesinas. Por lo tanto, entiendo la necesidad de ejercitar el cuerpo cuando hay un objetivo específico detrás. No entiendo la necesidad de correr por diversión.

El corredor permanece en mi mira, no obstante, en lugar de centrarme en mi objetivo, mi mente se desvía hacia aquella noche de la semana pasada. La chica. Probablemente por enésima vez en las últimas veinticuatro horas. En realidad, si soy sincero conmigo mismo, desde el momento en que salí de la clínica veterinaria no he dejado de pensar en ella. Se ofreció a ayudarme sin esperar nada a cambio. Me desconcierta. Me han acostumbrado a no esperar nada de nadie, así que no puedo comprender sus acciones.

Tampoco puedo quitarme de la cabeza su imagen, seria y segura de sí misma, con su pequeña Sig P365 apuntada a mi pecho. Joven. *Petite*. Pero valiente y decidida. Y demasiado temeraria. Como una pequeña tigresa.

Su pañoleta roja aún está en mi bolsillo. Me dije a mí mismo que me la llevé porque no quería dejar mi ADN en su lugar de trabajo, pero todo eso es un montón de mierda, por supuesto. Había tanta sangre mía en la clínica cuando me fui que la cantidad impregnada en su accesorio para el cabello era insignificante en comparación y no habría quedado registrada. Quería tener algo suyo, un recuerdo, así que se la robé. Hasta ese momento, nunca había robado nada en toda mi vida.

Debería ir a ver cómo está.

La necesidad de asegurarme de que está a salvo surge dentro de mí como un maremoto. Es una atracción inexplicable y ridícula que me ronda la cabeza y, por mucho que lo intento, no puedo quitármela de encima. Me ha estado persiguiendo cada minuto de cada día durante la última semana, y no sé cómo lidiar con ella. La gente no me importa. De hecho, la mayor parte del tiempo, apenas me preocupo por mí mismo, así que este interés por el bienestar de otra persona me es completamente ajena.

Iré a verla hoy.

En el momento en que tomo esa decisión, me resulta más fácil respirar.

Sí. Volveré a Boston cuando termine aquí.

La cuestión es que nunca planeé salir vivo de la propiedad del señor Corre-Por-Diversión.

En mi línea de trabajo, el más pequeño error o un ligero descuido podría significar una muerte segura. Supuse que ya era hora de cometer uno. Nunca le daría a Kruger, el hijo de puta que me convirtió en lo que soy, la satisfacción de pensar que había ganado esta guerra no declarada entre nosotros quitándome la vida. Jamás. Pero todo el mundo comete errores en el campo.

El corredor se desvía a la izquierda, tomando un sendero hacia el pequeño estanque, dos guardaespaldas lo siguen unos metros por detrás. Hay cámaras en los postes de luz a lo largo del sendero, mas no están dirigidas a la zona que rodea el estanque. Si dispara cuando regresen al sendero, el personal de vigilancia lo verá y todo el complejo se cerrará.

Ese es mi plan. Un pequeño error, disparar después de que mi objetivo haya salido del punto ciego de la cámara, y estoy muerto. Si hay un infierno en la otra vida, estoy seguro de que ahí es donde terminaré. Me importa un carajo. Ya estoy en el infierno, y ni siquiera he dejado la tierra, todavía.

«*¿Disparar ahora, mientras están fuera del alcance de la cámara? ¿O esperar hasta que estén a la vista, matarlos y firmar mi propia sentencia de muerte? ¿Pequeña Tigresa o mi muerte?*».

Si dejo que me eliminan, no podré asegurarme de que la chica está bien. Necesito asegurarme de que está a salvo, y esa necesidad es más fuerte que el deseo de acabar por fin con mi existencia.

Deslizo el dedo hasta el gatillo, listo para apretar. El corredor sigue marchando alrededor del estanque. Su equipo de seguridad lo sigue, alineados como patos en fila. Apunto con la mira a uno de los guardaespaldas y dispara. El hombre tropieza y cae boca abajo sobre el césped. El otro guardaespaldas ya sacó su arma y se colocó frente al señor Pronto-estaré-muerto-de-todos modos, cubriendolo con su cuerpo. Tal y como están, si dispara al cuello del guardaespaldas, la bala probablemente

lo atravesará y acabará en la cara de mi objetivo. Dos pájaros de un tiro. Lástima que este contrato haya llegado con un requisito especial: la cara del corredor debe quedar intacta.

Bajo la mira y lanzo la bala. Impacta en la parte superior del torso del guardaespaldas, justo por encima de la clavícula. Las piernas del hombre se doblan. A continuación, le apunto a la cabeza y el disparo impacta entre sus cejas. El señor Pantalones-Amarillos se da la vuelta e intenta escapar. Apuesto a que ya se orinó encima, pero será difícil saberlo con su elección de moda. Le disparo a ambas piernas.

Mi posición está al otro lado del estanque, así que tarde casi cinco minutos en alcanzar al corredor. Se queja mientras rueda de un lado a otro sobre el césped. Saco mi teléfono, enciendo la cámara de vídeo y me agacho junto a él.

—Sujeta esto. —Le agarro la mano y le pongo el teléfono en la palma —. Así. Frente a tu cara.

—¡Por favor! —gimotea el hombre y sacude la cabeza. El receptor se le resbala de las manos.

—No tengo todo el día. —Le vuelvo a poner el móvil en la mano—. Sostenlo delante de tu cara.

Sigue gimoteando, pero mantiene el teléfono levantado delante de él.

—Justo así. Bien. —Saco mi cuchillo y lo presiono contra su garganta —. Ahora, necesito que mires a la cámara y digas: “Siento haberme follado a su mujer, señor Delaney”.

—Yo si... Siento... —tartamudea, luego empieza a llorar—. ¿Quién eres tú? ¿Por qué haces esto?

—Eso no está en el guion. —Paro la grabación y vuelvo a presionar el botón de inicio—. Una vez más. Fuerte y claro, por favor.

—¡Siento haberme follado a su mujer, señor Delaney! —grita.

—Perfecto. —Asiento con la cabeza y le corto la garganta.

Le envío el vídeo a Kruger, me doy la vuelta y vuelvo para recoger mi rifle. Malditos contratos privados y sus peticiones especiales.

* * *

Solamente hay una cosa que odio más que a la gente. Los embotellamientos de tránsito.

Elegí una ruta indirecta a Boston para evitar las carreteras abarrotadas, así que ¿por qué demonios hay una fila de vehículos delante de mí bloqueando la rampa de acceso al paso elevado? No tiene nada que ver con la hora pico, porque los autos no se mueven, y algunos de los conductores se han bajado de sus vehículos. Una multitud se ha reunido en medio de la carretera. Dejo mi coche y me acerco a ver qué pasa.

—Por favor, no lo hagas. —Me llega la voz de una mujer—. Podemos solucionarlo, Jeremiah.

El grupo está de pie en silencio, mirando fijamente al hombre que está al otro lado de la barandilla del puente y que mira a la carretera de abajo como si tuviera intención de saltar. La mujer que escuché antes está unos pasos detrás de él, balbuceando algo sobre un divorcio. Odio el puto drama.

Abriéndome paso entre los mirones que forman un semicírculo alrededor de la pareja, me acerco al tipo y saco mi pistola.

—Vuelve a este lado. —Aprieto el cañón contra su sien—. O te volaré los sesos.

La futura exesposa y algunas otras personas gritan, sus gritos se mezclan con los estruendos de varias docenas de pies. Sería más fácil

empujar al tipo, pero eso significaría policías, tal vez incluso el cierre de carreteras o lo que sea, y tengo prisa.

—Ahora, Jeremiah —ordeno.

El posible suicida me mira boquiabierto, con el cuerpo tembloroso. Se va a resbalar.

—N... No puedo —balbucea—. Tengo miedo.

Claro que tiene miedo. No quiere morir. Si realmente quisiera suicidarse, ya habría saltado. Y no habría traído a su esposa como testigo. Maldito manipulador. Guardo mi arma, agarro al idiota por la chaqueta y lo tiro por encima de la barandilla. Cae sobre su trasero a mis pies.

—Súbete a tu auto y desaparece de mi vista —reviro bruscamente.

La mujer corre hacia el tipo mientras él se pone de pie y ambos corren hacia una camioneta verde abandonada en medio de la carretera. Unos instantes después, la camioneta sale a toda velocidad, seguida por el resto de los coches que me bloqueaban el paso. Bien. Echo un vistazo a mi reloj y vuelvo a mi vehículo.

Llego justo a tiempo a la intersección cercana a la clínica veterinaria y sorprendo a mi pequeña tigresa saliendo del edificio. Arroja su bolso en el asiento trasero de su Volkswagen y se pone al volante. Manteniéndome a distancia, con al menos un vehículo de por medio, la sigo hacia el este de la ciudad. Cuando nos acercamos a uno de los semáforos, me pica la curiosidad y me cambio de carril, deteniéndome justo al lado de su carro. La ventanilla polarizada del lado del pasajero no permite que ella mire dentro de mi coche, pero yo puedo verla claramente.

También puedo pensar con más claridad.

Tenía el cerebro un poco revuelto por la pérdida de sangre cuando nos conocimos, pero me di cuenta de que era bonita. Idiota. Es más que “bonita”. Rasgos faciales delicados, con una nariz pequeña y grandes ojos almendrados. Mejillas redondeadas y suaves. Podría admirarla durante

horas. Mechones rubios como la miel recogidos en lo alto de la cabeza, con algunos mechones sueltos cayendo alrededor de su cara. Recuerdo el olor de su cabello, tan cerca de mí mientras se inclinaba para extraer la bala. Flores. Olía a flores.

En los altavoces de su auto suena una canción de *rock* y ella golpea el volante con sus delicados dedos, siguiendo el ritmo y cantando. No le sale bien porque se equivoca en casi todas las notas.

«*¿Ves? La chica está bien*», me digo. «*Ahora date la vuelta y lárgate de aquí*».

No puedo.

Pensé que verla una vez más, asegurarme con mis propios ojos de que está bien, sería suficiente.

Sin embargo, no lo es.

¿Por qué? ¿Porque fue “amable” conmigo?

La última vez que alguien hizo algo amable por mí fue hace casi quince años. Fue cuando ese viejo desgraciado, Felix, se coló en mi habitación de la base de la Unidad Z.E.R.O. y me apuntó a la cabeza con su pistola, diciendo que me dispararía si no lo dejaba curar los navajazos que Kruger me había hecho ese mismo día. Probablemente lo habría matado en el acto, pero aún estaba aturdido por el cóctel que me habían administrado antes de que el capitán Kruger comenzara su pequeña sesión de tortura. Mi querido jefe tenía formas muy particulares de castigar a sus reclutas.

Y ahora, esta chica.

Le dije que nunca le agradecí a nadie en mi vida. No solamente porque nunca tuve algo que agradecer, sino porque “gracias” es simplemente una palabra. Una sílaba sin un verdadero significado. Como *amor*. O *preocupación*. Palabras vacías que la gente usa, pero que no significan nada. Como *perdón*.

No obstante, quiero darle algo. Más que un beso en su mano. En realidad, nunca he besado a nadie ni a nada antes. No tengo mucho que ofrecer, así que esa noche, le di lo que tenía. Un beso por la mano que curó mi herida con tanto cuidado.

Pero también puedo darle seguridad.

El semáforo cambia a verde y la sigo hasta un lindo barrio residencial donde se estaciona frente a un edificio de tres pisos. Espero a que entre y doy dos vueltas a la manzana para asegurarme de que el residencial es tan seguro como parece. Una vez hecho esto, me detengo frente a una tienda cerrada y agarro mi *laptop* de la bolsa que dejé en el asiento del pasajero.

El atajo para acceder a la base de datos confidencial está en la esquina superior izquierda de la pantalla. Paso rápidamente por la autentificación de cuatro pasos para iniciar sesión e introduzco el nombre de la calle en una consulta de búsqueda. La lista de todos los delincuentes conocidos y sus direcciones llena la página. Reduzco la búsqueda a un radio de diez manzanas alrededor del edificio de mi pequeña y examino los resultados. Tardo casi una hora en examinar las tres biografías que aparecen. La primera es una mujer condenada dos veces por fraude financiero, así que la descarto como posible amenaza. Los otros dos, sin embargo, son hombres con antecedentes por agresión y lesiones, y uno de ellos fue condenado por intento de violación. Compruebo las direcciones de ambos a través de la aplicación del navegador, luego tomo mi arma y salgo del coche.

El concepto de las segundas oportunidades es una gran ilusión. La gente rara vez cambia, si es que lo hacen.

Y no permitiré que una posible amenaza viva cerca de mi *Pequeña Tigresa*.

Capítulo 3

26 años atrás del presente

*Centro residencial de tratamiento psiquiátrico
(Kai 8 años)*

Kai

—Me temo que no se puede hacer mucho con el chico, capitán Kruger —dice la mujer de bata blanca que se encuentra en la puerta—. No sabe escribir y apenas sabe leer. Solo se le puede considerar marginalmente sociable. Cuando una enfermera intentó bañarlo, le arañó la cara y le mordió el brazo. Tuvimos que sedarlo para poder lavarle la sangre.

El hombre con uniforme militar entra a mi cuarto.

—¿Qué edad tiene?

—No estamos seguros, pero creemos que tiene unos ocho años, al menos según los registros de los servicios de protección de menores. Lo encontraron medio muerto de hambre y completamente solo en el interior de un apartamento abandonado hace dos años. Cuando los médicos lo examinaron, supusieron que entonces no podía tener más de seis años.

—¿Padres?

—Se desconocen. Aunque encontraron jeringuillas esparcidas por todas partes y supusieron que quienquiera que lo estuviera cuidando eran drogadictos. Probablemente sufrieron una sobredosis en otro lugar. El niño hablaba una mezcla de polaco e inglés cuando lo encontraron. Pasó los últimos dos años siendo trasladado de un hogar temporal a otro debido a sus problemas de comportamiento.

—*Mm-hmm.* —El hombre da otro paso hacia mí.

Observo su cuerpo de pies a cabeza, buscando cualquier cosa que él pueda usar como arma contra mí. No hay nada, pero eso no significa que no vaya a intentar atacarme. Sigo de pie en la esquina, con la espalda pegada a la pared, y lo observo en busca del más mínimo movimiento amenazante.

—¿Intentaron juntarlo con los otros niños?

—Sí, señor. No salió bien. Los otros niños le tienen miedo.

El hombre de uniforme da otro paso y ahora está en medio de la habitación.

—Pensé que era el más joven aquí.

—Lo es. Pero parece ser el más violento. Sus registros indican un incidente en el que le arrancó la oreja de un mordisco a un chico y apuñaló a otro con un tenedor mientras vivía en una casa de acogida.

—El chico no me parece violento. ¿Ha expresado algún tipo de arrepentimiento por haber matado a su padre adoptivo?

—No.

—Interesante. ¿Se sabe qué lo llevó a matar al hombre? —Dos pasos más y se detiene justo frente a mí.

—El informe médico mostraba numerosas fracturas y otros indicios evidentes de abusos continuos. El incidente, sin embargo, ocurrió porque el

que lo cuidaba le afeitó el cabello. Um... Señor, no creo que deba estar tan cerca de él.

Los ojos del hombre se cruzan con los míos por un momento y luego suben hasta centrarse en la parte superior de mi cabeza.

—Sí. Hizo un trabajo pésimo.

Estira el brazo, como si fuera a tocarme la cabeza. Le doy una patada en la mano y me abalanzo sobre él, intentando darle en las pelotas. El hombre retrocede, evitando mi puño, pero sus labios se curvan en una fea sonrisa. Me abalanzo sobre él con todas mis fuerzas.

El cabrón ni siquiera intenta devolverme el golpe. Esquiva la mayoría de mis ataques, mas consigo clavarle el codo en el costado una vez y rozarle la barbilla con el puño. Cuando intento saltar sobre su espalda para llegar a su cuello, se echa hacia atrás y me golpea. La palma de su mano me impacta en la frente. El golpe es tan fuerte que acabo tirado en el suelo, con los oídos zumbándome.

—Qué bien. —El hombre se ajusta la chaqueta militar y mira por encima del hombro a la mujer de bata blanca—. El ejército está empezando un programa de educación para jóvenes con problemas, y este chico sería un buen candidato. Me lo llevaré. Le entregaré los documentos dentro de una hora.

—*Oh*. Me alegra de saber que él tendrá una segunda oportunidad después de todo.

—En efecto. —El hombre se encuentra con mi mirada, y esta vez, hay una enorme sonrisa de satisfacción en su rostro—. Me aseguraré de que se aproveche todo su potencial.

Capítulo 4

Nera

—Estás muy elegante esta noche. Parece que Benito está encantado contigo —dice Dania, señalando hacia el otro lado del karaoke.

Miro por encima de mi hombro y veo al hijo de uno de los Capos de mi padre con una bebida en la mano. Me guiña un ojo en cuanto nuestras miradas se cruzan.

—No me interesa —replico, dándole la espalda.

—Me acaba de mandar un mensaje pidiéndome tu número. —Dania me da un golpe con la pierna—. Es guapo.

—Espero que no se lo hayas dado.

—¿Por qué?

—No quiero tener nada que ver con un chico que solo quiere invitarme a salir por quién es mi padre —suspiro. Esta es una de las razones por las que suelo evitar los lugares propiedad de miembros de la *Cosa Nostra*. Ocurre todo el tiempo.

—No todos los chicos son como Lotario —susurra Zara junto a mi oído.

—Todos los de la *Cosa Nostra* lo *son* —musito.

El estatus y la posición son las cosas más importantes en la *Cosa Nostra*, y como la hija mayor del Don, podría decirse que soy el premio más codiciado. Lo aprendí por las malas el año pasado.

Lotario, el tipo que dirige uno de los casinos, se me acercó en una de las fiestas organizadas por mi padre y me pidió que saliera con él. No podía estar más emocionada y me sentí como flotando en una nube. Él tenía veinticinco años. Era increíblemente guapo. Y tenía unos modales impecables. Lotario sabía exactamente qué decir y cómo decirlo para que una chica se sintiera especial. Tuvimos una cita en un restaurante elegante, donde nos reservó un lugar privado, oculto a la vista de los demás comensales. Cuando llegamos a la mesa, me esperaba un gran ramo de dalias.

—Para que no nos molesten —aseguró, cuando en realidad no quería que nadie nos viera juntos.

Empezamos a vernos con regularidad, en secreto, por supuesto. Lotario temía que mi padre no lo aprobara debido a nuestra diferencia de edad. Quería esperar antes de decírselo. Yo acepté. Habría aceptado cualquier cosa, era tan ingenua, o tal vez simplemente estúpida. Definitivamente cegada por toda la atención que me estaba prestando. Joyas costosas. Hermosos arreglos florales cada vez que nos veíamos. Me entristecía tener que tirarlos en cuanto podía a causa de mi alergia al polen. Se lo comenté a Lotario, pero insistió en que debía rodearme de cosas bonitas. Y luego, vinieron las cenas extravagantes y sus dulces cumplidos que me tenían embobada, sobre todo porque sabía que yo no era realmente una belleza. Mi aspecto es más bien común. En el mejor de los casos, supongo que tengo un aire de “chica de al lado”. Aun así, este hombre encantador y guapo estaba prendado de mí, y me sentí tan bien. Me *sentía* guapa y especial.

Cuando una noche me pidió que fuera a su casa, le dije que sí. Por supuesto. Pensaba que estaba enamorada de él. Y que él estaba enamorado de mí. Le di mi virginidad a ese imbécil. Fue rápido y me dolió, mas no me

importó. Luego, salió de la habitación, diciendo que tenía que bajar a buscar algo.

No sé por qué lo seguí. Tal vez, en el fondo, sabía la verdad. Lo encontré en el porche, hablando con alguien por teléfono. Se jactaba de haberse acostado por fin con la hija de Nuncio Veronese y de que pensaba hacerlo todas las noches hasta dejarme embarazada. Todavía recuerdo su risita cuando dijo que lo nombrarían Capo cuando se casara conmigo. Para cuando recogí mis cosas y salí a escondidas por la puerta de atrás, estaba llorando tanto que apenas conseguí pedir un taxi.

—¿Quieres irte a casa? —pregunta Zara, sacándome de mis desagradables pensamientos.

Aparto el doloroso recuerdo y esbozo una sonrisa.

—¿Después de tres horas intentando convencerte de que salgas? De ninguna manera.

—Bueno, no creía que me fuera a gustar el karaoke, pero es divertido.
—Se encoge de hombros.

—Claro que lo es. —Sonríe Dania y me da un golpecito en el muslo—. Y ya que Nera lo propuso, ella debería ser la primera y enseñarnos cómo se hace.

—*Nop*. —Me río y sacudo la cabeza—. Ya sabes lo mal que canto.

—*Oh*, vamos. No es para tanto. Adelante.

—Bien. —Me termino mi vaso de limonada—. No se atrevan a reírse.

Dejo el vaso vacío sobre la mesa y me apresuro hacia la pequeña plataforma elevada al otro lado del bar, donde un tipo con un micrófono me hace señas para que me acerque.

En cuanto llego al escenario, me pasa el micrófono y empiezan a sonar las primeras notas commovedoras de *Un-Break My Heart*.

—Oh, Dios. —Me estremezco. Me gusta la música, sin embargo, no podría dar con la nota adecuada ni llevar una melodía si mi vida dependiera de ello. A veces canto en la ducha o en el coche, pero nunca en una habitación llena de gente.

Miro la letra en la pequeña pantalla y empiezo la primera estrofa. Como era de esperar, todo el mundo se ríe a carcajadas. Continúo la canción mientras mis ojos se desvían hacia nuestra mesa. Dania está a punto de caerse de su asiento, riendo como una loca. A su lado, Zara se aprieta el puente de la nariz, se tapa la cara con la mano y sus hombros tiemblan sin control. Es tan inesperado que por un momento pierdo la noción de la letra. La convencí de que nos acompañara esta noche amenazándola con encontrar al primer tipo peligroso y convencerlo de que me dejara practicarle primeros auxilios.

Un rápido vistazo a la pantalla me ayuda a recuperar la letra y vuelvo a destrozar la canción, aullando aún más fuerte que antes. Soy consciente de que estoy haciendo el ridículo, pero mientras mi hermana sonría, no me importa un comino.

Afortunadamente, la canción termina, mas me quedo en el escenario y miro al presentador del karaoke.

—Una más, por favor —pido—. *My Heart Will Go On*.

Un grito colectivo llena la sala mientras la gente se ríe y le ruega al tipo que me quite el micrófono. Supongo que ya están hartos de mi “talento”. Bueno, tendrán que aguantar una canción más. No veo a mi hermana divertirse muy a menudo, así que me aseguraré de prolongar esto todo lo posible.

Mi segunda interpretación es aún peor que la primera. Una de las chicas sentadas cerca del escenario se lleva las manos a los oídos y me mira horrorizada, aunque el resto del público me anima. Sin embargo, lo único que me importa es Zara, y me doy cuenta de que tiene la palma de la mano pegada a la frente mientras sacude la cabeza con incredulidad. Aun así, una amplia sonrisa se dibuja en sus labios.

Estoy a mitad del estribillo, muriéndome de risa, intentando alcanzar las notas altas y fracasando estrepitosamente, cuando un ligero escalofrío me recorre la espalda. Siento como si alguien acabara de poner la punta de su dedo en la base de mi cuello y lo deslizara lentamente a lo largo de mi espalda. Un instinto de supervivencia que me alerta que me están observando. Pero no tiene ningún sentido. Más de cincuenta personas están observando mi estúpida actuación y yo no he percibido nada hasta este preciso instante. Dejo que mis ojos recorran la habitación y no encuentro nada raro, así que, ignorando la extraña sensación, vuelvo a concentrarme en la segunda estrofa.

Sin embargo, la sensación no desaparece, ni siquiera después de terminar la canción. De hecho, se vuelve aún más fuerte. Mientras me dirijo a nuestra mesa, la sensación me acompaña, como una red invisible de telaraña en la que me he enredado.

Otra persona sube al escenario y empieza a cantar. No es mejor que yo, y el público vuelve a aplaudir y a reír. Ya nadie me presta atención, mas puedo sentirlo, ese... *algo*. Peligroso. Oscuro. Acechando en algún lugar entre las sombras. Observándome.

—¿Nera? ¿Estás bien? —Zara estira el brazo y me agarra la mano.

—¿Qué? —Sacudo la cabeza y me río—. Sí. Claro. ¿entonces, cómo estuve?

—Magníficamente terrible.

—Oye, ¿te acuerdas de cuando estábamos en la escuela y la profesora quería que cantáramos una canción de Navidad para todos los padres? —Dania pregunta.

—¿Te refieres a cuando se puso tan sentimental que se le salieron las lágrimas al final de la interpretación? —contesto.

—*Um*, no creo que esa fuera la razón, Nera. Estoy bastante segura de que fue tu forma de cantar.

—¡Oh, no seas tan mala! Tenía ocho años. —Le pellizco el brazo—. Y no era tan horrible.

—Si tú lo dices.

Dania sube al escenario y elige una canción de *rock* de los ochenta. Está vestida con un bonito *top* rosa de tirantes y *jeans*, lo más apropiado para una noche informal en un karaoke. En cambio, yo tengo puesto un vestido de diseñador ajustado y unos tacones que me lastiman los pies. Zara viste de forma similar, solo que su atuendo es de manga larga y le llega hasta los tobillos. Hay ciertas reglas no escritas cuando tu padre es el líder de la *Familia de la Cosa Nostra*. Una de ellas es que no se te puede ver con ropa informal en público. Mantener una cierta imagen es imperativo, después de todo.

Nunca entendí realmente el impacto que mi padre tuvo en cada elemento de mi vida hasta que me mudé. A veces, desearía no haberme ido nunca de casa. Sé que un día no muy lejano tendrá que volver a esa existencia, y podría haber sido más fácil si no hubiera conocido el otro lado de la vida. La realidad alternativa. El lado normal, en el que no necesitas fingir ser otra persona para que te acepten.

No obstante, por ahora, estoy decidida a no pensar en lo que vendrá. En un hombre cualquiera que nunca conocerá mi verdadero yo, incluso así, que se casará conmigo únicamente porque el Don lo decreta. Alguien que me comprará collares de diamantes y me llevará a restaurantes caros, pero al que en realidad no le importará cómo me siento. Alguien que probablemente me traerá enormes ramos de flores, a pesar de que le he dicho numerosas veces que me provocan sinusitis, irritación e inflamación.

—¡Más alto! No te escuchamos —grito cuando Dania empieza el estribillo de la canción, y luego me inclino más hacia Zara—. Tal vez, la próxima vez, ¿tú también podrías cantar una?

—Quizá...

Le doy un ligero beso en la mejilla a mi hermana, la rodeo con el brazo y vuelvo a centrarme en nuestra amiga en el escenario. Es extraño que dos

personas nacidas de la misma sangre puedan desear cosas tan distintas. Mi callada hermana, siempre queriendo ser invisible. Y yo, deseando que por fin alguien me vea como lo que realmente soy, no como la hija de quien soy.

Sigo concentrada en el escenario, mientras la sensación de hormigueo me recorre la espalda y, por alguna razón, ya no me resulta desagradable.

Kai

Gritos de risa y aplausos surgen a mi alrededor mientras me esconde entre las sombras, oculto por una columna de madera cerca de la entrada a la zona de la cocina. Los camareros pasan mientras entran y salen, y algunos me miran con odio por impedirles el paso. Normalmente, haría algo con esas miradas, pero ahora mismo no puedo molestarme en prestar atención a otra cosa que no sea mi *Tigresa* sentada en una mesa de la esquina, al otro lado del local.

Mientras la observo, se inclina y besa la mejilla de la chica sentada a su izquierda. Esta chica tiene el cabello más oscuro, pero ella y mi *Pequeña Tigresa* se parecen bastante. ¿Primas? ¿O tal vez hermanas? Inclino la cabeza y mi mirada sigue la mano de mi *Pequeña* hasta que se posa en la espalda de la otra chica. Intento comprender este gesto. Las interacciones humanas, especialmente entre personas con vínculos familiares, siempre me han fascinado. Probablemente porque nunca las he entendido tan bien. Este movimiento, por ejemplo. ¿Es una acción inconsciente o deliberada? ¿Está ofreciendo consuelo, tranquilidad? Y si es así, ¿qué necesita? La otra chica me parece que está bien.

¿Y todo el entorno aquí, con gente al azar agarrando ese maldito micrófono, aullando en él simplemente para que el resto pueda reírse? Qué manera más jodida de pasar el tiempo. Aunque parece que mi *Pequeña Tigresa* lo está disfrutando.

Escuché la diversión en su voz mientras cantaba su canción. Aunque, no estoy seguro de que en realidad podría ser llamado cantar. Lo que salía de su boca sonaba más como el grito de una *Banshee*. Era horrible, y un poco doloroso de escuchar, pero las comisuras de mis labios se inclinaron hacia arriba a pesar de todo. Tiene agallas. Hay que tener mucha confianza en uno mismo para hacer el ridículo a propósito delante de una multitud.

Mis ojos se deslizan por su cuerpo, observando cada detalle. La forma en que lleva el cabello recogido en un complicado nudo en la nuca. El vestido elegante, que la hace parecer diferente de la chica con pantalones y blusa que seguí a casa hace dos semanas. Los tacones, altísimos, a juego con el color del vestido.

La observo durante más de una hora, absorbiendo cada uno de sus movimientos. Su forma de reír, con los ojos arrugados en las esquinas. Cómo tiende a juguetear con su vaso, haciéndolo girar en su mano. Sube al escenario una vez más. No conozco la canción, pero estoy seguro de que no debería sonar *así*. Canta tan mal que es condenadamente adorable. Cuando se equivoca en el estribillo por segunda vez, me río con el resto del público. Es extraño, probablemente porque no recuerdo la última vez que me reí. Cuando se dirige al baño, la sigo a cierta distancia y vuelvo a hacerlo cuando regresa a su mesa.

Al final, las tres chicas mantienen una breve discusión antes de tomar sus bolsos de las sillas y dirigirse hacia la salida. Cuando pasan junto a una de las mesas del fondo, el hombre que la ocupa las sigue con la mirada. De unos cincuenta años, mucho mayor que el resto de los clientes de este local. Sigue contemplando a mi *Pequeña* mientras baja la mano por debajo de la mesa hasta su entrepierna, frotando y apretando el bulto que tiene entre las piernas. Cuando las chicas llegan a la puerta, se levanta y las sigue. Me alejo de la columna y me dirijo tras el pervertido.

El tipo atraviesa la puerta y se detiene en la acera, mirando hacia la izquierda y a la derecha. Me detengo detrás de él y aprieto la punta de mi cuchillo entre las costillas de su espalda.

—Ni una palabra —lo amenazo junto a la oreja—. Camina.

Debe de escuchar en mi tono de voz que no estoy bromeando, porque hace lo que le ordeno. Lo conduzco calle abajo, en dirección contraria a donde se dirigen las chicas, y luego nos deslizo hasta el hueco de entrada de un edificio residencial.

—Tengo dinero. —Se atraganta—. Puedes quedártelo. Por favor, solo...

—Date la vuelta.

—Por supuesto. Toma, te daré mi cartera —murmura el hombre frente a mí—. No hay...

Agarrándolo por el cuello, lo empujo contra la pared de ladrillos y echo un vistazo rápido calle abajo, viendo a mi *Pequeña Tigresa* y a las chicas subiendo a un sedán negro. Cuando están a salvo, vuelvo a centrarme en el bastardo que tengo enfrente, lo miro a la cara y examino sus ojos angustiados. Al igual que los animales salvajes pueden olfatear a otros miembros de su especie a kilómetros de distancia, los depredadores humanos reconocen a los de su especie. Y lo veo tan claro como el agua: este hombre iba a hacerle daño a mi chica.

Las pupilas del imbécil se dilatan al devolverme la mirada, y el pánico se filtra en sus rasgos. Sin decir palabra, empieza a arañarme el brazo. Debe de haber percibido mis intenciones.

Con un rápido movimiento, le clavo el cuchillo en el cuello.

Capítulo 5

Kai

Una brisa fresca de finales de verano me golpea la cara cuando salgo y me acerco a la barandilla de la azotea. El viejo metal oxidado está helado bajo mis manos, así que apoyo los antebrazos en él y contemplo el edificio de enfrente. El *penthouse* tiene ventanas que van del piso al techo, lo que me permite ver una espaciosa sala llena de muebles blancos y modernos.

Me meto la mano en el bolsillo y saco la suave tela roja, frotándola entre el pulgar y los dedos mientras observo a mi *Pequeña Tigresa* dentro de su apartamento. Está sentada con las piernas cruzadas sobre una gran almohada tirada en el suelo cerca del balcón, concentrada en el libro que tiene en el regazo. Tiene el cabello suelto y le cae en cascada por la espalda.

Por alguna razón, vigilar a mi pequeña salvadora tiene un efecto inusualmente tranquilizador en mí. Me salvó la vida la noche que nos conocimos, pero no de la forma que ella cree. No fue el vendaje improvisado, que llevo en el bolsillo a donde quiera que voy. Y no fue su extracción inexperta de la bala en mi costado. Pero, de no haberla conocido, la siguiente misión probablemente habría sido la última.

Hay un límite a la cantidad de mierda que alguien puede soportar antes de darse por vencido y abandonar este mundo. Aquella noche, momentos antes de que la chica me encontrara, me di cuenta de que ya estaba harto.

Sentado en el suelo de aquel callejón y observando el cielo oscuro, decidí que mi próximo trabajo sería el acto final de mi vida.

Así que cerré los ojos e imaginé la dicha de simplemente... no existir. Solo para que mi sueño y mis visiones de ser libre por fin se vieran interrumpidos por una chica tonta.

Y aquí estoy ahora. Aún con vida y respirando. Antes no me importaba mucho si terminaba mis misiones y salía vivo o en una bolsa para cadáveres. Sin embargo, ahora sí. ¿Cómo podría cuidar a mi chica si estoy muerto? La noche que me ató la pañoleta alrededor del muslo y me ofreció su mano, mi vida pasó a ser suya.

He pasado bastantes noches en esta azotea en los últimos tres meses, observándola. La primera vez que acabé aquí fue cuando la seguí a casa después de perder el tiempo fuera del bar de karaoke. Una vez que vi a mi *Pequeña* entrar a su edificio, hice mis rondas típicas por el barrio, luego me metí en esta azotea y me limité a observarla. Ahora se ha convertido en parte de mi rutina. Revisar todo alrededor de su edificio para asegurarme de que no hay nada sospechoso. Subir a este tejado al otro lado de la estrecha calle de su casa. Pasar horas *observándola*.

Simplemente observándola, porque saber algo más sobre ella podría significar que nunca escaparía a su atracción gravitacional. Por lo tanto, no sé mucho sobre mi chica, aparte de lo que he notado durante mis períodos de observación.

La mayoría de las tardes, lee o usa su *laptop*. Creo que está estudiando algo. Como sigue trabajando en la clínica veterinaria, supongo que es algo relacionado a eso. Le gusta la música. Una noche se pasó dos horas limpiando su casa y, mientras pasaba la aspiradora, quitaba el polvo y lavaba los cristales, bailaba canciones que yo no podía escuchar. Entonces me imaginé cómo sonaría, desafinada y fuera de ritmo, y se me dibujó una sonrisa en los labios. Luego, la otra noche, observé cómo cuidaba las plantas que crecían en el interior. Tiene las macetas alineadas junto a la ventana, donde se exhiben como adornos preciados. Pensé que a las chicas les gustaban las flores, pero su “jardín” no es más que un montón de hojas verdes. Esa noche se pasó veinte minutos rociando las hierbas crecidas.

Tiene algunas amigas que a veces pasan el rato en su casa. Su hermana o su prima, sea quien sea la joven del karaoke, llegó una vez en taxi. Subió con dos grandes bolsas de papel. Supuse que traía comida rápida, pero el contenido era ropa. Mi *Pequeña Tigresa* se pasó un buen rato probándose cosas de esas bolsas.

Un vestido en particular, largo y morado con la espalda abierta, me hizo inclinarme sobre la barandilla mientras me la devoraba con los ojos. Dio vueltas con él puesto por la sala y luego se lo quitó allí mismo, a la vista de todos. Me costó trabajo tragar saliva cuando, sin querer, me regaló una visión de su exquisito cuerpo. Me quedé parado, inmóvil, mientras mi polla se endurecía como el granito, apretando la tela de mis pantalones. Nunca me había excitado tanto con solo mirar a una mujer. Me hizo sentir como un maldito bicho raro, pero no podía apartar la vista.

El pitido en mi bolsillo me avisa de la llegada de un correo electrónico. Envuelvo la pañoleta de seda alrededor de la palma de mi mano izquierda para que no se me resbale, saco el teléfono y escaneo los archivos adjuntos. El primero es una foto de una mujer mayor, con gafas gruesas y el cabello corto y gris matizado. Debajo hay varias líneas de texto: su nombre y, supongo, su corta biografía. Toda la vida de una persona, condensada en menos de media página. Si quisiera leerlo, probablemente tardaría una hora en descifrar la escasa cantidad de texto. Pero la vida de la abuela no me interesa lo más mínimo. No me interesa saber quiénes son mis objetivos. Me importa una mierda si tienen familia. O las razones por las que terminaron en la lista de Kruger. Hago el trabajo, sin preguntas.

El segundo archivo es una copia del itinerario de un vuelo a Berlín, y el siguiente contiene la dirección y las coordenadas exactas del lugar, así como el código de la alarma. Parece que el capitán está de buen humor hoy, teniendo en cuenta que es más de lo que suele darme. O tal vez simplemente esté minimizando el riesgo de perder el único activo de “primer nivel” que le queda.

Incluso después de todos estos años, todavía me cuesta descifrar sus acciones o la motivación que hay detrás de ellas. Con demasiada frecuencia, me envía al campo con una información mínima. En una de esas ocasiones, apenas conseguí salir con vida. Cuando me enfrenté a él, me dijo

que parte de su objetivo era perfeccionar mis reacciones ante situaciones inesperadas durante las misiones. Pero entonces, apenas un mes después, me tendieron una emboscada en una operación y me trajeron gravemente herido de vuelta a la base, Kruger se volvió jodidamente loco. Mató a todo el equipo quirúrgico después de que me curaran porque no fueron lo suficientemente rápidos para su gusto. Si no lo conociera mejor, podría haber creído que estaba preocupado por mí.

El último archivo adjunto es una captura de pantalla de un contrato, en el que se destacan los detalles de la orden de asesinato y los honorarios de un millón y medio de dólares. Parece que la abuela es de las grandes ligas, pero eso ya lo sabía. Tenía que serlo.

Vuelvo a meter el teléfono en el bolsillo y reanudo la observación de mi *Pequeña Tigresa* mientras sigue leyendo su pesado libro de texto. La seda de su pañoleta para el cabello me resulta tan suave en la mano. Debió de ser un accesorio costoso, pero ella no dudó en usarlo para detener mi hemorragia. He intentado lavar la sangre varias veces, no obstante, las manchas permanecen. La bonita prenda está estropeada. Quizá le compre una nueva y la deje en su habitación. Esta es mía ahora.

Miro por última vez a mi chica, que ya se está preparando para irse a la cama, me guardo la bufanda estropeada en el bolsillo y me alejo de la barandilla. Son cuatro horas de viaje de vuelta a New York, y todavía tengo que prepararme antes de ir al aeropuerto. Hay cosas que hacer. Y gente de quien deshacerse.

Nera

Una Semana Después

Con cuidado, pico con el tenedor la cosita babosa y marrón que tengo en el plato.

—Creo que el mío aún está vivo. —Le doy un codazo a Zara—. ¿Qué es esto?

—Ni idea —susurra con una sonrisa forzada.

—¿No te gustan los *escargots*, Nera querida? —indaga la esposa de Tiziano con cara de asombro desde el otro lado de la mesa—. Los hemos hecho importar de Francia, expresamente para esta ocasión. El jefe de cocina de aquí es famoso por preparar este platillo. Vamos, pruébalo. Prácticamente se deshacen en la lengua.

Como para corroborar su afirmación, se lleva a la boca el asqueroso bocado, haciendo un extraño sonido al masticar.

—La verdad es que no tengo tanta hambre. La sopa de papa y puerro fue más que suficiente para mí. —Rehúso—. Pero estoy segura de que Salvo tomará otra ración.

El Capo, que ha estado fingiendo estar absorto en su plato mientras observaba en secreto a mi hermana durante toda la comida, levanta la cabeza. Le ofrezco a Salvo una sonrisa de disculpa y suspiro aliviada cuando la esposa de Tiziano cambia su atención hacia él.

—¿Quieres ir por unas hamburguesas cuando terminemos aquí? —Le doy otro empujón a Zara, esta vez con la pierna.

—Sí, por favor. —Ella empuja su propio caracol en la servilleta que está junto a su plato y la dobla rápidamente.

—No puedo creer que le hayan denegado otra vez la libertad condicional a Massimo —expresa Armando, el Capo sentado a la izquierda, entre bocado y bocado—. ¿De verdad harán que cumpla toda su condena?

—Eso parece —responde mi padre sentado en la cabecera—. He estado haciendo gestiones a diestra y siniestra, incluso he involucrado a un senador que nos debe un favor, pero me dijo que no se podía hacer nada. Alguien está empeñado en mantener a Massimo encerrado durante todo el tiempo que dure. Parece que no se puede comprar a la Administración de Libertad Condicional.

—Debió ser más prudente y esperar a que la *Familia* se encargara de la venganza en otro momento —comenta Batista Leone, el *underboss*—. ¿Matar a un hombre frente a varios testigos, miembros de la ley? El jefe de policía de Boston estaba en esa fiesta. Me sorprende que Massimo no fuera condenado por asesinato y a cadena perpetua.

Da un gran trago a su vino tinto, y unas gotas acaban en su corbata, justo al lado de las manchas de aderezo de la ensalada. Hace una señal al mesero para que traiga otra botella, se inclina hacia Armando y le dice en voz baja:

—Ese chico siempre ha sido demasiado impulsivo. Esperemos que el tiempo en prisión lo haya enfriado.

Observo fijamente a Leone, con la boca abierta. El *underboss* suele arremeter contra mi hermanastro. Más de una vez escuché sus comentarios sobre cómo papá nunca debió permitir que Massimo viviera con nosotros. Batista cree que Massimo debería haber sido enviado a un internado cuando mi padre se casó con Laura. Nunca me ha gustado ese hombre. Su cabello grasiento y su olor corporal me dan náuseas, pero lo que más me repugna es su actitud aduladora. Viviendo en casa de mi padre, me he dado cuenta de que Leone a menudo llegaba sin invitación. Al menos una vez a la semana aparecía en nuestra puerta. Incluso cuando mi padre tenía amigos para una reunión social, de alguna manera el *underboss* siempre acababa incluido. Se pegaba a mi padre, elogiaba sus logros durante horas y nunca perdía la oportunidad de señalarse a sí mismo como un elemento importante en cualquier asunto que se discutiera.

La conversación en torno a la mesa cambia a los planes de inversión, y Brio, otro Capo, propone que nos expandamos en el sector hotelero. No para de hablar de cómo los hoteles podrían aumentar las ganancias.

—Lo consideraré —dice mi padre—. Hubo algunos gastos inesperados en el nuevo casino. Puede que la expansión del negocio tenga que esperar hasta el año que viene.

—¿Por qué? —El hombre sentado junto a Tiziano se dirige a mi padre. Es uno de los mayores inversionistas en las empresas de la *Familia*—. Los flujos de efectivo muestran un aumento significativo de los ingresos. ¿Por qué esperar?

—Por precaución, Adriano. Necesitamos un mejor análisis del mercado hotelero antes de invertir fuertemente en un gran proyecto como ese. —Mi padre agita la mano despreocupadamente, mas noto una mirada que intercambia con Batista Leone. Se levanta rápidamente y añade—: Me temo que ya debo dejarlos. El deber me llama. ¿Chicas?

Disimulo un suspiro de alivio por librarme de fingir que como más platillos raros y, tras despedirme, me apresuro a seguir al Don.

—Zara y yo tomaremos un taxi. Tenemos que recoger unos rollos de tela para ella —indico mientras nuestro padre sube al asiento trasero de su coche.

—Con suerte, será algo que no sea negro o marrón. —Examina el atuendo color marrón de Zara, unos pantalones anchos y una chaqueta a juego.

—Ignóralo —sugiero, apretando la mano de Zara mientras vemos salir la limusina a la calle.

Cuando nos encaminamos en dirección contraria, una ligera sensación en la nuca me impulsa a darme la vuelta y echar un vistazo, pero no noto nada raro. Me pasa muy a menudo: de vez en cuando tengo la extraña sensación de que alguien me observa, pero cuando busco una causa probable, no hay nadie.

—Qué raro —murmuro, y enlazo mi brazo con el de Zara—. Creo que hay una buena hamburguesería al final de la calle.

Pasamos el resto de la tarde degustando comida chatarra y golosinas, nos entretenemos en la tienda de telas y nos probamos ropa en una pequeña tienda de vestidos de alta costura, no obstante, no puedo deshacerme de esa sensación de que unos ojos me siguen.

Capítulo 6

Kai

Otoño en New England. Puede que el paisaje sea bonito, pero el viento frío, inusual en esta época del año, hace que los peatones se aprieten los abrigos contra el pecho al apresurarse por las aceras. Espero a que cambie el semáforo y cruzo al otro lado de la calle, en dirección a la clínica veterinaria. Son casi las siete de la tarde, así que pronto cerrarán. Ya debería estar de vuelta en la base, entregando mi informe de la misión a Kruger, pero decidí desviarme un poco hacia Boston y volver a ver cómo estaba mi pequeña. Un *corto* viaje de ida y vuelta de ocho horas.

Han pasado cuatro meses desde que ella me encontró en ese callejón oscuro, y todavía no puedo sacármela de la cabeza. Me consume la necesidad de saber que está a salvo. Es más que una obsesión, es un impulso primitivo. Uno que debe ser cumplido o perderé la cabeza. Algo que empezó como visitas rápidas cada dos semanas, ahora se ha convertido en sesiones de horas observándola. Manteniendo mis ojos en ella, porque nada puede tocarla bajo mi vigilancia. Nada puede hacerle daño cuando estoy cerca.

Últimamente, he tenido que ser más cuidadoso para mantenerme oculto de ella. Casi me descubre mirándola hace unas tres semanas. Estaba demasiado aturdido viéndola desde el otro lado de la calle mientras se

probaba vestidos en una pequeña tienda con su amiga. La visión de ella, tan hermosa, casi me hizo babear como un adolescente. Casi me vuelvo loco y olvidé moverme entre las sombras cuando pasó su mirada por el enorme escaparate. Desde entonces he debido que tener más cuidado y he programado mis “visitas” para que sean por la tarde, cuando termina en la clínica veterinaria. Así puedo seguirla hasta su casa y asegurarme de que llega sana y salva.

Me detengo en la acera de enfrente de la clínica. Las puertas dobles de cristal me dan una visión clara de una mujer de mediana edad que se mueve por la recepción, recogiendo sus pertenencias. Mi *Pequeña Tigresa* está más atrás, llenando las estanterías con paquetes de comida para mascotas.

La mujer lanza algo por encima del hombro y ambas se ríen a carcajadas. Ojalá estuviera más cerca para poder escucharlas. Oír la felicidad en la voz de mi *Pequeña* mientras me inunda. Su sonrisa es brillante y sus movimientos elegantes, así que me digo a mí mismo que simplemente debo estar contento con verla libre. Libre para vivir en la luz. Libre para experimentar el calor de esa vida.

La otra mujer se acerca a mi chica, le pega con el codo mientras le dice algo. Me pongo en guardia de inmediato, dispuesto a ir a retorcerle el pescuezo a la arpía por haber lastimado a mi *Pequeña Tigresa*, pero mi chica se limita a soltar una risita. ¿Por qué lo permite? ¿Por qué no se defiende? Aunque solo haya sido un empujoncito, debería devolver el golpe, o los demás empezarán a maltratarla. Definitivamente no debería estar abrazando a la mujer como lo está haciendo ahora.

Entrecierro los ojos y trato de analizar este extraño comportamiento, mas no consigo nada. ¿Interpreté mal la intención de la mujer? Dame un objetivo y lo eliminaré en menos de veinte segundos. Pero esto, la gente normal, no lo entiendo.

He vivido en hogares de acogida con un montón de niños diferentes. Muchos chicos que, en ese momento, eran mayores y más grandes que yo. Desde que tengo uso de razón, he intentado evitar estar con otros niños, con adultos, con cualquiera en realidad, porque disfrutaban descargando sus frustraciones en el niño escuálido que era. Inevitablemente, esas situaciones

no acababan bien para la otra parte. Me hacían daño, y yo se los devolvía multiplicado por diez. Puede que fuera más pequeño y más joven, no obstante, tenía mucha experiencia previa en defenderme.

Esa destreza la adquirí duro y rápido. Llámalo una condición innata. Porque, no importa lo que la gente crea, el hecho es que la vida es una maldita jungla, y solo hay una regla en ella. *Matar o morir*. Figurativa o literalmente, no importa mucho. Así es como funciona nuestro mundo. Me he adaptado a vivir en él. Sobrevivir en él. Conozco los peligros y las amenazas.

Lo que no entiendo es lo “normal” para la gente que no ha visto las feas entrañas de nuestra supuesta sociedad culta. Así que, cuando la mujer mayor se va y mi chica se queda, descarto su interacción como algo fuera de mi alcance. Vuelvo a enfocarme en mi propósito aquí, en hacer caso a ese instinto innato.

Observo a mi *Pequeña Tigresa* mientras limpia el mostrador con un paño blanco a la par que mueve las caderas. De izquierda a derecha, un contoneo sigue los movimientos de sus manos. Parece que está bailando. Y, aunque no puedo escuchar la melodía, estoy bastante seguro de que está fuera de ritmo. Cuando termina, da una torpe vuelta de *ballet* y tira el trapo al otro lado de la habitación, directamente al cesto de la esquina.

Ella está bien. Siempre está bien.

Debería darme la vuelta y volver a New York, pero no puedo mover las piernas. ¿Qué haría ella si yo entrara ahora? No tengo ninguna maldita razón para estar aquí, y menos para volver a hablarle. ¿Y de qué hablariamos? No tengo idea de cómo entablar una conversación informal. Soy pésimo para cualquier tipo de conversación.

Sin dejar de mirar a mi *Pequeña Tigresa*, me desabrocho la manga izquierda de la camisa y me la doblo hasta el codo, luego agarro el cuchillo que llevo enfundado en el tobillo. Mis navajas están siempre afiladas, así que basta la más mínima presión para perforar la piel de mi antebrazo. A propósito, sabiendo exactamente lo que hace falta para no dañar el tejido muscular, arrastro lentamente la punta del cuchillo desde el codo hacia la

muñeca. La sangre corre hacia mi mano una vez que termino con la macabra hazaña, grandes gotas rojas caen sobre la acera y aterrizan a mis pies. El corte es poco profundo, pero lo suficientemente largo como para requerir varias puntadas. Suficiente motivo para poder volver a buscarla. Devuelvo el cuchillo a su funda de cuero y cruzo la calle.

Cuando entro, suena una alegre campanilla sobre la puerta. Las notas alegres de una canción popular que he escuchado en la radio suenan desde el teléfono que hay en una pequeña estantería junto al perchero. Mi chica está de pie frente a un armario de pared, acomodando algunas cosas y canturreando.

—¿Olvidaste otra vez las llaves del coche, Leticia? —dice entre tarareos mientras sigue concentrada en lo que hace.

Doy otro paso adelante, dejando caer la sangre al suelo.

—No exactamente.

La mano de mi *Tigresa* se queda quieta a medio camino de la estantería. Lentamente, se da la vuelta, con los ojos muy abiertos.

—¡Tú! ¿Qué estás haciendo aq... ¡Oh Dios mío!

—Necesito... ayuda —murmuro mientras ella me mira el brazo. No es la mentira lo que hace que las palabras suenen extrañas saliendo de mi boca. Simplemente, en mis veintinueve años, nunca le he pedido ayuda a nadie.

Parpadea un par de veces, saliendo por fin de su aturdimiento momentáneo, y luego entra corriendo a la sala de consulta más cercana y empieza a abrir los cajones.

—¿Sabes que esto es una clínica veterinaria, no una sala de Emergencias? —pregunta mientras agarra una botella de agua estéril—. Ven aquí.

Tomo asiento en un taburete sin respaldo rodante que dejaron junto a una mesa metálica pegada a la pared. Mientras tanto, mi chica sigue corriendo de un lado a otro, buscando algo. Su cara no delata nada y parece tranquila y serena, sin embargo, me doy cuenta de que ha abierto el mismo cajón más de tres veces.

—Creo que esto necesita algunas puntadas —comento mientras apoyo el brazo en la superficie de acero inoxidable.

Ella volteá para mirarme, con los ojos abiertos de par en par, mientras sujetá paquetes de gasas contra su pecho.

—¿Qué? No, no lo haré. —Me observa el antebrazo—. ¡Mierda! Llamaré a Leticia a ver si puede regresar.

—No llamarás a nadie, *Pequeña Tigresa*.

—Ah, sí, lo haré. La última vez que practiqué con puntadas, al pobre Todd no le fue muy bien.

Al instante, la tensión se apodera de mí, y una rabia apenas reprimida hiere en mi estómago. ¿Quién demonios es Todd? ¿Un amigo? ¿Un novio?

—¿Y dónde está Todd ahora?

—En casa, escondido en una maleta debajo de mi cama. —Se para frente a mí y me mira el brazo—. Esta es una muy mala idea.

¿Mató al tipo y lo metió en una maleta? Es un dolor de cabeza meter un cuerpo en una maleta, lo sé por experiencia. Tienes que romper las extremidades primero, en cada articulación. Dependiendo del tamaño de la maleta, puede que también haya que romper el cuello. Entrecierro los ojos y la observo mientras limpia metódicamente la sangre de la herida. ¿Y qué hay del olor? Los cadáveres empiezan a apestar después de veinticuatro horas.

—¿Cuánto tiempo... lleva Todd debajo de tu cama? —cuestiono mientras ella pone un *spray* anestésico alrededor de la herida.

—*Umm*, diez, tal vez doce años. Me estás distrayendo.

—Doce años? Debe haber empezado joven. Más joven que yo cuando maté por primera vez a los ocho años.

—No creo que fuera prudente mantenerlo allí todo este tiempo. Deberías haberte deshecho de él enseguida, *Pequeña*.

—Soy muy sentimental. Además, no podía separar a Todd de sus amigos. Me gusta sacarlos a todos de vez en cuando. —Respira profundamente y toma la aguja y el hilo—. Bien, aquí vamos.

—¿A todos? ¿Cuántos tienes debajo de la cama?

—¿Además de Todd? Tal vez cinco o seis más. —La aguja atraviesa mi piel—. ¿Puedes callarte ahora para que pueda concentrarme? No puedo hacer esto y hablar de mis muñecos de peluche al mismo tiempo.

—¿Qué son los muñecos de peluche?

—Juguetes de peluche. Por favor, deja de hablar.

—Juguetes? Vuelvo a repasar toda la conversación. Sí, ahora tiene más sentido.

La miro mientras trabaja en mi herida. Tiene la cara pálida como la pared y su labio inferior está ensangrentado por los repetidos mordiscos. Está vestida con unos *jeans* y una camiseta azul marino, pero incluso con este atuendo informal parece sofisticada. Sus manos son pequeñas y delicadas, y sus largas uñas están pintadas de rojo. No parecen manos acostumbradas a coser heridas o a trabajar con animales. Vuelvo a ver su rostro, que parece aún más pálido que hace unos minutos. Sus ojos almendrados de color ámbar, rodeados de largas pestañas oscuras, están muy abiertos, concentrados en su labor. Las onduladas hebras de un rubio oscuro que me recuerda a la miel líquida enmarcan su rostro angelical, y me pican los dedos por tocarlas. No es que vaya a suceder jamás.

Hay un refrán que habla de “manos bañadas de sangre hasta los codos” que describe a los hombres como yo. Sin embargo, en mi caso, me gané esa descripción mucho antes de ser considerado un adulto en los ojos de la ley. ¿Y ahora? Ahora, estoy tan sumergido en sangre y muerte que su hedor está permanentemente alojado en mi nariz. No me atreveré a poner mis sucias manos sobre algo tan puro e inocente como ella, aunque solo sea para tocar su cabello. Para mí, es como una pintura valiosa en un museo, a la vista, pero marcada con un letrero de advertencia que dice “No tocar”.

Vuelvo a mirar sus labios y me doy cuenta de que murmura algo en voz baja.

—No te desmayes. No te desmayes. ¡Mierda!, se me olvidó ponerme los guantes. —Su voz es apenas audible, pero aún puedo detectar un tono ligeramente histérico—. No te desmayes. No te desmayes, demonios.

—¿No has hecho esto antes?

—No. Solamente he visto a Leticia hacerlo unas cuantas veces. —Ata el hilo y levanta la vista, encontrándose con mi mirada—. A perros y gatos. No a las personas. ¿Por qué viniste aquí en vez de ir a un hospital?

—Esto estaba más cerca.

La chica sacude la cabeza y reanuda su trabajo.

—¿Qué pasó?

—Un vagabundo me atacó.

Me observa de nuevo, esta vez con una ceja levantada. No me cree. Pero es la verdad. Además de mi apartamento de New York, tengo otros lugares repartidos por Estados Unidos donde me quedo entre trabajos. Sin embargo, en ninguno de ellos me siento como en “casa”. Ningún sitio lo ha sido nunca. Supongo que, en cierto modo, eso me convierte en un *vagabundo*.

Pequeña Tigresa pasa a la siguiente puntada, sujetando cuidadosamente la piel con los dedos. Sus músculos se contraen, haciendo que los tendones de sus brazos resalten en el momento en que atraviesa mi piel. ¿Será por lo repugnante de la herida?

—Lo siento mucho —susurra—. Soy pésima en esto. Debe de doler muchísimo.

Mi cuerpo se paraliza. El dolor y yo hemos sido amigos íntimos la mayor parte de mi vida. He aprendido a bloquearlo. Su preocupación por cómo me siento por el pinchazo de una aguja es tan extraña.

Solo se necesitan veintidós suturas para cerrar la herida. Son desiguales y desordenadas, mas no me importa. Todo el proceso duró apenas diez minutos. Debería haber hecho un corte más largo.

La pequeña guarda la aguja y exhala.

—Necesito un trago.

—¿Tienes edad para beber?

Me mira y se inclina ligeramente hacia adelante.

—No recuerdo que me preguntaras mi edad cuando insististe en que te cosiera, *amiguito*.

—Estoy bastante seguro de que no hay límite de edad para eso.

—Sabelotodo. —Sus labios se ensanchan en una pequeña sonrisa—. Creo que tenemos algunos folletos con instrucciones para el cuidado de heridas. Serían sobre animales, pero asegúrate de leerlas de todos modos. También te ofrecería un collar electrónico, aunque no creo que tengamos ninguno de tu talla.

—¿Qué es un collar electrónico?

—Algo que les ponen a los pacientes de la clínica veterinaria. —Su sonrisa crece, y al ver cómo se ilumina su rostro me siento como si

estuviera mirando de nuevo una de esas estrellas brillantes.

Tomo su mano derecha y me la llevo lentamente a la boca. Jadea, pero no se aparta. Mis labios rozan la punta de sus dedos, saboreando la sangre. Parece tan inocente y pura. ¿Qué demonios estoy haciendo? El plan era pasar a verla y volver en cuanto supiera que todo estaba bien. No incluía abrirme el antebrazo para poder hablar con ella. O contemplar hacerlo de nuevo mañana. Y pasado mañana.

No es más que una chica agradable, probablemente de buena familia, con cero conocimiento de lo que ocurre a la sombra de la sórdida sociedad. No debería buscarla, absorber su calor y su luz, simplemente para robarle unos momentos antes de volver a mi sombría existencia.

—Ya debería irme —expreso, sin embargo, no puedo soltarle la mano.

Nera

El aliento de mi desconocido toca las puntas de mis dedos donde aún rozan su labio inferior. Con él sentado, nuestros rostros están a la misma altura y apenas nos separan unos centímetros. Una vez más, me atrapan sus ojos. No puedo escapar a la atracción magnética de esa mirada inquebrantable, impulsada a ahogarme en sus profundidades gris pálido. No sé por qué me fascinan tanto. Quizá sea porque todo lo demás en él es negro: su ropa, su cabello, incluso el aire que lo rodea parece más oscuro. Sus ojos son la única luz en su esfera sombría.

—¿Siempre vistes de negro? —musito.

Ladea la cabeza, quizá sorprendido por mi pregunta.

—Casi siempre.

—¿Por qué?

—Las manchas de sangre son más difíciles de ver en la tela oscura.

Dejo caer la mirada hacia mi mano cubierta de sangre, que aún sostiene entre las suyas.

—Parece que te hieren con frecuencia.

—En los últimos días, sin duda, más a menudo de lo normal.

—Quizá, la próxima vez, deberías ir a un hospital.

—¿Por qué? —Me suelta los dedos—. ¿No quieres volver a ayudarme?

Lo observo fijamente y se me corta la respiración. Hay algo en sus ojos, algo diferente. Ya no parecen vacíos. Una pizca de dolor parece haber atravesado sus profundidades rocosas.

—Claro que lo haría —suelto.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque casi me desmayo. Y porque tu herida está aún peor después de mi “ayuda”.

Se mira el brazo izquierdo. La línea irregular de piel en carne viva y arrugada que suturé torpemente es una visión fea y enrojecida.

—A mí me parece que está bien.

Sacudo la cabeza.

—Es una sepsis en potencia.

—Los antibióticos se encargarán de eso, *Pequeña Tigresa*.

Mi corazón se sobresalta, como cada vez que me llama por ese apodo. Nadie me había llamado de otra forma que no fuera Nera.

—¿Por qué me llamas *Pequeña Tigresa*?

—Porque te queda bien. —Estira el brazo y me roza el dorso de la mano con la punta del dedo—. ¿Me ayudarás otra vez, si vengo?

Me muerdo el labio inferior, inclinándome ligeramente hacia adelante. Puede que sea una locura y una estupidez, mas me gustaría volver a verlo. Pronto.

—Sí.

—¿Por qué? No me conoces. ¿Por qué me ayudaste antes?

—No podía dejar que te desangraras. No hacer nada. No soy así.

—Algunas personas pueden merecer desangrarse hasta morir.

—¿Tú lo mereces? —pregunto.

El tacto de mi mano desaparece y, durante unos instantes, se limita a observarme. Veo sus labios, donde unas manchas rojas marcan la comisura de sus labios. Probablemente de cuando me besó los dedos.

—Sí. —Carraspea.

—Nadie merece morir de esa manera.

—Eres muy ingenua si crees eso.

—Tal vez. —Tomo una gasa limpia del carrito y le limpio la sangre de sus labios. Su mirada se queda fija en mi mano tan intensamente, como si esperara recibir un puñetazo desde el aire. Me detengo a un milímetro de su boca—. Um... Tienes sangre en la cara. Voy a...

Presiono lentamente la gasa contra su labio inferior y luego la desplazo hasta la comisura de su boca, dejando que el material impregne lo rojo. Sus

ojos se clavan en los míos, como dos imanes, sin permitirme apartar la mirada.

—Le conté a mi hermana que llevé a un desconocido a mi lugar de trabajo y le extraje una bala de la cadera —susurro—. Me llamó loca porque podrías haber sido un asesino en serie o algo así.

—Los asesinos en serie matan a sus víctimas para satisfacer su impulso interior de infligir dolor. Yo no tengo esa clase de impulsos. Pero tu hermana tenía razón en lo primero.

—También me dijo que me diera la vuelta y huyera si volvía a verte.

—Sabio consejo. Debió de ser ella la que llevaba un vestido largo de color marrón en el lugar a donde fuiste a cantar.

Parpadeo. La noche del karaoke, hace tres meses. ¿Él estaba allí? Mi instinto de conservación se activa y doy un paso atrás.

—Supongo que no debí decir eso. —Ladea la cabeza—. No me tengas miedo.

—Acabas de decirme que me has estado acosando. ¿No es una buena razón para tener miedo?

—Yo no lo llamaría acoso. Tu seguridad es importante para mí, así que vengo de vez en cuando.

—¿De vez en cuando?

—Una o dos veces al mes. Para asegurarme de que estás bien. —Se encoge de hombros.

—¿Por qué?

—Tú me ayudaste. Te estoy correspondiendo.

—Es una forma perturbadora de agradecerle a alguien.

—Lo sé. No obstante, es la única forma que conozco. —Se levanta, despacio y con movimientos cautelosos, como si no quisiera asustarme—. Fue un error, y ahora lo entiendo. Siento haberte asustado. No volverás a verme.

¿Qué? ¡No! No quiero que se vaya. Junto las manos frente a mí y doy un paso más hacia ese hombre misterioso.

—Puedes venir otra vez —suelto—. Si necesitas que te saquen una bala o que te vuelvan a coser, ya sabes dónde encontrarme. —Hago una pausa y añado—: Si no te importa parecerme al monstruo de Frankenstein después.

Levanta la mano como si fuera a tocarme, pero luego la retira lentamente.

—Los verdaderos monstruos rara vez lo parecen.

Observo su espalda ancha mientras se dirige a la puerta delantera, sus pasos suenan huecos en la habitación. A cada metro de distancia, el hormigueo que me produce su beso en la punta de los dedos se convierte en un temblor.

—¿Ni siquiera me preguntarás mi nombre? —Le grito al ver que se aleja.

Se detiene en el umbral de la entrada y apoya la mano en el marco.

—Si me das tu nombre, tendré que darte algo a cambio. Así funcionan las conversaciones.

—¿Y qué hay de malo en ello?

—No tiene nada de malo. Es simplemente que no tengo mucho que dar.

Empiezo a decir que no puede ser verdad, pero él ya está abriendo la puerta.

—Puedes darme *tu* nombre —sugiero.

Hay una extraña quietud en su cuerpo mientras está ahí parado, una gran estatua de mármol en la puerta, mientras los coches pasan a toda velocidad por la calle.

—Podría darte un nombre. —Su voz es baja, apenas puedo escuchar las palabras a esta distancia—. Pero no sería el mío, *Pequeña Tigresa*.

Me quedo de pie en medio de la clínica, mirando la puerta que se cierra con un clic tras él, preguntándome qué habrá querido decir con eso. Y ansiando volver a verlo. Espero que no pase tanto tiempo hasta la próxima vez.

Capítulo 7

26 años atrás

Base de la Unidad Z.E.R.O.

(Kai 8 años)

Kai

Una luz brillante me ilumina desde la lámpara del techo. Entrecierro los ojos y sacudo la cabeza para despejarme del mareo. Lo último que recuerdo es a dos enfermeras del psiquiátrico sujetándome, mientras una tercera me clavaba una jeringa en el muslo. Cuando el tipo del uniforme afirmó que iría con él, le di una patada en las pelotas e intenté escapar. Llegué a la mitad del pasillo antes de que las enfermeras me alcanzaran y me tiraran al suelo.

—¿Quieres conservar el nombre del chico? —Una voz que no reconozco viene de mi derecha—. ¿Qué pasa con sus antecedentes?

—Hazlo desaparecer, Felix. —Otra voz, pero esta la he escuchado antes. Es el militar.

Manteniéndome lo más callado que puedo, giro la cabeza hacia un lado, echando un vistazo a mi alrededor. Esto parece ser una especie de clínica. Hay dos camas con ruedas y estantes con material médico. Las paredes son grises y parecen estar sin terminar, y los cables eléctricos se extienden por el suelo. No hay ventanas.

Mis ojos se deslizan hacia el lado opuesto de la habitación, donde están parados los dos hombres. Uno es el que lleva uniforme. El otro es mayor y tiene puesta una chaqueta de lana. Tiene gafas marrones gruesas en la cara y una *laptop* bajo el brazo.

—¿No sería más fácil darle una nueva identidad?

—No —dice el imbécil uniformado—. En su expediente parece que no está mentalmente estable. Volver a cambiarle el nombre podría joderlo aún más.

—¿Otra vez?

—Lo encontraron abandonado, descuidado y medio salvaje cuando tenía seis años. El trabajador social no pudo conseguir que el niño dijera su nombre, así que le dio uno nuevo. Al parecer, eligió el primer nombre basándose en una película que había visto recientemente. Y, como el niño hablaba en parte polaco cuando lo encontraron, su apellido se eligió al azar de una lista en línea de nombres étnicos.

El hombre de la chaqueta de lana voltea y me mira por encima del borde de sus gafas.

—Entonces, ¿el chico no sabe nada de su pasado? ¿Ni siquiera su verdadero nombre?

—*Nop*. Un candidato ideal y primer recluta para mi programa Z.E.R.O., ¿no te parece?

Capítulo 8

Nera

—Bajo enseguida, Dania —indico al teléfono mientras busco en el armario mi otro tacón rojo—. Pero te aviso que no puedo quedarme mucho. Todavía no termino el trabajo que tengo que entregar la próxima semana.

—¿De qué trata? ¿Tratamiento del estreñimiento en las cabras? —Se ríe.

—Muy gracioso.

—¿De verdad te van a enseñar a traer cerditos al mundo y cosas así?

Veo el zapato en un rincón y lo saco.

—Probablemente. ¿Dónde estás estacionada?

—Justo enfrente.

—Bien. Estaré allí en un segundo.

Me pongo mis zapatos y me dirijo al espejo para mirarme. El vestido negro *bandeau* que me hizo Zara no tiene tirantes y me llega hasta las

rodillas. Me lo puse hace dos semanas para una fiesta que organizó mi padre, pero es el único que no necesita ser planchado. Me servirá. Después de tomar mi bolso y mi abrigo, abro la puerta principal y me detengo en seco. Al otro lado de la puerta hay un lazo de seda roja atado a la manilla. Mi corazón se acelera al ver la pañoleta, tan parecida a la que usé para detener la hemorragia de mi desconocido de cabello largo. La que se llevó consigo. ¿Él la dejó? Miro a la derecha y luego a la izquierda por el largo pasillo, aunque no hay nadie allí. Vuelvo a observar la manilla y estiro la mano para desatar la bufanda. No es la misma que se llevó en el bolsillo, sin embargo, no me cabe duda de que fue él quien dejó la de repuesto.

Probablemente debería preocuparme, teniendo en cuenta que un hombre extraño sabe dónde vivo. Y, supongo que lo estoy un poco. Mas también siento algo más. Emoción.

A pesar de mis acciones imprudentes que han puesto todo esto en marcha, no estoy completamente perdida. ¡Le dispararon al hombre! Y, sucedió en la noche en que todas esas personas fueron asesinadas. ¿Fue él? Un testigo señalando a un hombre de cabello largo dirigiéndose a ese edificio no es evidencia, pero de alguna manera, sé que él fue el responsable. Probablemente debería pedirle a mi padre que asigne a alguien afuera de mi edificio. O mejor aún, debería vender este lugar y buscar otro apartamento.

Pero entonces... Me paso la pañoleta por los dedos y me recojo el cabello en la nuca, atándolo con seda roja.

* * *

—¿Irás a la despedida de soltera de Romina? —me pregunta Dania mientras nos dirigimos a la mesa del fondo del pub, donde nos esperan dos amigas.

—No estoy segura —replico, tratando de ocultar un bostezo y fracasando miserablemente. Me he pasado toda la noche estudiando, así que estoy muerta de cansancio—. Zara tiene un examen de Matemáticas la semana que viene y le prometí que la ayudaría este fin de semana. Reprobó el último.

—Oh. Y... ¿cómo está?

Me muerdo el labio inferior para no arremeter contra mi amiga. Odio que la gente hable de mi hermana como si tuviera algo malo.

—Bien.

—Entonces, ¿sigue sin querer socializar? Tengo que admitir que me sorprendió que viniera con nosotras a la noche de karaoke.

—Si mi hermana no quiere salir, es su elección. ¿Tienes algún problema con eso?

—Whoa, chica. No quise decir...

—Lo sé. —Le ofrezco una sonrisa de disculpa—. Lo siento. La primera ronda va por mi cuenta, ¿bien?

—Por supuesto.

Cuelgo el abrigo en el respaldo de la silla y le hago señas a un mesero antes de inclinarme sobre la mesa para darle un beso en la mejilla a cada una de mis amigas. Romina se lanza enseguida a contar sus planes de despedida de soltera y no puedo evitar sentir un poco de envidia. El padre de Romina trabaja en uno de los casinos de la *Cosa Nostra*, pero no está lo suficientemente arriba en la jerarquía como para ser considerado como alguien importante. Ella se casa por amor, no porque tenga que sacrificarse por el bien de la *Familia*. Puede que aún me queden algunos años de libertad, no obstante, el conocimiento de lo que me espera muy pronto pende sobre mi cabeza como la espada de Damocles.

Tenemos que mostrar nuestras identificaciones falsas antes de que el mesero acepte tomar nuestra orden. Si hubiéramos ido a uno de los bares propiedad de la *Cosa Nostra*, nadie se habría atrevido a pedirme identificación, pero no suelo frecuentarlos. Si alguien de la *Familia* me viera en un bar sin guardaespaldas, se pondría inmediatamente en contacto con el Don. Papá me llamaría para darme un sermón por irresponsable y enviaría a dos matones para que me siguieran durante el resto de la noche.

Cuando me dispongo a tomar el mojito que el mesero pone sobre la mesa, una extraña sensación se apodera de mí. Es como si miles de pequeñas agujas me pincharan la piel de la nuca. Es la misma que he tenido ocasionalmente durante meses, pero nunca había sido tan fuerte.

Me froto la nuca con las manos y miro a mi alrededor. Dania y las chicas siguen hablando de la fiesta de Romina, discutiendo quién se pondrá qué. El grupo de la mesa de nuestra izquierda se ríe mientras uno de los chicos entretiene a todos con una historia, agitando los brazos salvajemente por todas partes. Lo mismo ocurre en todas partes, la gente habla y se divierte. Alrededor de una docena de hombres están sentados en el bar, algunos parecen bastante borrachos. No parece que haya nada fuera de lo normal, sin embargo, sigo teniendo la sensación de que algo es diferente. Pero no sé qué.

—¿Nera? —Romina me da un codazo—. ¿Vendrás con nosotras?

Intento reaccionar y bebo un sorbo de mojito.

—¿A dónde?

—A comprar zapatos. Necesito algo que combine con mi atuendo para la cena de ensayo. Iremos mañana por la tarde.

—No puedo. Tengo que terminar mi trabajo sobre el papel de las agencias de regulación en la práctica veterinaria.

Romina parpadea dos veces y suelta una carcajada.

—Realmente no entiendo por qué te haces eso. ¿Tecnología veterinaria? ¿En serio?

—¿Te imaginas que tu valor en la vida se basara únicamente en lo que puedes aportar a la *Familia*? —pregunto—. ¿Que tus habilidades y experiencias no pudieran utilizarse para marcar la diferencia para la sociedad en conjunto, si eso es lo que quieras, sino solo para fomentar la prosperidad de la *Familia*? Pero nadie le pide consejo a una mujer en nuestro mundo, aunque fuera la experta más brillante en cualquier campo. Y, como mujer, soy simplemente el medio de asegurar una buena relación comercial o de reforzar la posición de un hombre en la organización. Así que elegí el programa de técnico veterinario porque me gustan los animales y porque el beneficio de adquirir esos conocimientos es mío. No de la *Cosa Nostra*. Solo mío.

Un silencio incómodo desciende alrededor de la mesa. Sé que no debería haber sido tan dura, pero ya no podía morderme la lengua.

—Voy a tomar un poco de aire —me disculpo y, agarrando mi bolso, abandono la mesa. Mientras me alejo, me persigue esa extraña sensación, aunque aún no soy capaz de precisar el motivo.

El pub se ha llenado de gente en los últimos diez minutos, así que tengo que apretujarme entre los cuerpos mientras atravieso el local. En el bar, un grupo de hombres habla en voz alta y discuten, y el *bartender* intenta calmarlos a todos. Entre el ambiente general de confrontación y el fuerte aroma a alcohol que flota en el aire, siento que me asfixio mientras avanzo por el estrecho pasillo hacia la salida.

Salgo a la calle y respiro profundamente. A mi derecha, cuatro personas están fumando. Necesitando distanciarme, giro a la izquierda y bajo por la acera, lejos del olor, hasta llegar a la esquina del edificio. La música y las risas estridentes del interior del bar llegan hasta aquí, hasta este callejón lateral, sin embargo, es mucho más tranquilo que en la parte de enfrente. Cierro los ojos, me apoyo en la fría pared de ladrillo y por fin inhalo aire fresco. Me encanta salir con mis amigas, pero a veces todo es demasiado.

—Contraerás una pulmonía, *Pequeña*.

Me tenso y abro los ojos de golpe. Mi desconocido de cabello largo está apoyado en la pared de enfrente, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada hacia un lado, observándome. Se me acelera el pulso solo por estar cerca de él una vez más. Lleva otra vez un traje completamente negro, un traje que parece hecho a la medida y costoso incluso con poca luz, y un abrigo desabrochado por encima. No veo ningún arma, pero tengo la sensación de que lleva más de una encima. Cada molécula de aire a su alrededor parece emitir un mensaje muy claro, *¡Peligro! ¡Amenaza! ¡Aléjate!* Ignoro la advertencia, quiero estar más cerca de él, no más lejos.

—Necesitaba un poco de aire —murmuro. Esa extraña sensación zumba ahora en mi interior, como si unas manos invisibles acariciaran ligeramente mi piel. Es él a quien percibí.

—Veo que encontraste la pañoleta. —Desvía la mirada hacia mi accesorio para el cabello.

—Bueno, estaba atada al picaporte de mi puerta principal. Difícil no verla. —Se limita a asentir con la cabeza. No explica cómo sabe dónde vivo ni por qué la dejó allí—. Pareces estar bien —añado—. ¿Ninguna herida sangrante esta noche?

—Por desgracia, no.

Levanto una ceja.

—¿Por desgracia?

—Disfruto bastante de nuestras pequeñas aventuras médico-paciente. Quizá la próxima vez, cuando me disparen o me apuñalen, vuelva a buscarte.

La sola idea de que vuelva a resultar herido me opriime el pecho. Aunque eso me permitiría verlo. Tocarlo. Tal vez, incluso volvería a besarme los dedos, como en nuestros dos encuentros anteriores. Supongo

que es su forma particular de agradecérmelo. Aun así, no quiero que le hagan daño.

—Por favor, no.

De repente se pone rígido, con los ojos desorbitados.

—Por favor, que no vuelvan a dispararte o apuñalarte —aclaro—. ¿Qué haces aquí?

—Este es un barrio algo peligroso. Quería asegurarme de que estás bien.

—Sé defenderme cuando la situación lo requiere.

—Sí, tengo la sensación de que puedes. —Se aleja de la pared y recorre la distancia que nos separa a grandes zancadas, hasta quedar a una distancia cercana—. Date la vuelta.

Lo miro fijamente a los ojos mientras se eleva sobre mí como un hermoso espectro oscuro. Esta situación no tiene nada de normal. Charlar casualmente con un hombre extraño en un callejón solitario, como si fuéramos vecinos que nos encontramos por casualidad. Un hombre *peligroso* que obviamente me ha estado siguiendo. ¿Quién en su sano juicio hace eso? Es más que estúpido.

Y sin embargo... Lentamente, me doy la vuelta, dándole la espalda.

Una tela áspera y pesada cae sobre mis hombros. El abrigo aún está caliente por el calor de su cuerpo, y un leve olor a su colonia invade mis sentidos. No es una fragancia penetrante como la que prefieren muchos de los hombres de la *Cosa Nostra*, lo que hace difícil identificar su olor particular. Es más un confort sutil que un aroma específico. Algo fresco y salvaje, como el viento de la montaña.

—Gracias —digo mientras me volteo para mirarlo.

—¿No cantarás esta noche?

—No es ese tipo de lugar.

—*Mmmm...* No sé mucho de música, pero estuviste bastante mal.

—Lo sé. —Mis labios se curvan. Los chicos que conozco nunca me dirían algo así. Me llenarían de cumplidos falsos, diciendo lo bonito que canto porque eso es lo que creen que quiero escuchar.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Fue divertido. Y porque puso una sonrisa en el rostro de mi hermana.

Arruga la frente.

—¿Querías que tu hermana se riera de ti?

—No se reía *de* mí. Se reía por mí.

—¿No es lo mismo?

—*Um, nop.* Los verdaderos amigos y familia nunca se reirían de ti, por muy estúpidas que sean tus acciones.

—*Mmmm...* Nunca lo había pensado así. —Se retira y vuelve a apoyarse contra la pared, cruzándose de brazos como antes. Su postura estira la tela negra de su camisa sobre sus musculosos brazos y a través de sus anchos hombros.

El calor inunda mis mejillas al recordarlo sentado frente a mí, sin camiseta, aquel día en la clínica veterinaria. Supongo que cualquier mujer se sentiría seducida por un hombre como él. No puedo decir que no me lo haya imaginado desnudo. Pero mi fascinación por mi desconocido va más allá de la atracción física. Por un lado, su repentina aparición para volver a desaparecer poco después me deja con pocas respuestas enigmáticas y más preguntas tras nuestro breve tiempo juntos. Sigue siendo un enigma. Por otro, ha confesado abiertamente que me acosa. Cualquier mujer sensata en mi lugar correría, lejos y rápido, gritando durante todo el camino. ¿Yo? Solo quiero saber más de él.

—¿Puedo preguntarte algo? —Su voz áspera rompe el silencio y, juro, que puedo sentir las vibraciones contra mi piel.

—Claro —suspiro.

—¿Qué pasa con la hierba?

—¿La qué?

—¿Las cosas verdes que tienes junto a las ventanas?

Arqueo una ceja.

—¿Cómo sabes de mis plantas?

—Desde la azotea de enfrente de tu edificio se ve bien tu casa. Te vi rociando las hojas cuando vine a ver cómo estabas.

—Son hierbas. Orégano. Menta. Perejil. Romero. Me gustan sus olores. Aunque, me temo que pude haber matado al perejil. Está casi completamente seco —explico—. Tendré que comprar uno nuevo cuando tenga tiempo libre.

—Pensé que a las mujeres les gustaban las flores. No el pasto.

—Hierbas. —Vuelvo a señalar—. A mí también me gustan las flores, pero suelo tener ataques de estornudos cada vez que me acerco demasiado a casi todas las variedades.

—*Mm-hmm* —asiente—. Entonces, estas cosas pueden crecer solas, ¿no? ¿Como el césped?

Resoplo.

—No puedo creer que esté hablando de plantas con el tipo que me ha estado *acosando*.

—¿Por qué? Creo que hasta ahora ha sido una charla agradable e interesante.

Mis cejas me llegan a la línea del cabello.

—Tienes que salir más, amigo.

Una sonrisita transforma sus labios, y un enjambre de mariposas invade mi estómago.

—¿Por qué estás aquí, en vez de con tus amigas?

—No me gustó el rumbo de nuestra conversación y necesitaba un descanso. —Me tapo la boca con la mano para disimular un bostezo—. Lo siento. Anoche no dormí mucho.

—¿Por qué no te vas a casa?

—Me gustaría. Pero mi amiga me trajo aquí. —Lo miro fijamente—. Y prefiero no tomar un taxi si puedo evitarlo.

Ladea la cabeza.

—¿Me estás pidiendo disimuladamente que te lleve?

—Tal vez. —Me muerdo el labio inferior.

—¿Y el consejo de tu hermana?

—He estado varias veces a solas contigo, y sigo viva, con mi virtud intacta. Creo que eres una opción más segura que un taxista psicópata que me pueda tocar.

—Eres más que imprudente, *Pequeña*. —Hace un gesto con la barbilla hacia el edificio de enfrente—. Estoy estacionado por allá.

Me envuelvo en el enorme abrigo con más fuerza mientras camino junto a mi desconocido mientras nos conduce hasta el Dodge Charger negro. Por cada paso que él da, yo tengo que dar dos para seguirle el ritmo. Nuestros brazos se rozan ligeramente mientras caminamos. Apenas un roce ocasional, silenciado por la gruesa tela de su abrigo. Sin embargo, para mí, cada contacto es como una pequeña descarga eléctrica.

Cuando llegamos a su auto, me abre la puerta del pasajero, luego rodea el cofre y se pone al volante. Mientras arranca el coche, le envío un mensaje a Dania diciéndole que me fui a casa, y luego me reclino en el asiento de piel.

—Supongo que no tengo que darte mi dirección —bromeo.

Las comisuras de la boca de mi acosador se inclinan un grado minúsculo hacia arriba. Si no lo estuviera mirando abiertamente, no me habría dado cuenta.

—No.

Aprieto los labios, ocultando una sonrisa.

—¿Y debería preocuparme el hecho de que sepas dónde vivo?

Su mirada captura y sostiene la mía.

—No.

Me han mentido a la cara numerosas veces y no me he dado cuenta, pero hay algo en los ojos de este hombre que me hace estar segura de que dice la verdad.

—De acuerdo. —Asiento con la cabeza y me concentro en el paisaje urbano más allá del parabrisas.

Después de eso, conducimos en silencio, aunque el silencio es agradable. Normalmente, odio estar en compañía de personas que no conozco bien, cuando reina ese silencio incómodo. La necesidad de llenarlo con charlas vacías es abrumadora, pero también lo es el miedo a parecer tonta. Mi desconocido no parece sentirse presionado a romper la tranquilidad que reina entre nosotros. Yo tampoco. Es agradable simplemente estar con alguien y estar en paz.

Empieza a llover, los charcos se forman rápidamente a lo largo de la carretera y reflejan el conjunto de luces blancas y rojas de los coches que

nos rodean. Los limpiaparabrisas se mueven rápidamente, intentando seguir el ritmo del aguacero.

Izquierda-derecha.

Izquierda-derecha.

Izquierda...

—*Pequeña*. —La voz ronca apenas penetra mi neblina—. Ya llegamos.

—Bien. —En lugar de abrir los ojos, entierro mi cara más profundamente en la lana gruesa. Huele tenuemente a bosque, a pino cítrico y a un aroma terroso.

La puerta de un coche se cierra en algún sitio. Otro clic y el aroma de la lluvia fresca invade mis sentidos. Unas manos ajustan el calor terroso a mi alrededor, y entonces, estoy flotando. En los brazos de alguien. No de alguien. Los *suyos*. Dios, qué bien se siente.

Los coches suenan a lo lejos, el viento sopla en mi cara. Giro la cabeza y acurruco la nariz en el cuello de mi oscuro desconocido, inhalando. Calma.

El calor irradia a mi alrededor. Un ligero rebote contra su pecho. Permanezco a la deriva, arrullada por el eco hueco de sus pisadas. Muchas. Me lleva escaleras arriba.

—¿Dónde está tu llave?

—No lo sé. Déjame dormir.

Quietud. Silencio. Luego, un fuerte golpe.

—Tu puerta apesta.

Más pasos. Suaves chirridos de tablas de madera. El bálsamo de mi suavizante favorito cuando mi mejilla toca la almohada. Hmm. Echo de menos el aroma del bosque cuando empieza a desvanecerse.

Al país de los sueños... No.

Voz ronca y rota que habla rápidamente.

—¡Ahora mismo! —Suena como una orden. Me dan ganas de obedecer.

Abro los ojos y veo a mi desconocido junto a la cama, con un teléfono en la oreja.

—Duerme. Alguien vendrá a arreglar la puerta.

—Claro —musito y cierro los ojos.

Cuando vuelvo a dormirme, siento una mano áspera que me rodea la muñeca y luego unos labios cálidos que me acarician la punta de los dedos. O tal vez solo fue un sueño.

Kai

—Lo siento mucho, señor, pero no tenemos perejil.

Entrecierro los ojos hacia el empleado de la floristería y me acerco un paso. El hombre retrocede rápidamente, su espalda golpea la pared detrás de él. Esta es la cuarta floristería abierta las veinticuatro horas en la que pregunto, y en ninguna tienen la maldita hierba. Y estoy perdiendo la paciencia.

—Necesito perejil. —Me inclino hacia adelante hasta gruñirle en la cara—. Ahora.

—Lo s-siento de verdad. Yo... —tartamudea—. Puede que mi vecino tenga un poco. Dirige un invernadero local y cultiva verduras y hierbas. Aún no han recogido toda la cosecha. Si vuelves mañana, tendré un poco para ti.

—Mañana tengo un ataque doble en la agenda.

El hombre me mira confuso.

—¿Un ataque?

—Asesinato —aclaro—. Dame la dirección de este lugar.

El hombre traga saliva, su cara adquiere un tono verdoso, y luego dice el nombre de una calle y un número. Asiento y salgo de la floristería.

La ubicación que me dio está en los suburbios. Tardo casi una hora en llegar a un solar de grava frente a un acogedor edificio de un piso con un par de largos invernaderos de cristal en el costado y un jardín de medio acre en la parte trasera. El cielo está oscuro y el resplandor de la luz de la calle no llega hasta detrás de la estructura principal, así que tengo que usar mi teléfono como linterna mientras camino entre la vegetación descuidada, preguntándome qué demonios me llevó a buscar el maldito perejil a las tres de la mañana. Pero sé la respuesta, se lo debo a mi *Pequeña Tigresa* por esta noche.

Nadie me habla como si fuera un tipo normal. Francamente, aparte de los intercambios relacionados con los negocios que tengo con Kruger y el equipo de apoyo, la gente rara vez me habla. Y estoy completamente bien con eso.

O lo estaba.

Esta noche, en ese callejón, mi chica había hablado conmigo como si yo no fuera un monstruoso fenómeno, oculto en las sombras. Fue extraño. Del buen tipo de extrañeza. Por un momento, me sentí como una persona. Algo que no había sentido en mucho, mucho tiempo. Y entonces, ella bajó la guardia, quedándose dormida en mi auto. Conmigo a su lado. Con la

confianza de que no haría nada para lastimarla mientras estaba en su estado más vulnerable, fue más que imprudente.

Me sacudió hasta lo más profundo de mi ser.

Nunca nadie me había confiado nada, especialmente su propia vida. La mayoría de las misiones de la Z.E.R.O. eran asesinatos u otras cosas desagradables, sin embargo, hubo algunas ocasiones en las que nuestra unidad fue elegida para realizar alguna misión de rescate. Normalmente, era Az, y en raras ocasiones Sergei Belov, quien era asignado para llevarlas a cabo. Nunca yo. Lo único para lo que era bueno, era para acabar con vidas. Nunca salvarlas.

Al principio, pensé que Kruger podría haber estado preocupado de que me volviera loco durante la misión y matara a mi protegido sin querer. Pero entonces comprendí que nunca se le había pasado por la cabeza tenerme en cuenta para un rescate. Lennox Kruger seleccionaba a los agentes en función de sus capacidades y aptitudes. Y me consideró inadecuado porque, aparentemente, aceptar la idea de que alguien pudiera necesitar mi protección no era una habilidad que él pensara que yo poseía. Tal vez tenía razón.

Y aún así, mi chica me confió su seguridad. Incluso me dio su espalda desprotegida cuando se lo pedí. Me permitió cargarla adentro. A su casa. A su espacio seguro.

Miro hacia abajo, dándome cuenta de que mi linterna está apagada. La maldita batería del teléfono eligió el momento perfecto para morir. Hay un poco de luz de luna asomando entre las nubes, su brillo azulado ilumina un pedazo de vegetación a mi alrededor, pero no lo suficiente como para distinguir con claridad las distintas hierbas. Jalo la mata verde más cercana que parece perejil, arrancándola del suelo. Al tercer tirón cede. Me lo acerco a los ojos y lo giro de un lado a otro, observando las hojas. Luego, la raíz, que es larga y anaranjada.

—¡Maldita zanahoria! —murmuro y tiro la cosa por encima del hombro, desplazándome un poco a la derecha. Más mierda verde. En la penumbra, todas las puntas de las hojas se parecen a las fotos de perejil que

busqué antes en Internet. Caminando por el jardín, saco un par más al azar, levantando las plantas hacia la escasa luz que hay sobre ellas. Todas las putas hojas son iguales. Bueno... casi; las raíces son diferentes. Algunas son largas y algo delgadas, sin duda verduras de suelo. Pero ella dijo que el perejil es una hierba. ¿Cuál es la maldita diferencia?

Jalo una y me sale... ¿una zanahoria albina? Otra, y es redonda como una bola rugosa en lugar de una raíz de aspecto normal. Con mi teléfono muerto, no puedo comprobar qué es qué, y no puedo recordar cómo es el perejil en realidad. Tengo una hora antes de que el carpintero llegue a casa de mi *Pequeña* para cambiar la puerta que me las arreglé para cerrar cuando me fui, y tengo la intención de estar allí mientras hace sus cosas. Primero, porque de ninguna manera dejaría que un hombre entrara a su apartamento sin que yo estuviera allí. Y segundo, quiero asegurarme de que trabaje en silencio como le ordené, para que no la despierte.

Joder. Me llevo a la nariz cada variedad de hierba arrancada, oliendo las hojas. Dios santo. Si Kruger pudiera verme ahora, agazapado en medio de los arbustos de verduras, pensaría que por fin he perdido completamente la cabeza. Cuando me piden que determine el calibre de un arma basándome únicamente en el sonido, puedo responder correctamente nueve de cada diez veces. ¿Pero esto? No sé un carajo de esto. Sigo olfateando la basura, pero todo huele a tierra mojada.

—¡A la mierda! —Me endereo y, apretando un puñado de plantas, me dirijo a mi auto.

Capítulo 9

Nera

—Veo que tienes una puerta nueva.

Doy otro mordisco a mi *pizza* y sigo la mirada de Zara hasta la entrada de mi casa.

—La cerradura estaba rota. Hice que cambiaron la puerta hace unas semanas.

—¿No pudiste cambiar solo la cerradura?

—*Um...* Se rompió bastante, parte de la madera de alrededor se resquebrajó.

La mañana después de que mi desconocido me trajera a casa, me desperté pensando que lo había soñado todo. Una puerta nueva y reluciente, reforzada con acero, me demostró lo contrario. Así como dos llaves que encontré sobre el mostrador de la cocina. Cuando me asomé al balcón, vi a dos tipos con uniforme que cargaban mi vieja puerta en la parte trasera de una camioneta. La madera alrededor del cerrojo estaba astillada.

—La madre de Salvo me llamó ayer —dice Zara mientras toma su agua—. Irá a un evento de caridad el próximo mes y quiere que le diseñe un vestido.

—¡¿Qué?! —exclamo—. ¡Eso es increíble!

Mi hermana se encoge de hombros.

—Sí. Le dije que lo pensaría.

—¿Lo pensarás? —Extiendo el brazo por encima de la mesa y tomo su mano—. ¿Qué hay que pensar?

—No es lo mismo que hacer vestidos para ti y para nuestras amigas, Nera.

—Claro que no. Aceptarás, diseñarás un vestido magnífico para ella y todo el mundo se volverá loco por él. Todas las mujeres de la *Familia* querrán tener uno también.

Salvo ha sido amigo de Massimo y Elmo desde la infancia. Su familia es una de las más antiguas de la *Cosa Nostra* de Boston. Hace unos años, sustituyó a su padre en el puesto de Capo y desde entonces se encarga de las negociaciones de diversas transacciones con nuestros socios. Si su madre aparece en una fiesta con un vestido diseñado por mi hermanita, al día siguiente habrá una fila de mujeres enfrente de nuestra casa.

—Sí. A papá le encantará eso —comenta con una sonrisa amarga—. La hija de Nuncio Veronese trabajando como costurera para mujeres por debajo de su posición social.

—Pero...

—Sin peros. Voy a decirle que estoy ocupada con las tareas escolares y que no puedo hacerlo.

Mis hombros se hunden.

—Dijiste que tu mayor sueño es tener tu propia marca de ropa algún día.

—Un sueño. Eso es todo lo que es. —Se levanta y empieza a recoger los platos sucios, dando por terminada la discusión sobre este tema—. ¿Cómo van tus cursos? Faltaste al almuerzo el domingo.

—Los cursos van bien. Y he estado trabajando más horas en la clínica veterinaria, así que no pude ir.

—No has vuelto a ver a ese hombre, ¿verdad?

Me estremezco y un trozo de la corteza de la *pizza* se me atasca en la garganta.

—¿Hombre? —Toso—. ¿Qué hombre?

La mano de Zara se queda a medio camino de la caja de *pizza* vacía. Sus ojos se clavan en los míos y siento como si su mirada aguda me taladrara el cráneo.

—¡Nera!

Me estremezco. Zara siempre podía ver a través de mis farsas. Aunque es dos años más joven, a veces es más como una hermana mayor.

—¿Tal vez? —Le ofrezco una sonrisa tímida—. Escucha, no es lo que piensas. Solamente pasó por la clínica, necesitaba ayuda.

—¿Ayuda? ¿Qué tipo de ayuda?

—Necesitaba un par de puntadas.

—¿Hizo que Leticia lo curara? —Ella sacude la cabeza—. Es veterinaria, por el amor de Dios.

Deslizo una servilleta entre mis manos y empiezo a doblarla.

—Ummm... No fue Leticia. Fui yo.

—¿Tú?

—Fue un desastre, pero no le importó. Y también me lo encontré cuando salí con Dania y las chicas. Él... me llevó a casa.

—¿Te subiste a un auto con un hombre que no conoces? ¿Qué te pasa? Podría haber...

—No hizo nada —la interrumpo—. Le pedí que me llevara. Me trajo a casa y se fue. Eso es todo.

Bueno, no es exactamente toda la verdad. Está la puerta. Y el “regalo” que me dejó.

—¿Por qué sonrías? ¡Esto es serio, Nera! ¿Quién es? ¿Sabes siquiera cómo se llama?

—No sé cómo se llama. En realidad, no sé mucho de él. —Echo un vistazo a las nuevas macetas grises que coloqué junto a las puertas del balcón—. Me trajo apio nabo. —Al ver la expresión vacía de Zara, explico—: Raíz de apio. Y algunas chirivías.

—¿Qué?

—Creo que pensó que era perejil.

Ese día, cuando salí hacia la biblioteca para recoger el libro de consulta que necesitaba para mi trabajo, encontré un montón de verduras colgando del picaporte exterior de mi nueva puerta. Algunas eran chirivías, pero la mayoría eran raíces de apio. Me quedé boquiabierta, preguntándome qué demonios hacían ahí, hasta que lo comprendí. Se suponía que eran perejil. Me quedé en el umbral, contemplando la “ofrenda” durante varios minutos, mientras un sentimiento cálido se hinchaba dentro de mi pecho.

—Los hombres que necesitan que les saquen las balas del cuerpo y les cosan las heridas no van por ahí trayendo perejil a las chicas, Nera.

—Este sí. Todavía había tierra en las raíces. Estoy segura de que se las robó de algún lado. —Aparto la vista de mis nuevas “hierbas” y me

encuentro con la mirada de mi hermana—. ¿Recuerdas todos los regalos que Lotario solía traerme?

—¿Qué tiene que ver eso con esto?

—Flores —contesto—. Me seguía trayendo flores a pesar de que le dije varias veces que era alérgica. Pendientes de diamantes, que nunca me ponía porque no tengo perforadas las orejas. Ese bolso carísimo de piel de serpiente que regalé porque nunca usaría piel auténtica.

—Lotario era un idiota. No deberías usarlo como referencia.

—¿Y qué hay de nuestros amigas? —pregunto—. Amigas que pensé que me conocían bien, siempre parecen estar compitiendo por comprar el regalo más caro para mi cumpleaños sin molestarse en averiguar lo que realmente me gusta.

—No es así.

—Sí que lo es. Y tú lo sabes. Tú misma lo has vivido. El año pasado, Dania te compró un reloj por tu cumpleaños. Y ella sabe que nunca usas joyas porque tu piel es muy sensible y no tolera muchas cosas. Eligió ese reloj en especial porque sabía que todo el mundo hablaría de él durante días. No porque te fuera a gustar.

Zara aparta la mirada, pero aún veo lágrimas en sus ojos.

—Sí me gusta ese reloj.

—Lo sé —susurro y tomo su mano entre las mías—. Y sé que te encantan las joyas que papá te sigue comprando. Aunque solo las guardes en esa caja de terciopelo sobre tu tocador.

—Probablemente se le olvidó. —Se limpia una lágrima perdida y sonríe—. Así que... ¿perejil?

—Bueno... raíz de apio —resoplo.

Zara me mira unos instantes y luego suelta una carcajada.

—No sabía que tuvieras un gusto tan peculiar para los hombres, hermanita.

—Yo tampoco. —Sonríó.

—Pero ten cuidado, Nera. Y por el amor de Dios, la próxima vez pregúntale cómo se llama.

Kai

Se abren las puertas del ascensor.

Salgo y me dirijo a la izquierda, hacia la oficina de Kruger, al final del pasillo. Dos técnicos que se encargan de la vigilancia están pasando el rato a mitad del pasillo, charlando mientras beben de sus tazas de café para llevar, pero en cuanto se fijan en mí, su conversación se detiene. Se pegan a la pared y me observan con ojos muy abiertos mientras me acerco, su atención rebota entre mi cara y un hombre inconsciente que llevo sobre el hombro. Mi mirada se dirige hacia ellos cuando paso. Uno de los chillones traga saliva con fuerza y su taza de café se le escapa de las manos, cayendo al suelo de cemento con un sonoro golpe. En cuanto paso junto a ellos, dos pares de pies que corren repiquetean en dirección contraria. Sujeto al tipo inconsciente y entro a la oficina de Kruger.

—Te esperaba el viernes —declara sin levantar los ojos de la *laptop* y garabatea una nota en la libreta que yace a un lado de su escritorio.

—Surgió algo. —Dejo el cuerpo inerte junto a la puerta y tomo asiento en la única silla para visitas que hay en la habitación.

Kruger ni siquiera me mira, se limita a teclear y hacer anotaciones de vez en cuando. Siempre ha tenido que aparentar que no le molesta mi presencia, aunque ambos sabemos que no es así. Después de acogerme, con el pretexto de inscribirme en el “programa para jóvenes con problemas”, este hombre pasó años utilizando los métodos más siniestros para moldearme hasta convertirme en su visión de una perfecta máquina asesina. Yo fui su primer recluta. O el “paciente cero” de su proyecto demente, moldeado desde los ocho años para convertirme en un asesino sin remordimientos. En cuanto a experimentos, se podría decir que superé las expectativas.

—¿Y cuál es la naturaleza de lo que *surgió*, Mazur? —interroga y por fin se encuentra con mi mirada tras rodear su última línea en el bloc de papel.

—No es tu maldito problema.

El bolígrafo que tiene en la mano se parte por la mitad.

Me reclino en la silla y cruzo los brazos sobre el pecho. De niño me aterrorizaba “mi salvador”, pero llegó un momento en que nuestros papeles se invirtieron. Aún recuerdo la expresión de su rostro cuando ocurrió.

Regresé de una misión y arrojé una cabeza mutilada sobre su escritorio. Pertenecía a un conocido terrorista al que los militares llevaban años intentando matar. Kruger se quedó observando la cabeza ensangrentada durante casi un minuto antes de recomponerse lo suficiente como para mirarme. Creo que fue entonces cuando se dio cuenta de lo que había creado.

Fue en ese momento que vi por primera vez el miedo en los ojos de Lennox Kruger. Me temía. Apenas tenía diecisiete años. Pero también había algo más en su mirada. Orgullo. Nunca nadie había estado orgulloso de mí hasta ese día. Me sentí bien. Aun así, en ese instante, quise ponerle una pistola en la sien y matarlo. Al mismo tiempo, quería volver a ver esa mirada de orgullo en sus ojos. Mis sentimientos al respecto me confundían.

No sé por qué nunca intenté matar a ese bastardo. Dios sabe que tuve muchas oportunidades. Como ahora, por ejemplo. Podría dispararle fácilmente en la cabeza antes de que llegara a la pistola que tiene atada bajo el escritorio. Aun así, no quiero desperdiciarlo. Quizá porque disfruto demasiado viendo esa mirada de terror en él. O quizás porque mi mente jodida ve a este imbécil como lo más parecido a un padre que tuve en mi vida. Y, para empeorar la situación, estoy bastante seguro de que, a su manera trastornada, me considera su hijo.

—No quiero que tus asuntos privados interfieran en mi negocio — ordena.

—¿Cuándo he afectado yo a tu “negocio”? Sí recuerdas mi maldito porcentaje de éxito, ¿verdad?

Refunfuña algo y mira hacia otro lado.

—No te escuché, Kruger. ¿Cuál es mi puto porcentaje?

—Cien por ciento.

—Exactamente. Así que ocúpate de tus propios asuntos. —Hago un gesto con la cabeza hacia el hombre en el suelo. Parece que se agita—. ¿Qué quieres hacer con él?

—La clienta cambió de opinión. Ya no lo necesita. Puedes llevártelo a donde sea que lo encuentre.

—El viaje de vuelta no estaba incluido en el contrato. ¿Ella pagará por el trabajo extra?

—No.

—Bueno, si ese es el caso... —Saco mi pistola y disparo al rehén.

Kruger mira el cadáver que hay en el suelo y dice:

—Encárgate del cuerpo. —Luego, vuelve a sus notas.

Ignoro su orden y me dirijo directamente a la puerta. Mi *Pequeña Tigresa* está trabajando hasta tarde hoy. Si me apuro, llegaré a Boston justo a tiempo para seguirla a casa. Y quizá pueda vigilarla un poco más de tiempo.

Ha pasado más de una semana desde la última vez que la vi. Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios. Le gustó el perejil. Está plantado en tres macetas grises a juego, junto a la puerta del balcón donde le gusta estudiar, no junto a la ventana donde están el resto de sus hierbas. Mi perejil vive en el mejor lugar.

—¡Mazur! —grita el capitán—. ¡El cuerpo!

—Chúpame la polla, Kruger —digo por encima del hombro y cierro la puerta de la oficina.

Capítulo 10

Kai

Ladeo la cabeza y observo a mi chica mientras sube la escalera de incendios al tejado de su edificio. Lleva lo que parece ser una manta bajo el brazo izquierdo y una botella en la misma mano, mientras se agarra cautelosamente a la barandilla con la otra. Lleva el cabello rubio oscuro recogido en un moño desordenado y atado con una tela roja. La pañoleta que le dejé.

El edificio de viviendas que he estado usando como torre de vigilancia es un piso más alto que el suyo, así que puedo verla claramente cruzar el asfalto liso y cubierto de nieve para sentarse en una banca improvisada que alguien colocó allí. Parece que a ella también le gusta estar en los tejados. Tenemos eso en común. Se pone cómoda, se envuelve los hombros con la manta y se queda mirando al espacio.

Algo ocurrió. Algo que la conmocionó.

Durante mis visitas esporádicas de los últimos ocho meses, he llegado a conocerla bastante bien. No bebe café, pero le gusta la limonada. Compulsivamente ordenada, basándome en lo impecable que está su apartamento. Hábitos de sueño poco saludables. Puede pasarse toda la noche trabajando en su *laptop* hasta que prácticamente se desmaya al

amanecer. La semana pasada, se desmayó en el sofá con un cable de alimentación enrollado en la pierna. Menos mal que guardé la llave de la nueva puerta que mandé instalar. No tuve que forzar la puerta cuando subí a desenredar el maldito cable para que no le cortara la circulación.

A parte de reunirse con sus amigas en un bar todos los viernes por la noche, no parece salir muy a menudo. Ajusté mi horario de trabajo para estar libre esas noches y poder vigilarla. Los establecimientos que frecuenta son bastante discretos, más bien bares locales, y no es muy probable que atraigan problemas graves, mas no quiero correr riesgos con ella. Quiero estar seguro de que está a salvo. No. No es simplemente *querer*. Es una necesidad. *Necesito* saber que está a salvo.

A veces, paso a verla durante el día. Hasta ahora, sin embargo, no he encontrado nada que pudiera considerarse una amenaza potencial durante las horas de luz. La mayor parte del tiempo está estudiando en casa, y de vez en cuando se aventura a ir a la biblioteca o a trabajar en la veterinaria. No tiene novio. Ni mascotas. Eso me molesta mucho, por alguna razón. Está aprendiendo un montón de cosas sobre animales, así que ¿por qué su casa no está llena de gatos y perros, o cualquier otra criatura que se tenga como compañía?

La *Pequeña* abre la botella y bebe un buen trago. Parece triste. No me gusta.

Me alejo de la barandilla, con la intención de dirigirme hacia allá y exigir saber quién la ha hecho infeliz para poder matar a los hijos de puta, pero me detengo a los dos pasos. Me prometí que mantendría mi distancia. Voy a asegurarme de que está a salvo, no obstante, lo haré desde lejos. Acechar en los rincones oscuros es lo que mejor se me da. No “trato” con la gente a menos que implique deshacerme de ella.

Apretando los dientes, me doy la vuelta y vuelvo a mirar a mi chica. Está agarrada a la manta por los hombros, mirándose los pies mientras balancea lentamente la botella que tiene en la mano.

Las ganas de averiguar qué le pasa me corroen por dentro y luchan contra mi decisión de no moverme. Pero soy un maldito testarudo, así que

mi determinación gana.

Durante cinco largos minutos.

Nera

Sutiles punzadas en la piel de la nuca y, unos instantes después, el sonido de pasos que se acercan. Lentos. Deliberados en su movimiento.

—Veo que por fin decidiste aparecer de nuevo —pronuncio, sin dejar de mirar el horizonte de la ciudad—. Han pasado dos meses.

La madera crujе debajo de mí cuando mi desconocido toma asiento en el otro extremo de la banca.

—Nunca estuve lejos, *Pequeña Tigresa*.

—Sí, vigilándome desde lejos. Te sentía, ¿sabes? —Y cada vez que percibía esa sensación de hormigueo que se asocia exclusivamente con él, esperaba que apareciera para que pudiéramos seguir hablando. De nada. Y, sin embargo, de todo.

—¿Cómo es eso?

—Es un sexto sentido, en cierto modo. —Levanto mi botella de vino
—. ¿Quieres un poco?

—¿Sueles estar tan relajada con hombres que no conoces?

—*Nop*. Supongo que tú eres especial. —Volteo y lo veo por primera vez. Está encorvado, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza inclinada hacia un lado, mirándome. La banca en la que estamos sentados es bastante larga, y hay al menos un brazo de distancia entre nosotros. Ojalá estuviera más cerca para poder acurrucarme a su lado. Por alguna razón, este hombre me atrae como una polilla a una llama, sin embargo, con él no es la luz brillante lo que me atrae. Es la oscuridad. El impulso de vislumbrar lo que se esconde tras su mirada plateada.

He echado de menos su presencia sombría. De un modo extraño, es una de las pocas cosas genuinas que hay en mi vida ahora mismo. Eso dice mucho de mi estado mental, supongo. Dios, no debí haber ido a la boda de Romina. Ella estaba tan feliz. Y yo estaba celosa de su felicidad, sabiendo que nunca tendría la oportunidad de experimentar lo que ella poseía, de tener lo que ella tiene. Me hizo sentir como una mierda.

—¿Por qué estás triste? —Sus ojos se concentran en los míos, y una vez más, me sorprende la ausencia absoluta de cualquier tipo de emoción en ellos.

—Hoy trajeron a un perro atropellado —suspiro y vuelvo a mirar hacia los techos que se vislumbran en el horizonte—. El pobre no sobrevivió. Murió.

—Todo muere, *Pequeña Tigresa*. Los perros. Los gatos. Las personas. Desde el momento en que nacemos, todos nos dirigimos hacia la misma dirección. Hacia nuestra muerte. Así funciona la vida.

—Sí... —Bebo otro sorbo de vino. Queda menos de media botella y me siento ligeramente mareada—. ¿Eso debería hacerme sentir mejor?

—No lo sé. Tal vez.

Resoplido.

—Un consejo para ti. Si alguna vez te invitan a dar un discurso motivacional, no aceptes.

El viento sopla levantándome algunos cabellos sueltos. Me los paso detrás de la oreja y me envuelvo más en la manta.

—¿Tienes frío?

—No, solo tengo sueño. El vino suele tener ese efecto en mí. —Sujetando la botella con una mano y agarrando los lados de la manta con la otra, deslizo mi trasero por la banca de madera hasta sentarme junto a él. Huele otra vez a bosque—. Veo que te compraste un abrigo nuevo. ¿Puedo quedarme con el que dejaste?

—Si quieres. —Su voz suena más ronca tan cerca.

Cierro los ojos y apoyo mi cabeza en su hombro.

—¿Qué haces en mi azotea, acosador?

—No estoy seguro.

El sonido del tráfico zumba bajo nosotros, adormeciéndome. Giro la cabeza para apretar mi nariz contra la manga de su abrigo e inhalo su aroma. Se tensa, mas no se aparta.

—Gracias por la raíz de apio.

Pasan unos segundos en silencio antes de que vuelva a hablar.

—Debería haber sido perejil.

—Me lo imaginé. ¿Lo robaste?

—Yo no robo. —Levanta el borde de la manta y lo mueve para cubrirme las piernas—. Dejé dinero en la caja.

—Supongo que está bien, entonces. —Me apoyo un poco más en él. Esta vez parece más cómodo con mi cercanía. Pasa un momento y me rodea la espalda con el brazo. Me recorre una sensación de excitación al sentir su cuerpo en contacto con el mío. Sí, está la manta y su abrigo, junto con el resto de nuestra ropa como barrera, pero aun así, me siento tan bien

acurrucada contra él. Inclino la cabeza hasta que mi nariz roza su abrigo, justo cuando un pensamiento me invade—. ¿Estás casado?

—No.

Un pequeño suspiro de alivio sale de mis labios.

—Una de mis amigas se casó la semana pasada. Llevaba puesto el vestido más bonito que he visto en mi vida, blanco como la nieve, de encaje delicado y con pequeños cristales brillantes en el dobladillo. Y el novio... Vestía un traje blanco. Parecían tan felices. Quizá porque era una boda de verdad.

—¿También hay bodas falsas?

—La mayoría de las bodas de nuestra *Familia* son falsas porque las parejas se casan por obligación, no por amor. Es un asco. —Bostezo y me llevo la botella a los labios, pero antes de que pueda darle otro trago, me la quita de la mano.

—Creo que ya bebiste suficiente.

—Aguafiestas. —Alargo la mano, intentando agarrar mi vino—. ¿Me devuelves mi botella, por favor?

—No. —Una respuesta brusca por encima de mi cabeza y, un momento después, algo se estrella detrás de nosotros. Probablemente mi vino—. Te veías más hermosa que la novia.

—¿Y cómo lo sabes?

No hay respuesta, solo el sonido constante de su respiración. Abro un ojo y lo veo observándome. Tiene la cabeza inclinada y nuestras caras están a escasos centímetros.

—Estuviste allí, ¿verdad?

—Sí. —Me mantiene la mirada, sin pestañear. Esperando mi reacción.

—¿Por qué?

—Demasiada gente. Demasiadas amenazas en potencia. Necesitaba saber que estabas a salvo.

—No necesito un ángel guardián —susurro y levanto la mano para trazar la línea de su barbilla con el dorso de mis dedos. Su aliento roza mi mano mientras se inclina ligeramente hacia mí.

—Bien. Porque eso no es lo que conseguiste.

—¿Y qué conseguí?

Inclina la cabeza hasta que nuestras narices casi se tocan.

—Un demonio, *Pequeña Tigresa*.

Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios. Todavía puedo escuchar el ruido de los coches que pasan por la calle, pero el tráfico ha disminuido. Ya debe de ser bien tarde en la noche. Mi oscuro protector aparta la mirada para observar el cielo nocturno.

La tranquilidad desciende y siento los párpados pesados. Probablemente debería volver adentro, a la cama, si quiero ser útil mañana, pero no puedo obligarme a marcharme. Cierro los ojos y dejo que su olor y su cercanía me envuelvan.

—¿Estás durmiendo?

—Lo intento —musito.

—Bajar la guardia cuando estás con alguien que no conoces no es prudente.

—¿Planeas hacerme daño?

—Nunca.

—Entonces, estoy bien. —Me acomodo la manta y vuelvo a cerrar los ojos—. Para que conste, eres una almohada excelente, *demonio*.

—¿Eso es... un cumplido?

—Definitivamente.

Es tan cálido que, al acurrucarme contra él, me siento como si estuviera apoyada contra una caldera. Pero incluso fuera de ese capullo de calor corporal, me hace sentir cómoda. Protegida. Y no solo en el sentido físico. Segura para decir lo que pienso. Segura para ser... yo misma.

Sumida en una bruma de felicidad, soy débilmente consciente del mundo que sigue girando. Las calles poco transitadas. Una sirena a lo lejos, rompiendo el zumbido del tráfico. La quietud de la noche.

—No tienes mascotas —expresa con esa voz rota.

—*Nop*.

—¿Por qué?

—Porque, tener un animal dentro de casa significa tenerlo confinado. Casi como una prisión. No hay nada peor que saber que tu vida ha sido relegada a una caja, y por muy bonita que sea esa caja, sigue siendo una jaula. Tal vez algún día, si tengo una casa en un lugar fuera de los límites de la ciudad, y un gran patio donde podrían vagar libremente. Quizás hasta tenga caballos. —Suelto una risita soñolienta, recordando el comentario de mi padre sobre la inseminación de caballos—. ¿Y qué hay de ti?

—La verdad es que no tengo una opinión sobre los animales.

—¿No tienes una opinión? —resoplo.

—No. Los animales son simplemente molestias. Cosas que se cruzan en mi camino de vez en cuando. No me interesan, así que los ignoro. —Apoya la barbilla en mi cabeza y un escalofrío me recorre la espalda—. Pero creo que me están empezando a gustar los felinos, *Pequeña Tigresa*.

—A mí no me pareces un tipo a quien le gusten los gatos.

—No me gustan los animales en general.

—¿Ni siquiera los perros? —pregunto, queriendo saber cada pequeño detalle sobre él.

—Especialmente los perros.

—¿Conoces ese dicho: “a la gente que no le gustan los animales, tampoco le gustan las personas”?

—Supongo que el dicho es cierto. No me gusta la gente.

—Pero aquí estás, sentado en un techo, charlando con una. Mientras ella se está durmiendo a tu lado, debo añadir.

—Sí. Y también se está congelando. Te llevaré a casa. —Me pasa el otro brazo por debajo de las rodillas, me sube a su regazo, con manta y todo, y se levanta.

Le rodeo el cuello con el brazo y me encuentro con su mirada gris pálida.

—Para ser alguien a quien no le gusta la gente, pareces bastante preocupado por mi bienestar —susurro.

—Eso parece.

Mientras me lleva hacia la salida de la azotea, cubriendo rápidamente la distancia con sus largas zancadas, deslizo la mano hasta su nuca y recorro con la palma su trenza. Se detiene tan bruscamente que pego un grito.

—Lo siento. —Retiro mi mano—. No debí hacerlo.

Con los ojos fijos en la puerta de acceso al edificio que tiene enfrente, se queda completamente inmóvil durante un momento y luego gira la cabeza para mirarme. Dejo de respirar, absolutamente cautivada por sus

ojos clavados en los míos y la sensación de sentirme envuelta entre sus brazos.

—No me gusta que nadie me toque el cabello —confiesa.

Jadeo. Teniendo en cuenta todos los pinchazos y estrujones que le he dado mientras lo curaba, no esperaba que le importara que le tocara el cabello.

—No lo volveré a hacer.

Sus ojos bajan hasta mis labios y se quedan allí un instante. Luego, aparta rápidamente la mirada.

—No me importa que *tú* lo hagas, *Pequeña*.

Sigo acariciándole el cabello mientras me lleva escaleras abajo y luego por el pasillo hacia la puerta de mi apartamento. El alcohol y la somnolencia de antes han desaparecido. Desterrados por la emoción de volver a abrazarlo, de sentir su calor bajo mi tacto. Sus ojos siguen atentos el camino, pero los míos están pegados a su cara, recorriendo cada línea nítida, devorando su mirada. ¿Qué haría si intentara besarlo? ¿Me devolvería el beso? ¿O se marcharía y no volvería a aparecer? No tengo idea de cómo definir esto... que hay entre nosotros.

Cuando llegamos a mi puerta, se detiene ante ella, pero no me baja. Pasa un momento. Sigue observando fijamente frente a él, a la nueva puerta de la que fue responsable. Y yo sigo mirándolo.

Ambos estamos perdidos en nuestras visiones hasta que de repente se escucha un clic y las luces del pasillo, que se activan con el movimiento, se apagan, dejándonos en completa oscuridad. Pensé que no podía ser más sensible a él, pero ahora, en la oscuridad, su presencia es inmensa. La suavidad de su cabello bajo mis dedos. El subir y bajar de su pecho. Su cálido aliento me cosquillea la piel de la cara. El latido de su corazón junto a mi oído. Es más de medianoche y, aparte de nuestras respiraciones, no se escucha ningún ruido en nuestro mundo.

—¿Por qué no te gusta que te toquen el cabello? —susurro.

—Es lo único que es mío.

Un escalofrío me recorre, causado por el timbre de su voz rota. Suena como si la propia oscuridad me hablara.

—¿Cómo es eso? —inquiero, con palabras apenas audibles.

—Todo lo demás que tengo pertenece a otra persona, *Pequeña Tigresa*. Mi pasado. Conocimientos y habilidades. Incluso mi nombre. Tampoco lo digo como si fuera una forma de hablar. Nada de eso es mío.

—No lo entiendo.

Debe inclinar la cabeza hacia un lado, porque siento que su barbilla roza mi mejilla.

—Lo sé.

—¿Me lo puedes explicar? ¿Cómo es posible que el nombre de una persona pertenezca a otra?

—Hay cosas que es mejor no saber. —Se inclina y baja lentamente mis piernas hasta el suelo.

Las luces del pasillo, activadas por el movimiento, se encienden y tengo que parpadear para adaptarme a la iluminación repentina. Mi desconocido toma mi mano y, llevándosela a los labios, apenas roza mis dedos con su boca. Aún estoy intentando recuperar el aliento cuando da un paso hacia atrás y clava su mirada en la mía.

—Duerme bien, *Pequeña*.

Lo sigo con la vista mientras camina por el pasillo, su enorme cuerpo hace que el espacio parezca mucho más estrecho de lo que es. Durante una fracción de segundo, se detiene al final, me devuelve la mirada y desaparece al dar la vuelta en la esquina.

Capítulo 11

22 años atrás

Base de la Unidad Z.E.R.O.

(Kai 12 años)

***Advertencia — en este capítulo hay maltrato animal.**

Kai

—Apunta a su pata trasera y dispara. Ahora, muchacho, es una orden.

Miro al enorme perro café echado en el suelo, con la lengua colgándose de la boca mientras me mueve alegremente la cola. Desde el día en que el capitán Kruger trajo a ese perro, hace seis meses, supe que algo no andaba bien. Al principio, pensé que podría tratarse de un perro callejero salvaje y él quería ver cómo me defendería si el animal me atacaba.

Al capitán le gusta crear y observar situaciones en las que me veo obligado a actuar por instinto. Echarme algo a la bebida que me provocaba

sensibilidad a la luz y me mareaba antes de enviarme a un campo de tiro para practicar, todo para poder evaluar lo bien que podía disparar bajo los efectos de drogas similares. Aumentar la luminosidad del techo y luego poner sonidos fuertes a través de los altavoces de mi habitación, para poder medir cuánto tiempo podía aguantar sin dormir y lo eficiente que era en ese estado de privación. Ordenaba a los guardias que me atacaran de vez en cuando para determinar la rapidez de mis reflejos en tales situaciones.

Pero yo no entendía el propósito de un perro.

Ahora lo entiendo.

He estado cuidando a ese perro durante meses. Alimentándolo. Llevándolo conmigo a correr a las sesiones de entrenamiento físico obligatorias cada mañana. Incluso ha estado durmiendo al pie de mi cama. El capitán lo vio, y nunca me pidió que dejara de cuidarlo. Supuse que, en el fondo, debió de ser un regalo.

—¿Qué esperas, muchacho?

—No —protesto, mirándolo fijamente.

—¿Estás desobedeciendo una orden directa?

Manteniendo los labios apretados, suelto el arma que sostengo, dejándola caer al suelo de cemento. No le haré daño a mi perro, aunque eso signifique que me castiguen.

—¡Misión fallida, muchacho! —me brama el capitán a la cara—. Y cuando fallas una misión, puedes esperar consecuencias.

Me armo de valor, esperando una patada en el estómago o un puñetazo en la cabeza. Sin embargo, no llega. En lugar de eso, Kruger se da la vuelta, apunta con su arma al perro y dispara.

Capítulo 12

Kai

La puerta se abre y aparece un hombre moreno de unos treinta años.

—¿Puedo ayudarlo?

—Sí. —Asiento con la cabeza. Le doy un puñetazo en la cara.

El tipo cae de espaldas y acaba tendido en medio del pasillo. Quizá no debí pegarle tan fuerte. Entro, cierro la puerta y agarro al tipo por la camisa. Lo arrastro a través de la sala hasta la pequeña y desordenada cocina y lo dejo caer sobre una de las sillas. Se produce un golpe seco cuando su cabeza choca contra la mesa y se desploma hacia adelante, aún inconsciente. Tomo asiento frente a él y me reclino para esperar.

El agente asignado a esta misión fue detenido por una infracción de tránsito y, durante la inspección, el policía encontró armas sin registrar en el coche. El idiota fue arrestado inmediatamente. Está fuera de servicio por esta noche, o al menos hasta que la gente de Kruger pueda llevar sus papeles ultra secretos a la estación de policía y sacar al tipo. Como este contrato tenía que llevarse a cabo hoy, me llamaron a mí, por mi cercanía al lugar, al parecer.

El hombre se agita y gime. Se endereza lentamente y me mira confundido.

Saco mi teléfono y lo deslizo por la mesa de la cocina, con la pantalla hacia arriba. El tipo mira la imagen de la memoria USB en el teléfono y sacude rápidamente la cabeza.

—No la tengo. Lo juro. —Escupe un puñado de sangre al suelo de la cocina y continúa hablando—: No sé quién lo tomó, pero no fui yo. Ni siquiera sé lo que contiene. Te equivocaste de persona.

Cruzo los brazos sobre el pecho y suspiro. La extracción de información no es mi especialidad. Requiere que el objetivo se mantenga vivo y coherente. Mantenerlo con vida el tiempo suficiente para que reflexione sobre sus elecciones en la vida mientras lo trabajo no es un problema. El problema es que no estoy seguro de lo coherente que acabará siendo cuando llegue el momento de cantar. Mientras reflexiono sobre mi dilema, agarro una de las manzanas de aspecto apetitoso del tazón que hay en el centro de la mesa. Le doy un mordisco, pero no es tan dulce como parecía.

El tipo deja de moverse en su asiento y me mira boquiabierto. Creo que interpreta mi postura relajada como indiferencia. Sus ojos se dirigen hacia la puerta, luego vuelven a mí y se fijan en la manzana. Al instante siguiente, salta de la silla y corre hacia la puerta. Le doy otro mordisco y, metiéndome la mano en la chaqueta, saco la pistola. El idiota está histérico, intentando abrir la puerta de un tirón. Sin prisas, enrosco el silenciador en la pistola, apunto a su mano y disparo. Un grito de dolor llena la habitación.

—¡Vuelve aquí! —ordeno.

El hombre sigue lloriqueando mientras vuelve a la mesa llevándose la mano al pecho.

—Cállate y siéntate. —Guardo la pistola y señalo su asiento.

Consigue cerrar la boca y se desliza hasta la silla.

—Ahora, escúchame bien, porque no voy a repetirlo. Mis órdenes para esta misión de mierda son claras: recuperar la memoria USB como sea, pero dejarte con vida. —Le hago un gesto con la mano—. Disparar solo para herir no es exactamente lo mío. Parece que le di a una arteria. Si no recibes ayuda en veinte minutos, estás muerto.

—Bote de azúcar. —Se atraganta.

—¿Qué?

—La memoria USB está en el bote de azúcar.

Me levanto y agarro el tarro de cerámica blanca del mostrador. Enterrado justo debajo de la superficie de cristales blancos y finos, se encuentra la memoria USB escurridiza. Cuando estoy a punto de agarrarla, un leve chirrido de madera raspando el suelo de linóleo suena detrás de mí.

—Eres un estúpido, maldita sea —siseo, dándome la vuelta cuando el tipo se abalanza sobre mí con un cuchillo de cocina en la mano buena.

Le agarro la muñeca y aprieto. Se escucha un crujido seco de hueso. El cuchillo se le escapa de la mano. Lo agarro en el aire y se lo clavo en la cabeza, justo en la oreja.

—¡Te lo dije! —bramo a su mirada vidriosa y dejo que el cuerpo caiga al suelo—. Costumbre de oficio, imbécil.

Saco la memoria USB del bote de azúcar y miro el reloj de pared que cuelga sobre el mostrador. Son las dos y media de la tarde. Si salgo ahora, podría estar en Boston a las siete. Mi *Pequeña* debería estar trabajando hoy en el turno de la tarde. Suele hacerlo los jueves.

Veintisiete días. Diez horas. Y veinticinco minutos. Ese es el tiempo que ha pasado desde que hablé con ella. He estado pendiente de ella regularmente, aunque he mantenido la distancia.

Nera.

No tenía intención de descubrir su nombre, me preocupaba demasiado que saberlo me arrastrara aún más en esta obsesión, pero una de sus amigas la llamó mientras yo estaba lo bastante cerca como para escucharla.

Nera.

Me pregunto cómo sonaría si lo dijera en voz alta.

Quiero volver a hablar con ella.

Saco un cuchillo para filetear del bloque de cuchillos, compruebo el filo de la navaja con el dedo y me acerco a grandes zancadas a un espejo largo que hay en el pasillo.

Nera

Suena la campanilla sobre la puerta, rompiendo el silencio en la pequeña clínica veterinaria.

—Está cerrado —aviso mientras recojo mi chaqueta.

—Lo sé.

Mi cabeza se gira hacia la voz. El traje negro de diseñador le queda perfecto, abrazando sus anchos hombros, los dos primeros botones de la camisa negra que lleva debajo desabrochados. El cuello está completamente cubierto de sangre seca. En diagonal, en la mejilla, tiene un corte largo y feo.

—¿Es en serio? —Jadeo y vuelvo a dejar la chaqueta en el perchero.

Mi *Demonio* echa un vistazo al consultorio, entra despreocupadamente en una de las salas de examen y toma asiento.

—¿Cómo está tu vida, *Pequeña Tigresa*?

—No lo puedo creer —pronuncio en voz baja mientras me apresuro a recoger desinfectante y gasas—. Simplemente... no puedo creerlo.

Siento sus ojos clavados en mí todo el tiempo que busco en los cajones el resto de las cosas que voy a necesitar y las dejo a su lado en la mesa. Después de lavarme las manos, avanzo hacia él mientras pequeñas mariposas agitan sus alas en mi estómago, la sensación choca con el horror de verlo lastimado.

—Creo que necesito puntadas otra vez.

Parpadeo y centro la mirada en el corte que tiene en la mejilla.

—Esta vez bastará con unas tiras estériles. La hemorragia ya se detuvo, así que solo necesitas algo para mantener la herida cerrada.

—Oh... Es una lástima.

—¿Una lástima? ¿Eres masoquista o algo así? —pregunto mientras limpio la sangre seca del corte y la piel de alrededor.

—No.

Es muy difícil concentrarme en mi tarea cuando él está tan cerca. Mi pierna está presionada contra su muslo y mis pechos tocan la parte superior de su brazo.

—¿Puedes inclinar un poco la cabeza?

Levanta la barbilla.

—No me refería a eso. Necesito que... —Le pongo la palma de la mano en la otra mejilla, inclinando suavemente la cabeza hacia un lado—. Así.

La punta de mi pulgar roza la comisura de sus labios y su aliento recorre el dorso de mi mano. El silencio en la habitación es tan absoluto que estoy segura de que puede oír mi corazón latiendo como un maldito metrónomo puesto a su compás más alto.

—Parece un corte limpio y afilado, casi quirúrgico —agrego y saco la caja con tiras estériles.

Desgraciadamente, para aplicarlas necesito ambas manos, porque me gusta sentir su piel.

Mantengo la mirada fija en la suya y alejo la mano de su mejilla, rozando “accidentalmente” sus labios con los dedos.

—Con toda la experiencia que me estás dando, debería considerar cambiarme a enfermería.

En su cara se dibuja una sonrisa apenas disimulada.

—Me alegra ser útil.

—¿Otro vagabundo?

—Sí, el mismo de antes.

—No sabía que había gente sin hogar merodeando por aquí.

—Bueno, nunca se sabe lo que se esconde en los rincones oscuros.

—Sí, supongo que tienes razón. —Pego la segunda tira sobre el corte —. Parece que los frecuentes bastante a menudo. He notado que acechas en las sombras, ¿sabes?

Ha pasado un mes desde nuestro último encuentro en mi azotea. Al principio, pensé que se había ido y que no volvería a verlo. Pero entonces, de vez en cuando, volvía a experimentar esa sensación punzante, normalmente cuando salía con mis amigas. Así que empecé a prestar más atención a todo lo que me rodeaba. Y siempre era un atisbo, un movimiento

en las sombras o el brillo de unos ojos vigilantes en la oscuridad. Nunca llegué a verle la cara, no obstante, sabía que estaba allí.

—¿Cómo te las arreglaste para colarte a la fiesta de cumpleaños de mi amiga? —indago mientras coloco otra tira adhesiva—. Era exclusivamente con invitación.

—Por una ventana del guardarropa.

Mis manos se quedan quietas.

—La fiesta de Jaya fue en el tercer piso de un club privado.

—Las tuberías de bajada del edificio eran bastante sólidas —informa—. Y su seguridad es un maldito chiste.

Una vez colocada la última tira, dejo que mis ojos bajen y luego suban por su cuerpo. Mide más de dos metros y es muy musculoso.

—¿Eran de acero los tubos de desagüe? —pregunto cuando vuelvo a encontrarme con su mirada.

—*Mm-hmm.* —Mantiene los ojos clavados en los míos y me toma la mano. Incluso antes de sentir su contacto, el corazón se me sale del pecho porque sé lo que me espera. Mi muñeca se siente tan pequeña y frágil en su enorme mano, y parece que él también se da cuenta porque su agarre es tan suave como si estuviera manipulando una delicada figurita de cristal.

—Gracias. —Su voz es áspera y me roza con los labios.

—Pensé que no le dabus las gracias a la gente.

—Nunca tuve motivos para hacerlo. Hasta hace poco.

—¿No les das las gracias a tus amigos cuando te ayudan?

—No tengo amigos, *Pequeña*.

—Todo el mundo tiene amigos.

—Tuve uno. Más o menos. Era mi colega, pero se fue.

—¿Le diste las gracias cuando hizo algo bueno por ti?

Me baja la mano, pero sigue sosteniendo mi muñeca, y sus ojos se vuelven distantes, como si se perdiera en sus recuerdos, buscando uno en particular.

—Casi me hace volar por los aires, junto con otro miembro de nuestra unidad. El detonador de la bomba que había fabricado falló, pero consiguió arreglarlo a tiempo. Le di un puñetazo en la cara y le rompí la nariz.

—Eso no me suena como un “gracias”.

—Lo dejé respirando.

Lo dice con tanta naturalidad que no puedo evitar reírme.

—Entonces sobrevivió.

—Creo que sí. ¿Y tus amigas? ¿Puedes confiar en ellas cuando necesitas ayuda?

—¿No es para eso para lo que están las amistades?

—Supongo que sí. Pero no respondiste a mi pregunta.

—Las amistades son... complicados en mi mundo.

—¿Y qué mundo es ese?

—Uno que valora el estatus y la posición social por encima de todo —expreso—. Mi padre es un hombre muy importante. La gente siempre intenta complacerle. Por eso, cuando alguien hace algo bueno por mí, nunca sé si lo hace de verdad o solo por quien es mi padre.

—Sí, de forma activa o pasiva, los padres influyen en la vida de sus hijos —responde mientras me pasa el pulgar por el interior de la muñeca, justo por encima del punto del pulso.

—¿Y qué hay de los tuyos? —indago.

—Murieron mucho antes de que pudieran tener un impacto significativo en mí.

—Lo siento.

—No lo sientas. Yo no lo lamento. Algunas personas no están hechas para tener hijos.

—¿Qué hicieron?

—Ni una sola cosa. —Mueve la mirada hacia el perchero que hay justo fuera de la sala de examen—. Estás usando la pañoleta de nuevo.

—Sí. Le he tomado bastante cariño. —Giro la mano para que nuestras palmas se toquen—. Antes dijiste “miembro de la unidad”. ¿Eres militar?

—En cierto modo —murmura, con la mirada baja, fija en nuestras manos unidas.

—¿Qué significa “en cierto modo”?

—Significa que nada es blanco o negro, *Pequeña Tigresa*. Solo hay matices de gris. —Levanta la vista y nuestras miradas se cruzan—. Excepto tú.

Me resulta imposible mantener la respiración bajo control mientras me mira así. Como si yo fuera la única persona en el mundo.

—¿Y qué soy yo?

—Tú, mi *Pequeña Tigresa*, eres un rayo de luz en la absoluta oscuridad en que se ha convertido mi vida y lo ha sido durante mucho tiempo.

Respiro, estremecida por sus palabras. Nunca nadie me había dicho algo así.

—Si me hubieras preguntado mi nombre, sabrías lo contrario que es a ese sentimiento —susurro. En italiano, Nera significa “negro”. Pero es imposible que lo sepa, ya que nunca le he dicho mi nombre.

Mi demonio ladea la cabeza y baja los ojos hacia mis labios.

—Sí. Pero, por otro lado, también significa *luz*. Resplandor. O brillo.

—¿Y cómo lo sabes? —Mi voz es apenas audible ahora.

—Escuché a una de tus amigas decir tu nombre.

Me acerco un paso más hasta situarme entre sus piernas, casi a la misma altura, y le acaricio la barbilla con cuidado de no tocarle el corte de la mejilla.

—¿Cuándo?

—Hace unas semanas. Salías de una tienda del centro.

Sí, me acuerdo de aquel día. Le hacía compañía a Dania mientras compraba unas botas nuevas. Ese agradable escalofrío que he estado asociando con él estuvo presente todo el tiempo, y no dejaba de mirar por encima del hombro.

—No te vi.

—Solo me ven cuando quiero.

—¿Y esas otras veces, en las que sí te noté?

—Quizá quería que me vieras en esas ocasiones.

—¿Por qué?

—Para que pudieras divertirte con tus amigas sin preocupaciones. Y saber que no te pasará nada porque yo te vigilo, *Pequeña Tigresa*.

—¿*Pequeña Tigresa*? Conoces mi nombre. ¿Por qué no lo usas?

—Lo escuché por accidente. Nunca me lo diste. No me gusta usar cosas que nunca me dieron. Eso es robar.

—Tienes valores muy particulares para ser un acosador. —Desplazo mi mirada hacia sus labios—. ¿Puedo contarte un secreto?

—Sí.

Me inclino hacia delante hasta que mi boca roza su oreja y susurro:

—Me gusta la idea de que me vigiles, *Demonio*.

Se mantiene increíblemente quieto, apenas se mueve durante unos instantes de silencio, y nuestras respiraciones aceleradas son el único sonido de la habitación.

—Me gustaría hacer mucho más que vigilarte. —Sus palabras profundas y ásperas caen sobre mí como una cascada. Me toma la cara entre las palmas de las manos y, aunque su roce es ligero, noto cada rugosidad de su piel—. Pero hay cosas que no están destinadas a suceder.

Sigue acariciándome el rostro mientras se levanta, su enorme cuerpo proyecta una sombra mientras se eleva sobre mí.

—¿Te vas? —pregunto.

—Para que brille la luz, la oscuridad debe retirarse. Así debe ser.

Sus manos se apartan y observo sus anchos hombros mientras se dirige hacia las puertas exteriores.

—¿Eso es todo? —comento detrás de él—. ¿Apareces de la nada, me pides que te cure y luego te vas así como así?

—Quería hablar contigo. Parece que, después de todo, no puedo evitar recurrir al robo.

No quiero que se vaya. Nunca sé cuánto tiempo pasará hasta que decida dejarse ver de nuevo.

—¿Puedo robarte? —suelto cuando llega al umbral—. Solamente por la mañana de un domingo.

Se detiene.

—¿Para qué?

—Quiero enseñarte algo.

Con la cabeza inclinada hacia un lado, me observa unos instantes antes de responder.

—El domingo siguiente. A las ocho en punto. Te espero frente a tu edificio.

—¿Te doy mi número? ¿Por si surge algo y no puedes venir?

Me mira por encima del hombro, y parece como si sus ojos atravesaran los míos.

—Aunque se desate el infierno, allí estaré, *Pequeña Tigresa*.

Su larga trenza ondea en el aire mientras se da la vuelta y desaparece en la noche.

Capítulo 13

Kai

Gente. Hordas y hordas de personas que deambulan entre puestos rebosantes de productos de panadería, conservas, plantas de vivero y un sorprendente número de frutas y verduras para ser tan pronto en la temporada, navegando entre las cajas alineadas que contienen más de lo mismo, y demorándose en otras mesas para regatear con vendedores de aspecto algo frenético atrapados detrás de las interminables filas de productos. Viejos, jóvenes, con niños agarrados, todos se empujan unos a otros mientras atraviesan los puestos, aparentemente arrastrados por una corriente de masa humana.

Es una jodida pesadilla.

—¿Y bien? —pregunta Nera a mi lado, con una gran sonrisa en los labios—. ¿Por dónde quieres empezar?

Hoy hace calor, y ella viste un abrigo ligero sobre una camisa blanca de franela que se ha atado a la cintura, y unos *jeans* claros. Su cabello color miel está recogido en un moño bajo a la altura de la nuca, sujetado con la pañoleta roja que le regalé.

—¿Por qué estamos aquí? —inquiero con los ojos clavados en sus labios. Una sonrisa es algo que rara vez me dedican. La mayoría de las veces, cuando la situación requiere que esté cerca de una persona, está llorando o gritando.

—Esto es un mercado ambulante. Te voy a dar un curso intensivo de hierbas y verduras. —Toma mi mano y me hace avanzar.

Alguien me da un codazo en el brazo. Lo ignoro por completo y me quedo mirando nuestros dedos entrelazados mientras ella me arrastra hacia el puesto más cercano. Llevo meses luchando contra las ganas de tocarla cada vez que nos vemos. Besar una mano que curó mis heridas fue el contacto más íntimo que me permití, aparte de aquel momento de debilidad en el que no pude resistirme a tocarle la cara. Casi me quebré. No obstante, sabía que si me permitía ir más lejos, no habría forma de volver atrás.

Rara vez deseo cosas en la vida, porque sé las pocas veces que las consigo. Pero cuando lo hago, el impulso de quedármelas es una necesidad maníática y visceral. De nunca dejarlas ir.

—Primero el perejil. —Nera se detiene junto a una mesa sobre la que hay un letrero de un invernadero local y levanta con su mano libre un manojo atado de hojas verdes sobre finos tallos—. ¿Ves esto? Es perejil de hoja plana. Es una hierba, pero su parte superior se parece a la de los vegetales de raíz que me trajiste. En realidad, hay una variedad de raíz de perejil. Aunque el olor es más vibrante, y se parece a una zanahoria blanca.

Empieza a apartar su otra mano de la mía. Nada de eso. La aprieto, manteniendo mis dedos fuertemente envueltos alrededor de los suyos.

—Necesito esa mano —murmura, mirándonos las manos.

—No, no la necesitas.

Sus cejas perfectas se levantan en forma de pregunta.

—¿Por qué?

—Porque tienes dos —gruño.

Esta mano es mía. Me la ofreció libremente y no la soltaré a menos que sea absolutamente necesario. Algún día, tal vez me permita tocar algo más que su mano, pero por ahora, esto tiene que ser suficiente.

—Está bien. —Las comisuras de sus labios se mueven hacia arriba. Lentamente, levanta el manojo que sostiene y me pasa las hojas por debajo de la nariz—. Perejil. Huele.

El hombre mayor con camisa a cuadros que atiende el puesto nos mira con curiosidad mientras yo olfateo las hojas.

—Bien. —Mi pequeña sustituye el perejil y levanta otro manojo de porquerías verdes, pero este tiene una bola de aspecto nudoso en la base—. Y esto, esto es apio nabo. Es una raíz, como las chirivías que me trajiste. La raíz es grande y redonda, no la larga y delgada que se parece a una zanahoria. Ahora, huele.

Otro puñado de hojas acaba en mi cara. Arrugo la nariz y estornudo.

—Ya está bien, entiendo la idea.

—¿Ustedes dos comprarán algo? —refunfuña el anciano.

Le clavo *la mirada*, una que suelo reservar para mis víctimas antes de romperles la columna vertebral.

—Solo miramos, si no le importa. —Nera le sonríe al hombre, cuyos ojos siguen clavados en los míos.

—Sí, sí, claro. Por supuesto. —Da un paso atrás—. Tómense todo el tiempo que necesiten.

Mi chica reanuda la búsqueda entre las verduras y hierbas que hay en la mesa, levantando las que le parecen interesantes y haciéndome olerlas o picarlas. Hinojo. Eneldo. Rábanos. Mantiene su mano derecha en la mía todo el tiempo. Finjo que presto atención a lo que me enseña, pero en realidad estoy concentrado únicamente en ella.

Pasan más personas, se apretujan junto a nosotros, así que doy un paso a un lado, más cerca de mi *Pequeña Tigresa*, creando una barrera para alejar a las plagas. No sabía adónde quería ir hoy, así que vine con dos pistolas ocultas en la funda del hombro, un cuchillo atado al tobillo, como de costumbre, y un garrote en el bolsillo de la chaqueta. No parece que vaya a necesitar nada de eso en esta salida. Aun así, observo nuestro entorno con el rabillo del ojo, asegurándome de que no hay amenazas inesperadas cerca de ella.

Es difícil concentrarme en sus palabras con su calor a mi lado. Quiero alejarme, temo volverme adicto a tocar algo más que su mano, pero al mismo tiempo quiero invadir su espacio, apretarme contra ella. Mi mente me pide a gritos que retroceda. Mi cuerpo no me escucha. Doy otro paso, me coloco detrás de ella y le suelto la mano. El momento es breve, apenas una fracción de segundo, no obstante, parecen horas sin su contacto. En cuanto estoy detrás de ella, entrelazo de nuevo nuestras manos derechas y coloco la izquierda sobre la mesa, a su otro lado. Una vez que la tengo rodeada con mi cuerpo, es más fácil respirar.

Está hablando de abonos para las plantas con el tipo que atiende el puesto, que todavía tiene un aspecto un poco enfermizo, absolutamente ajena a la tormenta que se está produciendo en mi interior. Intento permanecer impasible, sin embargo, pronto pierdo la batalla y agacho la cabeza, aspirando el aroma de su champú.

Nera

El vendedor que tengo enfrente habla y yo asiento con la cabeza, aparentando que escucho lo que sea que esté diciendo. Desde el momento

en que sentí a mi demonio colocarse a mi espalda, su cuerpo envolviendo el mío por casi todos lados, mi capacidad mental para procesar cualquier cosa voló por los aires. Un leve toque de su barbilla en mi sien. Enormes dedos callosos sosteniendo los míos. Su aliento en mi cabello. Su olor ahogándome.

—Dijiste que eras alérgica a las flores. —Un susurro ronco junto a mi oreja—. Y sin embargo, hueles como una.

Hay docenas de personas a nuestro alrededor, muchas voces y otros sonidos mucho más fuertes que sus palabras, y aun así, él es el único al que escucho.

—Es el polen al que soy alérgica. No al olor. —Me atraganto.

—Es bueno saberlo.

Su pulgar me roza el dorso de la mano con pequeñas y tiernas caricias, y cada una de ellas hace que me cueste más respirar.

—Gracias.

—¿Por qué? —pregunto.

—Por traerme aquí. Nunca había estado en un mercado ambulante.

—Entonces, ¿te gusta?

—Es horrible, *Pequeña*.

Me río.

—Bueno, podrías haber mentido y decir que te gusta.

Su aliento me cosquillea la piel del cuello cuando inclina la cabeza y acerca la boca a la altura de mi oreja.

—No quiero mentiras entre nosotros, *Pequeña Tigresa*. —Su voz baja y áspera inunda mis sentidos, haciendo que todo mi cuerpo zumbe con una

carga eléctrica únicamente por su profunda resonancia—. Solo secretos.

—De acuerdo —susurro.

Una mujer se acerca al mostrador del puesto a nuestra izquierda y empieza a charlar con el vendedor. Aunque está a menos de un metro de distancia, aparte del tono agudo de sus palabras y del hecho de que está allí, nada más en nuestro espacio inmediato parece real. El mundo se disuelve y mi cuerpo y mi mente se concentran únicamente en el hombre que está detrás de mí, con el pecho pegado a mi espalda. Cierro los ojos e inclino la cabeza hacia un lado hasta que mi mejilla toca la suya.

—¿Me contarás tus secretos algún día, *Demonio*?

—Algún día. Tal vez.

—Pero hoy no —comento en voz baja pero con convicción—. ¿Solo un secretito? Por favor.

Ladea la cabeza y me acaricia ligeramente la piel de mi pómulos con su nariz.

—Yo no sueño. Nunca. Incluso cuando era niño, me iba a dormir y me despertaba por la mañana, con la oscuridad y el vacío llenando el hueco entre ambos. Hasta hace poco, creí que los sueños eran una mentira.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Pero ya no?

—Ya no. —Carraspea—. ¿Puedes adivinar con qué sueño, *Pequeña Tigresa*?

Me muerdo el interior de la mejilla y sacudo la cabeza. El sonido de un teléfono cercano penetra en la neblina en la que estoy sumida. Mi *Demonio* me agarra la muñeca y me levanta la mano.

—Sueño contigo, *Pequeña Tigresa*. —Palabras susurradas, justo antes de depositar un fugaz beso en la punta de mis dedos—. Pero todos mis

sueños son interrumpidos por un despertador.

Me suelta la mano, y entonces el calor a mi espalda desaparece. Me doy la vuelta y lo encuentro parado a dos pasos, con su mirada pegada a la mía, incluso mientras sostiene el teléfono junto a su oreja.

—¡Voy para allá! —brama a su aparato y lo guarda sin apartar los ojos de mí ni un instante.

La gente pasa a nuestro alrededor y entre nosotros, apresurándose a echar un vistazo a otros vendedores, sus ropas de colores parpadean ante mis ojos, oscureciendo la visión de la silueta vestida de negro de mi *Demonio* cada pocos segundos. Rojo. Amarillo. Negro. Blanco. Negro otra vez.

—¿Cuándo volveré a verte? —pregunto.

Azul. Negro.

—Pronto —responde.

Rosa. Naranja. Negro.

—El viernes por la noche iré a un club con unas amigas. No es el lugar más seguro de la ciudad.

Blanco. Amarillo.

La multitud se disipa por un momento, lo que me permite volver a verlo con claridad.

Su boca esboza una pequeña sonrisa.

—Allí estaré.

Una familia de cuatro miembros se detiene entre nosotros, tapando de nuevo a mi *Demonio*. Doy un paso a la izquierda y miro a mi alrededor. Verde. Rojo. Morado. Marrón. Pero nada de negro. El negro no está en ninguna parte.

Capítulo 14

19 años atrás

Base de la Unidad Z.E.R.O.

(Kai 16 años)

Kai

Los papeles crujen en mis manos cuando les doy la vuelta, examinando la caligrafía descuidada. Ayer, Kruger me envió al psiquiatra residente de la unidad para una evaluación. No tenía nada que ver con mi bienestar. Simplemente quería saber si podía soportar la presión antes de enviarle al campo de batalla y si tenía suficiente inteligencia para adaptarme en caso de que surgiera algún imprevisto. Al parecer, aprobé de manera sobresaliente.

Temprano, esta noche, irrumpí en la oficina de psiquiatría y me llevé mi expediente, pero no me sirve de nada porque no sé leer un carajo. Me meto los papeles en el bolsillo lateral de mis pantalones de combate y me dirijo a la armería. Uno de los guardias está siempre allí.

Lo encuentro dormido en su silla, roncando. Le doy una bofetada y le aprieto la punta del cuchillo justo debajo de la manzana de Adán.

—Léeme esto. —Dejo los papeles doblados sobre su regazo.

El hombre parpadea confundido y empieza a leer. En su mayor parte, son las mismas tonterías de psiquiatra de siempre: profundo adormecimiento anímico como resultado de sucesos traumáticos en la infancia, incluido el abandono, que condujeron a manifestaciones de rabia extrema asociadas a múltiples episodios violentos que implicaban luchas por la supervivencia.

—Ausencia total de empatía o preocupación por los demás. Incapacidad para establecer vínculos con cualquier persona de su entorno. La única excepción es el oficial superior del sujeto, Lennox Kruger. Sin embargo, el grado de apego emocional del sujeto no es concluyente debido a su continua falta de voluntad para cooperar. —Lee el guardia—. En general, los hallazgos de la evaluación son los esperados dados los antecedentes del sujeto y los continuos factores estresantes del programa.

—¡Continúa! —Ladro.

—Las capacidades mentales y físicas están muy por encima de la media. El sujeto se considera apto para el servicio, capaz de afrontar los retos de las misiones. Se espera que cumpla las tareas requeridas sin fallar.

El hombre deja de leer y me mira.

Pongo más fuerza detrás de mi navaja.

—¿Algo más?

—Solo otra nota —suelta.

—Léela.

El guardia traga saliva antes de continuar:

—En conclusión, es poco probable que el sujeto progrese alguna vez hasta ser capaz de formar relaciones personales arraigadas de cualquier tipo. Sin embargo, en caso de que ocurriera, no se puede ignorar la variedad de comportamientos observados, desde la calma absoluta hasta la furia controlada. El sujeto presenta un riesgo extremo de responsabilidad, y su impredecibilidad podría potencialmente llevar a situaciones cuestionables, incluyendo casos potenciales de Ausencia Sin Permiso (AWOL). Las medidas disciplinarias ordinarias pueden no surtir efecto. En caso de sospecha de incumplimiento grave de las obligaciones, se aconseja la terminación inmediata.

Arranco los papeles de las manos del guardia y vuelvo al dormitorio.

Nada nuevo en ese sándwich de mierda. Evaluación, sí cómo no.

Capítulo 15

Nera

—Por el amor de Dios, Nera. ¿Por qué llevas toda la noche inquieta?

Me giro rápidamente hacia mis amigas y tomo mi bebida de la mesa.

—Por nada.

—¿Estamos esperando a que se nos una alguien más? —me cuestiona Jaya—. Porque desde el momento en que entramos al club, no has parado de mirar a tu alrededor.

—*Nop* —murmuro en mi vaso mientras robo otra mirada a la entrada directamente al otro lado de la habitación de mí.

No vendrá. Se suponía que íbamos a salir el viernes pasado, pero Dania se enfermó del estómago y reprogramamos nuestra noche de fiesta para una semana más tarde. Como mi *Demonio* y yo nunca intercambiamos números, no pude avisarle del cambio de planes. De todos modos, tenía la esperanza de que viniera esta noche.

—Escuché a mi padre hablando con algunos de sus amigos que vinieron a tomar una copa anoche. —Dania se inclina sobre la mesa y

susurra—: Al parecer, Alvino descubrió a su novia haciéndole una mamada a uno de los soldados de la Camorra. Los mató a ambos y tiró sus cuerpos desnudos frente a un centro comercial. Les cortaron los genitales.

Me estremezco.

—Eso suena indisputablemente como Alvino.

—Una amiga de mi hermana salía con él cuando aún estaba en la secundaria —continúa Jaya—. Rompió con él al cabo de apenas dos semanas, y ella y su familia abandonaron el país poco después. Creo que temían que Alvino le hiciera algo. Parece que no se toma bien el rechazo.

Un escalofrío me recorre de nuevo, pero a diferencia de la última vez, la sensación no disminuye. Permanece como un leve hormigüeo en la nuca. Lentamente, bajo el vaso a la mesa. La conversación pasa de exnovios a Dania, quien parlotea sobre su último enamoramiento, un chico que conoció por Internet, y no le presto atención. Mis ojos vagan por el club, pasando por encima de los hombres que nos rodean, buscando esa figura alta que me resulta familiar. No encuentro nada. Veo más allá, observando los rincones oscuros, con la esperanza de encontrar el brillo de los ojos de mi *Demonio*. Sigo sin encontrar nada. No obstante, sé que está aquí.

—Ahora vuelvo —le aviso a Dania y me dirijo a la multitud.

Hay cientos de personas amontonadas en este club y tengo que empujar entre sus cuerpos para avanzar, para seguir buscando. El hormigüeo es más fuerte ahora, pero en esta multitud no puedo mirar más allá de unos metros frente a mí. Veo una pequeña plataforma elevada más adelante, con uno de los enormes altavoces colocado encima, y me apresuro hacia ella, apartando a todo el mundo de mi camino a codazos.

La tarima tiene varios centímetros de altura y, cuando subo, mis ojos observan la gran cantidad de gente. Estoy mirando. ¿Dónde estará? Puede que hayan pasado dos semanas, mas la sensación de su mano agarrando la mía sigue muy presente en mi mente. Su aliento en mi cabello. La forma en que su barba me hacía cosquillas en la cara cuando apoyaba mi mejilla en la

suya. La necesidad de volver a verlo, de sentir su cuerpo apretado contra mí, es lo único en lo que pienso desde hace días. ¿Dónde está?

Una suave caricia me recorre la espalda descubierta y luego un cálido aliento me roza la nuca.

—¿Buscas a alguien, *Pequeña Tigresa*?

Sonrío y cierro los ojos, saboreando su caricia.

—Ya no.

—Me gusta el vestido —gruñe palabras roncas junto a mi oído. Luego, otra caricia de sus dedos desde la base de mi cuello hasta la cintura—. Tuve que recurrir a robar de nuevo.

—Me alegro.

Su palma se desliza por el hueso de mi cadera hasta mi estómago, atrayéndome más cerca, pegando mi espalda a su frente.

—Esperaba que vinieras a visitarme más pronto —replico.

—He venido dos veces.

—No te he visto.

—Lo sé. —Su otra mano envuelve la mía, entrelazando nuestros dedos —. No puedo permitirme venir a verte demasiado a menudo.

—¿Por qué?

—Porque no sería capaz de marcharme.

Lentamente, me doy la vuelta y me encuentro con sus ojos que me paran el corazón. Mis tacones y la plataforma elevada me hacen ganar altura, pero la parte superior de mi cabeza apenas le llega a la nariz.

—Tal vez no quiero que sigas marchándote. —Le toco el labio inferior.

—La luz y la oscuridad no se mezclan, *Pequeña Tigresa*. Se anulan mutuamente. —Agacha la cabeza y me besa la punta del dedo—. Y yo nunca me atrevería a apagar tu fuego.

Agarro un puñado de su camisa y lo aprieto con fuerza, como si eso fuera a retenerlo aquí. Conmigo. Quiero más. Más que estos momentos robados. Mi cuerpo anhela estar cerca del suyo, del mismo modo que mi mente anhela saber más de él. ¿Por qué no me dice su nombre? ¿Adónde va cuando se va? ¿Qué hace? ¿Por qué sigue alejándose? Tengo miedo de preguntar. Y temo las respuestas.

Me recuerda a un gatito callejero que trajeron a la clínica la semana pasada, apenas vivo después de haber sido, obviamente, gravemente torturado. Arañaba y mordía a cualquiera que se le acercara, incluso cuando solo se trataba de darle algo de comida al pobrecito. Una noche, mientras estaba sola en la clínica, dejé la puerta de la jaula abierta y me dispuse a hacer mis labores nocturnas. No ocurrió nada. Repetí mis acciones durante tres días, siempre con el mismo resultado al final de la noche. El gatito permaneció en el fondo de su jaula. Al cuarto día, el pequeño bribón salió por fin de su jaula, saltó al mostrador y se limitó a mirarme trabajar. Al día siguiente, me dejó darle de comer.

Tengo la sensación de estar en una situación similar con mi desconocido. Hay algo horrible escondido en su pasado. Y probablemente también en su presente. Tengo mis sospechas sobre lo que podría ser. No me hará daño si lo presiono demasiado, de eso estoy segura. Simplemente... desaparecería.

Pero si dejo la puerta abierta, dejándolo dar ese paso...

—No me importaría compartir tu oscuridad. Solo tienes que dejarme entrar. —Me apoyo en su pecho e inhalo su aroma—. Nunca me ha dado miedo la oscuridad, *Demonio*, porque tarde o temprano siempre llega la luz del día.

—No siempre, mi hermosa estrella brillante. —Deja caer un beso sobre mi cabeza—. Vienen tus amigas.

Lo miro fijamente mientras se aleja.

—No te vayas.

—No me iré. No hasta que estés a salvo en casa.

Otro paso. Luego, dos más hasta que desaparece entre la multitud.

—¡Nera! —Dania me agarra del brazo—. ¡Pensábamos que te había pasado algo! ¿Qué haces aquí?

—¿Quién era el tipo con el que hablabas? —inquiere Jaya.

—Nadie —susurro—. Solo la oscuridad.

Kai

El teléfono en mi bolsillo vuelve a vibrar. Es la cuarta vez en los últimos diez minutos. Lo ignoro y mantengo los ojos clavados en mi *Pequeña Tigresa* mientras está con sus amigas alrededor de una mesa alta al otro lado del club. La maldita persona que me llama insiste, así que, maldiciendo al imbécil en voz baja, saco el teléfono y me lo acerco a la oreja.

—¡Tu blanco sigue vivo! —grita el capitán Kruger a través de la línea —. Explícalo.

—El contrato establecía un plazo de seis días.

—El tiempo óptimo recomendado para eliminar al blanco era hoy, mientras estaba ocupado en el *spa*.

Un tipo frente a mí se mueve, dando un paso a la izquierda y obstruyendo mi visión del grupo. Le agarro un puñado de cabello de la nuca y lo empujo a su sitio anterior. Rugiendo, se gira y viene hacia mí con el puño en alto.

—Tu consejo ha sido rechazado, Kruger —informo y le doy un manotazo al imbécil que avanza. Acaba tendido en el suelo—. El blanco será neutralizado mañana por la tarde. Asegúrate de que mi pago esté listo.

Reina un breve silencio en la línea, pero aún puedo escuchar su respiración. Sé que está furioso. Lleva enojado casi diez años, desde que exigí el 50% de los honorarios por cada asesinato e insistí en elegir qué contrato quería aceptar. Después de esa pequeña discusión, ha estado echando humo como un residuo tóxico, intentando meterme en cintura, sin embargo, no puede permitirse oponerse abiertamente a mí o a mis métodos. El hombre al que Kruger necesita que elimine tiene un pequeño ejército de seguridad que lo sigue a donde quiera que vaya. Si rechazo el trabajo, Kruger tendría que enviar a uno de sus equipos regulares. Y su tasa de éxito en las misiones es de apenas un 63%.

—¿Dónde estás? Tu localización GPS está desactivada —refunfuña.

—De momento no hay posibilidad de que acabe muerto. Si eso cambia, me aseguraré de volver a encenderlo para que puedas localizar mi cuerpo si mi misión fracasa.

Kruger sigue parloteando sobre Dios sabe qué, mas yo corto la llamada y me arrastro por la pared, acercándome a Nera y sus amigas. Elijo un lugar en la esquina y apoyo el hombro en la pared para poder observar a mi chica.

El largo vestido morado que lleva se ciñe a sus curvas como una segunda piel. Es el que trajo su hermana hace unos meses, y casi me trago la lengua al verla con él. Y luego, sin él. La prenda tiene la espalda descubierta, se anuda alrededor de su esbelto cuello y deja al descubierto su hermosa piel. Hace un rato no pude evitarlo, tenía que sentir su suave piel.

No pude resistirme a pasar mi mano por su espalda, inhalando su aroma embriagador. Dejarla ir de nuevo fue una tortura. Mi único alivio es seguir observándola mientras se divierte.

Una de las chicas de la mesa de Nera dice algo y el resto del grupo estalla en carcajadas. Mi *Pequeña Tigresa* también se ríe, le aparecen arrugas en los bordes de los ojos y me encuentro inclinándome hacia delante como si una cuerda invisible me jalara hacia su persona. Quiero sentir un poco de esa cálida luz que parece emitir. Empaparme de ella e iluminar mi miserable alma. Toma su bebida, sonríe abiertamente, pero de repente levanta la mirada y la clava en el lugar donde estoy. Rápidamente doy un paso atrás. Me retiro a las sombras, donde pertenezco, donde simplemente puedo observarla.

Fue un error permitirme acercarme a ella. Mirar a Nera ahora, mientras ríe con sus amigas, hace que todo sea mucho más claro. Debería alejarme. Por su bien.

La música cambia a una melodía lenta y las luces se atenúan. Unos cuantos chicos se acercan a la mesa de las amigas de Nera, hablan con las chicas y las hacen reír. Uno de los recién llegados, un chico de unos veintitantes años con camisa blanca y pantalones caqui, le ofrece la mano a Nera. Ella niega con la cabeza, aunque la mujer que está a su derecha parece animarla, susurrándole al oído. La mano del tipo envuelve los delicados dedos de Nera y la lleva hacia la pista de baile.

La rabia se enciende en mi pecho cuando veo cómo le pasa el brazo por la espalda, acercándola.

«*JMía!*». Ruge la voz en el fondo de mi cabeza, incitándome a acabar con el hijo de puta que se atrevió a tocarla.

Estoy a medio camino hacia ellos, en la pista de baile, antes de darme cuenta de que me moví. Al verlos tan de cerca, me detengo de golpe. No puedo negar cómo parecen encajar. Ambos son jóvenes. Rubios. La ropa del chico parece de buena calidad, costosa. Podría ser un estudiante, como ella, en camino de convertirse en algo grande en la vida. Un abogado. O tal vez un médico.

No un hombre que mata gente por dinero porque es lo único que sabe hacer.

Como yo.

Mis ojos permanecen clavados en ellos mientras doy un paso hacia atrás.

No encajo. Yo no encajo.

No una escoria de mala muerte que apenas sabe leer a nivel de primaria.

Otro paso, luego unos cuantos más, hasta que vuelvo a mi lugar en la esquina, observando a mi *Pequeña Tigresa* en brazos de otro hombre. El fuego dentro de mí sigue ardiendo, justo ahí en mi pecho, abrasando todo a su paso. Y lo permito. Dejo que incinere la tonta esperanza que echó raíces allí, que crecía cada vez que venía a ver a mi *Pequeña*, alimentándome con mentiras de que podría tener una oportunidad de tener algo bueno en mi vida. Supongo que olvidé que la esperanza es un lujo al que las almas condenadas como yo no tienen derecho.

La música continúa y yo sigo observando, imaginándome en el lugar del chico rubio.

Nera

—¿Qué tal si bailamos otra canción? —me pregunta el chico al terminar la canción.

Parece simpático y es bastante guapo. Probablemente me habría sentido atraída por él. Antes. ¿Ahora? Ni siquiera recuerdo qué nombre me dijo al presentarse.

—Gracias, pero creo que ahora volveré con mis amigas.

—¿Por qué? ¿Hay alguien más?

Sí. No. Suspiro. Ojalá supiera la respuesta a esa pregunta.

—Tal vez.

—Bueno, él no está aquí, ¿verdad? —Mueve su mano a la parte baja de mi espalda, deslizándola hacia abajo.

—Quita tu mano de mi trasero, por favor.

—¿Y si no lo hago?

—Si no lo haces, te daré un puñetazo en la cara. Seguro que a tus amigos les parecerá divertido.

—Bien. —Me suelta mientras una sonrisa malvada se dibuja en sus labios—. Perra altanera.

Me doy la vuelta y vuelvo a la mesa donde las chicas se ríen histéricamente.

—¿Qué? ¿Solo un baile? —inquiere Dania.

—Sí. Y uno fue demasiado —declaro mientras agarro mi bolso—. Voy al baño.

Me escabullo entre la multitud detrás de nuestra mesa, tomando el camino más largo, en busca de mi *Demonio*. Me ha estado observando desde la oscuridad todo este tiempo, pero no ha vuelto a mostrar su rostro. Bailar con ese idiota fue mi último esfuerzo, un intento desesperado de sacar a mi tenebroso protector. Me lo imaginé corriendo hacia mí y el cretino manos largas en la pista de baile, arrancando al tipo y ocupando su

lugar. Me cuesta imaginarme a mi acosador como un bailarín, mas tengo la sensación de que sería bueno.

Cuando doy la vuelta a la esquina de un pasillo corto, solo hay una chica esperando en la fila del baño unisex de un solo cubículo. Los de la parte de enfrente del club están mucho más concurridos, pero también tienen más cubículos, así que la gente tiende a ir a esos.

La puerta se abre y el ocupante anterior sale mientras la chica que está antes que yo entra a tropezones. Me acerco y busco mi teléfono en el bolso para ver la hora, justo cuando unas manos me agarran por detrás. El teléfono se me resbala y cae al suelo, mientras el agresor me empuja de cara contra la pared. Un grito se acumula en mi garganta, pero una mano enorme me tapa la boca antes de que pueda soltarlo.

—Ya no eres tan altanera, ¿verdad? —se mofa detrás de mí la voz de mi pareja de baile.

Me agito de un lado a otro, intentando liberarme de su agarre, sin embargo, utiliza su peso para clavarme el pecho contra la pared y no tengo fuerza para empujarlo.

—Voy a enseñarte cómo debe tratar a un hombre una buena chica. — Su mano se mete entre nuestros cuerpos y se desabrocha los pantalones. Me sube la bilis por la garganta al sentir su polla dura presionándome el trasero. Me agarra la falda, subiendo el dobladillo de mi vestido de un tirón, y luego me manosea las bragas. Estiro una mano por detrás, le agarro las pelotas y las retuerzo con todas mis fuerzas.

Un aullido depredador estalla a mis espaldas, pero dura menos de un segundo. La mano que me tapa la boca se aleja y, de repente, la presión sobre mi espalda desaparece. A los ritmos apagados de la música del club se une ahora un nuevo y extraño gorgoteo. Mi corazón se acelera mientras me doy la vuelta. Una ancha espalda masculina llena mi campo visual, con una larga y espesa trenza balanceándose ligeramente entre los omóplatos. Mueve mis ojos hacia arriba, y más arriba, hasta que mi mirada se detiene en el rostro enrojecido del agresor. Mi *Demonio* tiene su enorme mano

alrededor del cuello del tipo, sujetándolo suspendido contra la pared opuesta.

Doy un paso a un lado y veo fijamente a mi atacante. Está arañando los dedos que le oprimen la garganta, intentando que le salgan palabras, aunque el único sonido que sale de sus labios son jadeos ahogados. Sus pies cuelgan a casi medio metro del suelo.

Sin apartar la mirada del bastardo, mi *Demonio* pregunta:

—¿Te hizo daño, *Pequeña Tigresa*?

Por un momento, me sorprende el tono de su voz. Es firme, como de costumbre, pero está impregnado de tanta fuerza bruta que parece la encarnación de la Muerte.

—N-no —balbuceo—. Pero lo intentó.

—Vuelve con tus amigas.

No puedo hacer que mis piernas se muevan.

—Haz lo que te digo —gruñe y voltea hacia mí—. Ahora.

Todo el aire abandona mis pulmones. No puedo creer que una vez pensara que sus ojos parecían vacíos. Al mirarlos ahora, siento como si estuviera contemplando las cavidades de magma de dos volcanes, pura rabia, a punto de entrar en erupción.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque no quiero que veas lo que pasará después.

Vuelvo a lanzar un vistazo a mi agresor. Iba a violarme. Quizás hubiera podido forcejear con él y escapar antes de que lo consiguiera, sin embargo, no estoy completamente segura. Y si otra chica hubiera estado en mi lugar, podría haberse paralizado, y entonces el desgraciado habría cometido el delito.

No hay muchas creencias que comparta con la Cosa *Nostra*, pero hay una que apruebo de todo corazón. Ningún hombre puede forzar a una mujer. Así que, si mi *Demonio* quiere patearle el trasero al hijo de puta, no tengo problema en ver cómo lo hace.

—Me quedo —protesto.

Mi oscuro protector voltea a ver a mi agresor. Los tendones del antebrazo desnudo de mi *Demonio* saltan, los músculos del brazo se abultan y se tensan contra las mangas dobladas mientras aprieta el agarre. Los ojos del rubio se ponen en blanco y sus extremidades se sacuden un par de veces antes de quedar inmóviles. Mi *Demonio* lo suelta y deja que el cuerpo del posible violador caiga al suelo. Mató al hombre en menos de cinco segundos, usando únicamente una de sus manos.

Por mí. Lo mató por *mí*.

—¿Por qué? —cuestiono.

Un ligero toque de un dedo en mi barbilla, inclinando mi cabeza hacia arriba.

—Aniquilaré a cualquiera que se atreva a tocarte un solo cabello. —Su voz profunda está impregnada de tanta amenaza—. Nadie. Nada te hará daño. Creí que lo habías entendido.

No. La verdad es que no. Pero ahora lo entiendo.

Y los sentimientos que se desatan con esa comprensión apagan por completo el horror de ver morir a ese hombre.

¿Una vida por una vida? ¿Es eso justo? ¿Es esa nuestra verdad?

Cada vez que he pensado en mi futuro, siempre me he visto como una especie de personaje secundario. Una persona que es arrojada de un lado a otro, dependiendo de la dirección en la que sople el viento. Nada más que un medio para que la narración fluyera. Siempre un objeto, uno que simplemente espera a ser utilizado como alguien considere oportuno. Nunca

la protagonista de la historia. Ni siquiera la mía. Pero ¿es posible que yo valga algo más que la “nobleza” de mi nacimiento basada en la coincidencia y las circunstancias, algo más que una vía rápida para ganar un rango, algo más que un mero recurso? ¿Que alguien... *él*... acabaría con la vida de un hombre solo porque el agresor amenazó con hacerme daño?

—*Pequeña*. —Mi Demonio toma mi mejilla con la palma de su mano —. Necesito deshacerme del cuerpo.

Asiento con la cabeza. Esa chica sigue adentro del baño, pero puede salir en cualquier momento. Cuando lo haga, verá al tipo muerto. Me doy cuenta y agarro el picaporte con fuerza, manteniendo la puerta cerrada.

—Hay una habitación trasera al final del pasillo, creo. —Hago un gesto con la mano libre para indicar el pasadizo sin luz que hay a un lado—. Si lo llevas allí, nadie lo encontrará durante horas.

Entrecierra sus ojos hacia mí en lo que estoy segura que es confusión. Puede que no sepa su nombre, aunque creo que comienzo a leerlo bastante bien. En el tiempo que hemos pasado juntos, he compartido cosas con él que nunca había compartido con nadie más. Sus reacciones sutiles ya me resultan familiares.

Su mirada recorre mi brazo y se detiene en mi agarre firme de la perilla.

—¿Hay alguien ahí?

—Sí. Me aseguraré de que no salga hasta que te hayas ido.

Los ojos gris pálido vuelven a encontrarse con los míos. Da un paso adelante y se acerca tanto que tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para mantener nuestra mirada fija.

—Me sorprendes, *Pequeña Tigresa*.

—Bueno, me alegra de que nuestros papeles se hayan invertido por una vez.

Los bordes de sus labios se curvan hacia arriba. Siempre me ha parecido guapo, pero esa pequeña sonrisa lo transforma en un hombre increíblemente apuesto.

—Vuelve con tus amigas y disfruta del resto de la velada.

—Entonces, ¿no volveré a verte esta noche?

—No.

Intento reprimir el ataque de decepción mientras veo cómo agarra al tipo muerto por detrás de la camisa y lo arrastra por el pasillo. ¿Esto es todo lo que conseguiré de él? ¿Visitas breves y repentinias antes de que vuelva a desaparecer?

—¿Y si alguien más me molesta esta noche y tú no estás allí? —grito detrás de él. Es un intento lamentable de hacer que se quede, pero tengo que trabajar con lo único que tengo.

—Dije que no me verás. No que no vaya a estar allí —pronuncia justo antes de dar la vuelta a la esquina—. Nadie te tocará bajo mi protección, *Pequeña Tigresa*.

Capítulo 16

Nera

El golpeteo constante de las gotas de lluvia contra la ventana se mezcla con los tonos graves de una canción que suena en mi teléfono. Sigo preparando los raviolis y echo un vistazo al balcón, donde tengo las macetas de hierbas alineadas. Mis plantas originales mantienen un ritmo de crecimiento constante, proporcionándome un abundante suministro fresco para mi cocina. Pero me asombra lo bien que le va a la raíz de apio y a las chirivías. No solamente sobrevivieron al invierno dentro de mi apartamento en la pequeña jardinera a la que las trasplanté, sino que parece que les gusta de verdad porque casi han duplicado su tamaño desde que las trajo mi *Demonio*.

Hace casi un año que nos conocimos y seguimos jugando a este extraño juego del escondite. A veces, me asomaba al balcón y, cuando miraba hacia abajo, él estaba al otro lado de la calle, apoyado en su coche. Nos mirábamos durante unos instantes y luego él se ponía al volante y se iba. O me daba cuenta de que estaba en el techo de enfrente, mirando hacia mis ventanas. Teníamos nuestro usual concurso de miradas, y luego volvía a desaparecer, dejándose con mil preguntas.

Durante mucho tiempo, esas interrogantes me dejaron frustrada, pero en algún momento en el camino, acepté esta loca situación en la que nos

encontramos.

Cada vez que me sorprendía con una visita, aprendía algo nuevo sobre él. Como la semana pasada, cuando lo encontré en mi puerta, con la manga de su camisa saturada de sangre. Otra herida de cuchillo, esta vez en el bíceps. Un corte recto y limpio justo encima del codo, que le llegaba casi hasta el hombro. Lo suturé en la mesa del comedor. Treinta y seis puntadas. Luego, le ofrecí un trozo de pastel que Zara había hecho el día anterior, convencida de que diría que no. Aceptó. Y encontré otra pieza del rompecabezas para encajar en su misterio. Mi *Demonio* es un amante de los dulces. El hombre se comió su postre incluso antes de que yo devolviera el resto del pastel a la nevera.

Cada vez que me deja verlo, cada vez que viene, me enamoro un poco más de él. Y cada vez que se va, me duele el corazón. Poco a poco, sin pensarla y sin que él se esfuerce, me he enamorado de un hombre que sigue siendo un enigma para mí. Los muros que mantiene entre nosotros son algo más que roca impenetrable. Son una maldita montaña con una fortaleza. No me deja entrar. Las pequeñas cosas que deja escapar aquí y allá, ayudan a pintar un cuadro de su vida antes de conocernos, y algunas cosas las he descubierto por mi cuenta. No obstante, eso es todo lo que tengo.

Secretos. Hay tantos secretos entre nosotros, que se han convertido en algo normal.

Ni siquiera hemos hablado de lo que pasó en el club hace un mes. No hubo un “gracias” de mi parte, ni explicaciones de su parte, tampoco. Solo nosotros, y ese acuerdo sin palabras.

En la oscuridad.

Retiro la olla del fuego, escurro los raviolis y los dejo a un lado para que se enfríen, y luego me acerco a las puertas del balcón para echar un vistazo a la parte superior del edificio de enfrente. Lleva lloviendo sin parar desde esta mañana, así que es probable que mi *Demonio* no haya llegado, pero aun así deslizo los ojos por la extensión del techo. No hay nadie.

Me estoy dando la vuelta cuando veo movimiento abajo, en la calle. Una figura vestida con un abrigo negro, apoyada en la pared junto a la entrada del edificio, con los brazos cruzados sobre su ancho pecho. La lluvia cae a cántaros sobre él, empapándole el cabello y las capas exteriores mientras permanece de pie como un espectro oscuro. Nuestras miradas chocan y, como siempre, siento el impacto como un puñetazo en el pecho. Siempre es igual cuando lo veo. Se me hincha el corazón y me olvido de respirar, como si al verlo no pudiera respirar.

Rompiendo nuestras miradas fijas, me doy la vuelta y atravieso la habitación. Solamente me detengo en la puerta para ponerme las botas para la lluvia y salgo del apartamento. Mi edificio es antiguo y no hay ascensor, pero no tardo más de un minuto en llegar a la planta baja.

En cuanto salgo a la acera, sus ojos se clavan en mí, siguiéndome mientras cruzo la calle y llego ante él. La lluvia incesante me golpea la cara mientras inclino la cabeza para encontrarme con su mirada inquebrantable.

—Hace frío —me regaña—. Vuelve adentro.

—¿Y tú?

—Estoy acostumbrado a condiciones duras. Pasar un rato bajo la lluvia nunca ha sido un problema para mí.

—Podrías haberte ahorrado venir a ver cómo estaba hoy. Estás empapado.

—Estaré fuera los próximos días. Tenía que ser hoy.

Gotas de lluvia caen en cascada por su rostro hasta formar un charco a sus pies. Siempre ha tenido un aura amenazante a su alrededor, pero ahora que lo miro, no parece tan peligroso. Solamente... solitario.

Tomo su mano entre las mías y aprieto un poco.

—Vamos, cenemos juntos.

Me deja guiarlo hasta mi edificio y subir cuatro tramos de escaleras hasta mi casa. Cuando entramos en el apartamento, se detiene en el umbral y mira a su alrededor como si viera el espacio por primera vez.

—¿Estás bien? —pregunto.

Agacha la cabeza y fija sus ojos en los míos.

—Me invitaste a tu casa.

Hay una cualidad extraña en su voz, un significado oculto en sus palabras, sin embargo, no estoy segura de qué puede ser.

—Sí. ¿Por qué? Quiero decir, has estado aquí antes. Varias veces. ¿O acaso olvidaste que te di puntadas en la mesa de mi comedor la semana pasada?

—No. Pero *yo* vine a ti ese entonces. Esto es diferente.

—¿En qué sentido?

—Simplemente lo es. —Observa hacia el suelo—. Te voy a ensuciar la alfombra.

—No te preocunes. *Um...* Te traeré una toalla.

—¿Una toalla?

—Para tu cabello. Está empapado.

Le suelto la mano y corro al armario de blancos. Una toalla de mano no servirá de nada en su caso, así que tomo una de las toallas de baño amarillas. Cuando entro a la cocina, me encuentro a mi *Demonio* frente a la nevera, mirando los imanes de colores que tengo pegados.

—Me los regaló mi hermana —comento—. Se fue de vacaciones a Europa con su amiga de la escuela y su familia y me compró uno de cada ciudad a la que viajaron. Siempre he querido visitar el extranjero.

—¿Por qué no fuiste con ella?

Me muerdo el labio inferior. Dentro de la *Cosa Nostra*, hay una regla no escrita muy importante: nunca reveles tu debilidad. La gente cambia. Las lealtades cambian. Amigo un día, enemigo al siguiente. Cuando alguien me preguntaba por qué no me había ido con Zara, siempre respondía que estaba demasiado ocupada para ir y que no podía incluirlo en mi agenda.

—Me da miedo volar —susurro.

Ladea la cabeza, observándome.

—No hay nada malo en tenerle miedo a algo.

—Ese es un sentimiento noble y, quizás para ti, sea cierto.

Aparta la mirada y vuelve a los imanes de la nevera.

—Me dan miedo los niños.

—¿Los niños? ¿Por qué?

—Si alguien es una amenaza, me aseguro de eliminarlo antes de que pueda llegar a mí. Y mi ataque preventivo es diez veces mayor que cualquier cosa que pudieran haber hecho. Pero nunca podría lastimar a un niño. —Agarra la toalla que le ofrezco sin dar más explicaciones.

Esperaba que fuera a soltarse el cabello, pero se limita a frotar la toalla sobre la trenza, secando la mayor parte de la humedad.

—Hice ravioles con queso. ¿Está bien? —Me tiemblan un poco las manos mientras me dirijo a la alacena para sacar los platos. La semana pasada no estaba tan nerviosa al coserlo, no obstante, ahora sí. Algo ha cambiado entre nosotros. No sé bien qué, mas lo noto. Tal vez tenga razón. Esta vez se siente diferente de hace una semana.

—No tengo preferencia por la comida. Simplemente es sustento. Pero me gustó el pastel.

—¿El de chocolate es tu favorito?

—No estoy seguro. Podría ser. —Se queda callado un momento—. Nunca había probado pastel.

Mi mano se detiene sobre el montón de platos.

—¿Nunca habías probado pastel?

—No. Me parece que nunca.

Lo dice tan despreocupadamente, como si fuera una declaración cualquiera. No puedo entenderlo. ¿Cómo es posible?

—¿Y en tu cumpleaños?

—Las celebraciones de cumpleaños no son algo que se practique de donde vengo. No estoy seguro de la fecha exacta, pero creo que nací en invierno.

Dejo los platos sobre la mesa mientras se me revuelve el estómago. Qué terrible debe de ser no saber algo tan básico como tu propia fecha de nacimiento. Me duelen los brazos de querer abrazarlo y atraerlo hacia mí, ofrecerle el calor y el amor que obviamente nunca ha experimentado.

—Creo que deberías elegir una —sugiero.

—¿Una qué?

—Una fecha. —Muevo el tazón de raviolis al centro de la mesa y me siento frente a él.

—Estoy bastante seguro de que los cumpleaños no funcionan así, *Pequeña*. Aunque si pudiera elegir, elegiría el dos de junio.

Jadeo. El corazón se me hincha mientras mi *Demonio* me sujetá con la mirada desde el otro lado de la mesa.

El día en que nos conocimos.

—¿Por qué? —Carraspeo.

Mueve sus ojos al plato que tiene enfrente. Y sin más, sus muros vuelven a levantarse.

Mató a un hombre por intentar lastimarme, pero aun así no me deja entrar en su vida. Incluso después de casi un año, apenas me toca. Besa mis dedos. Toma mi mano. En algunas raras ocasiones, me ha tocado la cara. Eso es todo lo que he conseguido. No es suficiente.

Ya no más.

Necesito sentir su piel sobre la mía. Quiero conocer el sabor de sus labios. El peso de su cuerpo cuando se aprieta contra mí. Lo quiero todo, pero temo que, si arremeto con demasiada fuerza contra la barrera que ha puesto entre nosotros, podría perderlo. Para siempre.

Kai

Sigo a Nera con la mirada mientras se mueve a toda prisa por la cocina, guardando las sobras y metiendo los platos sucios en el lavavajillas. Probablemente piense que invitarme no fue nada especial, completamente ajena a las consecuencias de sus actos. Una invitación a su casa. Otra parte de ella a la que me dio acceso. Ya no hay vuelta atrás. No puede revocarlo. Es *mía*.

—¿Qué te gustaría a cambio? —pregunto.

—¿A cambio de qué?

—De la comida.

Se da la vuelta, con dolor escrito en su rostro.

—No quiero que me pagues. Fue un... regalo.

Doy un paso hacia ella y apoyo las manos en el mostrador, aprisionándola. No hay sensación parecida a esta, estar tan cerca de ella, con nuestros cuerpos casi tocándose.

—No hay regalos gratis, *Pequeña Tigresa* —siseo—. No para mí. Dime tu precio.

La respiración de Nera se acelera. Sus ojos bajan y se detienen en mi boca.

—Quiero un beso.

Me quedo paralizado. Por un momento, creo que la escuché mal. Llevo meses soñando con sus labios en los míos. Era una fantasía, un deseo inalcanzable, y ahora ella se ofrece a hacerlo realidad.

Mis dedos tiemblan ligeramente cuando levanto las manos y acaricio suavemente su rostro con las palmas. Le acaricio la piel de debajo de los ojos con los pulgares y luego los deslizo por la línea de las cejas y la nariz. Robando. Robándole las caricias que no me ofreció. Rozo sus mejillas con los nudillos, sintiendo la delicada textura de su piel impecable. Tan suave. Más suave que cualquier cosa que haya tocado. Y ahora la estoy ensuciando con las manos de un asesino. Tengo tantas ganas de besarla maldita sea. Y más. Quiero que sea mía, en cuerpo y alma. Mi *Pequeña Tigresa*. Mi estrella brillante. ¿Realmente soy tan egoísta como para arrastrarla a mi oscuridad? No puedo. Nunca podría hacerlo. Jamás.

Sin embargo, aceptaré el beso que me ofreció. Para alguien como yo, es más de lo que merezco.

Un gritito sale de sus labios cuando la agarro por debajo de los muslos y la subo al mostrador. La sujeto de la barbilla, le inclino la cabeza y atrapo

sus ojos, grandes y brillantes, con los míos.

—Otro pedazo de ti, ahora es mío —gruño—. No puedes tenerlo de vuelta.

Choco mi boca contra la suya. Con fuerza. Tomando. Reclamando cada centímetro de sus labios y su boca a la vez. *¡Mía!* Su aliento, mezclado con el aire de mis pulmones. Lo inhalo, atrayéndolo hacia mí. *¡Mía!* Sus pequeños dientes me muerden el labio inferior. La muerdo de vuelta. El calor de sus manos se filtra a través de la tela de mi camisa aún húmeda cuando me aprieta los brazos. Es como si me quemara la piel. Otro mordisco, esta vez más feroz. Le correspondo. Quiero más. Mucho, mucho más. Quiero todo de ella. No quiero, la necesito. Como el aire. Como la sangre que fluye por mis venas. Cada latido de mi corazón le pertenece. Durante casi un año, cada célula de mi ser ha sido suya.

Puede que solo sean nuestros labios los que se tocan, pero ella se ha tatuado en mi alma. La beso de nuevo. Le robo el aliento. Siento que me he estado ahogando, y es lo único que me da vida. Otra vez. Más. Nunca es suficiente.

El teléfono de mi bolsillo empieza a vibrar. Mis labios se quedan inmóviles sobre los suyos. Por un momento fugaz, me ha hecho olvidar lo que soy. Ella sigue besándome, pero el móvil sigue sonando. Casi como si mis pecados me llamaran, queriendo darse a conocer.

—*¿Demonio?* —susurra en mis labios—. ¿Todo bien?

Quiero ponerme a su merced, rogarle que me acepte a pesar de la escoria de ser humano que soy. Tal vez lo haría, sin embargo, no estaría bien. Porque necesito *todo de ella*, pero para conseguirlo, tendría que ofrecer *todo de mí* a cambio. Cada pecado. Cada acto oscuro. Un intercambio justo.

Cierro los ojos e inhalo su aroma. Inocente. Inmaculada. Ella nunca me aceptaría si supiera la verdad.

—Tengo que irme, *Pequeña Tigresa*.

Sus ojos buscan los míos, desconcertados, pero confiando.

—¿A dónde?

—No puedo decírtelo.

—¿Por qué?

Acaricio su piel sedosa con las yemas de los dedos, robando una vez más, y luego me alejo.

—Porque entre nosotros no hay mentiras. Solo secretos.

Puedo sentir sus ojos en mi espalda mientras camino hacia la puerta de entrada. Y mientras tanto, mi teléfono sigue sonando. Mis pecados están ansiosos por contactarme. El pasado. El futuro. Y, sobre todo, el presente.

* * *

La lluvia golpea el parabrisas, distorsionando mi visión de la segunda ventana desde la izquierda en el tercer piso. Mi vuelo a Budapest sale a las nueve, lo que significa que tengo unas horas más.

Saco el teléfono y repaso una vez más los parámetros de la misión, tratando de encontrar una forma que me permita acortar el tiempo que tengo que pasar en Hungría. No hay ninguna.

El plan inicial era que volara allí, ejecutara el blanco y regresara enseguida. Tres días como máximo. Pero cuando devolví la llamada a Kruger después de dejar a Nera, me informó que el equipo de vigilancia en Budapest había sido eliminado. Antes de que tuvieran la oportunidad de presentar su informe. Esto significa que necesitaré al menos una semana, probablemente dos, para seguir a mi blanco y establecer su horario y patrones diarios antes de poder llegar a matarlo.

Catorce días. Dos semanas sin ver a mi chica. No sé cómo sobreviviré tanto tiempo sin verla. Períodos cortos ahora, meros días, apenas puedo manejarlos. ¿Pero más que eso? ¿Semanas? Podría volverme loco. A veces siento que ya estoy muerto, mas luego vengo a verla y es como si la vida volviera a fluir en mi alma. Vivo para mis momentos robados con ella, es lo único que me hace seguir adelante.

El reloj del tablero marca las dos de la madrugada. Llevo cuatro horas sentado aquí, intentando obligarme a marcharme. No lo consigo. Necesito volver a verla antes de irme. Otro vistazo que espero preserve mi cordura. Así que, como un ladrón en la noche, salgo del coche y cruzo la calle a toda prisa.

La tenue luz que entra por la ventana baña la figura dormida de Nera. Está acurrucada sobre sí misma, apoyada en el borde de la cama. Tiene el cabello recogido en lo alto de la cabeza, con mechones enmarañados que sobresalen del moño desordenado en todas direcciones.

Su habitación no es grande, quizá la mitad del tamaño de la sala, y está decorada en tonos similares de blanco y marrón pálido. Algunos detalles rojos aquí y allá, como un jarrón sobre el tocador, un cubrecama tejido cuidadosamente doblado sobre un sillón reclinable en un rincón del dormitorio y varios cojines *beige* bordados con flores de amapola, hacen que la habitación tenga su propio estilo. Y ahí, colgando del espejo sobre el tocador, está la pañoleta de seda roja.

La gruesa alfombra blanca silencia mis pasos cuando atravieso la habitación y me agacho junto a la cama, mirando fijamente los labios que probé apenas unas horas antes. Estoy seguro de que no hice ningún ruido, pero Nera sigue agitándose, como si de algún modo sintiera mi presencia. Abre los ojos y, durante unos instantes, se limita a observarme. No hay sobresalto, ni siquiera una pizca de sorpresa en su mirada, como si encontrarme junto a su cama a media noche fuera absolutamente normal.

—Pensé que te habías ido. ¿Qué pasó?

—Nada. —Tomo el borde de la manta y la jalo hacia arriba, cubriendo su hombro expuesto.

—Prometiste que no habría mentiras entre nosotros, *Demonio*. Solo secretos.

A veces me sorprende lo bien que me conoce sin saber nada de mí.

—El viaje que haré. Será más largo de lo que esperaba.

Se muerde el labio inferior. Espero a que me pregunte por qué, pero se queda observándome y asiente.

—¿Por cuánto tiempo te irás?

—Diez días. Quizás un poco más.

Otro asentimiento con la cabeza.

—¿Te irás ahora mismo?

—En unas horas.

Estira la mano y me acaricia la mejilla.

—Entonces, quédate aquí esta noche.

—*Pequeña...*

—Por favor.

Cierro los ojos un momento, discutiendo conmigo mismo si debería irme. Pierdo. De nuevo.

—Está bien.

La palma de la mano de Nera se desliza tiernamente a lo largo de mi barbilla, hasta la nuca, arrastrando mi trenza desde detrás de mi hombro para dejarla caer sobre mi pectoral. Aparte de la suave mano de Nera, la última vez que alguien me tocó el cabello fue hace más de dos décadas, y ese hijo de puta no sobrevivió a las secuelas del encuentro. Sin embargo, su tacto es diferente. Lo anhelo. Agradezco la sensación de sus delicados

dedos recorriendo los mechones enmarañados hasta llegar a la banda elástica que lo mantiene todo unido.

—¿Puedo? —pregunta.

—Sí.

Una pequeña sonrisa somnolienta se dibuja en sus labios mientras me quita la liga del cabello y empieza a deshacerme la trenza. Sus movimientos son lentos y cuidadosos, pasando sus dedos por los mechones. A pesar de estar completamente vestido, tengo la sensación de que me está quitando todas las capas, dejándome desnudo ante sus ojos.

—¿Pasarás el resto de la noche arrodillado junto a mi cama, *Demonio*?

—Ese es el plan.

Me pasa los dedos por el cabello una vez más y se echa hacia atrás en la cama, hasta quedar recostada junto a la pared. Una invitación a acostarme con ella. No me pedirá que suba a la cama del mismo modo que no me preguntará a dónde voy. He establecido las reglas de este juego al que hemos estado jugando, e incluso después de todos estos meses, ella sigue respetándolas. Pero el problema es que ya no es un juego. No para mí. No lo ha sido durante mucho tiempo.

Cada mañana me despierto con su rostro en mi mente, y cada noche me voy a dormir con su nombre en mis labios. Esto está mal. Todo esto está mal. Es tan joven, y no solamente en términos de edad. Yo apenas tengo treinta, pero me siento anciano en comparación. Mis tres décadas en esta tierra están llenas de violencia y muerte.

Mi mirada se dirige al grueso libro de texto que hay sobre su mesita de noche. Tardaría días en leer un capítulo de esa cosa. Es demasiado inteligente, amable y cariñosa para atarse a alguien como yo. A principios de esta semana, vi cómo ayudaba a su amiga la veterinaria a salvar la vida de un pajarito con una ala rota. Pasaron dos malditas horas tratando de salvar esa cosa estúpida. Yo, por otro lado, quite vidas sin pensarlo dos veces. Sin una pizca de remordimiento.

No tengo idea de por qué ella permite que esta extraña relación nuestra continúe. Ella tiene familia. Amigas. Cada vez que vengo a verla, espero que me pida que me vaya y no regrese. Lo hará, eventualmente. Sería un grave error dejar que se acerque aunque sea un centímetro. Se dará cuenta de que no queda nada en mí que valga la pena, joder. Tal vez nunca hubo nada. Simplemente un hombre vacío que camina por la vida dejando cadáveres, miseria y terror en todos los lugares donde ha estado. Si tuviera una pizca de decencia, me habría dejado matar. Hace años. El mundo habría estado mejor sin mí en él.

—No pasa nada. —El suave susurro de Nera llena el silencio—. Puedes quedarte donde estás, si lo prefieres.

Mis ojos se desvían del libro de texto para encontrarse con la mirada implacable de mi pequeña. Un error. Porque en el momento en que lo hago, una extraña fuerza me jala hacia adelante, atrayéndome más cerca. Su calidez me provoca, su luz me seduce. Necesito llevarla conmigo cuando me vaya.

Me enderezo, me quito el abrigo y lo tiro en el sillón reclinable que hay a unos pasos. La chaqueta del traje es la siguiente. Nera enciende la lámpara de la mesita de noche y me mira mientras empiezo a desabrocharme las correas de la funda que llevo en el hombro y que contiene mis dos armas. Ni siquiera pestañeó. Desarmado, me siento en el borde de su cama y mis ojos recorren el camino hasta el grueso libro que hay sobre la mesita.

—No podía dormir cuando te fuiste, así que estudié un poco. —Se sienta en la cama y se apoya contra la cabecera—. No hay mejor manera de hacer que una persona se duerma.

—¿Es interesante?

—Algunas partes, sí. Pero ese es bastante aburrido. —Su mano vuelve a estar en mi cabello, acariciándolo—. Compruébalo tú mismo siquieres.

—No puedo. —Aprieto los dientes—. No sé leer, *Pequeña*.

Su mano se detiene un momento, pero luego vuelve a acariciarme el cabello.

—¿Dislexia? —inquiere.

—No. Apenas terminé el primer grado.

—¿Cómo es posible? ¿Eso no va contra la ley?

—Para todos, me educaron en casa hasta los dieciséis años. Pero de donde yo vengo, la lectura y la escritura no estaban en lo alto de la lista de prioridades.

—Entonces. —Un golpecito en un lado de mi barbilla—. ¿Qué tan malo es?

—Puedo con frases cortas y palabras que ya conozco —admito, sin mirarla—. Para leer media página, necesito un par de horas.

—Muy bien. —Toma mi barbilla entre sus dedos, girando mi cabeza hacia ella—. ¿Te gustaría saber qué estuve leyendo después de que te fuiste?

—Sí.

—Ven a sentarte a mi lado. Y pásame el libro.

Me subo a la cama y pongo el pesado libro de texto en sus manos. Nera apoya la cabeza en mi hombro y abre el libro, dejándolo en mi regazo.

—Esta noche vamos a aprender cómo es el aparato digestivo de una vaca adulta —indica y señala con la punta del dedo bajo el título de la parte superior de la página—. Iré despacio. Si necesitas que repita alguna palabra, dímelo.

—De acuerdo.

—Compartimentos estomacales. —Su dedo se desliza por la página mientras lee—: *El rumen es el compartimento estomacal más grande y*

consta de varios sacos. Puede almacenar un poco más de noventa y cuatro litros de materia, dependiendo del tamaño de la vaca. Debido a su tamaño, el rumen actúa como un depósito o recipiente de almacenamiento de alimento. Aparte del almacenamiento...

Le rodeo la espalda con el brazo y escucho el sonido de su voz mezclado con las gotas de lluvia que golpean la ventana. De vez en cuando bosteza, pero sigue leyendo, moviendo el dedo bajo las palabras, hasta que el sol se eleva sobre el horizonte y por fin se queda dormida sobre mi pecho. Levanto el libro de mi regazo y mantengo a mi chica pegada a mi cuerpo un rato más. Después, la acuesto con cuidado y me levanto de la cama.

Antes de irme, apago la luz y me inclino sobre mi *Pequeña Tigresa* dormida, tomando su mano entre las mías.

—Gracias —pronuncio y le beso los dedos.

Capítulo 17

Dos semanas después

Kai

—Buenas noches. ¿Cómo puedo...? Ah, es usted otra vez, señor.

Observo duramente al florista y luego cambio mi atención a un tipo que está parado frente al estante repleto de ramos de rosas.

—¡Largo! —le ordeno.

—¿Cómo dice? —Me mira exasperado.

Meto la mano en la chaqueta, saco mi pistola y aprieto el cañón contra la frente del idiota.

—Ahora.

El tipo suelta las flores que sostiene y sale corriendo de la tienda. Vuelvo a enfundar la pistola mientras me acerco a la puerta de la tienda y

volteo el cartel a cerrado. Cuando me doy la vuelta, el florista me mira con los ojos desorbitados.

—Necesito flores que no tengan polen. Mi chica es alérgica.

—*Umm...* —Se jala el cuello de la camisa—. ¿Quizás unas rosas?

—¿No tienen polen?

—Bueno, sí lo tienen, pero *um...* se consideran hipoalergénicas porque las partículas de polen son demasiado grandes, así que no se transportan por el aire ni causan problemas a los alérgicos.

Echo un vistazo a los estantes que contienen rosas de varios colores. Hace unos años, tuve un trabajo con un encargo especial. El cliente quería que la lengua cortada de la víctima se colocara sobre un lecho de pétalos de rosa y se le entregara en una caja envuelta para regalo.

—Nada de rosas. ¿Qué más?

—¿Quizá un cactus?

Levanto una ceja.

—Nada de cactus. Claro. Bueno, entonces... —El florista se da la vuelta para mirar los arreglos expuestos y corre hacia otro estante en la esquina. El sudor le brilla en la frente y las gotas empiezan a resbalarle por la cara.

—Los tulipanes son una gran elección.

Acerca un jarrón lleno de flores de color rojo y lo levanta frente a mí. Saco un tulipán y empiezo a inspeccionar el interior de la flor.

—¿Qué son esas cositas negras en forma de dardo?

—*Umm*, bueno, esos son pistilos, pero hay muy poco polen en ellos. Verá, cada planta reprod...

—Ahórrame la lección de biología, abuelo. —Agarro las tijeras que cuelgan de la pared junto al papel para envolver, pongo la flor boca abajo y corto con cuidado las partes colgantes con polvo negro—. ¿Así quedará libre de polen?

El hombre se queda mirando la flor que sostengo.

—S... supongo que sí.

—Perfecto. —Le lanza las tijeras. Casi se apuñala en el estómago intentando atraparlas—. Necesito que cortes a los pequeños cabrones de cada una. Tienes cinco minutos.

—Pero, señor. Hay al menos setenta tulipanes. Yo... —Doy un paso hacia él—. Claro. Cinco minutos.

Mientras el florista procede a extraer el polen a los tulipanes en una mesa de trabajo cercana, yo tomo asiento detrás de su mostrador y empiezo a buscar en los cajones un bolígrafo rojo. Encuentro uno en una caja llena de clips y agarro una de las elegantes tarjetas del exhibidor.

Para cuando el florista termina su labor, he estropeado más de una docena de tarjetas y el suelo a mis pies está cubierto de papel brillante arrugado. Miro mi último intento y entrecierro los ojos ante las dos palabras que escribí. Mi letra es horrible, pero es lo mejor que puedo hacer.

—Hasta la próxima, abuelo. —Tiro unos cuantos billetes sobre el mostrador y le quito el ramo de las manos al florista. Me meto la nota en el bolsillo y salgo de la tienda.

Nera

No hay leche. *Estupendo.*

Cierro la puerta del refrigerador de un golpe y llevo mi tazón de cereal a la sala. La televisión emite las noticias en silencio mientras me dejo caer sobre los cojines y empiezo a meterme en la boca los cereales secos del desayuno.

En casa de mi padre, el desayuno siempre era abundante, igual que la comida y la cena. Huevos, salchichas, pasteles, queso, frutas y todo lo demás. Siempre se servía en el gran comedor a las ocho y media en punto. La posibilidad de saltárselo era inexistente. Papá siempre insistía en que quería que toda la familia comiera junta al menos una vez. Siempre me pareció deprimente. Con mamá y Elmo muertos, y Massimo encerrado, aquellos espantosos desayunos siempre me recordaban lo rota que estaba nuestra familia. Sin embargo, comer en otro sitio que no fuera el comedor era algo inconcebible, y hasta que no me mudé no me di cuenta de lo liberador que era poder comer cuando y donde quisieras.

El comentarista está dando una noticia internacional mientras en la pantalla aparecen imágenes de varias personas por encima de su hombro izquierdo. Tomo el control remoto y subo el volumen. Algo sobre el asesinato de un magnate del petróleo en Budapest. El hombre y todo su equipo de seguridad fueron acribillados, al estilo ejecución, en su propiedad privada a las afueras de la capital. Por el momento, las autoridades locales no tienen pistas sobre los responsables de la masacre, ni información sobre un posible motivo del asesinato.

A pesar de lo espantoso de la noticia, no puedo evitar pensar que, si fue un ataque profesional, la policía no encontraría nada.

El uso de asesinos a sueldo es típico en el mundo de la mafia. Son ridícularmente costosos, no obstante, si quieres que alguien desaparezca sin dejar ningún rastro que pueda conducir hasta ti, es la única forma de garantizarlo. No es ningún secreto que la *Camorra* suele recurrir a estos asesinos con bastante frecuencia, sobre todo cuando alguien se interpone en el camino del Clan. Conozco al menos cinco situaciones en las que

miembros de alto rango de otras organizaciones criminales en los EE.UU. terminaron muertos, y sus decesos quedaron sin resolver durante años.

Supongo que tenemos suerte. Desde que mi padre se hizo cargo de la *Familia* de Boston, ha intentado mantener buenas relaciones con otras facciones de la *Cosa Nostra*, así como con nuestros competidores. Él hace lo suyo y nunca le pisa los talones a nadie. Sé que algunos de los Capos no apoyan esta estrategia, pero nuestros inversionistas sí. Las disputas y las guerras internas ponen en juego los beneficios.

Apago el televisor y llevo mi tazón vacío a la cocina. Mientras me dirijo al fregadero, veo un destello rojo por el rabillo del ojo. Me detengo y volteo hacia mi “rincón de estudio”, que puse junto a la puerta del balcón. Entre dos cojines de gran tamaño, justo al lado de mi *laptop*, hay una gran olla azul, similar a la que uso para hacer pasta. Dentro hay un ramo de tulipanes rojos. Las mariposas invaden la boca de mi estómago cuando me acerco y me agacho frente a las flores. Junto a la maceta, en el suelo, hay una hermosa tarjeta plateada. Su elegancia satinada y brillante contrasta con una nota apenas legible escrita en tinta roja.

Sin polen.

Me tapo la boca con la mano y miro fijamente los tulipanes. Ahora veo que la olla es mía. La usé para preparar raviolis cuando mi *Demonio* estuvo aquí hace dos semanas.

—Regresó —murmuro en la palma de la mano.

Mi teléfono empieza a sonar en algún lugar de la habitación, pero no me muevo de mi sitio. Probablemente sea Zara, para recordarme que hoy tengo que ir a comer a casa de papá. Como si pudiera olvidarlo. Me llamó ayer, exigiendo mi presencia, y mi obediencia incondicional en este caso.

Con cuidado, tomo una de las flores de la olla. Cuando se trata de tulipanes, me dan ataques de estornudos con mucha frecuencia. Siempre son un riesgo para mí. Esta vez, sin embargo, no me importa que ocurra. Hundo mi nariz en la flor acampanada e inhalo una vez. Luego otra vez.

No hay estornudos.

Recojo la olla y la llevo a la mesa del comedor, colocándola en el centro. Parece completamente fuera de lugar sobre la impecable superficie de cristal, pero ni siquiera pienso en cambiarlo por un jarrón más apropiado. Devuelvo a la cocina mi olvidado tazón de cereales vacío antes de dirigirme a mi habitación para prepararme para el día, y veo un nuevo imán en el refrigerador. Lo colocaron muy abajo, debajo de los que me trajo Zara. La imagen muestra un puente y un edificio antiguo al fondo. Debajo del puente se lee *Hungría*.

* * *

Miro fijamente a mi padre, sin palabras.

—Me lo prometiste. —No puedo creerlo—. ¡Prometiste que me dejarías terminar mis cursos! ¿Es mucho pedir? ¿Solo unos años más para vivir mi vida como si fuera mía, antes de tener que entregarla para servir a la *Cosa Nostra* y que me casen?

Nuncio Veronese toma su vaso de *whisky* y se sienta en un enorme sillón reclinable en medio de su estudio.

—Las cosas cambian, Nera. La situación era distinta entonces.

Me muerdo la lengua para no gritar.

—Entonces, ¿cuánto tiempo me queda?

Baja la vista hacia su vaso, lo gira, los cubitos de hielo suenan y tintinean dentro del vaso. Cada sonido fracturado me hace sentir como si estuviera frente al reloj de la cuenta regresiva en el corredor de la muerte, esperando a que se ejecute mi sentencia. Esperando lo inevitable. Sin esperanza.

Sé que mi padre me quiere. Recibiría una bala por mí sin pensarlo dos veces. Saltaría tras de mí a las aguas turbulentas, aunque no sepa nadar.

Mi padre me quiere.

Pero quiere más a la *Familia*.

—Puedes terminar este año de estudios —informa y da un gran trago a su bebida—. Podemos anunciar el compromiso en agosto, y fijar la boda para otoño.

—Papá...

—Eres la única persona con la que puedo contar. Massimo está en la cárcel. Elmo se ha ido. Zara está... bueno, ya sabes. Solo quedas tú. Y yo... He tomado malas decisiones, Nera. —Mientras explica, mira a su vaso—. Algunas decisiones realmente malas. Y si la *Familia* se entera, todo por lo que he trabajado se convertirá en polvo.

Lo observo fijamente. Mi padre nunca trabajaría en contra de la prosperidad de la *Familia*. La *Cosa Nostra* es su vida.

—¿Qué malas decisiones?

—Permití que la *Camorra* invirtiera en nuestro negocio de casinos.

Un grito ahogado sale de mis labios. Los negocios de la *Cosa Nostra* solo pueden ser propiedad de los miembros de la *Familia*. Permitir a alguien de afuera, especialmente a otra organización criminal, es una blasfemia.

—Tuvimos pérdidas —continúa—. He estado falsificando los informes de ingresos durante los últimos meses. Había que pagar algunos préstamos. Necesitábamos el dinero rápidamente, y acepté. Batista y yo planeábamos pagárselo a la *Camorra* antes de la reunión anual de la *Familia* en diciembre.

—¿El *underboss* lo sabía? ¿Por qué carajo no te advirtió de esto?

—En realidad, fue idea suya. No teníamos otra opción, y debería haber sido temporal. Pero Alvino cambió de opinión. Dijo que no aceptaría el pago a menos que le ofreciéramos algo a cambio. Te quiere a ti.

La habitación empieza a dar vueltas. No voy a casarme con un tipo que mandó a su novia a emergencias y que además le corta los genitales a la gente. ¿Y qué pasará con mi *Demonio*? La sola idea de no volver a verlo me hace entrar en pánico.

El horror debe de estar escrito en mi rostro, porque mi padre se levanta y me agarra por los hombros.

—No te lastimarás —me promete—. Tuve una conversación muy seria con él y me aseguré de que sepa lo que le pasará si se atreve a ponerle una mano encima a mi pequeñita.

—Por favor, papá... No puedo...

—La *Familia* te necesita, Nera. Yo te necesito.

Veo fijamente la cara de mi padre mientras las escenas pasan por mi mente como una película en avance rápido. *Yo*, vestida de novia, caminando por el pasillo hacia el hombre que no conozco. *Yo*, sentada con él en la mesa principal, comiendo en completo silencio porque no tenemos nada de qué hablar. *Yo*, en una habitación llena de gente elegantemente vestida, con una gran sonrisa falsa en mi cara y con joyas que equivalen a la mitad de mi peso corporal. Aceptando sus halagos vacíos mientras intento ocultar las lágrimas y la desesperación por haberme convertido en un trofeo. *Yo*, acostada desnuda en la cama, dejando que mi esposo me folle porque es su derecho.

¿Es eso todo lo que puedo esperar ahora de mi vida?

Hace un año, si mi padre me hubiera dado esta noticia, habría llorado, mas me habría sentido resignada a mi destino. Casarse por el bien de la *Familia* no solo se espera, es común. Estar atada a un hombre al que le importo un comino parecía normal. Ya no es así. No cuando sé lo que se siente tener a alguien que realmente se preocupa por lo que soy, como

persona. Que me mira como si realmente me viera. No como la hija del Don. No como una estrategia. Simplemente... a mí.

—Lo siento, papá —susurro—. Yo... no puedo.

—¿No puedes? —Se inclina hacia mí, mirándome con ojos que parecen tan fríos. Su rostro hace una mueca, una extraña mezcla de furia y desesperación. No recuerdo haber visto a mi padre enfadado más que un puñado de veces.

Hago lo posible por mantenerme firme y enfrentarme a su mirada furiosa.

—No lo haré.

—Soy tu Don. Harás lo que yo te ordene, sin dudarlo. —Su voz tiene un tono peligroso, entre la advertencia y la amenaza.

—Ante todo, eres mi padre. —Me tiembla la voz—. ¿No debería la felicidad de tu hija estar por encima del trabajo? ¿Papá?

—No es trabajo. Es un legado, Nera.

—Sí. Un legado resplandeciente de brillo falso, amigos falsos y las lágrimas de tus hijas que darían cualquier cosa por ser consideradas algo más que peones en juegos de poder. —Estiro la mano y tomo la suya—. Deberías ser siempre un refugio seguro para mí y para Zara. Necesitamos un padre. No un Don.

Sus cejas se fruncen y una mirada atormentada entra en sus ojos.

—Hice todo lo que pude, Nera. Me aseguré de que tuvieras todo lo que deseabas. Siempre que a ti o a tu hermana les gustaba algo, yo se los compraba.

—Le regalaste a Zara un collar de oro por su decimoctavo cumpleaños.

—El de diamantes que vio en el centro comercial. Se quedó parada frente a la vitrina y lo miró durante más de diez minutos. Ni siquiera me importó el precio.

—No puede usarlo, papá. —Le aprieto la mano—. A Zara le sale sarpullido cuando se pone la mayoría de las joyas. El collar ha estado guardado en una caja en su tocador, como un bonito y brillante recordatorio de que su padre olvidó de alguna manera ese pequeño detalle de su vida.

A mi padre se le va el color del rostro y se echa hacia atrás como si lo hubiera golpeado.

—Sí lo olvidé. —Se atraganta—. ¿Cómo pude olvidar algo así?

—Porque has pasado años rodeado de gente que siempre te daba palmaditas en la espalda y te felicitaba, hicieras lo que hicieras. Así que has dejado de pensar en el impacto que tienen tus acciones en los demás.

Mi padre ve hacia otro lado, su mirada distante mientras observa algún lugar más allá de la ventana.

—Cuando pierdes a alguien a quien amas, eso mata algo dentro de ti, ¿sabes? —suspira—. Yo perdí a tu madre. A Elmo. Y luego a Laura. Fue... demasiado.

—Lo sé. Nosotras también los perdimos.

Me mira y casi puedo ver al hombre al que le encantaba llevarnos a mí y a mi hermana a caballito por la casa.

—No quiero perderte a ti también. —Levanta la mano y me acaricia la mejilla—. Le diré a Alvino que mi hija ya no es una opción abierta a discusión.

—¿Te causará problemas?

—No te preocupes. Yo me encargo de mis propios líos. —Se inclina y deposita un beso en mi cabeza—. ¿Te veré en mi fiesta el próximo fin de semana?

—Por supuesto, papá.

—Bien. Ahora, ve al comedor. Seguro que Zara nos está esperando.

—Gracias.

Estoy a medio camino de la habitación cuando escucho su voz detrás de mí:

—Me alegro tanto de que nunca tengas que estar en mi lugar.

—Yo también.

* * *

—¿Sigues viendo a ese acosador tuyo, Nera?

Me tumbo en la cama de Zara y apoyo mi cabeza sobre los brazos cruzados. Mi hermana y yo nunca nos hemos ocultado cosas, pero cuando se trata de mi *Demonio*, no me gusta dar información voluntariamente. Quizá porque no creo que ella lo entienda. O tal vez porque soy egoísta.

—¿Y? —pregunta.

—Cenamos en mi casa hace dos semanas.

—*Mm-hmm*. Eso sí que es un avance —replica entre dientes con los alfileres entre los labios, y luego me lanza una mirada penetrante—. Teniendo en cuenta que aún no sabes cómo se llama ese hombre.

Me encojo de hombros. Es mi *Demonio*. Yo soy su *Pequeña Tigresa*. No necesito su nombre.

—¿Qué preparaste?

—Raviolis con queso. —Me muerdo el labio—. En realidad, no estaba planeado, o habría cocinado algo más apetitoso. Preparé la cena para mí, pero cuando miré por la ventana, me di cuenta de que él estaba al otro lado de la calle.

Zara baja la pieza del patrón que está sujetando con alfileres a la tela.

—Tú y tu acosador tienen la relación más extraña que haya escuchado. ¿Cuánto tiempo hace que tienen esta extraña relación? ¿Seis meses?

—Un año.

—¡Dios! —Sacude la cabeza—. ¿Y con qué frecuencia se ven ahora?

—Depende. En los últimos meses, ha ido a la clínica veterinaria y me ha seguido a casa dos veces por semana. Pero también hemos pasado tiempo juntos en la azotea y hemos hablado. O simplemente nos sentábamos en silencio a mirar el cielo. Muchas veces lo he visto acechando desde al otro lado de la calle o a la vuelta de la esquina, pero en cuanto lo hago, desaparece. —Sonríe—. Creo que esas veces me ha dejado verlo a propósito. La verdad es que estoy bastante segura de que la mayoría de las veces ni siquiera sé que está ahí.

—Eso es... retorcido.

—Lo sé. También es la relación más sana que he tenido con alguien desde que tengo memoria. Excluyéndote a ti, claro.

—No sabes nada sobre él. ¿Cómo puede ser una relación sana?

Me pongo boca abajo y apoyo las manos bajo la barbilla.

—¿Has conocido a alguien con quien puedas hablar de las cosas que no puedes hablar con otras personas? ¿Aunque no sepas mucho de esa persona?

De repente, Zara se queda muy quieta.

—Tal vez.

Me incorporo en la cama.

—¿Qué? ¿Quién?

—No quiero hablar de ello.

—Sabes que puedes contarme cualquier cosa, Zara.

—No en este caso. —Vuelve a su costura—. Entonces, ¿cómo fue la cena?

Entrecierro los ojos. Es obvio que está evitando el tema. Tal vez siente algo por alguien que no debería. ¿Un hombre que no es de la *Familia*, o quizás alguien mucho mayor que ella? Teniendo en cuenta que estaba pensando que hay cosas que no estoy dispuesta a compartir, decidí dejarle su secreto. Por el momento.

—Estuve bien —añado—. Pero cuando terminamos, me preguntó qué quería a cambio.

Zara arquea las cejas.

—Tiene la extraña idea de que nada es gratis. Así que le pedí un beso.

—¿Estuve bien?

—Fue como si hubiera estado viviendo en el vacío, y de repente, cuando sus labios estuvieron por fin sobre los míos, respiré aire fresco por primera vez en mi vida. —Cierro los ojos y suspiro—. Tuvo que irse de viaje, no pudo decirme a dónde, pero volvió esta mañana. O tal vez anoche.

—¿Cómo lo sabes?

—Me dejó flores.

Zara resopla.

—Hombres. Deberías haberle dicho que tú y las flores no se llevan bien.

—Se lo dije. Cortó los pistilos, Zara. —Mi hermana levanta bruscamente la cabeza de su costura, y la sorpresa es evidente en sus ojos —. Me trajo un imán —susurro—. De... Budapest.

Capítulo 18

Nera

—¿Pasa algo? —inquire Dania cuando salimos del cine y nos dirigimos al coche con chofer que mi padre insistió en que utilizara. Mi auto está en el taller para reparar una bomba de combustible defectuosa, y no lo tendré de vuelta hasta dentro de dos días. Y papá está algo paranoico desde el domingo pasado, cuando me negué a casarme con Alvino, así que me exigió que uno de sus hombres me llevara en coche en lugar de usar taxis o servicios de transporte compartido.

—*Nop*. Solo el Don siendo demasiado sobreprotector. —Me encojo de hombros.

El conductor nos abre la puerta trasera cuando nos acercamos y, cuando levanto la vista para darle las gracias, me doy cuenta de que no es el mismo hombre que me trajo hasta aquí.

—¿Dónde está Pío? —pregunto.

—Tuvo una emergencia familiar —responde—. Su padre me envió para hacerme cargo, señorita Veronese. Soy Gerodi.

—Espero que no sea nada grave.

—En absoluto. —Sonríe y cierra la puerta tras de mí.

Como la casa de Dania está cerca, la dejamos primero. Sin embargo, a mitad de camino hacia mi casa, el conductor se pasa una vuelta.

—Gerodi, deberías haber girado a la derecha.

—*Oh*, disculpe, señorita Veronese. —Me mira por el retrovisor—. No se preocupe, encontraré un sitio para dar una vuelta en U.

Me recuesto, aunque mantengo los ojos clavados en el retrovisor. Cada cierto tiempo, Gerodi lo mira y luego aparta la vista. Mi bolso está a mi lado en el asiento, y muevo la mano hacia él lo más discretamente posible.

—Así que, ¿llevas mucho tiempo trabajando para mi padre? —indago.

—Un par de meses. —Otra sonrisa.

Llegamos a un cruce en el que podría dar fácilmente la vuelta, pero sigue conduciendo recto. Mi mano se desliza hasta la mitad del bolso y noto el teléfono bajo la punta de mis dedos.

—Es difícil. Empezar un nuevo trabajo —comento con indiferencia—. ¿Has hecho amigos? ¿Le pediste a Teobaldo que te enseñara lo básico? Lleva más de una década trabajando para nosotros.

—Sí, estaba muy dispuesto a enseñarme lo básico.

—Eso es estupendo. —Se me dispara el pulso. No hay ningún Teobaldo trabajando para mi padre.

Otra intersección, otra vuelta perdida. Parece que nos dirigimos fuera de la ciudad. Agarro el teléfono y lo saco lentamente del bolso, lo justo para poder ver la pantalla. Tengo a Zara en marcación rápida y bastará con que apriete el botón. Me tiemblan las manos y las piernas.

—Yo que usted no haría eso, señorita Veronese.

Levanto la cabeza. Sin dejar de mirarme por el retrovisor, el conductor saca una pistola de su funda y la coloca sobre su regazo.

—¿Qué quieres decir? —Intento hacerme la tonta, aunque sé que me ha descubierto.

—Las órdenes de Alvino fueron bastante explícitas, señorita. No debe sufrir ningún daño a menos que intente algo —advierte—. Por favor, no me obligue a hacerle daño.

Se me revuelve el estómago y, por un momento, no puedo respirar. Solo hay una razón para que el jefe de la *Camorra* ordene a alguien que me capture. Papá ya debe de haberle dicho que el matrimonio no se celebrará.

Suelto el teléfono y cruzo las manos sobre mi regazo. Mientras esté en el coche en marcha, mis opciones son limitadas. Las puertas se cerraron automáticamente poco después de ponernos en marcha, y estoy segura de que el imbécil al volante activó el seguro de niños para que no pueda abrir la puerta desde adentro. Además, no puedo saltar del vehículo a ochenta kilómetros por hora.

—A dónde me llevas? —Si tengo una idea de adónde vamos, podría pensar en una forma de escapar.

—Ya lo verá. —Sus labios se ensanchan en una sonrisa muy inquietante mientras se incorpora a la interestatal.

Conducimos en silencio durante más de dos horas. Durante este tiempo, considero todas las posibles razones para que Alvino recurra a hacer esto. No creo que se atreva a matarme, sin embargo, hay muchas otras cosas desagradables que podría hacer. Y por lo que sé de él, la maldad es su pasatiempo favorito.

El conductor se desvía por una carretera estrecha y desértica. Apenas hay tráfico, lo que no es de extrañar si tenemos en cuenta que el reloj del tablero indica que es la una de la madrugada. Seguimos durante un par de kilómetros y luego hacemos un giro antes de detenernos frente a un edificio, aunque no sé más que eso, ya que no hay luces a su alrededor.

Con el arma en la mano, el conductor me abre la puerta. Agarro mi bolso al salir del coche, pero él me lo arrebata.

—No lo necesitará por ahora —revira, arrojándolo sobre el asiento del pasajero.

Una hilera de camionetas SUV están estacionadas en el lote vacío, y la esperanza se enciende dentro de mí al verlas. Quizás haya alguien que pueda ayudarme.

El conductor me da un empujón por detrás y me dirige hacia la enorme puerta de madera. Es entonces cuando me doy cuenta de lo que es este edificio.

Una iglesia.

—Vamos, señorita Veronese. Su novio la espera.

Kai

Años del más intenso y riguroso entrenamiento físico y mental. Una década y media de servicio activo. Más de cien misiones de alto riesgo y psicológicamente desafiantes, ejecutadas con absoluta calma y desapego. Desde que maté por primera vez, nunca me han temblado las manos. Nunca ha habido una situación que me hiciera sentir desquiciado o siquiera ligeramente agitado.

—¡EL CABRÓN TIENE A MI PEQUEÑA TIGRESA! —rujo mientras golpeo el volante con todas mis fuerzas.

Llevo más de dos horas siguiendo al sedán azul marino oscuro. Desde el momento en que no dieron la vuelta que conducía a casa de Nera tras dejar a su amiga, supe que algo no andaba bien. Cuando el vehículo empezó a salir de la ciudad, quedó claro que habían secuestrado a mi chica. Me importa un carajo por quién o por qué. Firmaron su sentencia de muerte.

El imbécil que conduce el sedán toma la siguiente salida de la autopista y avanza por una carretera local. Lo sigo, manteniendo mi distancia para no levantar sospechas. Cuando giran de nuevo y entran en el estacionamiento de una iglesia en medio de la nada, sigo adelante. Cuando estoy lo bastante lejos, me salgo de la carretera y entro en una maleza. Las ramas arañan el cofre y los costados de mi vehículo mientras lo empujo hacia el fondo, hasta ocultarlo de la vista. Ni siquiera cierro la puerta cuando salgo disparado y corro hacia el maletero para recoger mi equipo.

Tardo cuatro minutos en llegar al borde del estacionamiento anexo a la iglesia. Una fila de coches negros están estacionados a un lado y, al volante del último, un hombre está fumando. El sedán azul marino que trajo a mi *Pequeña* hasta aquí está estacionado frente a la entrada de la iglesia, pero ahora parece vacío. Dos hombres con rifles automáticos vigilan las puertas de la entrada, y otro está haciendo rondas fuera del edificio.

Dentro de la iglesia, las luces están encendidas, pero los vitrales impiden ver lo que ocurre. Miro hacia arriba, evaluando el nivel superior. Debe haber un acceso al segundo piso que lleva al palco del coro.

Aprovechando la oscuridad para cubrirme, me acerco sigilosamente al último todoterreno de la fila. El hombre que está en el interior está encendiéndo otro cigarrillo y expulsa el humo por la ventanilla abierta. Me abalanzo sobre él y le clavo el cuchillo en el cuello, justo debajo de la oreja. Su cuerpo se sacude y un gorgoteo sale de su garganta. Presiono mi mano libre sobre su boca para amortiguar el ruido y giro la navaja. Una muerte bastante rápida, por desgracia.

El siguiente es el guardia que hace las rondas. Lo golpeo por detrás, rodeándole el cuello con los brazos y dejándolo caer sobre su trasero. Su cuello se rompe como una rama en el proceso. Tras confirmar que está muerto, me arrastro por el exterior de la iglesia y echo un rápido vistazo a la

esquina. Los dos guardias siguen colocados en las puertas principales, a poco más de tres metros. Tan cerca, podría eliminarlos a ambos con mi pistola, pero podría atraer a cualquier número oculto en el interior del edificio. Como aún no sé a qué me enfrento, la mejor opción es un asesinato silencioso.

Tomo dos de mis cuchillos para lanzar, uno para cada mano, y salgo de mi escondite. Los guardias giran hacia mí mientras hago volar ambas navajas. Una se clava en el ojo del primero y la otra en la frente del segundo. Dudo que sean conscientes de lo que les ocurre cuando cruzo la distancia que nos separa y, con un movimiento fluido, les corto la garganta con mi cuchillo Bowie.

Dejo sus cuerpos desplomados ante las puertas, retrocedo para recoger mi rifle de debajo del arbusto donde lo dejé y me dirijo a la parte trasera de la iglesia.

Nera

El miedo me recorre la piel mientras observo al hombre sentado ante mí. Sus brazos están extendidos en el respaldo de la banca de la primera fila, mientras sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo como si evaluara su nueva posesión. Nunca había visto al jefe del clan de la *Camorra*, pero he visto algunas imágenes suyas en las redes sociales. Es más flaco que en las fotos, y sus mejillas hundidas y el tinte grisáceo de su piel son aún más pronunciados en persona.

—Sabía que tu *papito* no era el más listo de la clase, pero nunca esperé que fuera tan estúpido como para echarse para atrás con nuestro trato. —

Sonríe, mostrando dos filas de dientes manchados de nicotina. Uno de sus ojos parece estar desalineado, vuelto hacia dentro, lo que hace su mueca más grotesca—. Esperaba que fueras más guapa.

Se levanta y me agarra la barbilla, sus dedos me magullan la piel mientras me inclina la cabeza hacia la izquierda y luego hacia la derecha. Su aliento apesta a cebolla y cigarrillos, provocándome ganas de vomitar. Me trago la bilis y me quedo muy quieta, soportando su inspección.

Junto con Alvino y el chofer que me trajo hasta aquí, hay más de dos docenas de hombres dentro de la iglesia. Soldados de la *Camorra*, todos armados, sentados en las filas de bancas a la derecha del pasillo. Y el sacerdote con su túnica ceremonial, de pie en el altar. No hay forma de que pueda escapar.

—Qué lástima. Puede que tenga que follarte con los ojos cerrados —se burla Alvino—. Acabemos con esto.

Me agarra del brazo y me arrastra hacia el estrado. Mi tacón izquierdo se engancha en algo, tropiezo y me tuerzo el tobillo. El dolor me sube por la pierna y no puedo evitar gritar.

—¡Cállate de una puta vez! —Alvino me da una bofetada.

A duras penas consigo reprimir otro grito mientras me arrastra frente al sacerdote. Sin apoyar mi peso en la pierna izquierda, contemplo horrorizada su casulla elegantemente decorada, mientras las náuseas amenazan con asfixiarme. Desde el momento en que salí del coche y me di cuenta de que estábamos en una iglesia, supe lo que me esperaba, pero aun así sentí como si le estuviera ocurriendo a otra persona. Con una ceremonia municipal, papá podría haber tenido algo de influencia para anularlo. Con una boda por la iglesia es casi imposible.

El sacerdote empieza a hablar y yo aprieto los ojos. No voy a llorar. No dejaré que el bastardo que está a mi lado se regodee en mi miseria. En vez de eso, pienso en mi hermoso *Demonio*. Probablemente no volveré a verlo. La *Camorra* no es como la *Cosa Nostra*. Mantienen sus tradiciones. Después de las nupcias, se espera que la esposa se quede en casa. Si alguna

vez me dejan salir de casa de Alvino, será siempre bajo una fuerte vigilancia.

Respiro entrecortadamente y me obligo a abrir los ojos, escudriñando a mi alrededor con la esperanza de encontrar una forma de escapar, aunque sé que es inútil. Hay demasiados hombres armados y mi tobillo lastimado apenas puede soportar mi peso. Es imposible que pueda huir.

El sacerdote sigue hablando. Alvino voltea hacia mí, con esa horrible sonrisa maligna dibujada en su rostro. Abre la boca para decir “sí, acepto” en el momento en que suena un golpe seco. Alvino echa la cabeza hacia atrás. Sus piernas se doblan y empieza a caer hacia atrás, arrastrándome con él. Me encuentro tendida sobre él en el suelo, con la cara a escasos centímetros de la suya, boquiabierta ante el enorme agujero que tiene en el centro de la frente, cuando estallan los disparos.

Tal vez sea la adrenalina o simplemente el instinto de supervivencia, pero no levanto la vista, ni siquiera para ver lo que ocurre a mi alrededor. Manteniéndome lo más agachada posible, me arrastro hacia la pared más cercana. Una vez a salvo detrás de un grueso pilar de piedra, echo un rápido vistazo al centro de la iglesia. El sacerdote está muerto, tendido en el suelo a pocos pasos de Alvino. Otros cadáveres están esparcidos por los alrededores. Solo puedo verlos parcialmente a través de los huecos entre las bancas. No obstante, los que miran hacia mí tienen idénticos agujeros rojos en la cabeza.

Los miembros de la *Camorra* que siguen vivos se han refugiado entre los asientos de madera. Sus gritos llenan el inmenso espacio mientras apuntan y disparan al azar. No veo a quién disparan. Teniendo en cuenta el número de cadáveres, supongo que papá se habrá enterado de lo ocurrido y habrá enviado a nuestros hombres a rescatarme. Pero no veo a nadie, salvo a los soldados de la *Camorra*.

El tiroteo se calma y, por un momento, no se escucha ningún ruido. Dos matones de la *Camorra* que estaban escondidos detrás de la primera banca se levantan y sacan sus armas.

Bang. Bang.

Ese sonido agudo otra vez. Es un estallido diferente al que hace un arma normal. Con el eco acústico, es difícil precisar de dónde vienen los disparos. Ambos hombres caen muertos. Otra ronda de disparos rápidos estalla mientras los soldados de la *Camorra* disparan en todas direcciones, luego el silencio desciende una vez más.

Un leve cosquilleo me sube por el cuello. Miro hacia el altar y noto un movimiento en las sombras detrás de él. Una figura de negro sale a la luz y se me entrecorta la respiración. Levanta sus armas, una en cada mano, disparando a los hombres de la *Camorra* que quedan mientras avanza hacia mí. Caminando. Como si estuviera paseando por un parque en una tarde soleada, con los pájaros cantando a lo lejos. Como si no hubiera Dios sabe cuántos matones intentando dispararle. Él simplemente hace llover balas sobre ellos sin detenerse. Mi ángel de la muerte. Mi salvación.

—*¿Pequeña?* —dice cuando llega a mí.

—Estoy bien —musito.

Asiente y se coloca detrás de la columna que me ha servido de refugio. Un bombardeo de balas golpea la pared de nuestro lado en cuanto deja de disparar.

—Cuando te lo diga, vas a correr. —Dos cartuchos vacíos caen al suelo—. Hay una puerta al fondo, detrás del altar. El coche en el que llegaste está estacionado afuera, las llaves están en el arranque. —Coloca un nuevo cartucho en cada arma—. Te cubriré desde aquí.

—No puedo —replico, mientras me levanto lentamente—. Me torcí el tobillo. Probablemente pueda caminar, pero no puedo correr.

Sus ojos se clavan en los míos. Puedo ver la tormenta que se avecina en sus profundidades mientras repasa nuestras opciones. Hay por lo menos veinticinco metros entre aquí y el estrado. Demasiados hombres de Alvino siguen vivos. Se quedará sin municiones antes de que consiga arrastrarme hasta allí.

—De acuerdo. —Se gira para enviar unas cuantas balas hacia los hombres de la *Camorra*, luego coloca sus pistolas en la funda. Suavemente, me agarra por debajo de los muslos y me levanta contra su pecho—. Agárrate fuerte. Tendremos que ser rápidos.

Me quedo boquiabierta. Si me carga, no podrá disparar de vuelta. Y su espalda quedará expuesta a los tiradores. *¡No, maldición!* Al sentir su calor bajo mi tacto, deslizo la mano entre nuestros cuerpos y saco una pistola de su funda.

—Solo una advertencia, *Demonio*. Soy muy mala tiradora a menos que mi blanco esté cerca. —Cruzo los tobillos en la parte baja de su espalda, asegurándome. Luego, le rodeo el cuello con el brazo izquierdo y extiendo el derecho por encima de su hombro, con la pistola preparada.

Mi *Demonio* sonríe.

—Mándalos al infierno, *Pequeña Tigresa*.

Él corre.

El aroma a pólvora y bosque inunda mi nariz mientras aprieto el gatillo una y otra vez. Me tiembla todo el brazo por el culatazo y el peso del arma demasiado grande que tengo en la mano. No hay tiempo para apuntar, así que disparo en la dirección de las bancas. Un poco de metralla rocosa, o quizás algo más, impacta en mi pierna expuesta. Se me llenan los ojos de lágrimas. Pero aprieto el cuello de mi *Demonio* y sigo disparando, a pesar de que apenas siento mi agarre.

El aire fresco entra en mis pulmones, los dulces olores del verano sustituyen al hedor de la sangre y la pólvora. Estamos afuera. Apenas me doy cuenta de ello cuando me encuentro al volante de un coche.

—¡Pisa a fondo el acelerador! —exclama mi demonio mientras me arrebata la pistola de la mano y cierra la puerta—. Vete directamente a casa.

—¡No voy a dejarte! —grito a través de una ventana abierta.

—Tengo que hacer una limpieza aquí, y no puedo hacerla si estoy preocupado por ti.

Se da la vuelta y dispara hacia la parte trasera de la iglesia. Un instante después, una bala impacta en el cofre del sedán. Es evidente que los hombres de Alvino nos siguieron, pero no puedo ver la puerta por la que salimos porque mi oscuro protector se interpone, bloqueándome la vista.

Llueven más balas.

De pronto, mi *Demonio* retrocede bruscamente, chocando contra el coche que está a mi lado. Tira el arma que me quitó y saca otra de su funda, emitiendo un sonido gutural en el proceso. El estallido de la ventanilla trasera interrumpe su gruñido cuando una bala rompe el cristal y se incrusta en el asiento acolchado.

—¡Vete, Nera! ¡No puedo concentrarme! —brama, golpeando el techo del coche con la palma de la mano.

Piso el acelerador.

Capítulo 19

Nera

Las nueve y media.

Más de cuarenta y ocho horas.

Las manecillas de mi enorme reloj de pared parecen moverse superrápido, pero al mismo tiempo, mucho más despacio de lo que deberían. A veces, un minuto parece una hora. Aunque el siguiente pasa en un santiamén. ¿Dónde diablos está?

Cuando llegué a casa después de escapar de aquel desastre con Alvino, me desplomé en el sofá y, con los ojos fijos en la puerta principal, esperé a mi *Demonio*. Y esperé. El pánico me atenazó con sus garras, apretando. Cada vez me costaba más respirar. No aparté los ojos de la puerta durante horas.

Llegó la mañana. El pánico se transformó en locura. Tomé mi teléfono y busqué en los sitios de noticias cualquier pizca de información. Nada. Salí cojeando y di una vuelta a la manzana con la ropa sucia del día anterior, con la esperanza de verlo acechando en algún rincón oscuro cercano. No estaba allí. Ni en mi azotea. Ni en la azotea de enfrente. En ninguna parte.

De vuelta al apartamento, reanudé mi vigilia en el sofá. No fui a trabajar, solo me quedé mirando la puerta de entrada de mi casa. Allí me encontró Zara cuando vino a ver cómo estaba aquella tarde porque no contestaba a sus llamadas. Casi me vuelvo loca cuando se abrió la puerta principal, pero me di cuenta de que era mi hermana y no él.

—¿Dónde estás, *Demonio*? —susurro en la sala vacía.

Un año y nunca conseguimos intercambiar números. Si tuviera energía, me habría reído. ¿Cómo voy a saber si está bien? ¿Si está... vivo?

Lentamente, me levanto del sofá y me dirijo a la cocina por un vaso de agua. Hace un rato me duché rápidamente y debo de haberme quedado dormida un par de horas. Tras despertarme de un sueño intranquilo, me pongo la camiseta con la que suelo dormir. De todos modos, no voy a ir a ningún lado hasta que él vuelva.

Mi teléfono empieza a sonar sobre el mostrador. Es mi padre. No estoy en condiciones de hablar con él ahora, pero tengo que contestar. No puedo contarle lo que pasó en la iglesia hace dos noches. Si lo hago, también tendré que contarle todo sobre mi *Demonio*. Y mi padre podría ordenar que lo maten. A ningún hombre fuera de la *Familia* se le permite acercarse tanto a la hija del Don.

—Sí? —contesto en el teléfono.

—Nera, suenas horrible. Zara dice que estás enferma.

—Sí. —Arrojo el agua y apoyo la frente en la puerta del armario—. No creo que pueda ir mañana a tu fiesta de cumpleaños.

—Puede que tengamos que posponerla de todos modos. La *Camorra* ha sufrido un desastre épico y aún no sé cómo nos afectará. Alvino está muerto.

Levanto la cabeza de golpe.

—¿Qué pasó?

—Nadie lo sabe. Lo encontraron muerto en una iglesia a las afueras de la ciudad ayer por la mañana. Junto con la mitad de su equipo. Segundo me contaron, la escena parecía un baño de sangre. Cadáveres por todas partes, más de treinta muertos.

—¿Y... Y solo eran los hombres de Alvino? —Cierro los ojos y aprieto el teléfono con tanta fuerza que me duele la mano—. ¿Los cadáveres?

—Que yo sepa, sí. ¿Por qué lo preguntas?

Se me escapa un suspiro de alivio.

—Por nada. Simplemente parece extraño.

—Bueno, se especula que fue un conflicto interno. A mí particularmente me da igual una cosa u otra, me alegro de que me hayan quitado a ese cabrón de encima. Sabré más después de la reunión con Efisio esta tarde. Él tomará el mando.

—Eso es bueno. —No tengo ni idea de quién es Efisio, y me importa un comino—. Tengo que irme, papá. Me duele la cabeza.

Vuelvo a tirar el teléfono sobre el mostrador y me arrastro hasta mi lugar en el sofá para seguir vigilando. Tengo los ojos cansados y parece que los párpados se me cierran solos. Arrastro uno de los cojines del suelo y lo apoyo sobre mi regazo y bajo la barbilla, encorvándome hacia delante, de modo que tengo una vista directa de la puerta del apartamento.

¿Dónde estás, *Demonio*?

* * *

Un ligero roce a lo largo de la línea de mi pómulos. Unos dedos que me apartan el cabello de la cara. Un aroma que me recuerda al viento de la montaña.

Abro los ojos de golpe.

—¿Cómo está tu tobillo, *Pequeña Tigresa*? —Ahogo un lloriqueo. Mi *Demonio* está de pie junto al sofá, mirándome. Tiene la cara pálida y ojeras —. ¿Todavía te duele? —Me señala la pierna con la barbilla.

—Has estado desaparecido dos días, ¿y me preguntas por mi tobillo? —susurro con voz temblorosa—. Me pasé horas mirando a la puerta, esperando a que aparecieras. Una parte de mí moría cada vez que escuchaba pasos alejándose por el pasillo. No se detenían, no se acercaban. No eras tú. Dos días. No eras tú.

—Tuve que ocuparme de algunas cosas primero, antes de venir aquí.

Me levanto del sofá y me limpio las lágrimas con el dorso de la mano. ¿Cuándo empecé a llorar?

—¡Pensé que te había pasado algo! Creí que habías muerto. ¿Y tenías que *ocuparte* de algo?

—Sí.

—¡Estaba tan jodidamente asustada! No puedes hacerme eso. —Le clavo el dedo en el pecho—. Nunca. Jamás. ¿Me entiendes?

Se inclina y desliza su brazo alrededor de mi cintura, levantándome contra él.

—Lo siento.

—Jesucristo, *Demonio*. —Lo rodeo con los brazos y las piernas, y choco mi boca contra la suya.

Vida. Sus labios contra los míos son como la vida misma. Cada movimiento de su lengua. Cada mordisco. Me deleito con cada cosa que me

da. Un año entero, y este es el segundo beso que compartimos. El segundo beso que me ha permitido. Ya no más. Le muerdo el labio inferior y aprieto más las piernas alrededor de su cintura, apretando mi cuerpo contra su pelvis. Está excitado, su polla me aprieta el coño.

—*Pequeña Tigresa*. —Me roza los labios una vez más y me baja—. Creo que debería irme.

Mis pies tocan el suelo y quiero volver a llorar. Irse. Otra vez. No es nada nuevo. Mas cada vez que se va, se lleva una parte de mí con él. No esta noche. Agarro las solapas de su chaqueta y lo miro a los ojos.

—No. Esta noche no te llevarás otra parte de mí, *Demonio*. Esta noche vamos a intercambiar.

Siento su respiración en mi mejilla, profunda pero rápida.

—¿Un intercambio?

—Sí. Una parte de mí, por una parte de ti.

Se pone rígido.

—Por favor, Nera. No me queda mucho autocontrol.

Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios. Solo ha dicho mi nombre una vez antes.

—Te quedarás.

—No sabes nada sobre mí. —Baja la cabeza y mira hacia el suelo, evitando encontrarse con mis ojos.

Empiezo a quitarle la chaqueta. Es negra, como la camisa que lleva debajo. Siempre negro. Le estoy bajando la chaqueta por los brazos cuando sisea, como si le doliera.

Me detengo inmediatamente.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Le retiro la chaqueta y empiezo a desabrocharle la camisa, mientras él permanece inmóvil, de pie, mirando al suelo. Cuando le quito la camisa, me doy cuenta de que tiene un vendaje alrededor del bíceps izquierdo.

—Eso es de lo que tenía que encargarme. Por eso no pude venir enseguida —murmura—. No es tan grave. Bala de bajo calibre, pero tuve que buscar a alguien que me la sacara y me curara.

Me tapo la boca con la mano. Cuando estaba en el auto, se tambaleó, justo antes de gritarme que condujera a casa. Le dispararon mientras me cubría con su cuerpo. Y yo lo dejé, lo abandoné sin siquiera saber que estaba herido.

Estiro la mano para acariciar su brazo con la que tengo libre.

—Lo siento muchísimo.

—Yo no. La alternativa no era una opción. No dejaré que te pase nada malo mientras viva.

—Pero ¿tampoco dejarás que me acerque a ti más que un beso?

—Si lo hago, no habrá camino de vuelta para nosotros. —Su voz suena vacía—. No soy un buen hombre, *Pequeña Tigresa*. Si supieras siquiera una fracción de las cosas que he hecho... Lo que *sigo* haciendo. No querías tener nada que ver conmigo.

Agarro su cara levantando su cabeza para obligarlo a mirarme a los ojos.

—¿Te refieres al hecho de que eres un asesino a sueldo?

No pensé que una persona pudiera quedarse tan quieta como él cuando esas palabras salen de mi boca. La única parte de él que se mueve son sus

ojos, buscando respuestas en mi rostro. Ni siquiera estoy segura de que respire.

—Lo sé —musito—. No soy tan ingenua como crees.

Lo sospechaba desde la primera noche en que lo conocí. Especialmente cuando vi ese encabezado. También hubo otras pistas. Antecedentes militares. Menciones de una unidad. Su renuencia a hablar de su vida, de adónde va, de lo que hace. El imán de Hungría que dejó en mi refrigerador, el mismo día que vi la noticia de Budapest. Y, por supuesto, la forma en que derrotó él solo a más de treinta hombres en la iglesia. Eficaz. Mortal. Asesino.

—Eso no cambia lo que siento —explico mientras acaricio sus mejillas con mis pulgares.

Sus ojos se encienden y, al instante siguiente, me encuentro aplastada contra la pared, con su mano agarrándome la barbilla.

—¿Y qué es lo que sientes? —Se inclina más y presiona su frente contra la mía—. Dímelo.

—Emoción, mientras espero tu llegada. Felicidad, cuando por fin decides aparecer. Y tristeza, cada vez que te vas. Siento alegría cuando me tropiezo con los regalitos que me dejas, cuando los encuentro por mi casa. —Estiro la mano por detrás de su espalda y le quito la liga que sujetaba su trenza mientras continúo—: Calidez y serenidad cuando nos sentamos el uno junto al otro en mi azotea, sin hacer nada más que contemplar la noche. Satisfacción y aceptación porque me ves tal como soy. —Mis dedos hacen un túnel a través de su cabello, deslizándose lentamente entre las largas hebras—. Tú. Te siento. Con cada fibra de mi ser, *Demonio*.

Una larga exhalación sale de sus labios, como si hubiera contenido el aliento durante mi admisión. Vuelve a rodearme la cintura con el brazo, me levanta y me carga por la habitación.

—Te voy a deber un plato —gruñe mientras me deposita sobre la isla de la cocina y desliza el brazo por la superficie a mi izquierda. Mi tazón de

limones cae al suelo y los cristales se rompen por todas partes.

Tomo su cara entre mis manos y lo atraigo hacia mí hasta que nuestras narices se tocan.

—Me debes mucho más que un tazón, *Demonio*.

Sus fosas nasales se encienden y vuelve a destrozarme los labios. Suelto un pequeño grito ahogado cuando me agarra un puñado de cabello, lo jala y al instante siento humedad entre las piernas. Su otra mano me recorre lentamente el cuello y el pecho, empujándome hacia abajo hasta que estoy esparcida sobre la isla de la cocina. Le rodeo la cintura con las piernas, y su longitud dura me aprieta cuando se inclina hacia adelante. Su larga melena cae a los lados de mi cabeza como un sedoso velo negro, ocultándolo todo a mi vista excepto su rostro.

—¿Sabes lo que los demonios les hacen a sus víctimas? —El áspero timbre de su voz penetra en el silencio, haciéndome estremecer.

Sonrío y aprieto aún más las piernas a su alrededor.

—¿Qué?

—Las consumen, *Pequeña Tigresa*.

Con un movimiento suave, me rasga la camiseta desde el cuello hasta el dobladillo. Sus manos vuelven a deslizarse por mi garganta y luego recorren mis brazos hasta que sus dedos rodean mis muñecas como si fueran esposas. Me aparta las manos de su cara y las baja hasta el borde de la encimera.

—¡Sujétate! —ordena. Me muerdo el labio inferior y agarro el borde desafilado, presionando las yemas de los dedos contra el cuarzo a ambos lados de mi trasero—. Bien. —Inclina la cabeza para susurrarme al oído—: Llevo mucho tiempo soñando con este momento.

Un beso se posa en un lado de mi cuello. Luego otro en la clavícula. Otro más, un poco más abajo, justo encima de mi pecho izquierdo. No son

besos suaves como mariposas, sino más bien duros y posesivos, como si estuviera marcando cada centímetro de mi piel con su boca.

Tanto tiempo. He esperado tanto tiempo esto. He soñado con sus manos y sus labios sobre mi cuerpo, he imaginado cómo se sentiría. Esto supera todo lo que mi mente desesperada había imaginado. Mi piel parece cargada, punzadas de alfileres y agujas en todo lo que toca. Igual que cuando me mira, pero mil millones de veces más intenso. Siento calor en el pecho, llenando las grietas de mi alma. Ni siquiera sabía que estaban ahí hasta este momento. No sabía que faltaban partes de mí, pero ahora, de repente, están ahí. Me siento completa. Solamente en los brazos de mi *Demonio* me siento así.

Mi centro se aprieta y mis piernas tiemblan mientras él arrastra sus labios por el valle de mi pecho y mi vientre. Cuando llega a mis bragas empapadas e inhala, casi me corro solo por la sensación.

—Tendré tu aroma en mi mente cada vez que piense en ti, *Pequeña*. — Respira profundamente una vez más y me arranca las bragas.

Sus ásperas palmas se deslizan por mis muslos y me agarran por detrás de las rodillas antes de pasarme las piernas por encima de sus hombros.

—Mi Nera. Eres tan jodidamente hermosa —gruñe, deslizando las manos bajo mi trasero.

El aire sale de mis pulmones en breves ráfagas y mi cuerpo tiembla con fuerza, como si tuviera fiebre. Su cálida lengua lame mis pliegues, lenta y torturadora. La punta de ese músculo experto se desliza dentro de mí. Profundiza más, besando a la francesa mi sexo. Me recorren temblores y arqueo la espalda, gimiendo. Deseando. No sé qué me excita más, si su lengua en mi coño o escucharlo pronunciar mi nombre. Los escalofríos aumentan con cada caricia dura e implacable. Siento que todo mi ser se está desmoronando: mi cuerpo, mi mente, mi corazón, cada célula está a punto de estallar en una unión perfecta.

Una lamida lánguida pero deliberada por mi abertura, y entonces presiona sus labios sobre mi clítoris y lo succiona dentro de su boca. Luces

blancas resplandecen ante mis ojos, y un grito tortuoso, algo entre un gemido y un alarido, sale de mis labios mientras me tambaleo al borde del clímax.

Pero de repente, la presión de sus labios desaparece. Abro los ojos y veo a mi *Demonio* observándome desde entre mis muslos, con una pequeña sonrisa de satisfacción en sus labios.

—Me pregunto si debería acabar contigo con mi boca —baja lentamente mi trasero sobre la barra—, o con mi polla.

Ese barco zarpó hace tiempo. Desde el momento en que lo conocí en aquel callejón oscuro, me he sentido atraída por él. Se ha metido bajo mi piel, haciéndome sentirlo literalmente. Su presencia. Su dominio sobre mí. Ya *estoy* “acabada”, irrevocablemente arruinada para cualquier otro hombre.

Respiro rápida y entrecortadamente mientras lo observo. Sus ojos tormentosos se clavan en los míos mientras busca el botón de sus pantalones y su otra mano se posa entre mis piernas. Sus hábiles dedos acarician mi ya sensible coño y cada caricia sensual causa estragos en mi sistema nervioso.

—¡Por favor! —gimo, arqueando la espalda, loca de necesidad. Si tengo que soportar mucho más esta tortura, podría enloquecer.

Se desabrocha los pantalones mientras me acaricia el clítoris con la yema del pulgar.

—Por favor, ¿qué?

Mi mirada recorre su pecho esculpido, sus tres líneas de abdominales perfectamente definidas y se posa en su enorme polla. Los músculos de mi sexo se contraen ante la sola idea de tenerlo dentro de mí.

—Por favor, ¡fóllame!

—¿Follarte? No, no me gusta ese término. —Me agarra por detrás de las rodillas y me acerca—. Voy a tomarte, Nera.

—¿Cuál es la diferencia? —Jadeo mientras la punta de su polla roza mi entrada.

—Lo que tomo, me lo quedo para siempre —pronuncia con una sonrisa perversa. Luego, me la entierra hasta el fondo.

Mi grito de placer llena la habitación, pero rápidamente se transforma en gemidos mientras me penetra sin descanso. Su respiración es aguda y rápida, con un ritmo constante. Cada músculo de su cuerpo parece tenso a la par que su polla penetra en mí, hundiéndose más con cada embestida, mientras sus ojos se clavan en los míos. Ahora no están vacíos, y puedo ver la tempestad que ruge en su turbulento estado. Escucho el grito de deseo desenfrenado tan claro como si él mismo lo hubiera expresado. *Mía*, transmiten sus ojos.

Cuando me permitía tener esperanzas, imaginar cómo sería entre nosotros, siempre era así. Duro. Desenfrenado. Salvaje. Crudo. Como él. Siempre he sabido que hay un demonio detrás de su comportamiento habitual distante y oscuro. Y me encanta verlo salir a la luz.

Mis paredes internas se estremecen en torno a su longitud mientras una fiebre ardiente quema mi cuerpo, buscando la forma de liberarse. Suelto el borde del mostrador y me agarro a sus antebrazos. Mis uñas se clavan en su piel mientras lo observo. No ha dejado de mirarme a la cara desde el instante en que me penetró.

Sus ojos profundos me mantienen cautiva mientras su mano derecha sube por mi muslo, mi vientre y se detiene en mi pecho. Mi *Demonio* guardián, mi poseedor, me presiona el corazón con la palma de su mano.

—Ahora, córrete para mí, *Pequeña Tigresa* —gruñe, empujando hasta que toca fondo.

Grito. Las estrellas brillan ante mis ojos mientras me dejo caer en un hermoso olvido, aniquilada y consumida por mi demonio oscuro en la luz.

Capítulo 20

Nera

La brisa matutina que entra por la ventana abierta acaricia mi piel desnuda. Alargo la mano y muevo los mechones negros que han caído sobre su rostro. Llevamos casi una hora acostados en mi cama, observándonos el uno al otro.

—¿Qué pasará ahora? —susurro.

Llevo queriendo preguntarlo desde que caímos exhaustos sobre las sábanas después de hacer el amor por segunda vez desde que salió el sol por el horizonte, demasiado asustada para escuchar la respuesta. Mas ya no puedo reprimirlo más.

—No lo sé, *Pequeña*. —Su mano se eleva hasta mi cara, la punta de su dedo traza la línea de mi ceja izquierda, luego baja por mi nariz y llega a mis labios con movimientos cautelosos y suaves—. ¿Qué quieres que pase?

Los latidos de mi corazón se aceleran mientras reúno el valor para hablar.

—Quiero que te quedes. Y no me refiero solamente a hoy.

—No sé cómo.

—Ve a casa. Haz las maletas. Y vuelve aquí. —Sonríe—. No es tan difícil.

—No me refería a eso. —Su mano me acaricia la mejilla y su pulgar me acaricia la piel bajo el ojo—. No sé cómo vivir una vida como la tuya. Las cosas que sabes de mí no son más que una superficie turbia en el estanque negro de mi existencia. Estoy demasiado jodido para vivir entre gente normal, *Pequeña*.

—Entonces, te *desjoderemos*.

Una sonrisa triste se dibuja en sus labios.

—No soy uno de tus animales, Nera. Hay cosas que no se pueden volver a coser.

—Podemos intentarlo.

—¿Es esa la vida que quieras para ti? —Aprieta la mandíbula—. ¿No preferirías tener un hombre bueno y educado como te mereces?

—¿Eso es lo que piensas? —Me inclino hacia delante, poniéndome frente a su cara—. Entonces, si digo que sí, ¿me dejarías otra vez?

—Nunca voy a dejarte —confiesa—. Aunque quisiera, sé que nunca podría. Te cuidaré hasta el día de mi muerte, *Pequeña Tigresa*. Y mientras yo viva, nadie se atreverá a tocar un cabello de tu hermosa cabeza.

—¡¿Me cuidarás incluso cuando camine hacia el altar y me comprometa con un hombre bueno y educado?! —grito molesta y empujo su pecho.

Su rostro está completamente en blanco, sin mostrar ninguna emoción, pero el pulgar que me acaricia bajo el ojo se queda quieto.

—¿Te esconderás en algún rincón mientras me entrego a él como me entregué a ti? —continúo—. ¿Vas a mirar cuando me haga suya en la isla de la cocina mientras grito de placer?

El rigor se apodera de todo su cuerpo, únicamente su corazón parece funcionar. Puedo sentir su estruendoso latido bajo mi mano. Algo peligroso relampaguea en sus ojos cuando se clavan en los míos, pero sigue sin pronunciar palabra.

Me inclino hacia delante hasta que mis labios casi rozan los suyos.

—¿Dejarás que le pertenezca a otro, *Demonio*?

Kai

«*¿Me cuidarás incluso cuando camine hacia el altar y me comprometa con un hombre bueno y educado?*».

Un incesante pitido agudo resuena dentro de mis oídos, mezclándose con la voz de Nera. Empezó como un leve zumbido cuando me obligué a decirle que debería estar con otro, pero ahora, la frecuencia se ha disparado, rebotando dentro de mi cráneo como un taladro vengativo.

«*Te esconderás en algún rincón mientras me entrego a él como me entregué a ti?*».

Imágenes llenan mi mente, escenas de ella besando a un hombre sin rostro mientras él la tiene inmovilizada contra la pared. Entonces, la visión

se desplaza y se reorganiza en Nera recostada en la isla de la cocina, con la cara enrojecida y bañada en sudor. No es un recuerdo agridulce, sino desgarrador, porque no soy yo quien la penetra. Ese sonido chirriante en mi cabeza se dispara y aparecen puntos blancos ante mis ojos.

«... *le pertenezca a otro, Demonio?*».

—¡Sobre mi cadáver! —gruño. La agarro por la cintura y nos hago rodar hasta que estoy encima de ella—. No me importa lo superior a mí que sea ese hijo de puta, o si es más digno de ti. Voy a destripar a cualquier hombre que se acerque a menos de cinco metros de lo que es mío.

—Bien. —Su boca asciende, presionando mis labios—. Porque no hay nadie mejor que tú. No para mí.

Tomo su cara entre las palmas de mis manos, llenando de besos sus labios, su nariz, sus ojos... todos los lugares donde he imaginado besarla, pero no me he atrevido. A los monstruos como yo no se les permite soñar, y nunca lo he hecho. No hasta que la conocí. Por primera vez en mi vida, veo la posibilidad de tener algo propio. A ella. *Mi Pequeña Tigresa*.

—Voy a comprarnos una casa —comento mientras recorro su cuello con los labios—. Y unas cuantas docenas de acres de tierra alrededor para que puedas tener a tus animales. Sin más gente cerca. Odio a los vecinos y no quiero tener ninguno.

—Eso suena costoso. —Se ríe mientras le beso el lóbulo de la oreja.

—Tengo dinero.

—Quizá no deberías gastártelo todo en una casa.

—A menos que quieras que comere todo el maldito estado, estaré bien.
—Vuelvo a su cuello. El lugar debajo de su oreja es mi favorito, creo.

Otro ataque de risitas.

—¿Qué tanto?

—Quinientos. Quizá unos seiscientos. No he revisado el saldo de mi cuenta en el último año más o menos.

—Ciertamente hay algunas casas muy bonitas por quinientos mil por aquí, pero me temo que vas a tener que reducir el tamaño de la propiedad.

—Millones, pequeña. No miles. —Le mordisqueo la clavícula—. Matar gente paga bien. Asesinar gente que es difícil de matar paga aún mejor.

Nera parece congelarse debajo de mí. Mierda, no debería haber dicho eso. Levanto la cabeza y me encuentro con sus cálidos ojos color ámbar.

—¿Disfrutas haciéndolo? —susurra.

—¿Disfrutas lavando la ropa?

Su mano se acerca a mi cara y me acaricia la barbilla.

—Son personas. Seguro que algunos se lo han merecido, pero no todos. Debes sentir algo cuando acabas con la vida de una persona. Tienen familia. Amigos. Gente que los quiere, que se sentirá devastada por su muerte.

Y aquí está. El momento que he estado temiendo. Podría decir que me molesta, o que pienso en la gente que mato, sin embargo, no sería la verdad. Amistad. Familia. Para mí son simplemente palabras sin significado, como una lengua extranjera que escucho, mas no comprendo.

—No lo sé, *Pequeña* —digo, y luego decido arriesgarlo todo y ser sincero. Incluso si eso significa que ella podría no querer tener nada que ver conmigo después—. Y no me importa.

Me mira en silencio durante unos instantes, sin embargo, a diferencia de lo que esperaba, no hay asco en sus ojos. Solamente tristeza.

—¿Quién te hizo esto? —pregunta, con voz apenas audible.

—¿Convertirme en una máquina asesina sin sentimientos?
Simplemente la vida, Nera. No hay nadie a quien culpar.

—Puede que seas una máquina asesina, *Demonio*. —Una sonrisa triste se dibuja en sus labios mientras mete la mano en el cajón de la mesita de noche—. Pero no eres insensible. De hecho, creo que sientes demasiado y con demasiada fuerza, y por eso has encontrado una forma de reprimir tus emociones.

—Me temo que te equivocas, *Pequeña Tigresa*. —Entrecierro los ojos y me pregunto por qué sacó las pequeñas tijeras para manicura.

—¿Ah sí? —indaga. Y entonces, hunde la afilada punta de las tijeras en medio de la palma de su mano izquierda.

—¡Jesús, mierda! —Salto de la cama y me quedo mirándole la mano mientras la herida sangra. Agarro lo que tengo más cerca, quito la funda blanca de la almohada y, con todo el cuidado que puedo, tomo su mano lastimada entre las mías—. ¿Por qué hiciste eso? ¡Carajo! Suelta las malditas tijeras.

Toda la punta está enterrada en su piel y, en cuanto la saca, la sangre empieza a brotar del pinchazo aún más deprisa. Le aprieto la tela enrollada en la palma de la mano y la agarro por detrás del cuello, clavándole la mirada.

—¡Qué mierda, pequeña?! —No era mi intención gritarle, pero estoy enloqueciendo. Verla herida me ha sacudido hasta lo más profundo de mi ser. Estoy atónito; mi maldito cerebro no quiere aceptar la posibilidad de que eso ocurra.

—Dijiste que no te importaba que otras personas salieran lastimadas.

—¡Tú no eres cualquier otra persona! —Levanto la tela ensangrentada para echarle un vistazo a la palma de la mano. Todavía sangra, pero parece que el corte no es tan profundo como me temía—. ¿Te duele?

—Un poco. —Ladea la cabeza—. ¿A ti te duele?

—Como si me hubieras clavado un puto cuchillo en el pecho.

—E incluso así, dijiste que no sentías nada. —Aprieta sus labios contra los míos.

—No más demostraciones como esta —suelto contra su boca—. ¿Me escuchaste?

—Fuerte y claro. Ahora, ¿puedes contestar, por favor? Lleva sonando cinco minutos.

Por fin capto el timbre de mi teléfono en algún lugar del apartamento. Me levanto, deslizo los brazos bajo el cuerpo de Nera y la cargo fuera de la habitación.

—¿Nos necesitas a los dos para contestar al teléfono? —pregunta mientras me enreda los dedos en el cabello. Todavía me resulta extraño que alguien me lo toque. Aunque me gusta.

—Ambos somos necesarios para lidiar con las consecuencias de tu loco experimento. —La coloco sobre la encimera de la cocina y abro el cajón de la izquierda—. Moviste el botiquín de primeros auxilios.

—Está en el armario debajo del fregadero. Le añadí más suministros y necesitaba más espacio para la caja. Quería estar mejor preparada, ya que sueles tener enfrentamientos con la gente de mi vecindario y vienes aquí con las heridas más extrañas.

Coloco la caja de plástico a su lado y camino alrededor de la isla para sacar el maldito móvil de la chaqueta de mi traje. El maldito cacharro sigue sonando, y en la pantalla aparece el nombre de Kruger.

—¿Qué? —inquiero y alojo el teléfono entre mi hombro y mi oreja para tener las manos libres.

—Llevo veinte minutos llamándote.

—Me di cuenta. ¿A qué se debe la urgencia?

—Ha habido un cambio de planes. ¿Dónde estás?

—No es tu puto problema. Te llamo en media hora.

Tiro el teléfono sobre el mostrador e inspecciono mi trabajo.

—¿Se siente demasiado apretada?

—Está bien. Parece que tienes más habilidad que yo. —Arrastra las puntas de sus dedos por mi pecho desnudo—. Debo insistir en que la próxima vez me cures también con este mismo atuendo.

—Más vale que no haya una próxima vez. —Deslizo las manos por sus muslos y subo por su torso delicado, todavía me resulta difícil creer que por fin la tengo.

—¿Tienes que irte?

—Sí. —Respiro profundamente. Va en contra de todos mis instintos, pero esta vez se lo contaré todo—. Es por trabajo. Tengo que ir a México.

—Estás herido.

—Eso no cambia nada. Incluso así tengo que ir.

—¿Cuándo volverás?

—No estoy seguro. No debería tardar más de una semana.

—Cuídate, por favor. —Me acaricia la mejilla con la palma de la mano—. Y vuelve a mí.

No recuerdo si alguien me ha pedido alguna vez que tenga cuidado, ni siquiera cuando era niño. No recuerdo mucho de mi infancia, pero dudo que lo hubiera olvidado. La preocupación y la angustia claramente visibles en los ojos de Nera me desgarran. ¿Es así como se siente uno cuando tiene a alguien a quien llamar suyo? ¿Alguien a quien realmente le importa si vivo

o muero, más allá del hecho de que mi muerte significaría la pérdida de un recurso? Por primera vez en mi vida, me siento como una persona de verdad y no simplemente como una chatarra moldeada para parecerse a una.

—Nada en esta tierra me impedirá volver a ti, mi *Pequeña Tigresa*. —Aprieto mi boca contra la suya—. Te lo prometo.

* * *

Me acerco el teléfono a la oreja y salgo del edificio de Nera.

—Te escucho.

—¡Dijiste que volverías a llamar en media hora! —ladra Kruger—. Han pasado casi dos.

Sonrío.

—Tenía cosas más importantes que hacer. ¿Qué quieres?

—Vamos a aplazar el trabajo de México. Acaba de surgir otro contrato y debe ejecutarse esta noche.

—¿Especificaciones?

—Se requiere un arma de largo alcance. Te estoy enviando los detalles. No habrá desviaciones en este caso, Kai.

—Anotado. *Oh*, y una cosa más. Tienes que asignar el trabajo de México a otra persona.

—¿Por qué?

—Porque el trabajo de esta noche será el último. Renuncio.

Corto la comunicación, me pongo al volante y abro el correo electrónico de Kruger con los detalles del trabajo. Normalmente, los archivos incluyen los retratos de los documentos de identidad del objetivo y las fotos que ha reunido el equipo de vigilancia de Kruger. Teniendo en cuenta que este trabajo surgió con poca anticipación, en el correo electrónico no se incluyen imágenes de vigilancia ni las rutinas diarias del objetivo. La única información que se proporciona es el plazo de dos horas en el que se debe dar el golpe y una breve biografía con las fotos de identificación.

Me salto los detalles del blanco, como el nombre y la profesión, que no me interesan en absoluto, y me detengo en las fotos de identificación incluidas. Un hombre de unos cincuenta y tantos años, con el cabello peinado hacia atrás, castaño claro, salpicado de canas en las sienes. Lleva traje y corbata en todas las fotos y tiene un aire serio. Probablemente sea un magnate de los negocios que se metió donde no debía. Parece más que probable teniendo en cuenta que el importe del contrato es de tres millones, con una bonificación de medio millón si la ejecución se hace con un tiro en la frente.

Paso a los detalles especificando el lugar, señalando que el blanco dará un discurso en un evento al que solo se podrá asistir con invitación y que se celebrará en una propiedad privada. Probabilidad de infiltración: inexistente. El punto más cercano desde el que se puede llevar a cabo el asesinato es un edificio a mil doscientos metros al norte de la propiedad.

No me extraña que Kruger decidiera retrasar la misión de México para poder meterme en esta. Aunque tiene a su disposición dos equipos formados en su mayoría por exmilitares, por lo general solo los utiliza en situaciones que requieren fuerza contundente. Eliminar un blanco con una sola bala a casi un kilómetro y medio de distancia requiere una habilidad y una precisión tremendas. Y nada supera la experiencia de alguien que lleva ejecutando blancos con armas de largo alcance desde que tenía dieciséis años.

Introduzco las coordenadas del archivo en la aplicación de mapas de mi teléfono. La ubicación marca cincuenta kilómetros al norte de Boston. La última vez que trabajé en esta zona, conocí a Nera. El reloj de la pantalla

marca las nueve de la mañana. Eso significa que tengo doce horas para volver a New York, armarme y llegar al lugar de la misión.

Echo un último vistazo a la ventana de Nera, salgo a la calle y piso el acelerador. Incluso un domingo por la mañana, el tráfico es denso, pero no me molesta como de costumbre. Pasar tiempo con mi *Pequeña* tiene un extraño efecto calmante en mí, y a veces dura días. Las cosas que normalmente me irritan o me hacen enloquecer no parecen afectarme tanto, como si el mundo ya no fuera un lugar tan horrible. No siento que sea solo yo contra el puto universo. Y en lugar de un basurero, creo que la vida puede ser algo bueno. Sin embargo, a medida que pasa el tiempo y el efecto tranquilizador que su presencia tiene sobre mí se disipa, la realidad de mi mundo vuelve a su estado original: territorio enemigo. Y ya no quiero vivir en ese mundo de mierda.

Ni una sola vez en mi vida he pensado en cambiar de vocación. Lo único que sé hacer es matar. Es lo único que se me da bien. El único futuro que tenía. Pero ahora, otro camino se ha formado frente a mí. Un camino que nunca soñé que se me abriría porque las almas como la mía no tienen segundas oportunidades.

No es que piense que pueda redimirme. No, no hay absolución para mis pecados. Y mi postura general sobre la gente no ha cambiado: me sigue importando una mierda si viven o mueren. Pero a Nera sí. Y haría cualquier cosa para ser más digno de ella. Nunca seré un buen hombre, mas podría ser mejor. Por ella.

Encontraré una escuela nocturna o un tutor, algo que me permita aprender por fin a leer correctamente. Incluso controlaré mi mal genio y no mataré al profesor si me llama tonto por no ser capaz de leer más que palabras básicas. Y encontraré algún estúpido trabajo normal, aunque no necesite el dinero. La gente normal tiene trabajo. En realidad no tengo ninguna habilidad en particular, aparte de eliminar objetivos, así que tendría que ser algo sencillo. Trabajar con gente está descartado. Probablemente acabaría estrangulando a mis superiores y compañeros antes de terminar mi primer día. ¿Tal vez un empleado de almacén? No, allí también habrá gente. El único tipo de gente con el que puedo trabajar son los muertos. Tal vez debería trabajar en una funeraria.

Kruger no tomará bien mi retiro y tratará de detenerme. Tendré que resolver ese asunto de una vez por todas. Después de veinte años, ya he tenido suficiente de su mierda. Es hora de romper esta familia disfuncional nuestra. Familia... maldición. Simplemente pensar en él como tal habla de lo profundamente jodido que estoy. De todos modos, si insiste en interponerse en mi camino, voy a matarlo a pesar de eso. Mataré a todas las personas de este mundo si se atreven a interponerse entre mi *Pequeña Tigresa* y yo.

Cuando termine con este último trabajo, finalmente le responderé a Felix Allen. No sé cómo ese chiflado consiguió mi número de teléfono, que no aparece en ningún sitio, pero me manda mensajes cada dos meses preguntándome si quiero que me ayude a quitarme a Kruger de encima. He ignorado cada mensaje hasta ahora, pero él sigue enviándolos. No necesito que me salve el pellejo, puedo hacerlo solo, pero le pediré que me consiga una nueva identidad. El nombre seguiría sin ser mío, sin embargo, el que he estado usando casi toda mi vida tampoco lo es. Quizá pueda pedirle a Nera que me elija uno. No me importa cuál sea, siempre que a ella le guste. Sí, lo haré.

Un último trabajo.

Y entonces, tal vez sea capaz de empezar una nueva vida. Con mi *Pequeña Tigresa*.

Capítulo 21

Propiedad Privada, 48 kilómetros de Boston

Nera

—Esto me recuerda a las fiestas que le gustaba organizar a mamá. — Le paso su bebida a Zara y señalo con la cabeza a la multitud que tenemos enfrente.

De los soportes de hierro colocados alrededor del césped cuelgan luces que iluminan la zona con un cálido resplandor amarillo procedente de cientos de bombillas en forma de globo que se balancean. Por todo el césped se extienden mesas íntimas con manteles de satén blanco y grandes lazos atados alrededor de cada pedestal, así como sillas adornadas de forma similar. En cada mesa hay hermosos centros adornados con flores blancas y pequeñas réplicas en forma de farolillo de las lámparas de techo. Hombres y mujeres elegantemente vestidos se reúnen alrededor, disfrutando de *champagne* demasiado costoso en finas copas de cristal, mientras una mezcla de fuertes fragancias compite con el aire fresco de la noche.

Toda la *Familia* asiste a la celebración del cumpleaños del Don, por supuesto. Cuando papá llamó esta mañana para decir que la fiesta sigue en pie, le dije que yo también vendría, ya que me encontraba mucho mejor.

—Una de las razones por las que no me gustan estas fiestas es porque me recuerdan a ella —susurra Zara.

—A mí también. —Miro mi vaso, observando los cubitos de hielo que flotan en la superficie—. ¿Estás contenta de haber terminado las clases?

—Síp. —Se encoge de hombros y bebe un sorbo de jugo.

—Tu vestido es precioso. —Señalo su vestido gris oscuro, ajustado y largo hasta el suelo. Es muy bonito, con sus mangas largas de encaje y su escote alto, pero demasiado recatado para su edad—. Estás hermosa.

Fuerza una sonrisa y aparta rápidamente la mirada.

—Zara. —Tomo su mano y la obligo a mirarme—. Sé que no me crees, pero eres la mujer más guapa de esta fiesta.

—Claro. —Intenta apartar la mano, mas la agarro con fuerza.

—Lo eres. Y te lo seguiré diciendo hasta que se te meta en la cabeza. ¿Entendido?

Zara suspira y asiente con la cabeza.

Incluso cuando era una bebé, Zara era una niña muy bonita, pero ahora, con su larga melena castaña y su carita de hada, es despampanante. He intentado explicarle que la gente la mira porque es guapa, aunque no quiere escucharme.

—¿Papá te hizo venir aquí esta noche? —le pregunto. Sé que odia todos los acontecimientos de la *Familia* y que se los salta siempre que puede, a menos que nuestro padre no le dé opción.

—Sí. Después de todo, es la celebración de su cumpleaños —dice en voz tan baja que apenas se escucha.

—Hablaré con él. No debería obligarte a venir a reuniones de la *Familia* si no quieres. Es decir, puedo entender que te quiera aquí esta noche, aunque su verdadero cumpleaños sea la semana que viene, pero, aun

así... —comento, aunque sé que no es probable que me escuche, ya que enseñar a las hijas que pronto estarán en edad de casarse es algo habitual en la *Cosa Nostra*.

—Así que tu acosador regresó. Espero que estuviera arrepentido de haberte preocupado tanto. ¿Está todo bien con él? —cuestiona Zara antes de dar un sorbo a su bebida.

—Sí. —Me acerco a ella para susurrarle al oído—: Anoche dormimos juntos. —Se atraganta con el jugo—. Sé lo que vas a decir, que no lo conozco. Pero te equivocas. —Levanto la copa hacia la gente reunida frente al escenario montado al otro lado del césped—. Míralos. La crema y nata de la *Familia*. Conozco a la mayoría desde que éramos niñas. Muchos han venido a nuestra casa, han comido en la misma mesa con nosotros. Sé a qué se dedican, a qué escuelas han ido, los nombres de sus hijos y de sus mascotas, y sé con quién engañan a sus cónyuges. Toda esa información, todos los años que hace que los conozco, y no estoy segura de si realmente les agrado a alguno de ellos. O quién podría clavarle un cuchillo en la espalda si la situación les favorece. Entonces, ¿de qué me sirve saber todas esas cosas?

—Ni siquiera sabes el nombre del tipo, Nera.

—No lo sé. Y no me hace falta. —Me giro para mirarla—. ¿Te enteraste de que Alvino y sus hombres fueron aniquilados?

—Sí.

—Yo estuve allí. Alvino hizo que uno de sus matones me secuestrara y me llevara a una iglesia de mala muerte. —El rostro de mi hermana palidece—. Mi *Demonio* vino por mí. Me sacó en brazos mientras llovían balas sobre nosotros. Por eso estaba angustiada el viernes por la noche. Me salvó, sin embargo, no tenía idea de si había logrado salir. Recibió una bala por mí, Zara. —La miro fijamente—. Estoy enamorada de él. Y después de esta fiesta, le diré a papá que no dejaré que me case. Jamás.

Zara me toma la mano y me la aprieta, con el miedo y la sorpresa reflejados en su rostro. Le devuelvo el apretón y sonríe.

—Lo sé. Algún día lo entenderás. Encontrarás a un hombre que hará que tu corazón lata el doble de rápido. Que te haga sentir que el mundo no gira a menos que él esté a tu lado. Es aterrador y hermoso al mismo tiempo.

—Le doy un ligero beso en la mejilla—. Deberías irte a casa. Hablaré con papá y le pediré que no te arrastre a más de estas actividades. Y luego le diré que voy a elegir a otro antes que a la *Familia*.

Observo a mi hermana mientras se apresura a entrar a la casa, probablemente para buscar un guardaespaldas que la lleve, luego me doy la vuelta y me dirijo hacia Dania, que está de pie entre un grupo de nuestras amigas cerca del escenario. Unas cuerdas de luces similares a las que cuelgan sobre las mesas, pero con bombillas más pequeñas, decoran el árbol situado justo detrás de la tarima, haciendo que todo el escenario parezca la celebración de una boda. Supongo que en cierto modo lo es, teniendo en cuenta el anuncio que va a hacer mi padre. Hizo un trato con Efisio, el nuevo líder de la *Camorra*. Y lo anunciará esta noche.

Pero me preocupa cómo se tomará el resto de la *Familia* la noticia de que nos asociaremos con la *Camorra*, e intenté convencer a papá de que lo mantuviera en secreto por ahora y, en cambio, tratará de pagarles antes de la reunión anual, pero no me escuchó.

Mi padre, con una enorme sonrisa en la cara y una copa de *champagne* en la mano, sube los escalones del escenario. Todos los presentes empiezan a aplaudir. Nuncio Veronese siempre ha tenido un carisma natural que le permitía persuadir a la gente para que hiciera cosas que de otro modo requerirían amenazas. Si alguien puede conseguirlo sin que todo desemboque en una guerra civil, ese es mi padre.

Ansiosos por escuchar su discurso, el círculo íntimo del Don se reúne en torno al escenario. Todos los Capos, excepto Batista Leone. Permanece de pie a un lado, junto a una mesa con las bebidas. No es típico de él. Normalmente intenta estar lo más cerca posible de mi padre. El *underboss* parece estar de buen humor, pero sigue jugueteando con su vaso y lanzando miradas a los invitados reunidos.

Alguien de entre la multitud grita un chiste de mal gusto, y mi padre se ríe, devolviéndole una carcajada. Sí, aún sabe sonreír, pero parece que ahora

sus sonrisas se reservan únicamente para la *Familia*. Empieza su discurso recordando una anécdota graciosa de su juventud, y la gente lo absorbe con los ojos muy abiertos. Lo observo entretenér a la multitud mientras juego con un extremo de la pañoleta roja que me anudé a la coleta.

Cuando mi *Demonio* se fue esta mañana, sentí ese desánimo familiar que acompaña a cada una de sus partidas. Sin embargo, esta ocasión no me dolía tanto el corazón porque sabía que regresaría a mí, una vez que terminara de hacer lo que tuviera que hacer. Prometió volver conmigo, y cuando lo haga, podremos empezar de nuevo.

Levanto la copa y oculto la sonrisa tras el borde. Puede que incluso le ofrezca mi mano la próxima vez que entre por mi puerta, y me presente como es debido. Y por fin me dirá su nombre. Aunque siempre será mi *Demonio*.

Kai

El olor a moho invade mi nariz cuando entro en el desván lúgubre. Una bandada de pájaros asustados se eleva en el aire y se dirige hacia el agujero del techo. Ese techo es un desastre, con múltiples tejas perdidas y hundimientos en su capa exterior, así que mientras los pájaros vuelan frenéticamente, no me sorprende ver llover más escombros y trozos de tejas rotas por las aberturas. Las tablas del suelo crujen bajo mis suelas cuando me acerco a la ventana rota, dejando huellas de varios años de polvo y suciedad. Toda la casa está en ruinas y el césped está cubierto de tanta maleza que tardó diez minutos en encontrar la puerta trasera. Me agacho junto a la ventana y coloco mi enorme maletín rectangular sobre el suelo podrido, haciendo que otra nube de polvo se eleve en el aire a mi alrededor.

Para mejorar la precisión de la descarga al disparar un rifle de francotirador, lo mejor es colocarse en una posición estable en el suelo y utilizar el soporte del trípode para hacer palanca. Lamentablemente, eso no es una opción aquí, así que tengo que improvisar. Bajo la pata izquierda del trípode y apoyo el cañón del rifle contra el marco de la ventana. Agarro la pata y el marco con la mano izquierda para sostener el arma, supero el dolor punzante del brazo herido y me inclino hacia la posición de disparo.

La mierda de bombillas colgadas sobre el césped del jardín no proporciona mucha iluminación, pero el árbol que hay detrás del escenario está cubierto con una cantidad suficiente de ellas como para crear una luz de fondo perfecta que me proporciona una gran visión de mi blanco. Apunto al centro de su pecho, justo al lado de la copa de *champagne* que sostiene. Entonces, empiezo a levantar lentamente la mira, dejando que el punto de mira se deslice hacia arriba y se detenga en el puente de su nariz. No contengo la respiración, manteniéndola a su ritmo normal. Inhalo. Exhalo. Hago una pausa.

Inhalo.

Mi blanco levanta la copa.

Exhalo.

Aprieto el gatillo.

Desde esta distancia, la bala tarda poco más de un segundo en alcanzar su objetivo.

Un segundo. Menos de lo que se tarda en respirar. Un solo latido de un corazón.

No obstante, es suficiente para romper un sueño frágil.

Suficiente para extinguir una pequeña llama de esperanza.

En un segundo de retraso, me doy cuenta de que entre la multitud hay una mujer rubia con una pañoleta de seda roja atada a su cola de caballo.

El hombre del escenario se sobresalta, mientras una línea de sangre sale de un agujero rojo en medio de su frente. Se desploma sobre la plataforma de madera. Algunos de los presentes se tiran al suelo en cuanto se dan cuenta de lo ocurrido, mientras que el resto se alejan corriendo e histéricos. Varios hombres sacan sus armas y corren a refugiarse entre las mesas.

Como es típico en la especie humana, el impulso de salvarse a sí mismo es más fuerte que la necesidad de ayudar a los demás. Lo he visto infinidad de veces y me ha parecido bastante interesante de ver. Pero ahora no miro a la gente que corre como una horda descerebrada. Mi vista se fija en la mujer rubia que sube al escenario. ¿Qué carajos hace ahí mi *Pequeña Tigresa*? Perdió la pañoleta roja y el cabello le cae suelto por la espalda y alrededor de los hombros mientras se desploma de rodillas junto a mi blanco.

Se me revuelve el estómago al verla agarrar la parte delantera de la chaqueta del hombre muerto y sacudirlo frenéticamente. Ajusto el visor para enfocar su rostro. Las lágrimas resbalan por sus mejillas mientras grita, con el dolor y la angustia grabados en sus facciones. Vuelvo a enfocar su boca y el rifle casi se me escapa de las manos. Estoy demasiado lejos para oír sus gritos de ansiedad, pero aún puedo sentirlos resonar en mis oídos y rebotar en mi pecho, desgarrándome por dentro. Mis pulmones se contraen; estoy jadeando, mas no hay aire que respirar. Estoy siendo succionado por el vacío, congelado de repente en una fracción de segundo, en el momento en que descifro lo que está diciendo.

¡Papá!

Capítulo 22

Nera

Por alguna razón, esperaba que lloviera el día del funeral de mi padre. Como cuando enterramos a Elmo. Y a mamá. Es extraño estar en el cementerio, viendo cómo bajan el ataúd en un día tan soleado.

Zara está a mi lado y me agarra la mano con tanta fuerza que temo que me rompa los dedos. Ella y nuestro padre nunca tuvieron una buena relación, pero su muerte la sacudió más de lo que yo hubiera podido prever. Gracias a Dios la envié a casa antes de que todo se viniera abajo aquella noche.

Cuando levanto los ojos del ataúd, mi mirada se posa en el hombre con uniforme de presidiario que está frente a mí, al otro lado de la tumba. Dos guardias lo rodean, aunque tiene las manos esposadas. Hace más de una década que no veo a nuestro hermanastro, y si me lo hubiera cruzado por la calle, no estoy segura de poder reconocerlo.

El Massimo que recuerdo tenía el cabello oscuro y ondulado que le rozaba la nuca, con algunos mechones indomables que siempre se las arreglaban para caer sobre su cara perfectamente afeitada. Era alto y atlético, pero no demasiado musculoso. Mamá me contó una vez que las chicas que lo frecuentaban solían bromear con que debería dejar la *Cosa*

Nostra y convertirse en modelo, adornando carteles de publicidad y portadas de revistas de modas.

El hombre que me devuelve la mirada no tiene nada en común con el joven que recuerdo. Su vestimenta de manga corta deja al descubierto una multitud de tatuajes oscuros que cubren sus brazos, sus manos e incluso sus dedos. Los dos primeros botones de su camisa están desabrochados y puedo ver que, además del cuello, también tiene tatuado el pecho. Su cabello está completamente rapado, pero la parte inferior de su mandíbula está cubierta por una barba de unos días. Y, desde la última vez que lo vi, casi ha duplicado su peso corporal, todo puro músculo. Si no fuera por sus ojos, negros y calculadores, tal y como los recuerdo, pensaría que se han equivocado de preso.

No esperaba que estuviera aquí hoy. Cuando murió mamá, no le permitieron asistir a su funeral, así que supuse que tampoco vendría al de papá. Es extraño que siempre piense en Laura como nuestra “mamá”, nunca como una madrastra. Pero no tengo tantos recuerdos de Massimo, y siempre ha seguido siendo un “hermanastro” para mí.

Cuando los cuidadores del cementerio empiezan a echar la tierra sobre el ataúd, Massimo se acerca, sin dejar de mirarme. Sus guardias lo siguen de cerca.

—Enana —dice cuando se detiene frente a mí. Incluso su voz es diferente, más grave y ronca.

Me muerdo el labio inferior, insegura de si quiero abrazarlo o dar un paso atrás. La última vez que lo vi tenía cinco años, e incluso entonces me pareció formidable y distante. Ha pasado tanto tiempo que ya no estoy segura si sé quién es. Ladea la cabeza y una comisura de sus labios se inclina hacia arriba, como cuando me pillaba metiéndome a escondidas a la cocina de pequeña. Es uno de los pocos recuerdos claros que tengo de él.

Trago saliva, intentando mantener la compostura, doy un paso y lo rodeo con mis brazos.

—Hola, Massimo.

—¡Vámonos, Spada! —Ladra uno de los guardias de seguridad, jalando el brazo de Massimo.

Nuestro hermanastro da un paso hacia atrás, zafándose de mis brazos.

—Tenemos que hablar.

Asiento con la cabeza.

—Iremos mañana.

—Solo tú, Nera —ordena Massimo, luego su mirada se desplaza hacia Zara.

Mi hermana ha permanecido inmóvil todo este tiempo, con los ojos pegados al suelo, evitando mirar a nuestro hermanastro. Debe de estar nerviosa por ver a Massimo por primera vez. Zara no tenía ni cuatro años cuando lo metieron en la cárcel, así que probablemente se sienta como si conociera a un extraño.

Massimo levanta las manos esposadas y roza ligeramente la mejilla de Zara con el dorso de sus dedos.

—Hola, Zahara. —Su voz es extraña mientras lo dice. Más suave. Casi como antes.

Mi hermana sigue observando al suelo, con el cuerpo rígido. Sus nudillos parecen casi blancos mientras agarra el dobladillo de su blusa. Massimo retira las manos de la cara de Zara y se aleja con los guardias de seguridad detrás de él.

—¿Zahara? —Levanto una ceja.

Nadie llama a mi hermana por su nombre completo. Cuando era pequeña, no sabía pronunciarlo, así que se refería a sí misma como Zara, y de alguna manera se le quedó. Dudo que alguien de la *Familia* recuerde su verdadero nombre.

Respira profundamente y levanta la cabeza, su mirada se dirige directamente a la enorme silueta con uniforme de recluso que sube a la furgoneta de transporte de la prisión.

—¿Qué está pasando? —Que yo sepa, no ha tenido ningún contacto con Massimo en casi quince años, pero las acciones de ambos dicen lo contrario.

—Nada —suelta y rápidamente camina en dirección contraria.

Mientras sigo a mi hermana, un leve cosquilleo me recorre la espalda. Me detengo, mis ojos buscan entre la multitud afligida que se dirige al estacionamiento, pero no veo a mi *Demonio* entre ellos. Mencionó que volvería en una semana, mas solo han pasado cuatro días desde que se fue. Echo un vistazo a mi alrededor una vez más y me apresuro a seguir a Zara. Probablemente me he imaginado que lo sentía. Dios sabe que desearía que estuviera aquí conmigo.

* * *

Sujeto la barandilla del balcón y contemplo el resplandor de la ciudad ante mí. Zara se ha estado quedando conmigo desde que mataron a nuestro padre. Se ha apropiado de mi habitación mientras yo duermo en el sofá de la sala de estar. En cuanto volvimos de asistir al funeral, se encerró adentro. No sé si fue el funeral lo que la sacudió o si fue ver a Massimo.

Encontrarme cara a cara con mi hermanastro después de tantos años me commocionó. Tampoco puedo evitar preguntarme de qué le gustaría hablar conmigo, sobre todo después de haberse negado a que lo visitáramos todo este tiempo, y ahora ha dejado claro que quiere tener esta conversación conmigo a solas. Sin embargo, cuando llamé al centro penitenciario para organizar la visita para mañana, me informaron que Massimo empezó una pelea cuando volvió hoy y que lo han puesto en régimen de aislamiento

durante una semana, a la que le seguirá la prohibición de recibir visitas durante dos meses.

El viento que sopla a ráfagas levanta una cortina hacia mí, y cuando el suave material toca mi brazo, esa sutil sensación de hormigueo se extiende por mi piel, adentrándose en cada uno de mis poros. Igual que cuando mi *Demonio* me observa. Suspiro y me froto los brazos con las palmas de las manos. Aunque sé que en este momento está lejos, haciendo Dios sabe qué en México, sigo mirando hacia la calle, con la esperanza de verlo acechando entre las sombras.

Sin embargo, no hay nadie allí.

Kai

Observo al balcón de enfrente, con los ojos clavados en mi *Pequeña Tigresa* mientras el viento sopla en su bello pero triste rostro. El agujero negro que se ha formado dentro de mi pecho me succiona, como si intentara tragarme entero en su olvido, ahogándome en la desesperación y la impotencia. Ya no puedo hacer nada para retroceder en el tiempo, para deshacer lo que ya hice. No hay forma de reparar mi *pecado más oscuro*. No hay perdón para mis actos.

El dolor punzante en las sienes ha empeorado, probablemente por la falta de sueño. Aparte de las pocas horas que dormí anoche en esta azotea, hace días que no duermo. Agarro la botella de agua que tengo en los pies, le doy un buen trago y la vuelvo a dejar junto al recipiente vacío de comida rápida. Lo último en lo que pensaba era en comer, pero sentía que mi

cuerpo se estaba apagando, así que compré la primera comida para llevar que encontré. Ni siquiera sé qué mierda comí.

Ignorando todo lo que siento, mantengo mi vigilancia. Mi *Pequeña* se aparta de la barandilla y se dirige al interior, cerrando la puerta del balcón tras de sí. A través de las cortinas aún abiertas, veo cómo se prepara para dormir. Desaparece durante diez minutos, pero vuelve con su pijama puesta y se acuesta en el sofá, en la cama que se armó.

Durante unos minutos, permanece bañada por la luz de una lámpara de pie antes de apagarla. La oscuridad desciende y cubre mi visión de la casa de Nera. Y sigo mirando, aunque ya no pueda verla.

Capítulo 23

Dos meses después

Nera

—Todavía no he decidido quién será, pero se te informará con suficiente anticipación —comunica Batista Leone desde su enorme silla de oficina.

—¿Me informarán? —Lo miro fijamente, estupefacta. Apenas han pasado dos meses desde que enterramos a mi padre. Y apenas un mes desde que Leone asumió el cargo de Don.

—Sí. Tendrás tiempo suficiente para elegir un vestido y que se cumplan tus deseos en cuanto a la decoración.

—No me casarás con nadie, Batista.

—Es Don Leone para ti. —Golpea el escritorio con la palma de la mano, con los ojos desorbitados bajo sus espesas cejas blancas—. Olvida tus antiguos privilegios, chica. Ahora no eres más que un recurso. Uno que pienso utilizar bien.

Todo mi cuerpo se tensa. Nadie se habría atrevido a hablarme así antes, ni siquiera él cuando era *underboss*. Pero ahora es el Don, y la verdad es que puede hacer lo que le dé la gana. Si digo que no, me proclamará traidora a la *Familia* y ordenará que me hagan desaparecer. Se me acumula la bilis en la garganta. Me siento enferma.

—Estoy considerando a alguien de la organización albanesa —añade —. O quizá Salvo.

Levanto una ceja. Salvo nunca fue un admirador de Leone, y nunca trató de ocultarlo. Me sorprendí bastante cuando supe que Leone había nombrado a Salvo su segundo al mando, pero ahora las cosas empiezan a tener más sentido. Mantén a tus amigos cerca, y a tus enemigos más cerca. Leone intentará ganarse a Salvo dándole mi mano en matrimonio al nuevo *underboss*.

—¿Eso es todo? —pregunto entre dientes.

—Sí. —Agarra el periódico que tiene sobre la mesa—. Puedes retirarte.

La silla rechina contra el suelo cuando me levanto de un salto. La furia y la desesperación se apoderan de mí mientras camino hacia la puerta. Casi la alcanzo cuando la voz de Leone me detiene.

—Creo que olvidas algo, Nera.

Cierro los ojos un momento para recomponerme y volteo hacia él. Me acerco a su escritorio con mis piernas temblorosas, me inclino y le doy un beso en el anillo de su mano extendida.

—Que tenga un buen día —trago saliva—, Don Leone.

Sus labios se ensanchan en una sonrisa egocéntrica y vuelve a leer el periódico.

Solo cuando entro a mi coche me permito derrumbarme. Apoyo la frente en el volante y suelto un sollozo, una mezcla de aflicción, impotencia

y preocupación. Aflicción porque mi padre ya no está aquí. Impotencia porque no sé qué voy a hacer. Sin embargo, la preocupación tiene que ver con él, mi *Demonio*. Nace del miedo a que le haya pasado algo, porque ya han pasado dos meses y no sé nada de él.

Angustiada, caigo en un oscuro abismo ante la posibilidad de que no vuelva como prometió. Pero nunca antes había faltado a su palabra, así que tengo que creer que, si dijo que volvería, ese día llegará, y estará allí... pase lo que pase. Cada noche de las últimas diez semanas, he estado esperándolo en mi azotea, de pie en la fresca oscuridad hasta que el sol salía por el horizonte, mas nunca ha aparecido. Helada hasta los huesos, incluso he creído sentir las familiares punzadas en mi piel. Siempre me han avisado cuando está cerca.

He estado tan preocupada que me he enfermado, y esa sensación que me eriza la piel siempre está ahí. Como ayer, cuando fui corriendo al supermercado a comprarme más galletas. Las galletas saladas parecen ser lo único que puedo retener últimamente, mientras me estreso por mi *Demonio* día y noche. Hace dos días también lo sentí, cuando fui a la tienda de telas con Zara. Y el sábado, al llevar el coche a lavar, esperé en la fila y sentí el cosquilleo por toda mi piel. Creo que me estoy volviendo loca.

Levanto la vista y aprieto el volante con todas mis fuerzas. Quizá regrese hoy. Vendrá a verme esta tarde. Si lo creo con todo mi corazón, puede que suceda. Aparecerá y, de algún modo, hará que todo se arregle.

Sí.

Me limpio las lágrimas y arranco el motor.

* * *

—¿A dónde vas? —pregunta Zara cuando sale del baño y me ve poniéndome la chaqueta.

—A la azotea. Necesito un poco de aire fresco.

—Es casi medianoche.

—Lo sé. —Agarro la manija—. Volveré pronto.

Arriba, me siento en la banca improvisada y me quedo mirando la noche. Ese cosquilleo en la nuca me está volviendo loca. Nunca disminuye. Nunca cesa.

La luna está llena, como la noche en que mi *Demonio* y yo nos conocimos, pero esta noche su brillo plateado está cubierto por las nubes. Probablemente va a llover. Y fuerte. Ya puedo sentir ese cambio en el aire. La tormenta está a punto de desatarse.

Mis ojos recorren los edificios más allá de la estrecha calle que tengo ante mí, fijándose en las pocas ventanas al azar que aún están iluminadas. Miro hacia el techo de enfrente mientras el viento se levanta, haciéndome apretar un poco más la chaqueta. Lo único que veo es la sombría oscuridad. Pasan los minutos. El viento sigue soplando. Me levanto de la banca, dispuesta a volver a entrar, cuando la luz de la luna separa brevemente las nubes, iluminando ese oscuro horizonte al otro lado de la calle y una figura inclinada sobre la barandilla.

Entrecierro los ojos. Es... él.

Se me revuelve el estómago.

¿Qué hace ahí? ¿Por qué no ha venido a verme? ¿Quizá no es él, sino otra persona? No. Incluso con tan poca luz, lo reconocería en cualquier lugar.

Confundida, me acerco un paso. La figura se retira rápidamente, desapareciendo de mi vista. Espero. No puede ser mi *Demonio*. Me prometió que vendría a verme en cuanto regresara. Sabía que estaría esperando.

El dolor me atraviesa el pecho, y casi lo siento como un dolor tangible.

Era él.

Todas esas veces que *creí* sentirlo, pero descarté la sensación como si fueran mis esperanzas desesperadas... ¿Estuvo realmente allí todas esas veces? ¡Han pasado semanas! Me he estado desmoronando, aterrada de que algo hubiera pasado. He estado tan jodidamente asustada por él que me enfermé físicamente. Y todo el tiempo, me ha estado siguiendo en secreto. Ni siquiera dejándome saber que está bien. Después de todo lo que hemos sido el uno para el otro.

Estaba dispuesta a dejar a mi familia solo para poder estar con él. Me llevo la mano a la boca, ahogando un sollozo. ¡Estuvo en el funeral de mi padre! Y aun así, se mantuvo alejado, sin molestarse en preguntarme cómo estaba. Yo creí... Creí que me quería. Pero no dejás que tus seres queridos sufran solos, sin ofrecerles consuelo. ¿Fue todo un juego para él? ¿Lo fui yo? ¡Una chica tonta engañada para que se enamorara, solo para ser abandonada en su momento más desesperado? Me dejó cuando más lo necesitaba.

Mentiras.

Todo han sido mentiras y nada más.

—¡¿Por qué?! —grito hacia la noche.

La respuesta a mi pregunta es una lluvia repentina e implacable. Los cielos se abren, las gotas de lluvia golpean mi cara y se mezclan con las lágrimas que caen por mis mejillas.

—¡Vete a la mierda! —Lloro—. ¡Vuelve a tu oscuridad y quédate ahí! —vocifero tan fuerte que me duele la garganta y la última palabra acaba siendo un quejido desgarrador.

Me doy la vuelta y me dirijo hacia la puerta del edificio, sintiendo que me derrumbo por dentro.

No pienso volver aquí nunca más.

Kai

¡Idiota!

Golpeo la pared detrás de mí con la parte posterior de mi cabeza. La azotea de cemento está inundada por el fuerte aguacero, lo que me deja desplomado y empapado mientras mi trasero permanece inmóvil y me siento solo en mi miseria. Apoyando los codos en mis rodillas levantadas, me agarro la cabeza y cierro los ojos, intentando borrar la imagen de mi pequeña mirándome con una expresión de asombro en su rostro. Conmoción, decepción y mucho dolor.

Vuelvo a golpearme la cabeza contra la pared. Y otra vez.

Idiota imprudente. Hace dos meses, hice un trato conmigo mismo. La vigilaré desde lejos, pero nunca, nunca, maldición, permitiré que me vea. Sabía que se sentiría dolida cuando no volviera. Sabía que probablemente nunca me perdonaría por romper la promesa que le hice. Probablemente se olvidaría de mí después de algún tiempo. Incluso podría pensar que había muerto.

Podía vivir con todo eso.

Mas no puedo vivir con la mirada de traición y dolor absoluto en su rostro cuando me vio en esta estúpida azotea. O su grito angustiado en la oscuridad que sigo escuchando en mi cabeza en repetición constante.

¿Por qué?

La necesidad de correr hacia ella, de arrodillarme y pedirle perdón, me está comiendo vivo. Pero ¿cómo puedo pedirle que me perdone? ¿Perdonar la cosa más horrible que he hecho en mi vida? Confesar mis acciones le traería más dolor. Todo por un hombre que dejó entrar a su hogar. Un hombre al que le permitió tocarla, besarla y hacerle el amor. Un hombre que asesinó a su padre sin pensarlo. Si lo supiera, le dolería mucho, mucho más de lo que le duele ahora. Porque ahora, ahora solamente soy el hombre que la abandonó.

Y ese hombre ahora necesita irse, para siempre.

Siento como si me aplastaran el pecho, como si me oprimieran con un gran peso. Levanto la cabeza, observando la luna llena casi oculta mientras enormes gotas de lluvia rebotan en mi cara. Ese orbe brillante y traicionero, su poder sobre la oscuridad me engaño haciéndome creer que la luz de las estrellas podría ser mía después de todo. Y por un momento fugaz, sostuve ese resplandor en la palma de mi mano. La sostuve a *ella* y conocí la paz.

La presión en mi pecho se intensifica, y siento como si todo dentro de mí empezara a romperse. Respiro profundamente y suelto un rugido bestial, esperando que la noche se trague el tormento que me desgarra.

No desaparece.

Me golpeo la cabeza contra la pared una vez más, saco el teléfono y tecleo el número a ciegas. Kruger contesta tras un solo timbrazo.

—Envíame los detalles del trabajo en México —gruño.

* * *

Veintidós horas después

El pequeño *jet* privado aterriza en la estrecha pista con apenas un golpe cuando las ruedas tocan el suelo pavimentado. Yo, sin embargo, siento ese golpe como si fuera un puto terremoto, sacudiendo todo mi ser. Más de cinco mil kilómetros me separan ahora de mi *Pequeña Tigresa*.

Bien.

Me levanto del asiento y agarro la bolsa con mi equipo del maletero modificado a la medida. El maletín largo con mi rifle de francotirador está sobre el asiento frente al mío.

—¿Cuándo quieres que venga a buscarte? —pregunta el piloto por encima de su hombro.

—Dentro de diez días. A la misma hora. —Abro la puerta de la cabina y desengancho las escaleras, dejando que se expandan—. ¿Dónde está el vehículo?

—Más adelante y a la izquierda de la pista, escondido entre los arbustos. —Señala a través del parabrisas de la cabina—. La llave está en el arranque.

Asiento y desciendo por la escalerilla.

El aire es denso y pesado, la humedad se pega a mi piel mientras me dirijo en la dirección que me indicó. Aparte de la luz que marca la pista, no hay ninguna otra iluminación. No es de extrañar, teniendo en cuenta que estamos en medio de la puta nada, en una pista de aterrizaje junto al mar apenas más grande que un campo de fútbol. Ni siquiera me molesto en revisar los alrededores, no me molesto en hacer el reconocimiento antes de acercarme a un vehículo en territorio hostil. Mi pistola permanece asegurada dentro de la funda. Eso me convierte en un blanco fácil ante cualquier posible amenaza, pero en realidad me importa una mierda.

Ya no me importa un carajo nada. Perdí a mi *Pequeña Tigresa*. Todo lo demás carece de sentido, incluyendo mi vida.

El camión destortalado está justo donde dijo el piloto que estaría. Al abrir la puerta trasera del lado del conductor, la luz de la cabina permanece apagada. Estoy a punto de meter mi equipo cuando siento un fuerte pinchazo en la nuca. Los años de entrenamiento por fin surten efecto. Me doy la vuelta y arranco el dardo que tengo clavado en el cuello.

Mi mano intenta alcanzar la pistola, pero mis dedos parecen haber perdido la capacidad de agarrar el arma. Se me escapa de las manos y cae al suelo con un ruido sordo. Intento parpadear para disipar la niebla que invade mi visión. No sirve de nada. Tropiezo y mi espalda choca contra el costado de camioneta. Las formas borrosas de una docena de hombres se acercan y sus linternas me encandilan cuando se acercan.

—Bueno, ¿qué tenemos aquí? —dice una voz muy marcada—. Ese hijo de puta no estaba mintiendo después de todo.

La cara de un hombre se materializa frente a mí. Incluso con la vista nublada, lo reconozco de los documentos de la misión que Kruger me envió ayer. Alfonso Mendoza. El líder de un cártel mexicano. Mi blanco.

—Debes haber enfurecido mucho a Kruger —se mofa—. Pidió que te diéramos una lección y luego te enviáramos de vuelta cuando recuerdes cómo hay que ladrar cuando te lo ordenen. —Se inclina más cerca—. Pero creo que vamos a quedarnos contigo.

El mexicano se quita la escopeta del hombro y el frío metal del cañón choca con mi sien.

Capítulo 24

Nera

La puerta de la pared opuesta se abre con un chirrido, rompiendo el silencio de esta lúgubre habitación, y Massimo entra. Aún me cuesta asimilar que este hombre de aspecto aterrador vestido con uniforme de prisión sea en realidad mi hermanastro. Cuando pensaba en él a lo largo de los años, preguntándome qué estaría haciendo aquí, siempre me lo imaginaba de traje, por alguna razón.

Las cadenas que lleva en los tobillos suenan mientras camina hacia la silla del otro lado de la mesa. El guardia que lo ha traído levanta las muñecas de Massimo y conecta las esposas al lazo de hierro fijado a la mesa. Massimo levanta la vista y observa fijamente la cámara instalada en un rincón. El guardia asiente y sale de la habitación. La luz roja que indica que la cámara está encendida se apaga un minuto después.

—Nera. —Massimo se inclina hacia adelante y apoya los codos en la superficie metálica, lo que hace que los músculos de sus brazos tatuados se abulten.

—Dijiste que teníamos que hablar. —Lo miro fijamente.

—Esperaba que hubiera sido antes, pero surgió algo que estropeó mi plan, por desgracia.

Sí. Por lo que deduje mientras los guardias me escoltaban hasta aquí, Massimo casi estrangula a un tipo cuando volvió del funeral de mi padre.

—Pero ahora estás aquí, y necesito que me pongas al día —añade.

—Leone tomó el mando.

—Lo sé. ¿Quién votó por él?

—No lo sé. No es como si me invitaran a las reuniones de la *Familia*.

—Pregúntale a Salvo.

Arqueo la ceja.

—Como si él fuera a decirme algo así.

—Lo hará.

—¿Por qué no se lo preguntas tú mismo? Puede venir a verte y decirte lo que quieras saber.

—Quiero a Salvo exactamente donde está ahora, como *underboss*, sin vínculos obvios conmigo.

—¿Cómo sabes que Leone lo ascendió? —pregunto.

—Tengo mis fuentes. ¿Leone ha hecho algún movimiento con respecto a la situación de la *Camorra*?

—No que yo sepa. Supongo que intentará pagarles.

—¿Pagarles? —Se tensa, y algo peligroso relampaguea en sus ojos—. ¿Por qué?

—Por la inversión que hicieron en nuestros casinos a principios de año.

Massimo aprieta la mandíbula.

—¿Quién diablos les permitió entrar en nuestro negocio sin consultarme?

Así que es como sospechaba. Mi hermanastro ha estado involucrado en los negocios de la *Familia* todo este tiempo.

—Mi padre —replico—. Pero Leone fue quien tuvo la idea. Su plan era pagarle a la *Camorra* antes de la reunión anual, para que la *Familia* no se enterara. Todo se fue a pique a principios de verano, sin embargo, papá hizo un nuevo trato con Efisio tras la muerte de Alvino. Iba a anunciar el nuevo acuerdo en la fiesta, mas lo mataron antes de que pudiera hacerlo.

—*Mm-hmm.* ¿Y quién sabía que Nuncio iba a hacer ese anuncio?

—Él me lo dijo. Y supongo que también Leone lo sabía.

—¿Y estás completamente segura de que Leone estaba detrás de la idea de involucrar a la *Camorra* para empezar?

—Papá me lo dijo.

Massimo se reclina en la silla y empieza a golpear las esposas contra la mesa de metal, el ritmo lento reverbera por toda la habitación.

—Necesito que me describas la fiesta. Quién estaba allí y todo lo que ocurrió durante la misma, desde el momento en que llegaste hasta que se produjo el disparo.

Respiro profundamente y empiezo a hablar, contándole todo lo que recuerdo de aquella noche. No es mucho. Todavía estaba eufórica por lo ocurrido la noche anterior y no estaba prestando mucha atención a nada. Pero le cuento todo lo que recuerdo. Massimo escucha sin interrumpir, su rostro se ensombrece con cada palabra.

—¿Y Leone no estaba en el escenario con Nuncio? —cuestiona cuando termino.

—No. Estaba parado a un lado, junto a la mesa de bebidas.

El silencio se produce entre nosotros, el golpeteo de metal contra metal es el único sonido de la sala.

—Leone quiere casarme. Aún no ha decidido si será con alguien de la organización albanesa o con Salvo.

—Bien. Me aseguraré de que elija a Salvo.

—No me casaré con él, Massimo. Ni con nadie. —Levanto los ojos de sus manos y me encuentro con su mirada—. Estoy embarazada.

Sus ojos se abren de par en par.

—¿Quién es el padre?

—No importa.

Massimo se abalanza sobre mí tan repentinamente que me echo hacia atrás en la silla.

—¿Un desgraciado embarazó a mi hermana y no importa? —ruge, tirando de las cadenas.

—No. No es de la *Familia*.

—¿Se casará contigo?

—No. Él es... —«*¿Qué diablos es?*», me cuestiono—. Él se ha ido.

Massimo me mira fijamente, con las fosas nasales encendidas, y luego vuelve a sentarse lentamente en la silla.

—Deshazte de él.

—¡No voy a deshacerme de mi hijo!

—Ningún hombre de la *Familia* se casará con una mujer embarazada del hijo de otro, Nera. Sobre todo, si esa mujer es hija de un Don. Si es varón, si alguna vez codicia la posición de líder, como tu hijo, tendrá el respaldo para tomar las riendas. Siempre será considerado una amenaza por aquellos desesperados por aferrarse al poder.

—La posición de Don no es hereditaria.

—*Nop*, pero sabes muy bien que basta con ser pariente del Don anterior para obtener el apoyo necesario.

—Me iré.

—No se puede dejar a la *Cosa Nostra*, Nera. Eso también lo sabes.

—Puedo intentarlo.

—Y acabarás muerta antes de que tu hijo tenga la oportunidad de nacer. Leone hará que te maten. Así como mató a tu padre.

—¿Qué?

—¿Es en serio? ¿Aún no has atado cabos? —Massimo se inclina sobre la mesa y sus ojos se clavan en los míos—. Leone nunca habría permitido que las cosas llegaran al punto de “pagarle” a la *Camorra*. Organizó todo el asunto solo para poder “revelárselo” después a la *Familia*, presentar a tu padre como un traidor y ocupar su lugar. Probablemente convenció a Nuncio de que no me contara nada por esa única razón. Y no dudará en deshacerse de ti si eso satisface sus necesidades.

—Oh Dios. —Lo observo.

—¿Hablas en serio sobre quedarte con el bebé?

—Sí.

—¿Y hasta dónde estás dispuesta a llegar para mantener a salvo a tu hijo?

—Hasta las profundidades del infierno, si es necesario.

—Bien. Porque ahí es exactamente a donde te diriges —pronuncia—. Ahora, escucha con atención y haz exactamente lo que te diga.

Mi estómago da volteretas y cae en picada mientras escucho el plan de mi hermanastro y para cuando termina, tengo ganas de vomitar. No bromeaba cuando dijo que me dirigiría a las profundidades del infierno.

—¿Por cuánto tiempo? —Me atraganto.

—Hasta que salga de aquí.

—¡Son casi cuatro años, Massimo! No puedo hacerlo.

—Ese es el precio de tu libertad y la seguridad para tu hijo. —Una sonrisa se dibuja en su boca.

Al ver el brillo calculador de sus ojos, me doy cuenta.

—No estabas moviendo algunos hilos desde aquí solamente, ¿verdad? Tú has sido el que se ha ocupado de los asuntos de la *Familia* todos estos años.

—Nuncio era un buen hombre, pero no tenía el filo sanguinario para tomar las decisiones necesarias. —La mueca de su rostro se ensancha en una sonrisa tan aterradora que involuntariamente me inclino hacia atrás—. Llevo dirigiendo la *Cosa Nostra* de Boston desde los diecinueve años, hermanita.

Me estremezco.

—Tiene que haber otra forma.

—No la hay. —Ladea la cabeza y su mirada penetrante se clava en la mía—. Es un intercambio justo. Cuatro años de tu vida a cambio de la

libertad. Para ti y tu hijo.

Un *intercambio*. Con solo escuchar el término me dan ganas de llorar. Parece que mi *Demonio* tenía razón en eso... nada es gratis.

—Júralo —insisto en un susurro áspero.

—Lo juro por mi honor.

Asiento con la cabeza.

—Lo haré.

Lentamente, me levanto de la silla, intentando procesarlo todo. Estoy en la puerta cuando escucho la voz de Massimo.

—¿Qué le pasó a Zahara?

—No le pasó nada. Tiene vitílico. Es una enfermedad de la piel. Si nos hubieras dejado visitarte, lo habrías sabido.

—Contaba con que me redujeran la condena, sin embargo, todas mis solicitudes de libertad condicional fueron rechazadas. Y apuesto a que Leone también estuvo detrás de eso. — Levanta las manos frente a él, tensando las cadenas—. No quería que ninguna de las dos me viera... así. Lo creas o no, me importas, Nera. Eres mi familia. Nunca le habría prohibido a Nuncio que te casara cuando cumpliste los dieciocho si no me importara una mierda.

Mis ojos recorren su enorme cuerpo desparramado en la silla, luego suben por sus manos y brazos tatuados y se detienen en su rostro.

—O quizá simplemente querías la oportunidad de concertar un matrimonio que favoreciera tus planes.

Sus labios se ensanchan en una sonrisa siniestra.

—Eso también.

—Bueno, puede que la cárcel te haya cambiado por fuera, pero por dentro sigues siendo el mismo tipo astuto que recuerdo.

—Nunca presumas de conocer a una persona a menos que hayas vivido su vida, Nera.

—Sí —agarro el picaporte de la puerta—, me di cuenta de eso mismo hace poco.

Capítulo 25

Nera

—Entra.

Cierro los ojos por un momento y agarro la manija. Mientras conducía, mi cuerpo temblaba tanto que temía perder el control y chocar contra algo, pero una vez que me estacioné frente al edificio de arenisca de estilo italiano, me invadió una calma inusual. Era parecida a la tranquilidad que se siente justo después de una tormenta en el océano, cuando el aire sigue cargado de electricidad, pero el agua se convierte en cristal líquido. Así es como me siento ahora. Por fuera, soy un *iceberg* sereno flotando sobre una superficie en calma, mientras que, por debajo, una maldita corriente me está destrozando. Sin embargo, estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario para garantizar la seguridad de mi hijo.

Abro la puerta de un empujón y entro a la oficina de Don Leone.

—Me sorprendí bastante cuando recibí la llamada del portón —indica Batista Leone sin levantar los ojos del libro de contabilidad de piel que tiene enfrente—. Decidí casarte con Salvo.

Mis tacones negros chasquean contra el suelo de madera adornada cuando me acerco a su escritorio y tomo asiento en una silla de visita

colocada ante él. Dejo mi bolso sobre mi regazo, saco el primero de varios papeles doblados e, inclinándome hacia delante, lo dejo caer sobre el libro que él ha estado hojeando.

—Deberías preguntarme qué puedo hacer *yo* por *ti*. —Sonríe y añade: Batista.

Leone levanta la cabeza al oírme pronunciar su nombre de pila.

—¡Cómo te atreves! —brama.

—Mira el documento antes de decir algo de lo que te puedas arrepentir.

Agarra la copia impresa del contrato de inversión que él y mi padre firmaron con la *Camorra* y empieza a leer, con la cara cada vez más roja.

—Me pregunto qué diría la *Familia* si viera esto. —Vuelvo a meter la mano en el bolso y saco los siguientes papeles—. O tal vez estarían más interesados en la empresa fantasma que creaste, que también, tan convenientemente, fue contratada para completar todas las renovaciones de nuestros casinos. Y cobró el triple por el trabajo finalizado. ¿Robándole a la *Familia*, Batista?

Leone me arranca de las manos el informe del investigador que lo expone como propietario de dicha empresa, y el color de su rostro se desvanece rápidamente.

—¿Y qué me dices de esto? —Saco una montaña de fotos. En una aparece besando a una mujer de la mitad de su edad. Otra es en blanco y negro y algo borrosa, pero lo muestra claramente follándose a la misma mujer por detrás, dentro de una habitación de hotel.

—Follándose a la mujer de nuestro mayor inversionista? *Tsk tsk tsk...* No creo que Adriano se tome bien la noticia.

La cara de Leone es ahora de un enfermizo tono amarillo.

No tengo idea de cómo Massimo se las arregló para obtener todo esto, y realmente no me importa. En cuanto Salvo me trajo los documentos, vine directamente aquí.

—Pero todo eso son pequeñeces, ¿no? Seguro que la *Familia* las dejará pasar. —Le ofrezco una sonrisa condescendiente. Sabe muy bien que en cuanto esto salga a la luz, será hombre muerto—. Entonces, ¿qué te parece esto? Arreglar un atentado contra el Don de la *Cosa Nostra* para que puedas hacerte cargo.

El poco color que quedaba en su cara, desaparece, dejándolo tan pálido como un cadáver. No hay mayor ofensa en la *Cosa Nostra* que matar al Don con el único propósito de ocupar su puesto. La estructura jerárquica se ha establecido para garantizar la estabilidad, la seguridad y la prosperidad de los miembros. Si fuera una práctica común que los subordinados mataran a sus superiores, provocaría el caos. Y nunca se permitiría que el caos echara raíces en la *Cosa Nostra*.

Mantiene sus ojos en los míos mientras mete la mano en el cajón del escritorio. Supongo que tomará un arma.

—¿De verdad crees que habría venido aquí sola y te habría enseñado todo esto sin algún tipo de seguro? —Cruzo las piernas y me reclino en la silla—. Si algo me ocurre, se enviarán copias de estos documentos no solamente a los Capos, sino también a todos y cada uno de los miembros de la *Familia*, desde nuestros mayores inversionistas hasta los soldados de menor rango. Te harán pedazos y te convertirán en un ejemplo en cuestión de horas.

—¿Qué quieres? —revira—. ¿No quieres casarte con Salvo? Bien. Me importa una mierda.

—*Oh*, sí quiero casarme, Batista. Pero no con tu *underboss* —Sonríe—. Me casaré contigo.

—¿Qué? —suelta bruscamente, medio levantándose de la silla.

—Créeme, me repugna la idea de estar atada a un viejo cerdo asqueroso como tú. Pero eso es lo que va a pasar. —Hago una pausa y continúo—: El domingo anunciarás nuestro compromiso. La boda se fijará para finales de este mes.

—¿Por qué?

—Porque, al ser tu esposa, podré garantizar la protección de los intereses de la *Familia*. —Cruzo los brazos sobre mi pecho y le clavo la mirada—. Seguirás siendo Don, en lo que a la mayoría de la gente respecta, y podrán seguir inclinándose ante ti y besándote la mano. Se te permitirá ir por ahí pavoneándote como si tuvieras todo el poder y el respeto. Pero eso es todo lo que harás. A partir de hoy, tomaré todas las decisiones relacionadas con los tratos, negocios y asuntos privados de la *Familia*. Para todos, parecerá que sigues al mando. Y, en cuatro años, cuando mi hermanastro salga de la cárcel, vas a renunciar por razones médicas, y darás todo tu apoyo a Massimo como el próximo Don.

—Estás loca.

—No, Batista. No estoy loca. Estoy decidida, y si tienes una pizca de ingenio en esa mente traidora tuya, entenderías que una mujer decidida es mucho más peligrosa que una loca. —Saco el último papel del bolso y lo arrojo delante de él—. La lista de mis preferencias para la recepción de la boda. Garantiza que se cumplan. Y, por favor, asegúrate de usar una corbata que no tenga las manchas de tus últimas tres comidas para nuestro día especial.

Siento sus ojos clavándose en mi espalda mientras me alejo. Cuando llego a la puerta, me detengo y miro por encima de mi hombro.

—*Oh*, y una cosa más. Cuando nazca mi hijo, lo reclamarás como tuyo. Y que Dios te ayude si alguna vez se te escapa y le dices a alguien que no es verdad.

La puerta se cierra tras de mí con un suave clic.

Cuando vuelvo a mi coche y me dirijo a mi casa, examino las sombras de cada callejón por el que paso. Observando. Buscando. Con esperanza.

Aún tengo la esperanza de que, en cualquier momento, mi *Demonio* se materialice de la oscuridad. Pero sé que no lo hará. Ya no siento pequeñas punzadas en la nuca. Ya no percibo los ojos que siguen mis movimientos. Nada.

Nunca quise que se fuera. No quise decir esas palabras de odio que le grité desde mi azotea aquella noche. Debería haberlo sabido. Después de todo lo que pasó entre nosotros, debería haber sabido que no podía vivir sin él.

Y, aun así, me dejó.

Kai

—Deberíamos intentar matarlo de hambre primero.

Tiro de la cadena sujetada a los grilletes que atan mis muñecas y veo fijamente al hombre de Mendoza mientras se limpia la sangre de su nariz rota. Está a unos pasos delante de mí, pero no puedo alcanzarlo para liquidarlo. El otro extremo de la cadena está atornillado al suelo, lo que me permite un alcance de apenas seis metros.

El tipo saca un cuchillo y da un paso adelante. La docena de hombres que nos rodean en un amplio semicírculo empiezan a animar. No estoy seguro de lo que Mendoza me tiene reservado a largo plazo, aunque por el momento parece que estoy aquí para entretenér a sus soldados. Antes de

dejarme en este lugar, les dijo a sus hombres que eran libres de hacer lo que quisieran conmigo, siempre que me mantuvieran con vida.

En las dos primeras semanas tras mi captura, asesiné a tres de sus matones que intentaron atacarme por sorpresa y herí a varios más. Ahora se hacen apuestas sobre quién será el primero en vencerme.

Mi oponente se acerca un paso más y me lanza un cuchillo. Lo esquivo y consigo darle una patada en la rodilla, haciéndolo caer sobre su trasero al piso de tierra. Algunos espectadores se abalanzan sobre nosotros, sin duda para ayudar a su camarada. Pero arriban demasiado tarde. Antes de que el más rápido de todos llegue hasta mí y me dé una patada en el estómago, ya le había enterrado el cuchillo a mi oponente entre los omóplatos.

Una bota me golpea en la frente, haciéndome caer hacia un lado. La siguiente patada me alcanza las costillas. Enfoco la mirada al cielo mientras más golpes impactan en todo mi cuerpo, dándole la bienvenida al dolor. Esperando que sea lo bastante fuerte para superar el sufrimiento de mi corazón.

Sin embargo, no es así.

Capítulo 26

Dos meses después

Nera

Documentos impresos, carpetas y blocs de notas se extienden ante mí por toda la superficie de madera de roble del enorme escritorio de la oficina de Batista. Bueno, supongo que ahora es mío. Junto con los problemas que mi querido esposo causó mientras estuvo al mando durante un par de semanas. Contratos de alquiler de locales que no renovó. Contratos que debían ser revisados y firmados, y que ahora están muy atrasados. Y una horda de inversionistas furiosos respirándome en la nuca, exigiendo proyecciones de ingresos para el próximo año. Todo un lío que Batista estuvo encantado de echarme encima para poder pasar la mayor parte del tiempo en uno de los clubes de *striptease* de la *Familia*.

El olor de los muebles viejos y el hedor de los cigarrillos impregnados en la tapicería y las cortinas es absolutamente nauseabundo. Hace poco más de un mes que nos casamos y me mudé a su casa. Con todo el trabajo excepcional que se me ha echado encima, no he tenido tiempo de remodelar esta habitación, pero eso es algo que tendré que rectificar pronto.

Suena un fuerte golpe en la puerta de la biblioteca.

—Adelante —murmuro mientras mis ojos siguen recorriendo los estados de cuenta de crédito que nos ha enviado nuestro banco.

Salvo entra y toma asiento en la silla al otro lado del escritorio.

—Tenemos un problema.

—¿Han llamado más inversionistas para decir que no están contentos con cómo se manejan las finanzas de la *Familia*? —suspiro—. No creo que pueda lidiar con ellos hoy.

—Encontramos un espía, Nera.

Levanto bruscamente la cabeza.

—¿Alguien ha estado hablando con las autoridades?

—Peor aún. Parece que uno de nuestros guardias de seguridad está en la nómina de Salvatore Ajello.

Bajo los documentos. Los problemas con nuestras líneas de crédito de repente parecen un inconveniente menor.

—¿Estás seguro?

—Sí. Uno de mis hombres lleva trabajándolo desde esta mañana. Empezó a cantar hace una hora.

—Bien. Visitaré a Massimo y veré cómo quiere que lo manejemos.

—Solo hay una manera de manejar esta situación, y Massimo te dirá lo mismo. De todas formas no podemos esperar hasta mañana. Alguien le dijo a Brio que atrapamos a un traidor, y acaba de llegar a las instalaciones donde tenemos al tipo. Supongo que algunos de los Capos, si no es que todos, ya están en camino hacia allá también. Querrán ver personalmente cómo se resuelve este asunto.

Se me corta la respiración. El castigo para los que traicionan a la *Familia* es la muerte.

—Iré a despertar a Batista —digo—. Y le diré que tiene que ir a ocuparse de eso.

Salvo me sostiene la mirada y, aunque intenta no demostrarlo, puedo ver la preocupación en sus ojos. Así como la lástima.

—Tienes que ser tú, Nera.

Me echo hacia atrás tan bruscamente que mi silla de oficina rueda medio metro por el suelo.

—Batista es el Don. Ya que le gusta tanto desfilar y que la gente le besa la mano, por no hablar de su trasero por presumir sobre cómo arregló el lío que mi padre creó con la *Camorra*, debería ser él quien se encargue de matar a la gente.

—Puede que el resto de la *Familia* no sepá que tú eres la que lleva realmente las riendas, pero los Capos sí. Lograste pagar parte de la inversión de la *Camorra* en nuestros casinos, pero eso solamente los mantendrá a raya por poco tiempo. Los Capos necesitan convencerse de que eres capaz de hacer lo necesario por el bien de la *Familia*.

—No voy a matar a nadie, Salvo.

Apoya los codos en el escritorio, inclinándose hacia adelante.

—Ha habido comentarios en voz baja entre los Capos. Brio ha planteado la posibilidad de abrir un debate sobre el cambio de liderazgo en la próxima reunión. Si consideran a Batista inadecuado para el cargo y deciden expulsarlo, acabarás siendo un daño colateral. —Sus ojos recorren mi pecho y se detienen en mi estómago—. Todos creen que es el padre de tu bebé.

Mis manos vuelan de inmediato para cubrir el bulto, ya bastante revelador, como si tan solo abrazarlo pudiera proteger a mi hijo de las cosas que Salvo está insinuando. Pensé que el hecho de que Batista reclamara la paternidad protegería a mi hijo, pero eso solo puede funcionar si él es el Don. Si Batista es expulsado de su trono, Massimo no podrá hacerse cargo.

Nunca conseguiré mi libertad y, sin importar el sexo, mi hijo se enfrentará al destino que intento evitar. Si es un niño, tarde o temprano, alguien tratará de matarlo. Si es una niña, acabará siendo casada con quién sabe quién. Y yo no podría hacer nada para evitar ninguna de las dos cosas.

El horror me revuelve el estómago, su toxicidad se apodera de todo mi cuerpo. ¿Cómo voy a acabar con la vida de un hombre? ¿Matar a alguien que no me ha hecho nada a mí específicamente? Agarro el reposabrazos y lo aprieto con tanta fuerza que se me ponen blancos los nudillos. Puede que ese hombre no me haya hecho nada directamente, no obstante, es una amenaza para mi bebé. Respiro profundamente, tomo mi bolso y me dirijo al otro lado de la habitación.

—Vámonos.

—¿A dónde?

—A donde sea que tengas al espía de Ajello —susurro.

Haré lo que sea para que mi hijo esté a salvo. Si eso significa vender mi alma al diablo matando a un hombre, que así sea.

Capítulo 27

Tres años después

Nera

Prisión de alta seguridad a las afueras de Boston

Incluso después de tres años de visitas semanales, el traqueteo de las cadenas en el interior de esta habitación silenciosa cuando Massimo toma asiento frente a mí en la mesa de metal sigue envolviéndome la espalda como un pavor frío. Como siempre, el guardia sujetó los grilletes al lazo metálico y se marcha. Unos instantes después, la cámara de la esquina de la habitación se apaga.

—Te lo dije, Nera —dice mi hermanastro entre dientes—. Una visita a la semana solamente, o alguien puede sospechar que hay algo más que una cálida reunión familiar.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué carajos haces aquí hoy? —ruge.

Antes, los arrebatos de Massimo me hacían temblar como una hoja. Me sentaba en esta silla y soportaba su rabia, demasiado asustada para contestarle. Ya no. Después de todo lo que me obligó a hacer, por no mencionar todo lo que he hecho sin sus órdenes desde que empezamos esta farsa, sus gritos no me afectan en absoluto.

Después de mi primera ejecución, hubo otros dos infiltrados de Ajello que requirieron mi *atención* personal. En cada ocasión, apunté un arma a la cabeza de un hombre y apreté el gatillo sin que me temblaran los dedos en lo más mínimo. También he condenado a muerte a varios de nuestros hombres enviándolos a New York para espiar a ese bastardo. Los descubrió a todos. Los recuperé, en pedazos, por mensajería especial.

Hubo más. Un empleado de uno de los casinos al que sorprendieron robando. Un contador que falsificó la contabilidad y se quedó con la ganancia. Puede que no murieran a manos mías, pero yo era quien daba las órdenes. Eran sus vidas o la seguridad de mi pequeñita. No es una elección en absoluto, en mi opinión. Mantener a mi hija a salvo supera todo lo demás en este mundo olvidado de Dios.

—Ciertamente no estoy aquí porque tenía ganas de ver tu cara, Massimo. —Cruzo los brazos bajo el pecho—. La salud de Batista está empeorando.

La expresión de mi hermanastro pasa de la rabia a la preocupación.

—¿Qué le pasa?

—Tuvo un aneurisma cerebral. Fue leve. Lo mandarán a casa dentro de un par de días y le darán medicamentos especiales con la esperanza de evitar otro, pero el médico no puede asegurarnos que no vuelva a ocurrir, ni decirnos lo grave que puede ser si ocurre. —Aprieto los dientes—. Tienes que salir y tomar el mando antes de que muera.

—¿Crees que me gusta estar aquí, joder? ¿Crees que me pudriría en este basurero si hubiera alguna forma de salir antes? Tengo ocho meses más hasta mi liberación. Esperemos que viva lo suficiente.

—¿Y si no lo hace?

—Si no lo hace, ambos estamos jodidos, hermanita.

Kai

Complejo de Alfonso Mendoza, México

El sonido de una explosión penetra en mi conciencia confusa. Abro los párpados, pero no veo nada más que oscuridad. El suelo bajo mis pies tiembla cuando estallan varias detonaciones más en algún lugar cercano y, a continuación, una cacofonía de gritos y alaridos se suma al caos general. Todo en mí quiere que mis ojos permanezcan abiertos, pero siguen cerrándose como si mis pestañas estuvieran cargadas de plomo.

Disparos de armas automáticas. Se acercan. Más gritos y alaridos. Supongo que uno de los rivales de Mendoza está atacando la propiedad. Sea quien sea, o lo que sea que esté pasando, no me importa en lo absoluto. Mi mente quiere volver al sueño que estaba teniendo antes de que el ruido la ahuyentara.

Un puesto, cargado de verduras, y una hermosa mujer que levantaba varias hierbas para que yo las oliera.

Parecía tan real que casi podía inhalar el penetrante aroma a tierra, pero, por alguna razón, no podía recordar su nombre.

La conozco.

La conozco muy bien.

Mi corazón late más rápido cada vez que la veo. Siempre está en mis sueños. Pero últimamente, en los recientes días, o tal vez hace semanas, su nombre se me escapa. Siempre lo tengo en la punta de la lengua, pero no consigo recordarlo.

El eco de las pisadas. Más disparos, ahora más cerca. Lo alejo todo y vuelvo a mi sueño.

Estoy sentado en una azotea, la mujer está acurrucada a mi lado. Tiene el cabello recogido en lo alto de la cabeza con una pañoleta roja.

¿Cómo se llama?

—Santa Madre María, Jesús y José —suelta una voz masculina cerca de mí—. Esquina este. Trae tu trasero aquí. Ahora, Az.

Otra voz se une poco después, pero las bloqueo a ambas, intentando aferrarme a la visión en mi mente.

Una suave voz femenina, diciendo algo cerca de mi oído. Es ella otra vez. Me está leyendo. ¿Algo sobre...vacas?

Su nombre, ¿cuál es su nombre...?

—Sujétalo. No quiero que se ponga como loco pensando que soy un enemigo.

Unas manos me agarran las piernas, la sensación disuelve mi sueño, justo cuando casi lo agarro. Me doy la vuelta, golpeando la distracción con mi pie. ¡Quiero mi sueño de vuelta!

—¡Jesús, joder! Te dije que lo sujetaras, ¡maldita sea!

Algo pesado aterriza encima de mí. Rujo y le doy un cabezazo al hijo de puta que me plantó su trasero en el pecho. Siento el pinchazo de una aguja en el muslo. Me sacudo, intentando quitarme al hombre de encima.

¿Cómo se llama ella?

La niebla invade mi mente, haciendo más distantes las voces de los hombres.

Manos delicadas. Dedos suaves con uñas bien cuidadas, limpiando la herida de mi brazo.

Pequeña. Mi Pequeña Tigresa.

Sí, así se llama.

Capítulo 28

Dos semanas después

Kai

Suena un crujido sordo cuando giro la cabeza de un hombre hacia un lado, rompiéndole el cuello. Bajo el cuerpo al suelo y uso mis herramientas para abrir la puerta del sótano. Me llevó cuatro días de observación minuciosa para aprenderme los movimientos de los guardias y poder deshacerme rápidamente de los seis. Si también hubiera tenido que violar el sistema de alarmas, habría tenido que elegir otro lugar, pero Felix tuvo la amabilidad de chantajear a Az para que se encargara de la parte tecnológica por mí.

Unos escalones de madera conducen al pasillo de la planta baja. Giro a la derecha y me dirijo a la sala donde está encendida la televisión, emitiendo las noticias. Un hombre está recostado en el sofá, de espaldas a mí. Me acerco en silencio y le apunto con el cañón de la pistola a la nuca.

—Hola, Capitán.

Su cuerpo se pone rígido por un momento, pero luego se relaja.

—Veo que por fin te liberaste. Tardaste bastante, Mazur.

Mantengo mi pistola pegada a su cráneo mientras saco mi segunda arma con la otra mano.

—Sí, eso parece. —Apunto a su rodilla izquierda y dispara. Kruger grita justo cuando le dispara a la otra rodilla.

Rodeando el sofá, tomo asiento en el sillón reclinable colocado frente a él. Kruger presiona con las manos el desastre que fueron sus rodillas y me mira con una mezcla de miseria y rabia grabada en la cara.

—Lo siento —pronuncio—. No estoy precisamente en condiciones físicas óptimas para perseguirte si intentas escabullirte.

Se le escapa una risita baja y ligeramente histérica.

—El eufemismo del siglo. A juzgar por tu aspecto horrible, debes de haber recibido un trato VIP de Mendoza. ¿Te hicieron pasar hambre o fue algo más espléndido?

—Yo diría que recibí un paquete con todo incluido.

Kruger se ríe de nuevo, el sonido sale desquiciado, no obstante, rápidamente se disuelve en un gemido de dolor. No me gusta ver sufrir a nadie. A menos que me ordenen específicamente lo contrario, mis asesinatos siempre han sido rápidos y eficientes. Pero esto... ver a Lennox Kruger retorcerse de dolor me produce una inmensa alegría. Y no tiene nada que ver con el hecho de que me sirviera ante Mendoza en bandeja de plata.

Cruzo los brazos y me encuentro con su mirada ligeramente frenética.

—¿Fue una trampa?

—¡Claro que fue una trampa, hijo de puta! —me grita, con la saliva saliendo de su boca—. ¿Querías abandonarme, maldita sea? —Respira apresuradamente, con los ojos desorbitados y la cara enrojecida por la rabia—. ¿Por una mujer? —Cada vez le cuesta más soltar las palabras, ya que parece estar perdiendo el control de sus emociones—. ¡Yo te hice,

desgraciado! —vocifera—. Necesitabas una lección. Pero ese chupavergas de Mendoza no cumplió con nuestro trato de enviarte de vuelta.

—No estoy hablando de México —gruño en tono uniforme mientras la rabia cruda me desgarra por dentro.

Los labios de Kruger se ensanchan en una sonrisa siniestra y se reclina como si le hubieran inyectado nueva energía, olvidando sus heridas.

—Lo fue, ¿verdad? El último asesinato que me enviaste a completar. El italiano importante.

—Eres mío, Mazur —se burla—. No habrías sido nada sin mí. Tomé un insignificante pedazo de mierda y lo convertí en una magnífica pieza de arte. ¡Nadie puede quitarme mi creación! —Se atraganta con un rugido—. ¿Sabías siquiera que la mujer con la que salías era una princesa de la *Cosa Nostra*?

No, no lo sabía. Me enteré hace una semana, cuando Felix me buscó información sobre ella. Levanto mi pistola y le disparo a Kruger en el hombro izquierdo.

—Continúa.

Me mira con la cara contorsionada en una máscara de dolor. Se le acumulan gotas de sudor en el nacimiento del cabello y su respiración es rápida y superficial, pero mantiene la espalda erguida. Siempre ha sido un hijo de puta resistente.

—¿Sabes?, al principio, consideré simplemente matar a tu pequeña puta. Pero entonces, vi un contrato disponible para asesinar a su padre. ¿Hacer que su amante matara a su único padre? El destino me sonreía, no podía dejar pasar este perfecto regalo de las circunstancias. —Se echa a reír como un loco—. ¿Sabes que ahora está felizmente casada?

El dolor estalla en mi pecho, igual que cuando Felix me contó ese detalle. Mi *Pequeña Tigresa* se casó. Sabía que algún día ocurriría, pero aun así una parte de mí murió al enterarme.

—Supongo que, después de todo, le hice un favor —continúa Kruger—. La esposa de un hombre poderoso y respetado. Acabó mucho mejor de lo que habría estado si se hubiera quedado contigo.

—Lo sé.

—¿Ya fuiste a verla? ¿Para observarla como un bicho raro, como hacías antes?

Levantándose del sillón reclinable, me acerco al hombre que orquestó todo lo que me llevó a perder lo único que alguna vez quise para mí: mi *Pequeña*. Puede que su marido sea mejor hombre que yo, pero nadie la amará jamás como lo hago yo.

Envuelvo mis manos alrededor del cuello de Kruger, apretando su tráquea hasta que su cara se vuelve azul.

—Pásala bien en el infierno, Capitán. Cuando me reúna contigo allí, volveré a matarte otra vez.

Kruger jadea, luchando por respirar. Aprieto más fuerte. Tiene los ojos desorbitados, mirándome desde su rostro estupefacto, mientras sonidos de ahogo salen de sus labios. Saboreo sus sonidos como si fueran la melodía más hermosa y sigo apretando, incluso después de que su cuerpo se quede inmóvil.

Cuando salgo de casa de Kruger, subo a mi coche y me dirijo al aeropuerto. Por fin regresaré con mi *Pequeña Tigresa*. No podía arriesgarme a hacerlo antes de encargarme de Kruger, pero ahora, nada me mantendrá alejado. Puede que ya no sea mía, mas yo sigo siendo suyo. La cuidaré y me aseguraré de que esté a salvo hasta mi último aliento.

Capítulo 29

Dos meses después

Kai

El reluciente sedán negro que circula por la calle delante de mí empieza a aminorar la marcha y se detiene ante el semáforo en rojo. Suelto el acelerador, manteniendo una distancia prudente, y dejo que otro vehículo se deslice por delante del mío mientras me acerco a la intersección.

Esta noche se quedó fuera hasta tarde.

Coloqué un localizador GPS en el vehículo de Nera, por si acaso, pero no dependeré de un puto aparato en lo que respecta a su seguridad. Durante los últimos dos meses, he estado vigilando a mi *Pequeña Tigresa*, siguiendo todos sus movimientos cada vez que salía de su casa.

¿He vuelto a ser un maldito acosador? *Sí*, pero significa que puedo seguir manteniéndola a salvo.

No sale de la mansión tan a menudo, normalmente solo una o dos veces por semana. Y siempre vuelve a casa antes de la hora de cenar. Es casi medianoche ahora, así que algo inesperado debe haber sucedido. ¿Tendrá algo que ver con la muerte de su esposo?

Ayer la vi en el funeral, oculto tras los arbustos de la parte elevada del terreno del cementerio. La posición me permitió ver sin molestias a todos los asistentes. Aquella maldita congregación casi me hizo perder la cabeza. Más de cien personas reunidas, y cada una de ellas era una amenaza en potencia para mi pequeña.

Durante más de una hora, la mira de mi MK 13 no dejó de moverse de una persona a otra mientras evaluaba su lenguaje corporal y buscaba cualquier movimiento brusco en dirección a Nera. Un montón de personas de luto, la mayoría armadas, como evidenciaban los bultos bajo las chaquetas de los hombres. Únicamente después de que mi pequeña finalmente se metió en el automóvil con su hermana y abandonó los terrenos del cementerio pude volver a respirar con normalidad.

Ni siquiera pude verle la cara mientras estuvo allí. La ocultaba tras un velo negro. ¿Lloraba por la pérdida de su esposo? Probablemente sí. Nera siempre se ha preocupado mucho por la gente que la rodea. Ahora debe de estar sufriendo. Eso me hace querer desenterrar el cadáver de ese imbécil y matarlo yo mismo. No para causarle más dolor, sino porque él tenía lo que yo quería.

Nunca los vi juntos, lo que en cierta forma es una bendición. Si lo hubiera hecho, no estoy seguro de haber podido resistirme a meterle una bala en la cabeza al hombre. Me alegro de que el imbécil esté muerto, y ese hecho me hace sentir asqueado. Nera se casó con él, así que debió amarlo. En cualquier caso, no puedo fingir que no me alegro de que el cabrón esté a dos metros bajo tierra.

El semáforo cambia a verde y el vehículo de Nera gira a la izquierda en dirección al norte. La sigo durante media hora, manteniéndonos a tres coches de distancia hasta que su sedán se detiene frente a la alta valla de hierro. Su nueva casa. Estaciono al final de la calle y espero a que el guardia de seguridad abra la reja. Un momento después, el coche de mi *Pequeña* desaparece de mi vista.

Reclinado en mi asiento, observo cómo la barrera de hierro vuelve a su posición. Está bien engrasada y no hace ruido al cerrarse, pero sigo escuchando el ruido metálico en mi cabeza. Como cada vez que ella

desaparece tras esa gruesa barrera de hierro, siento como si me clavaran un cuchillo en el pecho.

Cada noche desde mi llegada, he imaginado embestir esa maldita puerta con mi coche para entrar por la fuerza y reclamar lo que es mío. Un delirio absurdo de un hombre desesperado. Esta noche, ni siquiera tengo energía para soñar. Sin embargo, no puedo obligarme a dar la vuelta y marcharme. Esto es lo más cerca que puedo estar de ella ahora, y quiero quedarme un poco más.

Un poco más acaba siendo más de una hora. Cuando entro al apartamento que he alquilado a unas cuantas calles de aquí, es la una y media de la madrugada. Tiro mi chaqueta en el respaldo de la silla de la cocina y me dirijo a la nevera, agarrando algunas sobras para calentar. Mientras el tazón de macarrones con queso da vueltas en el microondas, saco mi teléfono y navego hasta un sitio familiar escondido en la *Dark Web*, introduciendo mis credenciales de acceso. La gente normal navega por las redes sociales y las aplicaciones de noticias cuando necesita distraerse. Yo reviso las ofertas de trabajo de asesinatos por encargo. No es que tenga tiempo para aceptar un trabajo en este momento, teniendo en cuenta que mi único propósito desde que volví a Estados Unidos es cuidar a Nera, pero los viejos hábitos nunca mueren, así que sigo haciéndolo de vez en cuando. Quizás sea un sentimental.

Echo un vistazo a la lista y compruebo las ubicaciones y los detalles, cuando una entrada en particular atrae mi atención. El blanco está en Boston, y el contrato ha sido reclamado hace un rato por los sicilianos, un equipo de despiadados asesinos a sueldo que atacan con fuerza y rapidez, eliminando a su blanco en menos de veinticuatro horas. Seleccióno la entrada y la imagen en blanco y negro de una mujer empieza a cargarse.

Se me para el puto corazón.

Es Nera.

La tierra desaparece bajo mis pies.

Un chupavergas desconocido puso una orden de asesinato contra mi pequeña.

Ni siquiera me entretengo un segundo en ir a mi habitación en busca de armas extra, sino que salgo a toda prisa del apartamento. El pánico inunda la boca de mi estómago mientras me apresuro como un loco por las pocas calles que separan mi edificio del vecindario donde se encuentra la casa de Nera. Si se tratara de cualquier otro que no fueran los sicilianos, tendría más tiempo para hacer frente a esta amenaza. No obstante, el maldito Rafael De Santi se enorgullece del tiempo de respuesta de cualquier contrato que acepta su organización. Irán a matarla. Esta noche.

Bueno, ¡no mientras yo esté aquí!

Me tiemblan las manos cuando piso el freno ante la formidable reja de hierro que bloquea la entrada a la propiedad y salgo volando del coche. La entrada sigue cerrada, gracias a Dios, y respiro por primera vez desde que vi la orden de asesinato. Eso es hasta que me fijo en los cables cortados que asoman por la caja de electricidad pegada al costado de la caseta de la puerta. Los guardias de seguridad no están a la vista.

El terror se apodera de mí de nuevo mientras agarro la barra metálica de la reja rodante y la empujo para abrirla. El obstáculo se mueve fácilmente hacia la derecha. Sin duda, las cerraduras y la alarma que forman parte de los circuitos de la reja han sido neutralizadas. Los malditos bastardos ya están adentro. Me cuelo por la abertura y corro por el lado sur de la valla, directo hacia la mansión.

Las ventanas del ala este de la planta baja están iluminadas. Las cortinas están abiertas y puedo ver la figura femenina sentada tras el gran escritorio de una espaciosa habitación. Debe de ser la oficina de Nera. El aire sale de mis pulmones en una gran bocanada mientras me invade el alivio. Está viva. Me permito solo un segundo para disfrutar de la imagen de mi *Pequeña* y reanudo mi misión.

Los sicilianos siempre trabajan en equipos de cuatro: dos hombres en las rutas de salida supervisan la vigilancia y dirigen el movimiento por dentro del perímetro, uno proporciona fuego de cobertura o apoyo según

sea necesario, y el hombre principal va tras el objetivo. Su *modus operandi* típico para las ejecuciones es la estrangulación mientras el objetivo está dormido, así que el asesino designado podría estar ya escondido en la habitación de Nera, al acecho hasta que se vaya a dormir.

Conocer sus movimientos me da ventaja, pero únicamente si el asesino designado no se entera de que estoy aquí. Si él o sus amigos me descubren, cambiarán de táctica. De ninguna manera voy a apostar con la vida de Nera. Si el hijo de puta ya está en posición, Nera está a salvo mientras permanezca en el estudio. Eso significa que puedo dejar al asesino principal para el final, después de deshacerme de los otros tres.

Veo a uno de los vigilantes cerca de un roble grueso, montando guardia cerca de la entrada principal. Usando las sombras como cobertura, me arrastro por la pared de la mansión hasta situarme justo detrás de él, me abalanzo rápidamente sobre el hombre y le rodeo el cuello con el brazo. Un momento después, un pequeño crujido resuena en la lucha silenciosa, confirmando que le fracturé las vértebras cervicales. Bajo el cuerpo al suelo y me dirijo hacia la parte trasera de la casa, una vez más oculto entre la oscuridad como el demonio que mi *Pequeña* afirmaba que era.

Otro siciliano está agazapado junto a una especie de adorno del jardín, cerca de la puerta trasera de la casa, con la cabeza inclinada hacia arriba. Sigo su línea de visión y veo al tercer miembro del equipo escalando la tubería de desagüe hacia la parte superior del techo. En el momento en que el escalador desaparece por el borde, ataco al hombre que está en el suelo. Ambos acabamos en una fuente seca por la fuerza de mi ataque. Le tapo la boca de un manotazo y le entierro el cuchillo en las entrañas, hasta el fondo del mango. El hombre sigue forcejeando, su mano busca mi garganta. Le clavo la navaja más profundamente y retuerzo el mango de mi Ka-Bar cuando un dolor estalla en mi costado izquierdo.

—Muere, maldito roedor —gruño mientras saco el cuchillo y se lo clavo por debajo de la barbilla hasta el cráneo. No me molesto en revisar la herida del costado de mi torso donde el bastardo me cortó, solo me apresuro a seguir al hombre que consiguió llegar al techo.

Me arde la piel de las manos al agarrar el desagüe de metal helado metido en la esquina L de la mansión. Tardo menos de un minuto en llegar a la cima, aunque me parecen horas de un tiempo muy valioso. Tiempo que no puedo desperdiciar. Un doloroso palpitar justo encima del hueso de la cadera me indica que el maldito siciliano me lastimó gravemente, pero la herida carece de importancia para mí. Me arrastraré si hace falta ¡maldición! Nadie lastimarán a mi pequeña hoy. Nunca. Mientras yo viva. Me agarro del borde y trepo por encima hasta el techo.

La luna se oculta tras las nubes, pero unos pocos rayos penetran e iluminan la figura vestida de negro que se agacha en el extremo más alejado, con la atención centrada en el jardín de abajo. Mientras que antes agradecía a mis estrellas de la suerte el techo plano, ahora lo maldigo. No hay ningún obstáculo que me permita acercarme sigilosamente a ese hijo de puta. Sin otra opción, saco mi pistola y enrosco el silenciador. Cuando el hombre se lleva la mano al auricular, probablemente para ponerse en contacto con el resto de su equipo, le apunto a la nuca y disparo. El tipo se sacude hacia delante y se desploma boca abajo sobre la superficie del techo, colgando parcialmente hacia el borde.

Siento la sangre filtrándose a través de mi camisa cuando me acerco al cuerpo para comprobar si tiene pulso. El dolor punzante en mi costado empeora cuando salto al balcón de abajo. La terraza, no demasiado ancha, está justo encima del estudio donde vi a Nera antes. La luz que se filtra desde la habitación de la planta baja se apaga justo cuando lanzo una mirada por encima de la barandilla. Se me acabó el tiempo y aún no me he deshecho del último sicario. Joder. Con la pistola en la mano, abro la puerta del balcón y me meto en la habitación.

Tardo un momento en orientarme, ya que nunca he estado dentro de la casa de Nera. Sin embargo, la noche que regresé a Boston exploré el terreno y miré los planos del edificio, así que tengo una idea general de la estructura. Sus habitaciones están en esta planta superior, pero dan al otro lado de la propiedad. Sin tiempo que perder, atravieso corriendo la sala llena de trozos de tela y otras porquerías y salgo al pasillo. Solamente hay otra puerta, justo enfrente de mí.

—Sí, ya terminé por esta noche, Timoteo. —El sonido de las palabras de Nera me llega desde el pasillo de abajo, resonando en la quietud—. Los Capos estarán aquí mañana a las diez. Asegúrate de que la sala de conferencias esté lista.

Una punzada de dolor me atraviesa, pero esta vez no tiene nada que ver con la herida en mi costado. Han pasado más de tres años desde que escuché su voz. O desde que estuve tan cerca de ella. No nos separan más de unos pocos metros, pero aún así parece que cada centímetro de esa distancia es un kilómetro y medio. Aprieto los ojos durante un instante, apenas un latido para grabar en mi memoria el sonido melodioso, luego preparo mi arma y abro la puerta de sus habitaciones privadas.

La *suite* está a oscuras, sin embargo, después de todo el tiempo que pasé confinado en los pozos del lúgubre hangar de Mendoza, mis ojos están bien acostumbrados a ver con poca luz, así que tardo menos de diez segundos en confirmar que mi presa no está en la habitación. Ni siquiera necesito comprobar a fondo los alrededores. En mi oficio, el cazador tiende a desarrollar el instinto de tantear el entorno. Desde el momento en que entré en el dormitorio, supe que estaba solo. Aunque no por mucho tiempo.

La puerta de cristal que da al balcón está ligeramente entreabierta. Ese es el punto de entrada que yo usaría. Como eliminé al hombre del techo, supongo que el asesino intentará subir desde el nivel inferior. Atravieso el piso alfombrado y tomo asiento en el sillón reclinable situado cerca del librero. Tengo una vista directa de la cubierta exterior a través de las cortinas abiertas.

Durante un minuto, el inquietante silencio me envuelve. Entonces, el sonido sordo de los tacones sobre el suelo de madera resuena en el pasillo que había cruzado momentos antes, cada vez más cerca. La piel crujе cuando aprieto el reposabrazos con la mano que tengo libre mientras una tormenta se desata en mi interior. Volver a estar frente a frente con mi *Pequeña Tigresa* nunca fue el plan. Presenciar el odio y la condena en los ojos de Nera cuando me encuentre aquí será una tortura peor que cualquier otra que haya experimentado. No me importa. No hay nada que no soportaría por ella. Sobreviví al dejarla ir. Sobreviviré a esto también. Al menos lo suficiente para asegurarme de que está ilesa y a salvo.

La puerta de la *suite* se abre y Nera entra. Por un momento, olvido cómo respirar, demasiado conmocionado por su presencia. Su proximidad. Mi estrella centelleante, que brilla incluso en la penumbra más oscura. La observo mientras camina hacia el centro de la habitación y mira a su alrededor como si tratara de asomarse a los rincones sombríos. Como si lo hubiera hecho muchas veces... antes.

—Cuánto tiempo sin verte, *Pequeña Tigresa* —gruño ásperamente.

Nera se queda completamente quieta.

Respiro profundamente y enciendo la lámpara que tengo al lado. Dios mío, es aún más hermosa de lo que recordaba.

—Pensé que habías muerto —replica entrecortadamente, con una mezcla de conmoción y dolor en su rostro.

Lo estuve. Aún lo estoy. Muerto. He estado muerto la mayor parte de mi vida. La única vez que me sentí vivo fue durante el corto período que pasé con ella. Todos los días antes y después, son un maldito páramo.

—¿Me echaste de menos? —pregunto y me arrepiento en el instante en que las palabras salen de mi boca. Incluso con poca luz, puedo ver cómo se tensan sus músculos. Solo estoy haciendo que esto sea más difícil para ambos, pero parece que no puedo controlarme.

—Es difícil echar de menos a un hombre cuyo nombre ni siquiera conozco. —La voz de Nera apenas se escucha, mas detecto un ligero temblor en ella. Su expresión de dolor es evidente. Pero noto algo más. Un brillo en el rabillo de sus ojos. Debo de ser el hijo de puta más egoísta del mundo, porque al ver sus lágrimas se me enciende el fuego en el pecho y siento que una pequeña chispa de vida vuelve a mi existencia muerta. Quizá sí me echó de menos. Un poquito.

Luchando contra la atracción gravitacional de una estrella, mis ojos se apartan del rostro de Nera y se enfocan en el movimiento que hay detrás de ella. Una mano, cubierta con un guante de piel negra, se agarra a la

barandilla del balcón junto a un garfio sujeto al borde. El último de los asesinos a sueldo por fin ha decidido aparecer.

—Yo también te extrañé, *Pequeña* —susurro. Levanto la pistola y apunto al hombre que está en el balcón—. No te muevas.

PARTE 2

PRESENTE

Capítulo 30

Presente

La Villa Leone, Boston

Nera

El sonido de cristales rompiéndose y algo grande estrellándose contra el suelo estalla detrás de mí. El corazón me late tan deprisa que parece que se me va a salir del pecho, pero permanezco inmóvil. Me dijo que no me moviera, y cuando se trata de mi seguridad... confío plenamente en él.

—Ese es el último —informa mi *Demonio* y baja lentamente el arma —. Llama a tu equipo de seguridad y diles que revisen la propiedad y recojan los cadáveres. Hay uno en la fuente del jardín trasero. Otro junto al roble, cerca de la puerta principal. Y otro en el techo.

—¿Las alarmas? —pregunto.

—Están dañadas. Tendrás que instalar unas nuevas.

Lanzo una mirada por encima de mi hombro. El cuerpo de un hombre vestido de negro y con un pasamontañas en la cara está tendido en el balcón.

—¿Mercenarios?

—Sí. El equipo del siciliano. —Deja la pistola junto a la lámpara de lectura de la mesa lateral, gimiendo en el proceso—. Felicidades. Actualmente tu cabeza vale dos millones.

El pavor se enciende en algún lugar de mi interior. Algo está mal. Cruzo la habitación y agarro la lámpara, girándola hacia él. La parte delantera y lateral de su camisa están empapadas de sangre, y parte de ella se filtra por la tapicería del sillón.

—¡Mierda! —Me arrodillo entre sus piernas y empiezo a desabrocharle la camisa—. ¿Una bala?

—Un cuchillo. —Me acaricia la mejilla y me levanta la cabeza—. Es bueno verte de nuevo, mi *Pequeña Tigresa*.

Aprieto los labios para ocultar que tiemblan, lo miro a los ojos y, de repente, no parece que hayan pasado casi cuatro años desde la última vez que nos vimos. Los mismos ojos. Siguen tan atormentados. Mas hay nuevos secretos en sus profundidades.

Está vivo.

¿Esto es real? Me aterroriza que todo esto pueda ser un sueño muy cruel.

Rompiendo su mirada magnética, desvío mis ojos para asimilar los cambios. Pequeñas diferencias que ya no puede ocultar ahora que puedo verlo en la luz. Como uno de los mechones que se ha escapado de su trenza y ha caído sobre su rostro algo demacrado. Ha perdido mucho peso, y su cabello parece estar más corto, las puntas le llegan más o menos hasta la mitad del esternón.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo? —inquiero y continúo desabrochándole la camisa.

—No tiene importancia.

Sacudo la cabeza y separo los lados de la camisa, dejando al descubierto su pecho y su estómago. Suelto un grito de sorpresa. Tiene una herida de casi diez centímetros por encima de la cadera, vertical sobre las costillas. El mismo lugar de la herida de bala de hace casi cinco años.

—Tenemos que llevarte a la cama. —Me quito el saco y lo presiono sobre el corte—. ¿Puedes caminar?

—Sí.

—Bien. —Me enderezo, tomo la pistola de la mesa, pongo el seguro y me la meto en la cintura por detrás de la espalda.

Él levanta una ceja.

—¿Me estás confiscando el arma, *Pequeña*?

—No puedo tener armas tiradas por mi sala —contesto y extiendo la mano hacia él—. Vamos.

Sus ojos se clavan en los míos mientras me rodea la muñeca con sus dedos callosos y su pulgar me presiona el punto del pulso. Desde que lo conozco, su mirada es un tanto surrealista, como si un demonio se escondiera detrás de esos grises helados. ¿Son sus ojos lo último que ven sus víctimas antes de abandonar este mundo? Puede que sientan miedo, pero en su lugar, yo agradecería esa visión.

—Estás perdiendo demasiada sangre —susurro.

Se le arrugan las esquinas de los ojos. Acerca mi mano a su boca y toca con sus labios la punta de mis dedos. Es el más leve de los besos, pero siento como si me estuviera marcando la piel con hierro candente.

Y casi me desmorono.

—La sangre derramada por ti es sangre bien aprovechada —pronuncia contra mi palma temblorosa.

Una presión visceral me aprieta el pecho. Este hombre. ¿Cómo se atreve? Después de lo que tuvimos. Después de perderlo. Y ahora... ¿Ahora me dice *esto*? Palabras que hacen que mi corazón se acelere, reavivando ese anhelo desesperado por todas esas cosas con las que soñé durante tanto tiempo. Ser suya. Tenerlo como mío. Atravesar este abismo entre nosotros, romper la barricada invisible que nos separa. Recibió una bala por mí, sin embargo, nunca me dejó entrar detrás de sus muros.

Quito mi mano de su agarre.

—Vamos.

Se levanta lentamente del sillón, sobresaliendo por encima de mí. Había olvidado lo alto que es.

—Por aquí. —Le rodeo la cintura con el brazo y señalo con la cabeza la puerta que separa mi habitación de la sala y la cocina abiertas de mi apartamento en la villa.

Con la palma de mi mano haciendo presión sobre la suya mientras aprieta mi chaqueta contra su costado, le ayudo a cruzar el espacio central. Estamos en el umbral de mi habitación cuando su cuerpo se balancea hacia delante y apenas consigo estabilizarlo.

—Tu suerte con la gentuza que usa cuchillos en mi zona no ha cambiado, supongo.

—Siguen pensando que soy demasiado bonito —murmura.

Llegamos a la cama en unas cuantas zancadas lentas, justo a tiempo porque, al momento siguiente, se deja caer sobre el colchón, inconsciente. Levanto sus piernas una a una por encima de las sábanas y corro hacia la suite de mi hermana, que está justo enfrente de la mía, ocupando el otro lado del piso superior.

—¡Zara! —susurro-grito mientras le sacudo el hombro—. Despierta. Necesito tu ayuda.

—¿Qué? —Parpadea lentamente y me mira con los ojos entrecerrados.

—Vamos. —Vuelvo a sacudirla antes de rodear la cama para ver cómo está mi hija, que duerme al otro lado.

Cuando no estoy cerca a la hora de acostarse, Lucía no se duerme a menos que mi hermana se acueste a su lado. Como las dos no caben en la camita de mi hija, esta acaba durmiendo al otro lado del pasillo, en la cama de Zara. Ajusto el edredón alrededor de su cuerpecito, luego agarro a mi hermana de la mano y la arrastro hasta la cocina de mi *suite*.

—Necesito el botiquín de primeros auxilios y toallas limpias —pido mientras saco una olla del armario y la pongo en el fregadero para llenarla de agua caliente—. Y tráeme el jabón del baño. Ahora, Zara.

Parpadea, se da la vuelta y sale rápidamente por la puerta. En cuanto la olla está medio llena, tomo un paño de cocina limpio del cajón y llevo ambos a mi habitación.

Quitarle la camisa a mi *Demonio* será imposible, así que la dejo y me concentro en lavarle la sangre del abdomen y el costado. El agua se tiñe rápidamente de rojo mientras enjuago el paño.

Un agudo jadeo suena detrás de mí. Me doy la vuelta y veo a Zara mirando desde la puerta con un montón de toallas en las manos.

—Es *él* —explico. Dos palabras, pero son suficientes.

Sus ojos se abren de par en par, recorriendo el enorme cuerpo cubierto de sangre que yace en mi cama, y luego se acerca. Se arrodilla en el suelo a mi lado, toma una de las toallas y la presiona sobre la herida del cuchillo.

Tardamos diez minutos y tres ollas de agua en limpiar la sangre lo suficiente para que pueda concentrarme en el corte en sí. Por su longitud, necesitará unas quince puntadas.

—Yo me encargo a partir de aquí —aseguro y uso un algodón empapado en solución antiséptica para limpiar la piel alrededor de la herida

— Puedes volver. ¿Ella, *um*... puede quedarse contigo el resto de la noche?

Zara asiente con la cabeza y se levanta, saliendo de la habitación. La puerta se cierra tras ella con un chasquido sordo.

Cuando termino de desinfectar la piel irritada, saco una jeringa y un frasco de anestésico de mi botiquín, dispuesta a inyectarle analgésicos, pero unos dedos fuertes me agarran la muñeca.

—No.

Aprieto los labios y miro a mi *Demonio*.

—No voy a coserte sin anestesia.

Entrecierra sus ojos hacia mí, su vista buscando la mía. La mirada es cautelosa, como si intentara encontrar evidencias de engaño. Me inclino hacia delante, directamente a su cara.

—¡Y luego te daré una inyección de antibióticos! —bramo.

—¿Quieres saber lo que le hice a la última persona que se me acercó con una jeringa? —Su voz es grave, con un timbre peligroso—. Le exprimí la vida a ese imbécil.

—Menos mal que tengo un tranquilizante para caballos en mi botiquín.
—Libero mi mano y le clavo la jeringa hipodérmica en el costado, junto a la herida.

Mientras retiro la inyección y busco la aguja y el hilo, se queda observándome en silencio. Me cuesta concentrarme en lo que tengo que hacer, abrumada por poder volver a tocarlo después de tantos años. Se me pasan por la cabeza tantas preguntas, mismas que quiero gritarle a la cara y exigirle respuestas.

«*¿Dónde estuviste? ¿Por qué no viniste, al menos una vez, aunque solo fuera para hacerme saber que estabas vivo? ¿Por qué me abandonaste?*».

No suelto ninguna de ellas. ¿Qué sentido tiene?

Empiezo la primera sutura. Incluso con la anestesia, debe doler, pero él no hace ruido. Probablemente es la quinta vez que lo coso y ni una sola vez se ha quejado. Hago todas las puntadas necesarias y, si no fuera por un ligero cambio en su respiración, podría haber pensado que no sentía nada.

—Voy a traerte un poco de agua. ¿Quieres comer algo? —inquiero mientras aseguro un grueso vendaje sobre la herida.

—No.

—De acuerdo. Vuelvo enseguida.

Cuando salgo de mi habitación, me dirijo al mostrador de la cocina para sacar el teléfono de mi bolso.

—¿Señora Leone? —Ernesto, mi jefe de seguridad responde al segundo timbrazo—. ¿Pasa algo?

—Hay cadáveres de los que tienen que deshacerse. En el techo. En la entrada. Y en la puerta trasera. —Abro el refrigerador y busco la botella de agua—. Y hay otro en mi balc...

El crujido de un cristal bajo unos pies pesados resuena en la sala a mi espalda. Me doy la vuelta justo a tiempo para ver cómo mi *Demonio* arroja el cuerpo del asesino a suelo muerto por encima de la barandilla hasta el jardín cubierto de escarcha.

—Está bajo mi balcón, Ernesto —me corrijo.

—¿Cadáveres?

—Sí. Deshazte de ellos. Y llama a la compañía de alarmas, que vengan a primera hora de la mañana. —Tiro el teléfono sobre el mostrador y busco un vaso en el armario—. Voy a ver si puedo encontrarte algo de ropa.

Viendo agua en el vaso, evitando mirarlo. El suelo de madera crujе bajo sus zapatos cuando rodea la isla que separa la sala de la cocina y se coloca

detrás de mí.

Sujeto el borde del mostrador y cierro los ojos. Aún no puedo creer que esté aquí. Su ausencia me dejó un vacío en el pecho que nada en el mundo podía llenar.

—Pensé que te habías olvidado de mí —musito.

Un aliento cálido me acaricia la nuca y me recorre un escalofrío.

—Incluso cuando estuve al borde de la locura, apenas con vida e incapaz de comprender dónde estaba o quién era, te recordaba. —Su voz es áspera junto a mi oído—. ¿Dónde está mi pistola? Hay cosas de las que tengo que encargarme.

El dolor familiar me atraviesa el pecho. Se irá... otra vez.

—En el estante de arriba, junto a la puerta principal.

Su tacto desaparece. Mantengo la mirada fija en el vaso de agua mientras escucho sus pasos alejándose. Unos instantes después, escucho cómo se abre la puerta principal y se cierra con un chasquido desgarrador.

Se ha ido.

Capítulo 31

Nera

Los ojos de seis hombres me siguen cuando entro al comedor formal, que hace tiempo se convirtió en un espacio para reuniones en la Villa Leone, y tomo asiento a la cabecera de la larga mesa negra. Este era el lugar de Batista hasta hace un año, cuando su salud ya no le permitió estar aquí. Mi círculo más íntimo siempre supo que yo tomaba las decisiones de la *Familia*, incluso cuando mi esposo presidía reuniones como esta, pero una vez que estuve demasiado enfermo para asistir, abandonamos por completo la farsa.

Me reclino en el lujoso sillón de piel negra y recorro con la mirada los rostros de los presentes. Salvo está sentado a mi derecha, con el rostro rígido. Probablemente se esté culpando por la situación de anoche, y estoy segura de que Massimo también le pedirá explicaciones una vez que la noticia del intento de asesinato llegue a oídos de mi hermanastro. Tendré que asegurarme de que eso no ocurra, o Massimo podría matar a Salvo en cuanto termine su condena. Como *underboss*, Salvo ya está sobrecargado con mucho trabajo, y no puedo esperar que también supervise personalmente mi seguridad.

Los hombres permanecen en silencio mientras mi mirada se desplaza de uno a otro, deteniéndose en cada rostro unos cuantos segundos. ¿Quién es el bastardo que ordenó el asesinato? Sabía que algo así podía ocurrir en cuanto murió Batista y anuncié que no renunciaría. Nadie se lo esperaba. ¿Una mujer liderando oficialmente una *Familia* de la *Cosa Nostra*? Algo así era inaudito. Pero no esperaba que alguien fuera tan osado como para intentar matarme en mi propia casa.

—Entonces, ¿creen que fue Ajello? —pregunto, aunque estoy segura de que no fue el Don de New York. El culpable está sentado aquí mismo, en esta misma habitación. Solo que aún no sé quién es.

Seis pares de ojos me miran firmemente, pero nadie dice una palabra. Estoy segura de que Ernesto ya los puso al tanto de lo sucedido anoche, incluyendo la cantidad de cadáveres que tuvo que recoger de los alrededores de la casa. Lo más probable es que el hombre, o los hombres, que ordenaron mi asesinato se estén dando cabezazos contra la pared, preguntándose si alguien habló y me advirtió. Deben de estar asombrados por el hecho de que todo el equipo de asesinos a sueldo fue neutralizado, y desconcertados sobre quién pudo hacerlo.

Tal vez piensen que lo hice yo misma. Si no estuviera furiosa, me reiría. Me viene a la mente la imagen de mi *Demonio* sentado en aquel sillón reclinable cubierto de sangre después de haber eliminado a los asesinos y, justo en ese momento, un dolor me golpea de lleno en el pecho.

No puedo creer que haya vuelto.

No puedo creer que se fuera.

Otra vez.

Aparto el pensamiento e, inclinándome hacia adelante, cruzo las manos sobre la mesa.

—O quizá fueron los albaneses —añado en un tono tranquilo. Por ahora, dejaré que todos crean que pienso que fue un trabajo externo.

—Dushku. —Está de acuerdo Brio—. Hemos sido socios de los albaneses durante décadas, y rompiste los lazos con ellos sin una buena explicación. Puedo entender cómo verían tal acción como una traición. Una movida, que debo añadir, hiciste por tu cuenta, sin consultarlos con el resto de nosotros.

—Popov nos dio mejores tarifas. —Me quedo observándolo detenidamente—. ¿O estás sugiriendo que debí rechazar su oferta y seguir trabajando con Dushku, aunque eso hubiera supuesto pérdidas económicas innecesarias para la *Familia*?

Brio aprieta la mandíbula.

—Por supuesto que no.

—Entonces no veo ningún problema. Agradezco tu preocupación, pero necesito que te concentres por completo en los casinos. Deja que Salvo y yo resolvamos cualquier objeción sobre nuestro proveedor de armas. —Me dirijo al *underboss*—. ¿Tenemos a alguien infiltrado con el grupo albanés?

—Dos soldados —confirma—. Pero no están lo suficientemente arriba en la jerarquía como para estar al tanto de ese tipo de información. Si fue Dushku, lo habrá compartido solo con quien necesitaba saberlo —expone Salvo—. No obstante, enviaré a alguien a New York otra vez. En el remoto caso de que fuera Ajello, debemos estar completamente seguros.

Sacudo la cabeza.

—No. Ajello ha cumplido su palabra y se ha mantenido al margen de nuestros asuntos. Mantengámoslo así y enfoquémonos en los albaneses por ahora. ¿A menos que alguien aquí tenga otra idea?

Se escuchan algunos murmullos, pero nadie ofrece otras sugerencias. Como era de esperar.

Llevo más de tres años siguiendo las indicaciones de Massimo y minimizando cualquier posible conflicto entre nuestra *Familia* y nuestros socios, así como con nuestros competidores. Puedo manejar los asuntos de

negocios de la *Familia*, mas no podré manejar una guerra de la mafia con otra organización criminal. La *Cosa Nostra* es estrictamente patriarcal. Conseguir que los Capos sigan las órdenes de una mujer es difícil, pero mientras esas disposiciones traigan mucho dinero, es factible. No obstante, si la guerra estalla, los Capos nunca me permitirán tomar las decisiones necesarias. Sé que Massimo manejará cualquier conflicto posible una vez que salga, y basado en lo que ha insinuado, será una tormenta de mierda. Simplemente necesito aguantar los próximos seis meses hasta entonces.

—Bueno, ahora que eso está resuelto, vamos a repasar la agenda de negocios de hoy. —Volteo hacia Brio—. Necesito los datos de ingresos del casino de la semana pasada.

Empieza a soltar las cifras, empezando por nuestro casino más grande, y yo controlo mis gestos para que no muestren más que calma, mientras el pánico se apodera de mis entrañas. Me pasé toda la noche sentada junto a Lucia, velando a mi hermana y a mi hija mientras dormían y preguntándome cómo voy a mantener a salvo a mi familia.

Ernesto hizo que cambiaron la ventana de mi sala del piso de arriba a primera hora de la mañana y ya se comunicó con la compañía de alarmas. El sistema se actualizará hoy mismo. Tres de los seis hombres que estaban de guardia anoche murieron, así que le ordené que asignara al menos ocho a cada turno de seguridad a partir de ahora. ¿Será suficiente?

La idea de huir vuelve a formarse en mi cabeza. ¿Me arriesgaré? Conmigo fuera del juego, quienquiera que me quiera muerta podría simplemente tomar el mando, y dejarme en paz. ¿O volverán a enviar asesinos a sueldo tras de mí? Dios mío, ¿qué voy a hacer?

Brio ha terminado de hablar sobre los ingresos de los casinos y Tiziano ha tomado el relevo, informando sobre los negocios en nuestros clubes de *striptease*. La ansiedad que me invade no disminuye. Respiro profundamente y aprieto las manos, intentando relajarme. Siento como si me estrangularan la garganta, como si alguien intentara asfixiarme. Años de fingir ser alguien que no soy, de hacer innumerables cosas horribles solamente para que estos hombres me trataran como a una igual, me están destrozando hasta lo más profundo de mi ser. Estoy harta de infligir miedo a

los demás para evitar que se den cuenta de lo aterrorizada que estoy en realidad, todo el maldito tiempo. Son depredadores, en el momento en que huelan el miedo, estoy muerta. ¿Cuánto tiempo más podré seguir así antes de derrumbarme? Mientras observo los rostros sombríos de los hombres sentados alrededor de la mesa, un grito silencioso crece en mi pecho, arañando mis entrañas, luchando por salir. ¡No puedo seguir así!

Las puertas dobles de caoba del otro lado de la sala de conferencias se abren y un hombre entra.

Mi corazón detiene su incansable y estruendoso latido en mi pecho.

Por un momento, todos los presentes miran boquiabiertos al recién llegado, pero entonces todos saltan de sus asientos y sacan sus armas.

—¡Siéntense! —ordeno—. Y guarden las armas.

Me sorprende lo fuerte y controlada que suena mi voz, teniendo en cuenta la conmoción que estalla en mi mente en cuanto veo a mi *Demonio* en el umbral. Está vestido con un traje negro perfectamente hecho a la medida y, aunque el resto de los hombres aquí visten atuendos similares, él, en cierto modo, parece más refinado. Sus ojos plateados se cruzan con los míos y luego se dirigen a los hombres que vuelven a sus sillas, evaluándolos de alguna manera.

—¿Quién carajo es este? —Ladra Ernesto desde su lugar al final de la mesa, que resulta ser el más cercano a la puerta—. ¿Y cómo consiguió atravesar el portón de entrada sin que yo fuera informado?

La mirada de mi *Demonio* vuelve a la mía mientras da un paso adelante, deteniéndose justo al lado de Ernesto.

—¿Tu jefe de seguridad?

—Sí —respondo.

—Mis condolencias, *Pequeña Tigresa*.

El golpe de su mano no es más que algo borroso. Un gran arco rojo de sangre salpica la mesa y los rostros de los hombres sentados a su alrededor, y algunas de las gotas acaban en mis manos. Nadie se mueve, todos están demasiado conmocionados por la imagen del cuerpo de Ernesto desplomado en su silla, con la garganta desgarrada, mientras un río de color carmesí fluye por su pecho.

La cuestión con los altos mandos de la *Cosa Nostra* es que no suelen presenciar cómo se masacra a la gente ante sus ojos. A menos que haya una situación que exija represalias personales, normalmente son los soldados los que se encargan del trabajo sucio.

Salvo es el primero en reaccionar y se mete la mano en la chaqueta, buscando de nuevo su pistola. Agarro la muñeca del *underboss* y sacudo la cabeza.

—Supongo que debería presentarme —declara mi *Demonio* mientras agarra el cadáver de Ernesto por la chaqueta. Lanza el cuerpo hacia la derecha, donde choca contra la pared con un fuerte golpe y se estrella contra el suelo. Sus ojos no se apartan de los míos ni un segundo mientras toma asiento despreocupadamente en la silla ahora vacía y cruza los brazos sobre el pecho—. Soy Kai Mazur. El nuevo jefe de seguridad de la señora Leone.

Los murmullos de enfado se convierten rápidamente en gritos ensordecedores en la sala, cuando los hombres hablan todos a la vez, exigiendo saber por qué no se les informó del cambio o cómo se permitió que alguien ajeno a la *Familia* ocupara el puesto de Ernesto. Los ignoro, sus voces no son más que ruido blanco, y me centro en el que está sentado justo enfrente de mí, en el otro extremo de la larga mesa. Me observa detenidamente, con la mandíbula apretada y los ojos ligeramente entrecerrados. Me recuerda a cómo me miró hace tantos años, la noche en que nos conocimos.

El estado de agitación en el que he estado desde el comienzo de esta reunión parece una molestia menor comparado con la tormenta que se está gestando en mi interior. Demasiadas cosas me golpean a la vez. Por fin sé su nombre. Y parece que piensa quedarse.

Quiero besarlo. Y golpearlo. Y mandarlo al infierno, todo al mismo tiempo.

Respiro profundamente y grito:

—¡Todos cállense de una maldita vez!

El silencio dura unos segundos y luego se reanuda el griterío.

—¡Esto es indignante! —ruge Brio.

—¿Cómo te atreves a contratar a alguien sin consultarla antes con los Capos? —Armando.

—¡No toleraré a un extraño! —Ese es Tiziano.

—¡Nadie puede salirse con la suya matando a un miembro de la *Familia* sin sufrir las consecuencias! —Brio otra vez.

Mi atención está puesta únicamente en él, en Kai. Observo cómo mete la mano en su chaqueta. El aire se agita y mis ojos captan un movimiento borroso. En el instante siguiente, un cuchillo negro de tamaño considerable se incrusta en el centro de la mesa, justo delante de Brio, que ha sido el más ruidoso. El silencio desciende de nuevo y, esta vez, envuelve la sala.

—Puedo contratar a quien yo quiera —reviro—. Y no necesito su aprobación para elegir mi propia seguridad.

No tengo idea de lo que estoy haciendo. No estoy completamente segura de si mi *Demonio* habla en serio sobre quedarse por aquí o por cuánto tiempo, pero no puedo dejar que nadie en la habitación llegue a esa conclusión. Suenan algunas palabras entre dientes, aunque nadie me contradice.

—Y en lo que respecta a Ernesto... —continúo, pero la voz grave de Kai desde el otro lado de la mesa de conferencias me interrumpe.

—Ernesto —indica con esa voz ronca que tanto me gusta—, es un ejemplo de lo que le ocurrirá a cualquiera al que se le confie la seguridad de

la señora Leone, pero que no haga bien su trabajo.

Los ojos de los Capos rebotan entre el cuchillo clavado en el centro de la mesa de conferencias y Kai.

—Nera. —Salvo se inclina hacia mí—. No creo que esto sea...

—Hemos terminado por hoy —lo interrumpo—. Pueden marcharse.

Las sillas rozan el suelo de madera pulida mientras los hombres se levantan y salen uno por uno. Sé que no lo dejarán pasar tan fácilmente, sin embargo, ese problema tendrá que esperar a otro día. Salvo es el último en alejarse de la mesa y, al llegar a la puerta, se detiene y me lanza una mirada fulminante.

«*A Massimo no le gustará esto*», dice su gesto.

Cierra la puerta y me deja a solas con el hombre que me rompió el corazón. Lo destrozó tanto que estoy segura de que nunca podré volver a unirlo.

Kai

—Pensé que te habías ido.

Cada palabra que sale de los labios de Nera me atraviesa el pecho como una daga. Sé que se refiere a anoche, pero aun así me transporta a aquella vez en la azotea cuando gritó a la tormenta que se avecinaba.

—No lo hice —afirmo.

—¿Así que simplemente decidiste entrar, interrumpir mi reunión y masacrarme a mi jefe de seguridad?

—Correcto. Y haré lo mismo con cualquiera que sea un peligro para ti. Ya sea directamente o por su incompetencia.

—No te quiero aquí... Kai.

Otro golpe en el pecho, este más profundo que el anterior. Odio mi nombre, pero me encanta cómo lo dice.

—Eso no cambia nada, *Pequeña Tigresa*. Me quedaré hasta que esté convencido de que estás a salvo.

—No es tu trabajo mantenerme a salvo.

—Tal vez no. Aun así, lo haré.

—Y después, ¿te irás para siempre?

—Sí —miento. Mientras viva, nunca volveré a dejarla—. Has cambiado. ¿Qué pasó?

—La vida. —Se mete las manos en el cabello y mira la superficie de madera negra que tiene enfrente—. La vida pasó.

—¿Alguna idea de quién podría haber ordenado tu asesinato?

—Probablemente uno de los Capos.

—Me desharé de ellos esta noche.

Nera levanta bruscamente la cabeza y sus ojos encuentran los míos.

—No te desharás de nadie más sin mi permiso.

—¡No permitiré que una posible amenaza para ti respire más de lo necesario! —bramo—. ¿Te imaginas cómo me sorprendí cuando me topé con un contrato para un asesinato en el que aparecía tu foto? ¿O cuando vi

que los sicilianos ya habían aceptado el trabajo? ¡No podía ni respirar, joder, estaba demasiado preocupado por tu seguridad mientras corría por tu casa, intentando eliminarlos antes de que alguno de esos hijos de puta pudiera llegar hasta ti!

—No me levantes la voz. Me salvaste la vida y te lo agradezco. Pero eso no significa que puedas gritarme.

—Podrías haber muerto —gruño—. La orden de asesinato contra ti ya está cerrada, y no volverá a haber otra. Pero eso no significa que quien la haya presentado no intente usar otros medios.

Esta mañana llamé a Rafael, el jefe del grupo siciliano, y me aseguré de que abandonaran el trabajo. Luego, hice otra llamada a un tipo que actúa como mediador en todos los asesinatos de alto rango. Le expliqué, con todo lujo de detalles, lo que le pasaría a sus entrañas cuando acabara con él a menos que retirara el anuncio del asesinato de Nera. Y extendí la amenaza a cualquiera que considere aceptar el trabajo de matar a mi *Pequeña Tigresa*. Puede que no sea sociable, pero conozco a la mayoría de la gente en mi línea de trabajo. Y, lo que es más importante, me conocen a mí.

Nera cierra los ojos, traga saliva mientras sujetá los reposamanos de la silla. Su agarre es tan fuerte que tiene los nudillos blancos, aunque no parece notar que puedo ver a través de su bravuconería. Es la primera señal de preocupación que muestra desde que entré a la habitación. Incluso cuando degollé a su jefe de seguridad, apenas pestañeó. Cuando volví a Boston hace dos meses, me di cuenta enseguida de que parecía diferente, pero hasta hoy no me percaté de la importancia de ese cambio.

—De acuerdo —susurra y me mira fijamente—. Puedes supervisar mi seguridad y se te compensará por tus servicios. Firmaremos un contrato con una duración de seis meses.

Mi cuerpo se tensa, cada una de sus palabras me abrasa el alma. ¿Quiere darme dinero a cambio de mantenerla a salvo?

—No voy a firmar un puto contrato contigo, *Pequeña* —siseo—. ¿Y por qué seis meses?

—Es cuando mi hermanastro saldrá de la cárcel. Él se hará cargo de esta mierda a partir de ese momento. —Se levanta y cruza la habitación hasta ponerse a mi lado—. Informaré a los miembros de la casa y al personal sobre el cambio en el departamento de seguridad. Alguien vendrá a acompañarte a tu alojamiento. Está en el otro edificio.

Con esas palabras, pasa por encima del cadáver que yace en un charco de sangre y sale del salón.

Aprieto los dientes y fijo la mirada en el cuchillo enterrado en la superficie de la mesa, intentando reprimir el impulso de ir tras mi pequeña. De tomarla en mis brazos y estrecharla contra mi pecho como quise hacerlo anoche. Como he soñado hacerlo cada día durante los tres años que estuve pudriendome en ese maldito complejo, y durante estos últimos meses, mientras la he vuelto a vigilar en secreto.

Pero no lo haré. No dejaré que las manos que mataron a su padre la toquen nunca más. Si lo hago, nunca podré dejarla ir. Puedo soportar su frialdad. Rompí la promesa que le hice, y aceptaré las consecuencias de eso. Incluso firmaré ese maldito contrato si eso le facilita las cosas.

Me inclino hacia delante, rodeo con los dedos el mango del cuchillo y saco la navaja.

Sin embargo, no dormiré en el otro edificio.

Capítulo 32

Nera

—Sí, deben seguir las órdenes del señor Mazur en todo lo relacionado con la seguridad —indico al teléfono.

—Pero, *Donna Leone*... hicimos instalar ese equipo de vigilancia hace tres meses —responde el mayordomo al otro lado de la línea—. Es de alta tecnología.

—¿El explicó con detalle por qué quiere que se cambie el equipo?

—Intenté preguntárselo, pero ese bruto me puso un cuchillo en la garganta y me advirtió que, o cambiaba el equipo por lo que él había pedido, o me cambiaría la cabeza. No me hizo ninguna gracia.

—No bromeaba, Timoteo. Simplemente haz lo que te dice. —Corto la llamada y me acerco a Zara, que está parada junto a la ventana, mirando más allá del patio, y le pregunto—: ¿Sigue haciendo *entrevistas*?

—*Síp*.

Kai convocó a todo el personal de seguridad, los tres turnos. Los hizo formarse en una larga fila junto al edificio de alojamiento del personal,

como prisioneros frente a un pelotón de fusilamiento. Al principio, pensé que les estaba preguntando a cada uno por sus referencias, habilidades especiales o algo por el estilo, mas se limitó a decirles que se quedaran quietos. Veintiséis hombres, y lo único que han estado haciendo es permanecer de pie, con la espalda pegada a la pared, durante más de veinte minutos.

—¿Qué diablos está haciendo? —comento en voz baja, mirando a mi *Demonio* mientras espera en medio del jardín, con las manos en los bolsillos, observando a los guardias de seguridad.

—No estoy segura de que esto haya sido una sabia decisión —susurra Zara.

—Sí. —Aprieto la frente contra el marco de la ventana—. Pero es la única forma de mantenernos a salvo. Aparte de ti, es la única persona en la que confío plenamente.

—Te abandonó, Nera. Estabas embarazada de su bebé y desapareció.

—Él no lo sabía.

—Si te hubiera llamado, aunque sea una vez, lo habría sabido.

—Permíteme replantearlo —suspiro—. Es la única persona a la que le confío nuestras vidas.

—¿Vas a contarle sobre Lucia?

—No.

—Tiene derecho a saberlo.

—Como dijiste, si se hubiera molestado en llamar, lo habría sabido.

Dejaré que crea lo que todo el mundo cree, que Lucia es la hija de Batista. Con su cabello castaño claro y sus labios carnosos, parece una versión diminuta de mí. Excepto por sus ojos.

Zara me pasa el brazo por los hombros.

—¿Te dijo por qué se fue sin decir nada?

—No me lo dijo.

—¿Y no tienes idea de cuál puede ser la razón?

Cierro los ojos y me muerdo la mejilla, sintiendo al instante el sabor metálico de la sangre en la boca.

—No —miento.

Afuera se escuchan varios disparos rápidos. Me sobresalto y abro los ojos de golpe. Abajo, en el césped, Kai está guardando su arma. Mi mirada se desvía hacia la fila del personal de seguridad y veo a tres de los hombres desplomados en el suelo, sus cabezas ya no están tan intactas como antes. Agarro la manilla de la ventana y la abro de golpe, justo cuando Kai se acerca a los hombres.

—Estos tres estaban de guardia anoche cuando el edificio fue atacado.

—La voz profunda de Kai me llega—. A partir de ahora, si una puta ardilla traspasa el perímetro sin ser neutralizada, mataré a cada hombre que trabaje en ese turno. ¿Está claro?

El equipo de seguridad lo mira estupefacto y luego asienten al unísono.

—Pueden retirarse. —Kai se da la vuelta y se dirige hacia la entrada. Hay varios coches repartidos por la zona, y un hombre camina entre ellos, inspeccionando la parte inferior de cada vehículo con una herramienta de aspecto extraño. ¿Está buscando un artefacto explosivo?

Veo cómo Kai le quita la herramienta al hombre y continúa inspeccionando los vehículos él mismo, tomándose su tiempo con cada uno. Me resulta extraño pensar en él como algo distinto a “mi *Demonio*”, pero me gusta su nombre.

Cuando termina de inspeccionar el último de los autos, le devuelve el espejo al tipo y se dirige hacia la puerta, donde se está instalando el nuevo

equipo de vigilancia.

—Voy a ver cómo está Lucia. —Dejo a mi hermana husmeando en la ventana y atravieso la enorme sala.

Al ser la esposa del Don, se esperaba que viviera con mi esposo, pero cuando llegué a casa de Batista, dejé muy claro que no tenía intención de compartir mi vivienda con él. En aquel entonces, él ya tenía dificultades para subir las escaleras, por lo que utilizaba mayormente la planta baja, donde se encontraban su oficina y otras habitaciones de trabajo. Por lo tanto, yo reclamé el segundo nivel, que constaba de dos *suites*, una para mí y otra para Zara. Ella se quedó con la más pequeña, que da al patio trasero, y yo con el espacioso apartamento de tres habitaciones que había remodelado a mi gusto.

Me dirijo a mi habitación, donde Lucia está tomando su descanso vespertino. Normalmente duerme la siesta en su propia dormitorio, pero cuando se quedó dormida en mi cama después de comer, no quise arriesgarme a despertarla.

Al pasar por la cocina abierta a mi izquierda, mis ojos se posan en un montón de imanes de colores que cuelgan en el refrigerador. A Lucia le gusta mucho jugar con ellos, así que algunos están astillados o tuvieron que pegarlos. Me desvío y me detengo ante el mosaico de recuerdos. Parecen totalmente fuera de lugar en la cocina blanca y moderna. Mis dedos rozan el imán con el dibujo de un puente, una larga grieta diagonal lo estropea por la mitad, y una sonrisa triste se dibuja en mis labios. Es el que *él* me trajo. La noche de la fiesta nefasta quise moverlo al centro, pero el imán se me cayó de la mano. Recordando aquel momento, ahora me parece que fue una especie de presagio.

Kai

—Quiero que las imágenes de vigilancia lleguen a la caseta del guardia, a la computadora principal en la oficina de la planta baja y a mi *laptop* —le explico al especialista en seguridad que está tanteando la caja de la alarma principal en la pared—. Asegúrate de que no haya ningún retraso.

—*Umm...* No creo que sea necesario, señor. Todas las grabaciones se transmitirán a nuestro cuartel general, y tenemos un equipo que las vigilará las veinticuatro horas del día. —Doy un paso amenazante hacia él y le clavo la mirada. Por supuesto. El hombre retrocede dos pasos—. No hay ningún problema.

Asiento con la cabeza y me dirijo a mi coche, estacionado en la entrada a cierta distancia de los demás vehículos. El maletín con mi rifle de francotirador está en el asiento trasero, así que lo saco primero y luego abro el maletero. En el lado derecho del maletero hay dos grandes bolsos deportivos con mis armas extras, pero decidí dejarlas por ahora y agarrar únicamente el bolso de lona con mi ropa.

Hace un rato se me acercó un hombre bajito con un traje que parecía de pingüino para decirme que mi habitación estaba lista y que podía encontrarla en la primera planta del edificio del personal. Miro por encima de mi hombro hacia el edificio en cuestión. Está ubicado a casi sesenta metros de la casa principal. No sucederá. Sabiendo que tengo otro tipo de “batalla” entre manos, dejo mi maletín de francotirador dentro del maletero y me dirijo a la puerta principal de la Villa Leone.

En el vestíbulo de la entrada, una sirvienta está ocupada limpiando las puertas de cristal que dan a la oficina. Cuando me ve, tira el trapo al suelo y se larga de allí. Debió ser la afortunada que tuvo que limpiar la sangre de la sala de conferencias.

Mientras subo las escaleras al segundo piso, me fijo en lo que me rodea, observando los detalles que se me pasaron por alto cuando exploré la

casa esta mañana. Las paredes están cubiertas de revestimientos. Pinturas al óleo en grandes marcos decorados. Un enorme reloj de pie antiguo. Un candelabro de cristal y lámparas a juego en las paredes. Parece un museo. Incluso huele como uno. Nada en este lugar se parece ni remotamente a las habitaciones de mi pequeña en el piso de arriba. Su espacio es todo moderno, como su apartamento de hace mucho tiempo. Incluso aún tiene las hierbas de su jardín, todas alineadas en macetas a lo largo de las paredes y ventanas.

Hay dos puertas en el rellano. La de la derecha da a un apartamento independiente. Anoche, después de encargarme del asesino del techo, utilicé el balcón de esa habitación para entrar. La puerta doble que tengo enfrente da a la *suite* de Nera. Agarro el picaporte y entro.

Nera está de pie junto a la barra que separa la cocina del comedor, con una mezcla de confusión y preocupación en su rostro. Sobre el mostrador de mármol hay un tazón amarillo en forma de corazón, medio lleno de trozos de naranjas y manzanas. La mitad de una manzana está sobre una tabla de cortar.

—¿Qué haces aquí?

—Me quedaré donde tú te quedes. —Señalo con la cabeza el gran sofá de color café que hay en medio de la sala—. Eso servirá.

—Eso no es lo que acordamos. —Su voz parece tranquila, pero tiene un sutil matiz de pánico.

Me acerco a la barra y me detengo en el lado opuesto. En el centro de ese mostrador crece una planta de perejil en una maceta de barro. El tenue aroma de la hierba me cosquillea la nariz.

—Acordamos que te mantendría a salvo. No puedo hacerlo quedándome en un edificio separado.

Cuando Nera abre la boca para soltar una réplica sin duda implacable, su mirada se desvía bruscamente hacia la izquierda. Busco mi pistola y giro la cabeza para seguir su mirada. Mis ojos se posan en una puerta blanca

abierta al otro lado de la habitación, y todo en mi interior se congela. Una niña pequeña, vestida con una pijama rosa con flores blancas, está de pie en la puerta, abrazando un osito de peluche contra su pecho. Un mechón de cabello rubio oscuro, tan parecido al de mi *Pequeña Tigresa*, le oculta parcialmente la cara.

—Mami, tengo sed —murmura la niña y se frota somnolienta los ojos con el dorso de la mano.

Me sacudo como si alguien me hubiera apuñalado directamente en el corazón. Todo el aire abandona mis pulmones mientras una avalancha de sentimientos me aplasta el pecho.

Shock.

Dolor.

Traición.

Suelto mi arma y doy un paso atrás, sin apartar los ojos de la pequeña niña.

Desde que regresé a Boston, me juré que esta vez no me acercaría más de lo necesario para mantener a salvo a mi *Pequeña*. Felix me informó que se había casado, pero ese chiflado no mencionó nada más. Y nunca se me ocurrió que ella y su difunto esposo tuvieran un hijo.

Nera corre hacia su hija y la levanta en brazos. La niña deja caer la barbilla sobre el hombro de Nera e inclina la cabeza; sus ojos inocentes brillan mientras me observa con interés.

—Esta es Lucia. —La voz de mi *Pequeña Tigresa* penetra a través del aturdimiento que se apodera de mí—. Mi hija.

Me agarro al borde de la barra de desayuno, apretándolo con todas mis fuerzas, y cierro los ojos. No tengo derecho a sentir este dolor desgarrador y esta rabia a la vez, pero ambas emociones me están destrozando por dentro.

—Lo siento, no lo sabía. —Me obligo a decir y suelto el borde de mármol que he estado agarrando como un salvavidas. Claro que ella no quiere a alguien como yo cerca de su hija—. Llevaré mis cosas a las habitaciones del personal.

Levanto mi bolso y me dirijo a la puerta de la *suite*. Mi mente da vueltas, pero sé que puedo hacer que esto funcione. Durante el día, haré rondas por la propiedad y me mantendré fuera de la vista de Nera, pero de ninguna manera dejaré a la niña y a ella solas y sin vigilancia en la casa por la noche. Simplemente tomaré el saco de dormir que guardo en el maletero y me colocaré frente a su puerta cuando todos se hayan ido a dormir.

Al posar la mano sobre el picaporte, no puedo contenerme y vuelvo a mirarlas. Nera ni siquiera se molestó en darse la vuelta. Sigue de espaldas a mí, abrazando a la niña contra su cuerpo. Observo a la niña, que suelta una risita y hunde la cara en el cabello de su madre.

Al ver cómo la niña aprieta los mechones de Nera con sus pequeños puños, una extraña sensación florece dentro de mi pecho. Es una combinación de dolor, nostalgia y celos, pero también de felicidad. Mi *Pequeña Tigresa* ya tiene a alguien. Quizá, en otra vida, esa niña también pudo haber sido mía.

—Se parece a ti, *Pequeña Tigresa* —digo en voz baja y me doy la vuelta para irme.

—Sí, excepto por sus ojos —responde Nera con voz ronca y temblorosa—. Tiene los ojos de su padre. Gris pálido, como la primera luz al final de una noche sin estrellas.

Me doy la vuelta tan rápido que mi bolso choca contra el marco de la puerta. Un débil zumbido se apodera de mis oídos, cada vez más fuerte con cada latido, hasta que siento que la cabeza me va a estallar.

Nera sigue en el mismo sitio que antes, pero ahora está mirándome de frente, mientras las lágrimas corren por sus mejillas.

—Tus ojos, *Demonio* —confiesa, apenas por encima de un susurro.

Sus palabras apagadas son otro golpe en mi pecho, lo bastante fuerte como para hacerme retroceder y golpear la puerta detrás de mí. La correa del bolso se resbala de mi hombro y cae al suelo con un ruido sordo. Ni siquiera me doy cuenta de que estoy cruzando la habitación hasta que estoy justo delante de mi *Pequeña Tigresa* y la niñita. Mis manos se levantan por voluntad propia, la izquierda para tocar la suave y pequeña mejilla y la derecha para acariciar la suavidad empapada de lágrimas que me ha atormentado en sueños, cuando la realidad se desploma sobre mí.

El chorro de sangre.

Gritos.

Muerte.

Una pañoleta roja tirada en el suelo junto a los pies de mi *Pequeña Tigresa* mientras sostenía en sus brazos el cuerpo de su padre. El tono rojo vibrante de la seda, una burla del hilo de sangre que goteaba del agujero rojo en el centro de su frente.

Mis dedos se detienen a un milímetro del paraíso. Respiro profundamente y bajo las manos, retrocediendo un paso. Luego otro. Me alejo de lo único que siempre he querido, hasta el otro lado de la habitación. Mi espalda se pega a la pared y lo único que puedo hacer es mirarlas.

Capítulo 33

Nera

Lucia estira la mano hacia la vajilla de juguete esparcida por la alfombra junto a mi cama y levanta una taza en miniatura hacia mí.

—Té para mami.

Acepto la taza y hago como que bebo mientras observo a Kai. Está en cuclillas tras el umbral y no ha dicho ni una palabra en las últimas cuatro horas. Cuando se alejó de nosotras en la cocina, se me rompió el corazón. No me ha pedido sostener a Lucia en sus brazos. Ni siquiera la ha tocado. Solamente... se alejó.

Simplemente se quedó parado con la espalda apoyada contra la pared más alejada mientras yo le daba a Lucia su merienda de frutas, y más tarde mientras ella dibujaba con los crayones de colores que Zara le compró. Cuando llegó la hora de la cena de Lucia, la senté en su silla alta mientras preparaba la comida. Kai se movió unos pasos a un lado y siguió observándola desde lejos. Sus ojos no se apartaron de ella ni un segundo en todo ese tiempo. Parecía que intentaba absorber a nuestra hija con la mirada.

Igual que está haciendo ahora.

—¡Azul para los niños! —exclama de repente Lucia, toma una taza de plástico azul con un portavasos y, levantándose de un salto, se dirige hacia Kai.

Él parpadea, se pone pálido y sus ojos se abren de par en par, alarmado. Lucia se detiene frente a él y levanta la taza de juguete. Por la expresión de su rostro, que mira hacia los brazos extendidos de Lucia, cualquiera diría que le ofrece un artefacto explosivo. Lentamente, toma la taza, que parece ridícula en su enorme mano, e imita mi acción de fingir que bebe.

Lucia sonríe, le pone la mano en la cabeza y suelta una risita.

—Tienes cabello de niña.

Kai se queda totalmente inmóvil, incluso ha dejado de respirar, pero la agitación emocional de sus ojos no concuerda en absoluto con la inmovilidad de su cuerpo. Nuestra hija le acaricia la cabeza como suele hacer con sus peluches y corre a su alrededor hasta la sala donde Zara está arreglando los cojines del sofá.

Desde que llegó hace una hora, mi hermana ha intentado parecer ocupada realizando algunas labores en mi apartamento sin dejar de mirarnos con cautela. Siempre ha sido muy protectora con Lucia, pero me sorprende que no haya tenido ninguna otra reacción. Ni preguntas, ni acusaciones, ni exigencias. No ha dicho ni una palabra sobre encontrar a Kai aquí. Y no es por su antigua renuencia a hablar con gente que no conoce. Esto es diferente. Nada que reconozca en ella en absoluto.

—Vamos a bañarnos —propone Zara mientras levanta a Lucia en brazos—. Y luego la llevaré a la cama.

Asiento con la cabeza.

—Muy bien.

Mi *Demonio* las sigue con la mirada hasta que desaparecen por la puerta del baño, luego se levanta despacio y se acerca para tomar asiento a

mi lado en la cama.

—Alguien... —Traga saliva mientras mira fijamente la pared blanca que tiene delante—. ¿Alguien lo sabe?

—No. A excepción de mi hermana y Massimo, nuestro hermanastro, todos creen que es de Batista.

—¿Por qué?

—Porque era más seguro así.

Agacha la cabeza, concentrándose en sus manos entrelazadas entre sus rodillas bien separadas.

—Tengo que revisarte la herida —añado.

—Está bien.

—Aun así tengo que revisarla. —Mi hombro roza su brazo mientras me levanto, y un escalofrío me recorre por ese contacto casual—. Iré a buscar mi botiquín de primeros auxilios.

La caja de suministros médicos está en la cocina y, cuando rodeo la barra del desayuno para tomarla, se escuchan risas en el baño. Me llegan al corazón y me hacen sonreír. Me imagino a Zara empapada mientras baña a Lucia.

Cuando vuelvo a mi habitación, Kai está junto a la mesita de noche, mirando los marcos de fotos alineados encima.

—Quítate la camisa —susurro.

Su mandíbula se tensa.

—No creo que sea prudente, *Pequeña*.

—No es nada que no haya visto antes. —Doy un paso hacia él y empiezo a trabajar el primer botón.

Tenía una idea de cómo iba a aparentar ser indiferente. Revisaría la herida de su costado y terminaría como si fuera una labor ordinaria. Después de todo, fue él quien creó esta distancia entre nosotros. Me dije a mí misma que podía hacerlo. Puedo fingir que ya no hay nada entre nosotros.

Me equivoqué. Su cercanía, su olor, el calor de su cuerpo que parece filtrarse en el mío incluso cuando no nos tocamos... y con todo eso, mis sentimientos amenazan con desatarse. La necesidad de inclinarme hacia él y hundir mi nariz en su piel, de volver a sentirme segura y amada, es abrumadora.

Apenas consigo desabrochar el primer botón. Me tiemblan los dedos y las lágrimas no derramadas me nublan la vista. Respiro profundamente y paso al siguiente, y luego al siguiente, trabajando únicamente con el tacto en lugar de confiar en mi vista. Cuando se desabrocha el último botón, suelto la camisa y mantengo los ojos fijos en su pecho, sin atreverme a mirarlo a los ojos.

La gasa que cubre la herida está cubierta de sangre seca. Se la quito con cuidado y le aplico una gruesa capa de crema antibiótica. La herida no parece infectada.

—¿Estás tomando medicamentos?

—Sí.

Empiezo a aplicar un vendaje nuevo.

—Sigue tomándolos durante al menos cinco días más. Por si acaso.

Es tan difícil estar tan cerca, con todo mi ser deseando acurrucarse contra él. Sentir su calor envolviéndome. Siempre he sentido que nada podía tocarme cuando estaba en sus brazos. ¿Cómo pudo abandonarme?

—Pensé que me amabas —susurro—. Supongo que estaba equivocada.

El brazo de Kai sale disparado, rodeando mi cintura y aplastándome contra su cuerpo. Siento el subir y bajar de su pecho. Su respiración, rápida y superficial. Su otra mano se acerca a mi nuca y sus dedos se enredan en mi cabello. Su cálido aliento me cosquillea la piel mientras baja la cabeza hasta acercar su boca a mi oreja.

—Lo estabas. —El timbre ronco de su voz me retumba hasta los huesos—. Pero solo por tu uso del tiempo pasado. No solamente te sigo amando. Maldita sea, eres mi razón de vivir, *Pequeña Tigresa*.

Se me corta la respiración. Envuelvo mis brazos alrededor de él, abrazándolo con fuerza.

—Cada respiración —continúa—. Cada latido de mi corazón. Cada gota de mi sangre es tuya. Todo ha sido tuyo desde el momento en que nos conocimos hace tantos años. Si quieres, me arrancaré el puto corazón y lo pondré a tus pies. Es tuyo y siempre lo será.

Ya no me tiemblan únicamente las manos, sino todo el cuerpo. Clavo mis uñas en su espalda con todas mis fuerzas, mientras las lágrimas corren sin vergüenza por mis mejillas.

—¿Entonces por qué me dejaste? —Pretendía ser un grito, pero acaba siendo un quejido de dolor—. ¿Por qué?

Su abrazo se hace más fuerte, apretándose como si intentara fusionar mi cuerpo con el suyo. Al momento siguiente, me levanta y me coloca encima de la cómoda. Sus manos suben por mis brazos, despacio, como si saboreara el tacto, y luego pasan por mis hombros hasta acariciarme la cara.

—Pregúntame cualquier cosa menos eso. —Sus ojos se cruzan con los míos, llenos de tormento y dolor—. Si te lo digo, me odiarás para siempre, *Pequeña*. Dilo y te confesaré todos mis pecados oscuros. Pero ese no.

Tomo su cara entre mis manos y aprieto mi frente contra la suya.

Cuando asesinaron a mi padre, estaba demasiado conmocionada para pensar en nada. Pero al cabo de un tiempo, mientras yacía despierta en mi

cama, esperando en vano a que volviera mi *Demonio*, pensar era lo único que podía hacer. Esa llamada que recibió la última vez que estuvimos juntos. La forma en que mataron a mi padre, con un disparo en la cabeza. Y entonces, mi *Demonio* desapareció en la nada. Me tomó un tiempo, pero finalmente, até los cabos.

—Ya lo sé —musito—. Sé que fuiste tú.

Kai se sacude y empieza a alejarse, pero envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, manteniéndolo en su lugar.

—Estaba tan enojada y herida cuando me di cuenta de que fuiste tú —continúo—. Durante un tiempo, incluso te odié. El único hombre en quien confiaba plenamente. El hombre que dijo que nunca me haría daño. El amor de mi vida...

—Por favor —pronuncia—. No lo digas.

—El hombre que asesinó a mi padre —concluyo con una respiración temblorosa.

Su cuerpo se estremece, al principio débilmente, pero luego todo su cuerpo empieza a temblar.

—No lo sabía, *Pequeña Tigresa*. —Una lágrima resbala por su mejilla—. Te juro que no lo sabía. Cuando te vi allí, corriendo hacia él, y me di cuenta de lo que había hecho... Quería morir, Nera. Preferiría mil veces suicidarme antes que causarte la más mínima angustia. Pero no lo sabía. El maldito bastardo que apenas sabe leer y escribir que soy, ni siquiera me molestó en leer la biografía del blanco. Por favor, créeme. No lo sabía. No lo sabía, joder.

Cierro los ojos y agacho la cabeza, hundiéndo la nariz en el pliegue de su cuello.

—Toma mi pistola, *Pequeña*. Me arrodillaré ante ti para que me dispare en la cabeza. —Su voz suena tan rota, que me duele por el peso del sufrimiento que puedo escuchar en ella.

—A veces, al destino le gusta jugar sucio con nuestras vidas —comento en el cuello mientras paso mi mano por su trenza—. Sé que nunca harías nada para lastimarme intencionalmente.

—Lo siento mucho, *Pequeña Tigresa*. —Su mano está ahora en mi espalda, apretándome contra su cuerpo aún tembloroso.

Amaba a mi padre. Darme cuenta de que mi *Demonio* fue quien lo mató, casi me destruye. Casi. Sin embargo, lo perdoné. Casi tan pronto como comprendí la verdad. Lo amaba demasiado como para no hacerlo. Aun así, se fue. Y eso sí me destrozó.

Me destruyó.

Me condenó al infierno.

Pero, mi corazón sabe que... Voy a perdonar eso también.

Me enderezo y le acaricio la cara con las palmas de las manos. Tiene los ojos enrojecidos y vidriosos. Perdido. Le limpio la humedad de las mejillas con los pulgares y respiro profundamente.

—Te perdoné. Por lo de mi padre. Hace años.

—Hay cosas que nunca se pueden perdonar, *Pequeña Tigresa*.

—Sí pueden. Cuando amas a alguien, puedes perdonar cualquier cosa.

—Esto no.

Me inclino hacia él hasta que mis labios rozan los suyos.

—¿Qué tal un intercambio, entonces?

—No tengo nada que ofrecerte, *Pequeña*. Solo mi sangre, mi vida y el ejército de fantasmas que me acompaña a todas partes.

—Entonces, te quiero tal y como eres, mi *Demonio* —aseguro en su boca—. Y, además, no me importan los fantasmas.

Kai

Algo se rompe dentro de mi pecho, causándome dolor físico. Es tan intenso que, por un momento, no puedo respirar. Mis ojos se clavan en los de Nera, buscando mentiras o engaños. No hay nada. Solo ternura. Amor. No me lo merezco. No la merezco. Pero voy a aceptarlo de todos modos.

—Hecho. —Muerdo su labio inferior, sellando el trato—. Ya era tuyo de todas formas, *Pequeña Tigresa*.

Años esperando volver a verla, soñando con tocarla una vez más sabiendo que nunca tendría otra oportunidad. Anhelo. Dolor. Rabia. Amor. Todo lo que se estaba gestando dentro de mí durante tanto tiempo finalmente explota. Agarro los lados de su camisa de seda y doy un tirón a la suave tela, arrancándola de su cuerpo y provocando que un pequeño grito salga de los labios de Nera. Me quita la camisa de los hombros y me clava los dientes en el cuello, mientras mis manos encuentran el delicado encaje negro que sujetá sus pechos. Se lo arranco también y deslizo las manos por sus muslos, levantándole la falda.

—Trasero. Levántalo —gruño.

Me rodea el cuello con los brazos y mordisquea mis labios.

—Es tan excitante cuando me ladras órdenes, *Demonio*.

Engancho los dedos en el hilo de sus bragas y las deslizo por sus piernas. Mi polla tensa tanto la bragueta que apenas consigo bajar la cremallera.

—Llevo años soñando con volver a estar dentro de ti —le siseo al oído mientras deslizo mis manos por la parte baja de su espalda hasta agarrarle el trasero y colocarme en su entrada—. He imaginado tu olor. Los ruiditos que harás. —Lentamente, me deslizo dentro de su calor, un centímetro a la vez, saboreando cada momento—. Me he preguntado si se sentiría igual. Como antes.

Un sonido tenso sale de su garganta mientras me introduce en su centro húmedo. Tiene los ojos cerrados y sus manos están en mi cabello, jalando algunos mechones hasta liberarlos de sus ataduras.

—¿Y qué se siente? ¿Se siente igual?

—Incluso mejor. —La penetro hasta el fondo y luego la agarro por la barbilla, inclinando su cara para que me mire—. Te he echado tanto de menos, carajo.

Estoy a punto de estallar, pero me obligo a parar y a quedarme quieto, atrapando su mirada con la mía. La sensación de estar dentro de ella, nuestros cuerpos unidos de la forma más íntima... ¿es así como se siente estar vivo?

—¿Puedes percibir la inmensidad de la nada dentro de mi alma cuando no estás cerca? —Me retiro y vuelvo a deslizarme dentro de ella. Pequeños temblores sacuden su cuerpo y sus párpados se agitan como las alas de una mariposa, pero sus ojos color ámbar permanecen clavados en los míos—. Todo es gris y vacío. Eres mi salvación, *Pequeña Tigresa*, porque no hay vida para mí si tú no estás en ella.

—Quería morir —revela con la respiración entrecortada, y luego jadea cuando vuelvo a sumergirme en su calor—. Cuando pensé que no volvería a verte, simplemente quería morir.

Una de sus manos se desliza hacia abajo, me agarra la barbilla e imita mi agarre. Nuestras respiraciones se mezclan mientras nos miramos firmemente. Me duele el cuero cabelludo cuando aprieta mi cabello con el puño. La sacudida viaja directamente a mi polla palpitante dentro de sus paredes con espasmos, avivando esa necesidad de liberación.

—¡Maldita sea, no te atrevas a dejarme otra vez! —me exige entre dientes.

—Más de noventa y nueve millones —gruño mientras sigo golpeándola—. Esos son los segundos que pasé sin ti. Y cada uno de ellos se sintió como la muerte, Nera. —Aprieto mi boca contra la suya—. Nunca más.

Mis ojos se clavan en los suyos mientras me separo y vuelvo a penetrarla. Y otra vez. Y una vez más. El tocador resuena a causa de nuestro incesante ritmo, golpeando contra la pared con cada movimiento de mis caderas. Los suaves quejidos de Nera se transforman en gemidos, ardientes y cada vez más fuertes. Así que deslizo mi mano sobre sus labios.

—Muerde, *Pequeña*.

Dos hileras de dientes blancos se hunden en mi piel. Utilizo mi mano libre para agarrar su pierna y abrirla más. Mi verga se hunde más con cada embestida, la presión aumenta. No podemos estar más cerca de lo que estamos, pero aún no me parece suficiente. Aumento el ritmo y me abalanzo sobre ella a una velocidad endemoniada. Sus dientes aprietan con más fuerza mi mano.

Con las luces inundando la habitación, puedo captar cada delicado detalle de su hermoso rostro. Sus ojos brillantes, que relucen como dos estrellas lejanas. El arco perfecto de su boca sonrosada. Su pequeña nariz como un botón. Cada uno de sus rasgos está grabado en mi mente y, aun así, no puedo dejar de mirarla.

Embestida. ¡*Mía!* Otra. Otra más. La cómoda se tambalea. ¡*Mi Pequeña Tigresa!* Mi estrella brillante. Debería retirarme, tranquilizarme, estoy siendo demasiado brusco con ella, mas no puedo. ¿Y si *esto* es simplemente un sueño? ¿Y si me despierto y no está aquí? La penetro más rápido. Más fuerte. Más.

Su cabello rubio oscuro se soltó por completo y está pegado a sus mejillas empapadas de sudor. Su respiración agitada me abanica la piel. El

olor de hacer el amor vigorosamente. Y los gemidos ahogados que logran escapar de su garganta.

Míos. Todos míos.

El cuerpo de Nera empieza a temblar, su coño palpita alrededor de mi polla. Cuando suelta el mordisco de mi mano, la aprisiono contra mí y choco mi boca con la suya, tragándome su grito mientras se deshace. Una oleada tras otra de temblores sacuden su cuerpo. Le sostengo la mirada en cada vaivén. Mi hermosa *Pequeña Tigresa*. Mi salvación. Se deshace por mí.

Sin embargo, una vez no es suficiente. Necesito verlo de nuevo. Ahora mismo, joder. Saco mi polla palpitante y presiono con el pulgar su centro tembloroso, masajeando su clítoris con movimientos lentos pero firmes. Un gemido sale de los labios de Nera, que arquea la espalda con los ojos cerrados.

Con la mano libre, le agarro la barbilla y aprieto ligeramente.

—Mírame.

Sus ojos se abren, brillando como la luz de las estrellas que intenté atrapar hace tanto tiempo.

—Necesito hacer que te corras otra vez, *Pequeña*. Te tomaré una y otra vez hasta que me convenza de que eres real, aquí en mis brazos, y no un producto de mi imaginación. Necesito verte romperse bajo mis caricias. Una y otra vez. —Deslizo dos dedos dentro de ella y me inclino para susurrarle al oído—: Voy a follarte hasta que mi maldita polla reviente y mi cerebro acepte por fin que estás conmigo y que no estoy soñando. Eres mía. —Enrosco los dedos hacia arriba—. ¿Entiendes, *Pequeña Tigresa*?

—Sí —gime.

—Bien. —Saco los dedos y levanto la mano para lamer sus jugos. Luego, la penetro con mi polla palpitante.

Respiración agitada. Gemidos. Jadeos. Nuestro sudor se mezcla mientras la penetra sin descanso, hundiendo más mi longitud en ella con cada embestida. Más. Más. Otra vez. Otra vez. Casi me vuelvo loco cuando Nera me clava las uñas en los hombros. Rasgando la piel. Los cajones de la cómoda traquetean y un fuerte crujido se interpone entre los golpes volátiles y el chocar de nuestra piel desnuda. La maldita cosa se va a romper. Agarro a Nera por debajo del trasero, nos desplazo hacia la izquierda y la apoyo contra la pared, junto al mueble estropeado.

Cada vez que la penetra, respira entrecortadamente y suelta pequeños jadeos. Dios mío, es tan hermosa y los sonidos que hace me vuelven loco. Acelero el ritmo, manteniendo nuestras miradas conectadas. Sé que estoy fuera de control, mas no puedo contenerme.

—Te amo tanto, ¡maldición! —bramo mientras me maravillo con la sensación de tener su cuerpo temblando entre mis brazos a la par a su coño que se estremece alrededor de mi verga. Un gemido sale de sus labios y se deshace en mis brazos.

—Yo también te amo, *Demonio*. —Su voz es áspera.

—Bien —gruño y choco mi boca contra la suya—. Porque ahora iremos a la cama.

Nera

—¿A cuánta gente necesitas que liquide?

Levanto la mejilla del pecho de Kai y entrecierro los ojos hacia él.

—A nadie más por ahora. Por favor.

—Alguien ha ofrecido dos millones para que te maten. Voy a eliminar a cualquiera que haya visto esa orden de asesinato para asegurarme de que el hijo de puta no pueda cumplirla.

Habría sonreído si no estuviera segura de que hablaba muy en serio.

—Hicimos un trato, *Demonio*. Cuando descubra quién quiere mi cabeza, serás libre de hacer lo que quieras con él. Pero no te meterás con la manera en que estoy manejando este asunto.

—*Oh*, encontraré al hombre que se atrevió a lastimarte —asegura—. Y cuando lo haga, voy a disfrutar del sonido de sus gritos mientras le arranco los brazos. Y las piernas. Luego, le arrancaré la puta cabeza y la pondré en un pico para que se pudra.

—No creo que sea necesaria una advertencia de tal magnitud.

—No será una advertencia. Será una garantía para todos los demás. —Inclina la cabeza y deja caer un beso sobre mi barbilla—. ¿Me contarás sobre ella? Sobre... nuestra hija.

Sonrió y vuelvo a apoyar la cara en su pecho. Y entonces se lo cuento.

Le cuento cómo se me rompió la fuente en medio de una reunión con los Capos. Cómo pensé que era la bebé más hermosa cuando me la entregaron por primera vez, a pesar de que gritaba como una *Banshee*. Sobre la primera palabra de Lucia “¡No!”. Sus juguetes y canciones favoritos. De cómo mordió a Adele, una de nuestras sirvientas, cuando la mujer intentó quitarle su osito de peluche para lavarlo. Le cuento a Kai todo lo que se me ocurre hasta que se me duermen los labios de tanto hablar. Él escucha en silencio, con los brazos apretándome contra su costado mientras su pecho sube y baja a gran velocidad. Incluso cuando se me acaban las historias, no pronuncia ni una palabra, solo sigue acariciándome la espalda con sus dedos temblorosos.

—He estado tomándole fotos, casi todos los días. Quería tener todos los grandes y pequeños momentos grabados para no olvidarlos. Y... para poder enseñártelos si regresabas algún día —musito en la oscuridad—. ¿Me dirás dónde estuviste todo este tiempo?

—En el infierno, *Pequeña*. En lugar de ver nacer a mi bebita, estuve en el infierno. Donde pertenezco.

Levanto la cabeza e intento verle la cara, pero está demasiado oscuro. Le paso una pierna por encima de las caderas, me subo encima y presiono sus mejillas con mis manos. Están húmedas.

—Tú perteneces aquí —aseguro—. Conmigo. Y con nuestra hija. Pero necesito saber, Kai. Necesito saberlo. Sin mentiras. Y no más secretos.

Puedo escuchar el latido de su corazón, sentir el movimiento de su pecho debajo de mí. Respira lenta y profundamente. Sus manos se posan en la parte baja de mi espalda, acariciando mi piel.

—Puedo soportar muchas cosas, Nera, pero ¿verte con odio en los ojos? Eso no podría soportarlo. Así que me pasé días y noches siguiéndote o acechando en la azotea frente a tu apartamento. Observándote. Tenerte tan cerca, pero tan fuera de mi puto alcance al mismo tiempo, fue la peor forma de tortura. Nunca quise que me vieras esa noche. —Su mano se desliza por mi espalda hasta mi cabello—. Te escuché, ¿sabes? Cuando gritaste desde el tejado a la oscuridad.

—No lo dije en serio. Estaba dolida y...

—Lo sé. —Me besa la frente—. Tenías todo el derecho. No podía obligarme a presentarme ante ti y decirte la verdad. No obstante, mi presencia silenciosa, sin explicaciones, te estaba lastimando. Necesitaba alejarme de ti tanto como fuera posible porque, temía que si no ponía suficiente distancia entre nosotros, me arrastraría de nuevo hacia ti. Solo para tenerte cerca. Para poder verte de vez en cuando. Pero mi proximidad tóxica solo habría envenenado el resto de tu vida. Así que acepté un trabajo en México.

»Se supone que era una simple misión de reconocimiento. Reunir información sobre los problemas más recientes entre los cárteles y salir sin ser descubierto. Pero me tendieron una emboscada antes de salir de la pista de aterrizaje.

Aprieto los ojos. Nunca he tenido tratos con cárteles, pero he oído historias.

—¿Qué hicieron?

—No importa.

—¡A mí sí me importa! —Aprieto mis labios contra los suyos—. Me importa, *Demonio*.

—Todo lo que se les ocurrió. No me pidas que ponga esas imágenes en tu cabeza, *Pequeña Tigresa*. Por favor. Simplemente... no lo hagas.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres años.

Un aullido de dolor sale de mis labios. Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y entierro mi cara contra su pecho. Todas esas nuevas cicatrices que vi en su cuerpo tienen sentido ahora.

—¿Pero escapaste?

—No lo hice. Mis... amigos me rescataron. No sabía que *tenía* amigos. Nunca esperé que alguien viniera a buscarme. Especialmente esos dos idiotas. Casi me volaron en pedazos junto con el resto del complejo donde estaba cautivo. Maldito Belov y su obsesión con los explosivos. Voy a matarlo la próxima vez que lo vea. Y luego, ese hijo de puta de Az me inyectó suficiente sedante como para matar a un puto elefante. Voy a matarlo también, en la primera oportunidad que tenga.

—Te salvaron la vida. —Le acaricio el cuello con la nariz—. Deberías darles las gracias.

—No le doy las gracias a la gente.

—Lo sé. Pero quizás podrías hacer una excepción esta vez.

—Lo pensaré. —Un beso se posa en mi cabello. Reina el silencio durante unos largos minutos antes de que vuelva a hablar.

—Estaba medio muerto cuando Az y Belov me sacaron y me trajeron de vuelta a Estados Unidos. Tardé un par de semanas en recuperarme lo suficiente como para localizar al desgraciado que me tendió la trampa y matarlo. Mi antiguo jefe. Sabía sobre lo nuestro y no quería arriesgarme a que viniera tras de ti cuando se diera cuenta de que había vuelto. —Sus dedos están en mi cabello, jalándolo suavemente—. Después, volví a Boston y te vigilé desde lejos. Aunque sabía que ya no eras mía. No después de lo que hice. Pensé que te había perdido, *Pequeña*.

—Nunca me perdiste. —Beso su barbilla. Luego su clavícula—. Siempre fui solo tuya. Incluso cuando creí que nunca volvería a verte. —Aparto los mechones de cabello de su cara y beso su mejilla—. Incluso cuando pensé que me habías olvidado o que ya no te importaba.

—¿Que te había olvidado? —Me agarra por la cintura y nos da la vuelta, inmovilizándome bajo su peso—. ¿Cómo podría alguien olvidar a la única luz en la miserable oscuridad de su vida? —Su mano áspera se desliza por mis costillas y mi cadera, y luego baja. Una larga y lenta caricia de su dedo por mis pliegues antes de deslizar su polla en mi interior. Jadeando, me agarro a sus hombros. Sigo adolorida por el frenesí de cómo hicimos el amor de antes, aunque no importa. Levanto las caderas, tomando más de él. Necesito sentirlo más dentro de mí.

»Mientras estuve prisionero, la mayor parte del tiempo no sabía dónde estaba. O si era de día o de noche. Y a veces, ni siquiera sabía *quién* era. —Se separa y baja la cabeza hasta que su cara está a un centímetro de la mía—. Pero, aunque deliraba, desconectado de la realidad, destellos vagos de mis recuerdos seguían invadiendo mi mente. —Vuelve a deslizarse hacia dentro, hundiéndose más—. Una pañoleta roja. Manos cálidas suturándome la piel. El sabor del pastel de chocolate. —Su mano me agarra la barbilla, inclinando mi cabeza para darme un beso—. Una voz suave, leyéndome

alguna tontería sobre vacas, mientras un dedo delicado se movía bajo las palabras para que yo pudiera seguirla.

—Kai... —Su nombre sale como un gemido ahogado.

La luz de la luna que entra por la ventana cae sobre él, bañando su rostro toscos con un pálido resplandor. Ahora puedo ver sus ojos, brillantes como dos llamas plateadas, clavándose en los míos. Dos faros estelares con una fuerza gravitacional incalculable. Y yo... yo soy su prisionera deseosa, lista para caer. Nunca imaginé que tendría a alguien que me mirara así.

—Tú, mi *Pequeña Tigresa*, eras lo único que recordaba. —Baja la cabeza y se entierra dentro de mí—. Mi todo.

Capítulo 34

Kai

—Tengo hambre.

Me doy la vuelta y mis ojos se clavan en la dueña de la vocecita. Lucia está parada en el umbral, con la cabeza inclinada hacia un lado mientras me observa con claro interés en sus ojos grandes y pálidos. *Mis ojos*. Mi ritmo cardíaco se dispara, retumbando tan fuerte y rápido que casi siento cada golpe en la estructura interna de mis costillas. Nuestra criatura. Mi hija. Las ganas de tenerla en mis brazos me asaltan. Pero no me atrevo a moverme.

Anoche, Nera me contó todo sobre Lucia. Y más tarde, me contó cómo llegó a ser la jefa de la *Cosa Nostra* en Boston. Durante los últimos tres años, ha estado atrapada en una puta pesadilla, y aunque no lo dijo con sus palabras, sé que se dejó caer voluntariamente en este pozo de mierda para proteger a nuestra pequeña. Tuvo que ser fuerte, y lo fue. Mi intrépida *Tigresa*.

Cuando Nera se durmió, salí a hurtadillas de la habitación y me dirigí sigilosamente al cuarto de al lado. Me quedé en el umbral de la puerta observando la pequeña silueta dormida de Lucia. No me atreví a acercarme más, simplemente escuché su respiración mientras yacía acurrucada bajo su esponjosa manta amarilla. Luego, alrededor de las tres de la madrugada, me

arrodiillé junto a la cama de mi bebita y observé su carita angelical. Se ve igual a Nera cuando duerme. Nunca había visto algo tan bonito.

Mi hija.

Sentí como si estuviera observando un milagro. ¿Cómo podría salir de mí algo tan perfecto e inocente? ¿La corrompería si la toco? ¿La mancharía con mis pecados?

Su manita estaba apoyada en la almohada y yo quería tomarla con la mía. Ese anhelo era tan poderoso que tuve que agarrarme al marco de la cama para que mis manos no vagaran hacia ella sin control. Cuando por fin me obligué a marcharme, no pude mantenerme alejado ni quince minutos. Volví y pasé el resto de la noche viendo dormir a Lucia. Una vez amaneció, me dirigí de nuevo al dormitorio de Nera, temeroso de que mi hija se asustara si se despertaba y me veía a su lado.

—Tengo hambre, niño Rapunzel. —Otro pequeño susurro, pero ahora más decidido que antes.

Parpadeo. ¿Niño *Rapunzel*? Debe de ser el cabello. Acabo de ducharme y no me lo he trenzado como hago normalmente. Lucia frunce la nariz y se da la vuelta, huyendo. Corro tras ella.

La alfombra acolchada amortigua el ruido de sus piececitos cuando entra a toda prisa en la cocina y se detiene junto a la silla alta colocada en la barra de desayuno. Me mira y levanta una mano con un osito de peluche agarrado. ¿Me está ofreciendo su juguete?

—Arriba —me dice, saltando de puntitas.

No entiendo lo que me pide y me siento como un completo idiota.

—Tengo hambre. Arriba.

Mis ojos pasan de la silla alta a mi hija. Me tiemblan las manos cuando me agacho para agarrarla por la cintura y levantarla. Nunca he sostenido en brazos a una niña y me aterra dejarla caer o hacerle daño sin querer. Con

todo el cuidado que puedo, coloco a Lucia en la silla y lanzo una mirada frenética hacia la puerta de Nera. ¿Y ahora qué? ¿Voy a despertarla? ¿O debería? *Ouch*.

—Quiero comer, niño Rapunzel. —Lucia me sonríe mientras me jala el cabello.

—Bueno. ¿Qué quieres comer?

—¡Galletas! —Su sonrisa se agranda—. Y ketchup.

—*Umm...* Esos dos no combinan. Y no creo que las galletas tengan suficiente valor nutritivo. Quiero decir... no son buenas para los bebés.

Lucia frunce las cejas y sus ojos se entrecierran.

—No soy una bebé. —Me jala el cabello otra vez—. Soy una niña.

—Sí, bueno... *Umm...* ¿Quieres huevos revueltos? —pregunto. Es una de las pocas cosas que sé cocinar.

—No.

—¿Salchichas?

Sacude la cabeza, con un gesto de asco en su adorable carita.

—*Yucky*.

—¿Un sándwich?

—Quiero galletas, niño Rapunzel. Y ketchup. Y pepinillos.

Miro hacia la puerta cerrada de Nera otra vez, pero no viene la ayuda.

—De acuerdo. Echaré un vistazo.

Encuentro una caja llena de galletas de miel en uno de los armarios y saco el ketchup y un bote de pepinillos de la nevera. Un par de platos

pequeños con personajes de dibujos animados se están secando en una bandeja junto al fregadero. Tomo uno, le pongo unas cuantas galletas y lo coloco junto con el ketchup delante de Lucia en la barra de desayuno. Dejo el frasco de pepinillos en un lado del mostrador.

Lucia abre la botella de ketchup y exprime al menos la mitad del contenido sobre las galletas. Luego, saca una de las galletas del desorden y empieza a mordisquearla. Me siento al otro lado de la barra y observo a mi niñita. Su silla está cubierta de manchas rojas, al igual que la parte de arriba de su pijama. Tiene la cara manchada de ketchup. Mi *Pequeña Tigresa* me va a matar.

Agarro una toalla de papel del portarrollos de mi izquierda y empiezo a limpiar el desastre que rodea a Lucia mientras ella sigue todos mis movimientos con sus ojos curiosos. Cuando termino con la silla, arranco otras cuantas toallas de papel para limpiarle la cara. Mi mano está a medio camino de ella cuando me detengo. La textura de la toalla parece demasiado áspera para su piel tan suave. Sin una alternativa mejor, suelto las toallas y extiendo la mano muy despacio, con la intención de limpiarle la mancha de ketchup de la mejilla con el pulgar.

Lucia se queda inmóvil. Yo también me paralizo. El pánico estalla en mi interior.

La asusté.

—Lo siento, yo... —Empiezo a alejarme, mientras un dolor, más agudo que cualquier cosa que haya sentido jamás, me atraviesa el pecho.

—Se te olvidaron mis pepinillos —refunfuña Lucia, agarrándome la mano con las dos suyas. Sujeta mis dedos índice y meñique y se los acerca a la cara. El corazón me deja de latir cuando se pasa la mano por la boca y se frota la cara contra mi mano como si fuera una toalla para quitarse las manchas de ketchup. Cuando termina, tiene peor aspecto que antes, con manchas rojas por toda la nariz y algunas incluso en la frente.

—A mami no le gusta haga eso —declara y me dedica una sonrisa pícara—. A mí me gusta mucho.

Trago saliva y miro hacia abajo, donde sigue agarrada a mí. Tan pequeños. ¿Cómo pueden ser tan pequeños sus dedos? Muevo el pulgar y acaricio su puño diminuto.

Mi hija.

Con cautela, giro la mano para atrapar una de las suyas entre las mías, acariciando los deditos ahora pegajosos.

—¿Quieres jugar a la estilista?

Sin apartar mi mirada del precioso tesoro que tengo en la mano, me inclino y beso las puntas cubiertas de ketchup. Y asiento con la cabeza.

Nera

Estoy flotando en ese vacío incorpóreo entre la vigilia y el sueño hasta que una tenue corriente de aire invade la habitación desde donde la puerta del balcón quedó ligeramente entreabierta. Un escalofrío recorre mi piel. Mientras parpadeo para quitarme el sueño, por un momento mi mente está felizmente en blanco, pero entonces los acontecimientos de ayer se abaten sobre mí de golpe.

Me doy la vuelta y miro al otro lado de la cama. Las sábanas están arrugadas, pero Kai no está. El pánico se apodera de mí con su puño helado y, durante unos segundos, lo único que puedo hacer es mirar fijamente la hendidura de la almohada. Un momento después, salgo corriendo de debajo de las sábanas y atravieso la habitación. Abro la puerta de golpe, casi dejándola estrellarse contra la pared adyacente, y la atravieso a toda prisa para detenerme en el umbral.

Kai está sentado en el suelo frente al sofá, con la espalda apoyada en el borde acolchado. Uno de sus brazos está levantado en un ángulo incómodo, sosteniendo una canasta redonda de mimbre rebosante de ligas, pinzas y otros accesorios para el cabello de Lucia. Mi hija está encaramada detrás de él, en el mismo borde del sofá, mordiéndose el labio inferior con sus simpáticos dientes de leche mientras intenta sujetar una flor de seda rosa extragrande en lo alto de la cabeza de su padre. Mientras tanto, la mayor parte del cabello de Kai, con la excepción de una cola de caballo delgada y torpemente atada que cuelga en un lío torcido en la parte posterior, cae libre sobre su cara. Mi pobre corazón se estremece al ver a mi *Demonio*, que se mantiene absolutamente quieto mientras sus ojos abiertos de par en par, que miran a través de los mechones, revolotean salvajemente por la habitación.

—Los encontré en la cocina hace una hora —informa Zara a mi lado. Ni siquiera me di cuenta de su presencia, demasiado absorta por lo que estaba viendo en la sala—. Al parecer, Lucia se despertó y fue a tu habitación. Como tú seguías durmiendo, le pidió a él que le diera de desayunar.

Me aprieto la mano sobre el corazón y trago saliva.

—¿Y qué hizo él?

—Encontré una caja de galletas, ketchup y un bote de pepinillos. Con suerte, no le dio todo eso al mismo tiempo. —Ella inclina la cabeza hacia el hombre en cuestión—. No creo que haya convivido mucho con niños. Mírale la cara. Parece totalmente aterrado.

—Sí. —Parpadeo para que no se me escapen las lágrimas que amenazan con derramarse—. Anoche le dije la verdad.

—¿Por qué?

—Sin mentiras. Solo secretos. —Sonrío y luego lo explico mejor después de que Zara me mira confundida—. Eso ha sido lo nuestro desde el principio. Pero ya no. No más secretos.

Zara asiente con la cabeza.

—¿Irás a ver a Massimo hoy?

—Mañana. Me reuniré con los inversionistas en el casino Bay View después del almuerzo. —La fulmino con la mirada—. ¿Aún no me dirás qué pasa entre ustedes dos?

—Desde que tenía tres años, la única vez que he visto a Massimo fue en el funeral de nuestro padre. Fuera de fotos viejas, ni siquiera sabía cómo era nuestro hermanastro antes de eso. ¿Qué puede haber entre nosotros, Nera? —Su voz es seca y ligeramente temblorosa—. Tengo que terminar ese traje de pantalón para Dania esta noche. ¿Volverás para la cena?

—Sí. —La rodeo con el brazo y la abrazo—. Gracias por ayudarme a cuidar de mi hija.

—Siempre. —Me devuelve el abrazo y se dirige a la mesa del comedor, con la atención puesta inmediatamente en la página de su cuaderno de dibujo.

Apoyo el hombro en el marco de la puerta y veo cómo mi *Demonio* le entrega a Lucia un cepillo de princesas de Disney. Sus ojos encuentran los míos y se quedan fijos mientras nuestra hija le levanta un mechón de su largo cabello y empieza a peinárselo hacia atrás.

Capítulo 35

Nera

—¿Qué está pasando? —pregunto mientras seis enormes camionetas todoterreno giran en U en el camino de entrada y se estacionan en una línea perfecta, una al lado de la otra.

—Los sicilianos llegaron tarde —anuncia Kai y me rodea la cintura con el brazo, acercándose.

Las puertas de todas las camionetas, excepto una, se abren al mismo tiempo. Hombres con ropa de combate negra salen de los vehículos y se colocan en fila unos junto a otros a lo largo del borde del camino. Son veinte y cada uno lleva varias armas atadas al cuerpo.

—¿Sicilianos? —Me quedo boquiabierta ante el pequeño ejército que hay en mi entrada—. ¿Los mismos sicilianos que intentaron matarme?

—Sí. Un error que nunca olvidaré.

La puerta del conductor del vehículo principal se abre y sale un hombre alto y musculoso. Viste un traje gris plomo de tres piezas con una camisa negra debajo y una corbata negra. El siciliano mira a su alrededor y se dirige hacia nosotros, con las manos en los bolsillos del pantalón. Unas oscuras gafas de sol tipo aviador le tapan los ojos, pero el accesorio no

puede ocultar que algo no está bien con su cara. La piel de su barbilla y sus mejillas parece estar destrozada, lo que hace difícil determinar su edad, pero todo lo demás me indica que es joven. Probablemente de unos veintitantes. No parece portar ningún arma, pero la mirada de Kai está fija en él como si este hombre fuera el que representa la mayor amenaza y no un pelotón de mercenarios armados.

—Llegas tarde, Rafael —ladra Kai.

—Mis disculpas —dice el recién llegado—. Pediste veinte hombres. Tuve que retirar a un equipo de un trabajo programado para esta tarde. Eso requirió ajustar algo de logística.

—¿Abandonar un trabajo?

—Por supuesto que no. Me encargaré yo mismo de ese contrato. —El tipo se quita las gafas de sol y se dirige a mí. Apenas puedo contenerme para no retroceder. Su cara es un desastre de cicatrices y piel magullada, como si un animal salvaje lo hubiera mutilado. Me examina con su mirada penetrante, con unos ojos que parecen ser su único rasgo intacto—. Siento muchísimo el malentendido que se produjo hace dos noches. No sabíamos que el contrato que aceptamos implicaba a la chica de Mazur.

Antes de que pueda responder, la luz se refleja en una cuchilla plateada. Respiro y observo fijamente el cuchillo de aspecto perverso que Kai sostiene contra el cuello del tipo. La sangre brota en el lugar donde la punta cortó al hombre, y un fino hilo se desliza lentamente por el frío acero. El siciliano ni siquiera parpadea. Simplemente mira a Kai y levanta una ceja.

—No mires así a mi mujer, Rafael. —La voz de mi *Demonio* es baja pero cargada de amenaza—. ¿Entendido?

—Entendido.

Kai baja lentamente su cuchillo.

—Te envié los planos de la casa y de la propiedad. Será mejor que hagas bien tu trabajo, o masacrará a cada uno de tus hombres, y luego iré por ti.

—Tu familia está a salvo en nuestras manos. —El siciliano vuelve a ponerse las gafas de sol y mis ojos se fijan en la multitud de cicatrices levantadas que se entrecruzan en su piel desde las muñecas hasta la punta de los dedos. Rafael asiente a los hombres armados que permanecen en posición de firmes y se dirige a su vehículo.

Los hombres se dispersan. Cinco corren hacia la casa, tomando posiciones de guardia en las esquinas y junto a la puerta principal. Dos van a las habitaciones del personal, un edificio de dos plantas a la izquierda. Y los demás salen corriendo en distintas direcciones por el jardín, en dirección a los muros del perímetro.

El líder, Rafael, echa otro vistazo, se pone al volante y se marcha.

—¿Qué le pasó en la cara? —susurro.

—Ni idea. Nuestros caminos se cruzaron unas cuantas veces a lo largo de los años. Conocí a Rafael haciendo un trabajo para el sindicato de la *Camorra* hace una década, quizás un poco menos. Aún era un muchacho, dieciocho años quizá, y su rostro estaba normal. Cuando volví a encontrarme con él un par de años después, estaba así —narra Kai y me guía hacia su coche.

—Entonces, ¿te importaría contarme por qué tienes a sus hombres por toda la casa?

—No correré riesgos con la vida de mis chicas. Los imbéciles que tienes como seguridad no podrían vigilar ni una maldita biblioteca.

—¿Así que contrataste al equipo de asesinos a sueldo en su lugar?

Me abre la puerta del vehículo.

—Exacto.

—¿Y cuánto costó? —cuestiono mientras me deslizo en el asiento del pasajero—. Los sicilianos son costosos.

—Un poco más que el contrato original por el asesinato.

Lo sigo con la mirada mientras rodea el cofre y se deja caer en el asiento del conductor. La cantidad de dinero necesaria para contratar a un pequeño ejército privado de este calibre debe ser una locura. Mencionó que la recompensa por mi cabeza era de dos millones, así que debe haber desembolsado al menos dos y medio por esto. Tal vez tres. Es una tarifa absurda, incluso para los estándares de la mafia.

—¿Pagaste tres millones, o lograste convencerlos de que aceptaran solamente un aumento a punto cinco?

Con un movimiento rápido, sus dedos me agarran la barbilla. Se inclina y acerca su cara a la mía.

—¡Tu seguridad y la de mi hija no tienen precio! —exclama, y luego choca su boca con la mía—. Olvídalos, Nera.

—Sin mentiras. —Tomo su labio inferior entre mis dientes y lo muerdo. Con fuerza—. Y no más secretos.

Sus ojos se encienden peligrosamente. Me da otro beso rápido en la boca y arranca el coche.

—Cero, pequeña. Rafael aceptó un nuevo contrato con protección incluida con un cero.

Observo su perfil mientras conduce el auto por el camino de entrada. Nunca me ha mentido antes, pero sé que los sicilianos no trabajarían gratis. Estamos casi en el portón cuando por fin lo entiendo. Un cero añadido al precio original. Veinte millones.

—Háblame de tus subordinados —indica Kai mientras gira—. Empieza por el rubio. El que estaba drogado en la reunión.

—¿Armando? —Mis ojos se abren con sorpresa—. Está a cargo de los soldados que cobran las deudas. Su padre es uno de nuestros inversionistas y había insistido en que Batista nombrara Capo a su hijo. No tenía idea de que Armando se drogara.

—Ojos llorosos. Nariz mocosa. Su traje era dos tallas más grande. Debe haber perdido mucho peso recientemente. Y jugueteaba con las mangas, bajándoselas, seguramente para ocultar los rasguños. Es adicto a la heroína. Tiene marcas de agujas entre los dedos, lo que significa que lleva años consumiendo.

—No noté ninguna de esas cosas.

—Puede que no sepa leer muy bien las palabras escritas, pero soy experto en leer a la gente —agrega Kai—. La adicción a las drogas requiere dinero. Un adicto recurriría a cualquier medio para conseguir dinero si no tiene los bolsillos llenos. Si su papito insistió en un trabajo, tal vez se cansó de que su hijito malgastara los billetes que no ganaba él mismo. Así que, estoy seguro de que el rubiecito ya se está llevando una tajada de las deudas que cobra. Pero ¿tendría algo que ganar con tu muerte, incluso si de alguna manera tuviera lo suficiente para pagar la recompensa?

—Matarme no abrirá mágicamente el banco de la mafia, así que no creo que el dinero sea el motivo. Quienquiera que ordenara mi asesinato, lo hizo por un principio. Ninguna mujer ocupó un puesto de liderazgo en la *Cosa Nostra* hasta que yo lo hice. —Inclino la cabeza hacia atrás y suspiro—. Probablemente sea uno de los miembros más antiguos. Se aferran a sus tradiciones. Brio, el de las gafas negras, fue el que más se opuso a que yo ocupara este puesto. Dirige las operaciones de nuestro casino, que aporta muchos ingresos. O quizás el tipo de las finanzas, Primo. Se encarga del lavado de dinero y las inversiones. Estaba sentado a la izquierda de Ernesto. Ambos podrían pagar fácilmente los honorarios de los sicilianos.

—¿Y qué hay del tipo que estaba sentado a tu derecha?

—Salvo, el mejor amigo de mi hermanastro. Me ha estado ayudando desde que Massimo me metió en este embrollo. No es él.

—No me gustó la forma en que te miraba. —Kai se detiene frente al semáforo y toma mi barbilla entre sus dedos—. Yo no comparto, Nera. Ni siquiera en el sentido platónico. Será mejor que te asegures de que esté fuera de mi vista si quieres que siga respirando.

—Nunca ha habido nada entre Salvo y yo. No puedo estar segura, porque nunca lo ha mencionado, pero creo que está enamorado de mi hermana.

—No me importa. La próxima vez que lo vea mirándote, acabará muerto. —Kai captura mis labios con los suyos.

* * *

Entro al vestíbulo de nuestro casino de lujo más grande y respiro profundamente. El techo es alto y hay al menos unos mil metros cuadrados de espacio casi vacío, pero sigo teniendo la sensación de que las paredes se me cierran. Puede que la reunión con nuestros inversionistas no sea tan estresante como la reunión con los Capos, pero incluso después de casi cuatro años, sigue provocándome ansiedad. Demasiados números. Demasiados detalles que recordar. Siempre tengo miedo de olvidar o pasar por alto algo.

La imagen lo es todo en nuestro mundo. Si pierdo la apariencia de ser la perra calculadora y capaz que tanto me he esforzado en ser, dejarán de apoyarme. Sin el respaldo de nuestros inversionistas, los Capos se unirán y me quitarán el puesto principal. Si eso ocurre, seré presa de los lobos, y me temo que ni siquiera mi *Demonio* y un ejército de mercenarios podrán mantenernos a salvo a Lucia y a mí en ese caso. Llevo meses caminando de puntitas sobre el filo de la navaja entre la compostura y perder la cabeza, pero ahora, al sentir la presencia de Kai mientras camina un paso por detrás, no me parece tan terrible.

Un hombre con un traje llamativo da la vuelta a la esquina y se dirige hacia mí. La bilis me sube por la garganta al ver cómo se acerca Lotario, con una gran sonrisa asquerosa dibujada en su rostro. Olvidé que es fin de mes y que todos los gerentes de los casinos estarán presentes en la reunión de hoy. Incluyendo a mi asqueroso ex.

—Nera. —Lotario se apresura a cruzar el pasillo hacia mí, con la mano extendida—. Te estábamos esperando.

Está casi encima de mí, con su mano a pocos centímetros, cuando el brazo de Kai se dispara sobre mi hombro. El cañón de su arma presiona el puente de la nariz de Lotario.

—Para. Atrás.

—¿Nera? —Lotario se queda quieto, con los ojos cruzados, mirando fijamente la pistola—. ¿Qué está...?

Kai aparta la pistola y golpea a Lotario con tanta fuerza que el hombre acaba tendido en el suelo de losetas pulidas a varios metros de distancia.

—Es *Donna Leone* para ti —dice Kai, y luego dispara su arma. Fragmentos de piedra explotan junto a la mano de Lotario—. Acércate a ella más de tres metros, y eso serán tus sesos.

Lotario se arrastra un poco hacia atrás, luego se levanta y empieza a quitarse el polvo de los pantalones. Le tiemblan los dedos.

—Creo que no conoces a mi nuevo jefe de seguridad, Lotario. Toma sus palabras en serio. —Sonríe y sigue cruzando el vestíbulo en dirección a la sala de conferencias. Kai llega a mi lado y me rodea la cintura con el brazo.

Lotario corre detrás de nosotros, manteniéndose cerca de una pared a nuestra izquierda.

—*Umm...* ¿Qué pasó con Ernesto? —pregunta mientras sus ojos rebotan de la cara de Kai a su mano apoyada en mi cadera.

—Kai decidió que Ernesto no era apto para su puesto. Así que lo relevó. Permanentemente. —Espero hasta que Lotario esté alejado, y jalo la manga de Kai y le susurro—. ¿*Es Donna Leone para ti?*

—Me gusta cómo suena. —Me mira y sus labios dibujan una pequeña sonrisa—. Tú también guardabas secretos. En aquel entonces. Una princesa de la *Cosa Nostra*, ni más ni menos.

—Nunca preguntaste, *Demonio*.

La cara de Kai se tensa.

—Lo sé.

La sala de conferencias donde se celebran las reuniones está en el extremo más alejado del piso de apuestas, y puedo sentir una multitud de ojos clavados en mí todo el tiempo que cruzo la distancia. Grandes lámparas colgantes doradas brillan sobre las mesas cubiertas de fieltro verde. El audaz estampado amarillo de la alfombra hace juego con los adornos dorados en relieve del techo, haciéndome sentir como si estuviera atrapada en un extraño laberinto y no pudiera escapar. Aún es temprano y el casino no ha abierto todavía, pero hay docenas de empleados zumbando de un lado a otro, limpiando y preparándolo todo para los clientes que están a punto de llegar mientras me miran secretamente. Vengo aquí al menos una vez a la semana, pero es la primera vez que estoy aquí no como representante de Batista, sino como líder oficial de la *Familia* de Boston. No hay ventanas en el edificio y, a pesar de que el espacio es enorme, tengo la sensación de que no corre suficiente aire.

Me detengo ante las puertas dobles de roble con paneles de cristal satinado en el centro e intento reprimir un escalofrío. Las ganas de darme la vuelta y salir corriendo son abrumadoras. Mi parada debe de ser un latido demasiado largo, y Kai me agarra con fuerza por la cintura.

—Solo dame la orden —anima—. Y mataré a todos los que estén adentro.

Levanto la vista y me encuentro con la mirada de mi *Demonio*. Parece relajado, como si estuviéramos disfrutando de la noche, mas sus ojos son pura amenaza y me doy cuenta de que su oferta va totalmente en serio.

Una vez, cuando aún estábamos en la preparatoria, Dania y yo tuvimos una pijamada, y pasamos horas acostadas en mi cama hablando de chicos. Recuerdo que me dijo que el chico de sus sueños sería considerado y simpático, alguien que la mimara con regalos y le solucionara todos los problemas. Sonaba ideal para mis oídos adolescentes. Y mientras observo detenidamente los duros ojos de Kai, me doy cuenta de que, después de todo, he encontrado al hombre de mis sueños. Solo que él es tan considerado como un huracán que arrasa la costa, destruyendo todo a su paso. Una fuerza salvaje e imparable que podría resolver fácilmente todos mis problemas, pero que prefiere dejar que yo me ocupe de mi propia mierda porque yo se lo pedí.

—No creo que sea necesario. —Le brindo una sonrisa y entro al salón de conferencias.

* * *

Dos horas y media.

Levanto la vista de la copia impresa de los ingresos y fijo mi mirada en la de Kai. Está apoyado en la pared junto a la puerta, en el lado opuesto de la sala de reuniones. Los gerentes de los casinos, sentados a la izquierda de la larga mesa de conferencias, discuten a través de la superficie de madera oscura con los inversionistas de la derecha, que exigen diversos recortes de presupuesto. Uno de los hombres de dinero empieza a gritar que no pondrá más capital en un negocio que registra un descenso de los ingresos. Puede que yo esté sentada a la cabeza de la mesa, pero tengo la sensación de estar atrapada justo en el medio, siendo bombardeada por ambos flancos.

La ansiedad que sentía incluso antes de poner un pie en el interior se ha multiplicado varias veces, pero he conseguido mantenerla reprimida. Controlada. Desconectada. Compuesta. Eso es todo lo que les he permitido ver a estos buitres porque esa es la persona que necesito ser aquí adentro. Pero en este momento, me siento como si fuera a estallar sin remedio, con miedo a derrumbarme delante de ellos. No quiero estar a cargo de este circo. Nunca quise estar a cargo de nada. Simplemente quiero que todo esto desaparezca, para poder soltarme y tener mi crisis a solas.

—¡Ya basta! —reviro. Mi voz puede sonar firme, pero la forma en que me siento es completamente contraria a ese estado—. Ya terminamos aquí.

—¿Qué? —Lotario se levanta bruscamente de su asiento al final de la mesa—. Mañana vendrán unos obreros a renovar los pisos y las lámparas. Estos alcahuetes que asignaste no cubrirán ni el diez por ciento de los costos.

—Entonces supongo que tienes que reducir tus gastos —replico.

Lotario sigue discutiendo, exigiendo fondos adicionales. Más hombres se han unido a los gritos y sus voces me taladran el cerebro. Trago saliva y mis ojos vuelven a encontrar a Kai, que sigue apoyado en el mismo sitio. Nuestras miradas se cruzan y, por un instante fugaz, le hago ver el pánico que siento. Se aparta de la pared, se mete la mano en la chaqueta y saca la pistola. Levanta la mano hacia el techo y el sonido de un disparo estalla en el reducido espacio. El candelabro dorado adornado, una versión más pequeña de los que cuelgan en el vestíbulo, se desploma sobre la superficie de la mesa.

Un silencio absoluto se apodera de la sala. Los inversionistas y los gerentes de los casinos miran a Kai boquiabiertos.

—La reunión terminó —suelta despreocupado y cruza los brazos sobre el pecho, dejando la pistola en la mano como un sutil signo de exclamación a su afirmación.

—¿Qué...? ¿Cómo es que él...? —tartamudea Lotario, con los ojos clavados en los cristales destrozados esparcidos frente a él—. Nera, esto

realmente no es...

¡Bang!

La silla de Lotario se inclina hacia atrás, luego se cae y su cuerpo golpea el suelo.

—¿Alguien más desea añadir algo? —Mi *Demonio* arrastra sus ojos sobre los hombres—. ¿No? Entonces, por favor, deséenle un buen día a *Donna Leone* y váyanse.

No pasa nada durante unos segundos, y luego todos toman sus teléfonos y organizadores de la mesa. Varias voces que dicen:

—Que tenga un buen día, *Donna Leone*. —Resuenan por encima del apresurado bullicio.

—Llévate el cadáver. —Kai hace un gesto al hombre de traje gris claro que mete los papeles en una carpeta.

Sacar el cuerpo de Lotario acaba siendo un trabajo de dos personas, una para sujetar los brazos y otra las piernas. Cuando el último hombre sale del salón y las puertas dobles de roble se cierran con un suave clic, Kai se da la vuelta y las cierra.

—Eso fue interesante —expresa mientras cruza la habitación hacia mí
—. Creo que puede llegar a gustarme la mierda burocrática.

Me reclino en el asiento de piel y cierro los ojos.

—Creo que acordamos que dejarías de liquidar a mi gente sin consultarme antes.

—Te faltó al respeto. No hacía falta discutirlo. —Siento que la silla se balancea y luego su aliento en mi cara—. ¿Por qué estabas preocupada? ¿Creíste que uno de estos idiotas fue el responsable del ataque?

—No. A estos tipos solo les interesa el dinero. Mientras fluya, no se arriesgarán a crear disturbios. —Mantengo los ojos cerrados e inhalo su

aroma—. Es que... No quiero tener el control de todas las cosas todo el maldito tiempo. No quiero tomar todas las decisiones. A veces, simplemente quiero soltarlo y, por una vez, dejar que otra persona esté al mando.

Un ligero roce se posa a un lado de mi cara y unos dedos ásperos y callosos recorren el contorno de mi barbilla. Abro los ojos y veo a mi *Demonio* inclinado hacia mí, con la cabeza ladeada y un brillo peligroso en los ojos.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieras, *Pequeña Tigresa*? —Su voz suena más grave que de costumbre. Más ronca. Como la de un demonio cuando atrae a un mortal a pecar.

—Sí —susurro. Estoy bastante segura de que no se está ofreciendo a revisar las cuentas de ingresos por mí—. Pero únicamente si confío implícitamente en esa persona.

—*Mm-hmm...* —Sus dedos se deslizan por mi cuello y mi clavícula hasta detenerse justo encima del botón de mi blusa—. ¿Hay vigilancia por vídeo o audio aquí?

Mi respiración se acelera.

—Solo vídeo. La cámara que hay encima de la puerta.

Se le levanta una comisura de los labios.

—Perfecto.

Kai mira hacia arriba, por encima del hombro, y mete la mano libre en el interior de su chaqueta. Sigue acariciando mi escote con suaves roces mientras apunta su arma a la cámara.

¡Bang!

—Ahora, podemos empezar. —Mete la pistola en la funda y, agarrándome por la cintura, me sube a la mesa—. Recuéstate.

El aire me abandona en bocanadas mientras me estiro en la superficie. Sus manos ásperas se deslizan por mis muslos. Despacio. Provocándome.

—¿Siempre usas faldas en las reuniones?

Su tacto es como fuego en mi piel.

—No.

—Lo harás a partir de ahora. Menos obstáculos en mi camino. —Toma la tira de mis bragas y empieza a bajármelas—. Y sin ropa interior.

—De acuerdo.

Veo cómo se lleva mi tanga negra a la nariz e inhala.

—Me encanta tu olor, *Pequeña*.

Vuelve a respirar profundamente antes de guardarse el encaje negro en el bolsillo. Sus manos vuelven a mis muslos y me suben la falda. Cuando la tiene alrededor de mi cintura, me agarra las nalgas y se inclina hacia delante.

—Las piernas sobre mis hombros, Nera —ordena en un murmullo mientras me levanta el trasero—. Y no hagas ni un ruido.

Me agarro al borde de la mesa y aprieto, colocando mis piernas sobre sus hombros. Los ojos de Kai no se apartan de los míos mientras agacha la cabeza y me lame el coño. Con el primer contacto caliente de su lengua húmeda, me recorre un escalofrío.

—Me encanta tu sabor. —Otra caricia por mis pliegues, más firme y deliberada, me acaricia el clítoris. Dolorosamente lento.

—¡Más rápido! —suplico.

—Te dije que guardaras silencio. —Toma mi clítoris entre sus labios y chupa.

Pongo los ojos en blanco. Un gemido amenaza con escaparse, así que aprieto los labios y aprieto el borde de la mesa con todas mis fuerzas. La humedad se acumula entre mis piernas cuando la boca de Kai suelta mi clítoris.

—Abre más las piernas. Ahora, *Pequeña Tigresa*.

No hay ni un momento de vacilación al seguir esa orden. Un escalofrío me recorre la espalda cuando hago lo que me indica. Se siente tan bien. Llevo mucho tiempo acostumbrada a tener el control, y soltarlo me hace sentir libre de nuevo. Un latido después, la lengua de Kai recorre mi raja, lamiendo mis jugos, y vuelve a agarrarme el clítoris. Siento el filo de sus dientes rozando mi zona sensible, y esa sensación por sí sola casi me lleva al límite. Sus labios se cierran sobre mi bulto delicado, la succión se vuelve dura y necesitada, mientras la punta de su lengua masajea mi clítoris. Jadeo y arqueo la espalda, sintiendo que el orgasmo se apodera de mí, pero su boca desaparece de repente.

—No tan rápido, *Pequeña*. —Un beso se posa en el interior de mi muslo derecho. Luego, en el izquierdo—. Solamente podrás correrme cuando yo te lo permita.

—¿Por qué? —me quejo.

—Llevas las riendas de este absurdo imperio criminal tuyo. —Una larga lamida en mis pliegues—. Y, aunque disfrutaría liquidando a cada uno de tus subordinados y extinguiré todas las posibles amenazas, respeto tu necesidad de hacerlo. Pero en la cama... —Un ligero mordisco en mi clítoris—. Yo soy quien manda.

Casi me corro solo con sus palabras. Me tiemblan los muslos como si tuviera fiebre cuando me baja las piernas con cuidado y empieza a abrirse la cremallera. Me muerdo el interior de la mejilla, preguntándome si me penetrará rápido o despacio. Cuando se trata de mi *Demonio*, nunca sé qué esperar. Suelta su enorme polla, y con solo verla me entran espasmos. Me agarra por detrás de las rodillas y me acerca al borde de la mesa.

—¿Qué acordamos, Nera? —La punta de su polla me roza la entrada, provocando mi sexo con su grosor.

—No me correré hasta que me lo permitas.

Una sonrisa perversa se dibuja en sus labios.

—Buena chica.

Despacio. Esta vez lo hará despacio. Inhalo, llenando poco a poco mis pulmones de aire mientras él se desliza dentro de mí. La presión en mi interior aumenta con cada minúsculo movimiento, llevándome de nuevo al precipicio.

Kai sale y empieza a empujar dentro de mí otra vez. Incluso más despacio que antes. Es pura locura.

—Más rápido, *Demonio* —protesto.

—*Shhhh.* —Desliza su mano por mi muslo, luego por mi vientre, hasta mi cuello, rodeando mi garganta con sus dedos—. Los únicos sonidos que pueden salir de tus labios ahora son tus gemidos. —Se retira y me penetra con fuerza, haciéndome gritar de placer.

Me pasa la mano por detrás del cuello y levanta mi cuerpo inerte. Su polla gruesa sigue completamente alojada en mí.

—Gemidos. —Aplasta sus labios contra los míos—. Y gritos.

Nuestras miradas permanecen fijas mientras me penetra con fuerza, ahogándome la respiración. Entre nuestra inhalación agitada y el golpeteo de nuestra piel, soy vagamente consciente del rechinar de las patas de la mesa sobre el suelo de madera, que pone melodía al ritmo de sus embestidas. Lo único que puedo hacer es rodearle el cuello con los brazos y aferrarme a él con todas mis fuerzas.

—¡Por favor! —gimoteo.

—Silencio, *Pequeña Tigresa*. —Baja sus manos por mi espalda y me aprieta el trasero.

Todo mi cuerpo empieza a temblar, zumbando por la necesidad de liberarse. Todas mis células son un cable ardiente, tensado al máximo y a punto de arder. Puedo sentir el parpadeo de la chispa que desencadenará el infierno, cuando él se retira de repente.

Agarro los mechones atados de su trenza. Este dolor en mi interior me está haciendo delirar. Sin embargo, Kai se limita a inclinar la cabeza hacia un lado, mirándome. Tiene un brillo malvado en sus ojos y una sonrisa de satisfacción en la cara mientras me pasa la mano por el abdomen hasta entre las piernas.

—Me imaginaba haciéndote esto en aquel club. Mientras bailabas con ese imbécil, quería ser yo. —Desliza dos dedos dentro de mí—. No pude soportarlo, *Pequeña*. Sabía que no tenía derecho a creerte mía en ese momento, y mucho menos a poner mis manos ensangrentadas sobre ti, pero lo eras. *Mía*. Y quería romperle su pequeño y estrecho cuello por atreverse a tocarte. —Su pulgar masajea mi clítoris en círculos lentos y apretados, y cada vez que lo presiona, estoy más cerca de caer por el precipicio—. Fantaseaba con follarte con mi mano, y luego con mi polla allí mismo, en medio de la multitud, dejándoles saber a todos los hijos de puta presentes que eras mía.

La presión dentro de mí sigue aumentando, más y más con cada respiración. Kai me pellizca el clítoris y retira la mano para sustituirla por su polla.

—Eras mía aquel entonces al igual que lo eres ahora que por fin soy libre de tocarte, pero sigo necesitando que todos lo sepan, *Pequeña Tigresa*. Quiero que te vean derretirte entre mis manos y que imaginen tu rostro ferviente mientras gritas de éxtasis cuando te lleno con mi verga. —Su boca se posa sobre mi oreja, la punta de su lengua lame mi cuello—. ¿Esa cámara a la que le disparé? Me temo que fallé, nena.

Abro los ojos de golpe. La transmisión de esa cámara llega directamente a la empresa de vigilancia que se encarga de la seguridad de

todos nuestros casinos. Y uno de los Capos es el dueño de la empresa. En unas horas, toda la *Cosa Nostra* verá la grabación.

—¿Qué se siente saber que todos tus subordinados están viendo cómo te follo frente a sus ojos, Nera?

Le sostengo la mirada mientras lucho por tomar aire suficiente, intentando contener el clímax, aunque perdiendo la batalla. Mis uñas se clavan en la piel de su cuello mientras él entra y sale de mi coño empapado, cada embestida me empuja más hacia el olvido.

—Se siente como en el paraíso saber que soy solo tuya.

—¡Solo mía! —ruge Kai y me penetra con tanta fuerza que mi mente se queda en blanco—. Ahora puedes correrme.

Estrellas blancas estallan ante mis ojos a la par que grito y me estremezco en su abrazo. Mi visión se nubla, oscureciéndolo todo excepto los ojos plateados que se clavan en los míos, manteniéndome esclavizada en su fuego incandescente mientras el orgasmo más increíble sacude mi cuerpo.

Kai toca fondo dentro de mí mientras sujetá mi barbilla con los dedos e inclina mi cabeza hacia arriba.

—Tan valiente y hermosa. Y solamente mía —gruñe y explota dentro de mí.

Capítulo 36

Kai

—Kai. —Una ligera caricia en la nuca mientras Nera recorre el largo de mi trenza—. Tenemos que irnos.

—Está bien —digo, sin apartar la vista de la forma dormida de Lucia.

Tras recibir un mensaje de su hermanastro, Nera entró a su habitación para arreglarse. Al parecer, necesita que se reúna hoy con alguien. Lucia se quedó conmigo, jugando en la alfombra a mis pies. Hace diez minutos se levantó de repente, se subió a mi regazo y se quedó dormida en mis brazos. No me gusta la idea de dejarla aquí, sin que yo esté cerca para vigilarla, pero mi *Pequeña Tigresa* dice que esta reunión es importante.

Me levanto y llevo a mi niñita a su habitación mientras Nera se apresura a abrir la puerta. El ajustado vestido negro que se puso se ciñe a sus curvas y le da un aspecto aún más serio que de costumbre. Parece dispuesta a exterminar ejércitos.

La cama de Lucia está debajo de la ventana, cubierta con una manta de colores que tiene dibujos de galletas con forma de casas. La ordené la semana pasada, junto con un montón de cosas más, un osito de peluche más grande que Lucia, una casa de muñecas, un gran juego de animales de

granja y una estúpida aveSTRUZ de plástico que se sienta en un pequeño retrete y caga bolitas rosas en el inodoro.

Levanto la manta y recuesto con cuidado a Lucia en la cama, luego la cubro, metiendo el borde bajo la barbilla de mi hija.

—Estará bien —asegura Nera cuando no me muevo del lugar—. Zara estará con ella todo el tiempo. Y tu ejército de asesinos a sueldo tiene la casa rodeada.

—Han pasado tres semanas. Hice que alguien revisara los registros del GPS de todos tus Capos y monitoreara sus cuentas bancarias, pero no encontramos nada sospechoso. Los hombres que contraté para seguir a los tuyos tampoco informaron de nada comprometedor. —Le rodeo la cintura con el brazo y la aprieto contra mi pecho—. Sigo pensando que deberías dejarme matarlos a todos.

—No. Tenemos un trato.

—Eres una dura negociante, *Pequeña*. —La levanto y la saco de la habitación—. ¿Crees que a Lucia le gusta la aveSTRUZ que caga?

Nera se ríe y me besa.

—Le encanta. Pero no tenías por qué comprarle todo eso. Ya hay demasiados juguetes por todas partes.

—Me da igual.

—La vas a malcriar.

—Los niños están hechos para ser consentidos. —Me detengo en medio de la sala y dejo que Nera se deslice por mi frente hasta el suelo—. Me perdí tres años de su vida. Entiendo que los regalos nunca podrán compensar eso, pero necesito que me dejes hacer esto. Yo... Quiero que me quiera. *Por favor*.

Nera levanta la mano y me acaricia la mejilla.

—Lucia ya te quiere, amor. Pero no porque le compras juguetes.

—Entonces, ¿por qué?

Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios.

—Eso deberías preguntárselo tú y ella te lo explicará.

—Pero es una niña.

—Exacto. Los niños tienen una forma de ver el alma de las personas. Pregúntaselo y lo verás.

Trago saliva y rápidamente miro hacia otro lado, pidiéndole a Dios que mi hija nunca tenga ni el más mínimo vistazo dentro de mi alma.

—Necesito buscar mis armas. ¿Con quién te reunirás y dónde?

—New York —Se estremece—. Massimo me arregló una reunión con Salvatore Ajello. El Don de la *Familia* de New York. Un avión privado nos está esperando.

—Tu hermanastro es bastante hábil, teniendo en cuenta que está encerrado en una prisión de máxima seguridad —digo—. ¿Por qué necesita que te reúnas con ese italiano sociópata?

—¿Conoces a Ajello?

—Te sorprendería la cantidad de rumores que corren entre el mundo clandestino. Hace varios años se organizó un atentado en su contra. Me enteré de que al tipo que aceptó el contrato lo devolvieron en dos bolsas para cadáveres.

—Sí, a Ajello le encanta enviar partes del cuerpo como respuestas. La última vez recibí una cabeza decapitada.

Me detengo en el umbral y me doy la vuelta.

—¿Qué?

—Atrapó al hombre que envié a espiarlo. Ajello me devolvió la cabeza del tipo, envuelta en un elegante papel rojo. Acordamos dejar de espiarnos mutuamente después de eso.

—¿El imbécil enfermo te envió una maldita cabeza?

—Fue una represalia. Hice que Salvo tirara el cadáver de otro espía frente al edificio de Ajello unos meses antes. —Junta las manos delante de ella, mirando al suelo—. Hubo dos más antes de eso. Espías. Los maté yo misma. Tuve que hacerlo. Si no lo hubiera hecho, me habrían tachado de débil y me habrían hecho pedazos.

Miro fijamente a mi *Pequeña Tigresa*, sin encontrar palabras. No hay valentía real en hacer algo que no te da miedo. La han arrojado a la boca del lobo, sola y probablemente muerta de miedo, y aun así, se las ha arreglado para salir, dejando a todos los hijos de puta en el polvo detrás de ella. Cruzo la distancia que nos separa en dos largas zancadas, me detengo frente a ella y le tomo la cara entre las palmas de mis manos.

—No te sentirás mal por mantenerte a ti y a tu familia a salvo —siseo
—. ¿Entendido, *Pequeña*?

—De acuerdo. —Le tiembla el labio inferior.

—Bien. —Me inclino para que nuestras caras queden a escasos centímetros—. Nunca me perdonaré no haber estado ahí para ti. Pero ahora estoy aquí, y nadie podrá siquiera mirarte mal de ahora en adelante. Quienquiera que se atreva, se encontrará instantáneamente con su creador. Y si decides que quieres conservar tu extraño imperio criminal, mataré a tu hermanastro conspirador en cuanto salga de la cárcel para que no pueda quitártelo.

—No lo quiero —susurra—. Nunca lo he querido. Solo quiero que Lucia, Zara y yo estemos lejos de todo esto. Y te quiero a ti. Conmigo. Siempre.

—Me tienes, *Pequeña*. Siempre. —La agarro por la cintura y la llevo a la habitación. El maldito italiano tendrá que esperar.

* * *

—¿Qué hay de la reunión con los Capos que tienes esta tarde? — Mantengo la puerta del coche abierta y contemplo las lindas piernas de mi *Pequeña Tigresa*. Esos tacones altísimos de color rojo que lleva puestos son realmente sensuales.

—Era con Armando y Brio. Les llamé y la cancelé —afirma Nera y mira por encima del hombro al coche que se detiene detrás del mío. Se bajan dos de sus hombres de “seguridad”. Le pongo la mano en la cadera, manteniéndola cerca, y me dirijo hacia la avioneta que espera en la pista privada de la que saldremos. Los chicos de Nera nos siguen unos pasos más atrás.

—Me siento ofendido —refunfuño.

—¿Por qué?

—¿Crees que no puedo mantenerte a salvo yo solo?

—No son más que para aparentar. Ajello esperará que lleve seguridad. Las apariencias son importantes.

—*Mm-hmm.* ¿Tu atuendo también es para guardar las apariencias? — Señalo con la cabeza su ajustada minifalda gris y una escotada blusa de seda roja visible bajo el abrigo.

—*Nop.* Era la única combinación de mi armario que estaba planchada. —Una comisura de sus labios se curva hacia arriba—. Dado que me arrancaste el vestido que pensaba ponerme para esta reunión.

Mi polla se endurece al ver sus piernas torneadas mientras sube las escaleras del avión delante de mí. Preferiría arrancarle la ropa otra vez y

tomarla aquí y ahora, delante de su estúpida seguridad. Mas puedo contenerme unas horas más. Tal vez.

Hay cuatro asientos individuales en la parte trasera del avión y dos sofás a los lados de la sección delantera de la cabina. Nera se dirige a uno de los sofás y empieza a desabrocharse el abrigo. Los dos hombres de seguridad ocupan los asientos de atrás. Suena un pitido y se enciende la señal del cinturón de seguridad. El capitán da su discurso y la azafata asegura la puerta antes del despegue. Los motores rugen y el avión comienza a rodar hacia la pista.

Estoy guardando el abrigo de Nera en el compartimento superior cuando escucho su jadeo apenas audible. Inmediatamente miro hacia ella. Los suyos están cerrados y agarra el bolso con tanta fuerza que sus uñas dejan marcas en la piel negra. Es evidente que sigue teniendo miedo a volar. No obstante, prefiere guardárselo todo antes que mostrarse débil delante de sus hombres.

Me doy la vuelta y fijo la mirada en los de seguridad.

—Al baño. —Hago un gesto con la cabeza hacia la pequeña puerta del fondo—. Los dos. Ahora.

Me miran, claramente confundidos.

—¿Tengo que repetirlo?

Se levantan de sus asientos y corren hacia el lavabo. El primero agarra la manija y luego me mira.

—Um ¿cuánto tiempo tenemos que estar aquí?

—¡Hasta que vaya por ustedes! Entren.

—Los pasajeros no pueden ir al baño durante el despegue, señor —expresa el azafato desde su asiento, cerca de la puerta del avión.

—¡No me digas! —Levanto una ceja y busco en mi chaqueta uno de los cuchillos para lanzar enfundados en el lado izquierdo de mi funda de

hombro—. ¿Qué tal ahora?

Lanzo la navaja. Se escucha un sonido hueco cuando la punta se clava en el cojín de piel del asiento del aeromozo, justo entre las piernas del tipo. El hombre se estremece y me mira con los ojos desorbitados.

—Al baño. Ahora mismo.

Asiente histérico, se desabrocha el cinturón y se mete en el baño. Cuando el pestillo se cierra tras él, miro a Nera, que se queda inmóvil, con las manos agarradas al mango del bolso. Tomo asiento a su lado, la agarro por el medio y la subo a horcajadas a mi regazo. Tiene los ojos cerrados y respira deprisa y entrecortadamente; es evidente que está aterrada.

—Tranquila, *Pequeña*. —Le paso el dorso de la mano por la mejilla—. Todos se han ido.

Nera suelta una larga exhalación y me rodea el cuello con los brazos. El aroma de su champú me llena la nariz cuando entierra su cara contra mi hombro. Su cuerpo tiembla mucho, así que la acerco aún más y le acaricio la espalda.

—Podríamos haber conducido hasta New York —le digo acariciándole el cabello—. Como lo hiciste para tu reunión con ese tipo serbio.

—¿Estuviste allí? —Sus palabras se mezclan con el rugido de los motores del avión.

—Sí. Como te dije, te seguí a todas partes desde el momento en que puse un pie en Boston. Solo quería mantenerte a salvo.

—Te sentía. De vez en cuando, sentía ese agradable cosquilleo en la nuca. Siempre lo he sentido cuando estabas cerca. —Se endereza lentamente, sus ojos encuentran los míos—. Pensé que estaba volviéndome loca.

—Ha sido lo más difícil que he tenido que hacer en mi vida, joder. No poder abrazarte, tenerte a mi lado. —La beso—. Pero ahora te tengo. Estás

a salvo. Te lo prometo.

Nera

Miro fijamente los ojos de Kai y me pregunto cómo es posible que sean tan cálidos y tan siniestros al mismo tiempo. Como él. Un ángel de la guarda y un demonio. Un hombre que sigue salvándome una y otra vez, pero que también siembra la muerte por donde quiera que vaya. Un asesino a sangre fría. Un salvador. El amor de mi vida. Y el único hombre en este mundo que tiene mi confianza absoluta.

Suelto el cabello que he estado agarrando, pero mantengo los ojos clavados en los suyos mientras muevo las palmas de las manos por su pecho. El bulto de sus pantalones ha estado presionando mi coño todo este tiempo. Se endurece aún más cuando le desabrocho el botón de la cintura y empiezo a bajarle la cremallera.

—Mi mente cree en tu promesa, pero mi cuerpo y mis nervios siguen presos de un miedo irracional —expreso—. Necesito sentirte dentro de mí, *Demonio*.

Sus manos se deslizan por mi espalda, por encima de la falda que se amontonó en torno a mi cintura, hasta mi trasero desnudo. No llevo ropa interior, tal y como acordamos. Su cálido aliento me abanica la cara, su mirada se clava en la mía mientras envuelvo su polla con los dedos y la saco. El avión desciende de repente y me agarro a los hombros de Kai, inclinándome hacia delante hasta quedar justo encima de su longitud. El viaje se llena de baches y una señal en el techo se ilumina con un pitido.

—*Por favor, permanezcan sentados y abróchense los cinturones. —La voz del piloto sale del altavoz—. Estamos experimentando fuertes turbulencias, pero las superaremos en unos minutos.*

Respiro profundamente y bajo sobre la verga de Kai. El avión empieza a temblar. El pánico estalla en mi pecho, pero sigo hundiéndome en su dura polla y, con cada centímetro que desliza dentro de mí, parte del miedo retrocede. Me aprieta el trasero con una fuerza que me hace jadear, su pecho se agita mientras sus dedos se clavan en mi piel. Con un movimiento rápido, me hunde en él, llenándome hasta el fondo.

Todo mi cuerpo tiembla con cada embestida, dejándome sin aliento y mareada. Me levanta y me penetra de nuevo. Una y otra vez. Una y otra vez. Cada embestida hace que oleadas de placer recorran mi cuerpo, haciéndome estremecer y gemir sin control. Desesperada, me aferro a él, clavándole las uñas en la espalda mientras me invaden oleadas de placer.

Kai ni siquiera parpadea mientras sus ojos se clavan en los míos. El ruido sordo del avión y nuestras respiraciones agitadas son los únicos sonidos de nuestro mundo. No hay palabras. Y no las necesitamos. Nunca hemos necesitado expresar nuestros pensamientos, mi *Demonio* y yo. Puedo leer su mirada, igual que él hace con la mía.

Estás a salvo. Dicen sus ojos.

Lo sé. Mi propia respuesta.

Mi cuerpo se convulsiona cuando su polla implacable me penetra desde abajo, más rápido y más profundo con cada embestida. Aumentan las turbulencias a nuestro alrededor, pero ya no tengo miedo. Ha dicho que estoy a salvo. El compartimento superior se abre y algo cae al suelo. Meto los dedos en el cabello de Kai y cierro la boca sobre la suya.

—Te amo —susurro en sus labios mientras todo a nuestro alrededor tiembla.

—Vivo para ti, mi *Pequeña Tigresa*. —Su voz, áspera y gutural, es arenosa mientras me recorre.

Agarro su cabello con mis puños y me corro, jadeando mientras me desgarro. Mientras tanto, se abren más compartimentos de equipaje y llueven cosas a nuestro alrededor.

* * *

Hay hombres temibles en este mundo. Pero comparados con Salvatore Ajello, todos parecen patitos de peluche.

No es su aspecto. El Don de New York parece cualquier otro hombre de negocios adinerado, con un traje costoso obviamente confeccionado a la medida, sin más joyas que un reloj y un grueso anillo de bodas en la mano derecha, y el cabello oscuro salpicado de canas peinado hacia atrás con un estilo discreto. Sin armas a la vista, pero seguro que lleva una pistola encima. Y tampoco hay guardaespaldas cerca. Aun así, sentarme a la mesa con él me da escalofríos. No entiendo por qué Massimo quiere hacer negocios con este hombre.

—¿Entonces? ¿Qué te parece? —pregunto despreocupadamente.

Aunque estamos en un restaurante de lujo con más de cincuenta personas cenando alrededor, sigo esperando que nos tire un brazo amputado o quizás una cabeza encima de la mesa.

—No puedo decir que me interese, Nera.

Levanto mi vaso y le doy un sorbo a mi limonada.

—¿Por qué? Estamos dispuestos a invertir diez millones durante el primer año. El doble en el segundo.

—Estás tratando con Dushku —menciona como si fuera razón suficiente. No entiendo por qué Ajello pondría objeciones a una

colaboración tan próspera únicamente por nuestros vínculos con el sindicato albanés, pero es evidente que Massimo es consciente de ello.

—Corté todos los lazos con Dushku hace meses. Ya no hacemos ningún negocio con ellos.

Ajello levanta una ceja.

—¿Alguna razón en particular?

—Ahora tenemos un nuevo proveedor. —Me encojo de hombros, con la intención de dejarlo así. Ajello no necesita saber que Massimo es quien mueve los hilos ni que me ordenó desvincularme de Dushku.

—Interesante. Entonces, ¿dónde conseguirás las armas y la munición en el futuro?

—De Drago Popov.

Una chispa peligrosa se enciende en los ojos de Ajello.

—Un momento, por favor.

Se mete la mano en la chaqueta. Mi mirada se dirige a Kai, que está al otro lado del restaurante, llevándose la mano a la espalda.

No. Muevo la boca y sacudo la cabeza.

—Dile a tu perro guardián que se relaje —ordena Ajello con indiferencia mientras saca su teléfono y se lo pone en la oreja—. Si quisiera matarte, ya estarías muerta.

Lo miro boquiabierta. ¿Acaso este hombre tiene ojos en la nuca?

—Sienna —dice Ajello al teléfono—. Parece que olvidaste mencionar que tu esposo está haciendo negocios con la facción de Boston ahora.

Una voz femenina aguda estalla al otro lado de la línea. No capto lo que dice, pero suena bastante alegre... hasta que de repente deja de hablar.

—¡Ya te dije lo que pienso de tus maniobras de espionaje, Ajello! — Una voz gruñona y masculina retumba en el altavoz del teléfono. El hombre grita tan alto que puedo escuchar cada palabra—. Si tienes alguna pregunta para mí, ya sabes dónde encontrarme. Vuelve a llamar a mi esposa y te arrancaré los dedos y te los meteré por el culo. ¡Quizá entonces sepas qué botones presionar!

La línea se corta. Parpadeo confundida y miro a Ajello mientras guarda el teléfono. Tiene una sonrisa apenas perceptible en el rostro.

—Parece que está confirmado —comenta—. Te deseo suerte haciendo negocios con el grupo de Popov, Nera. La vas a necesitar.

—¿Por qué?

—Un grupo de locos salvajes, todos ellos. Pero son los mejores en lo que hacen. Por desgracia. —Se levanta de la silla—. Ya que Massimo ha sacado a los albaneses del juego, estaré encantado de hablar de negocios. Dile a tu hermanastro que espero una llamada suya cuando salga y tome las riendas.

Miro fijamente su espalda que se aleja. ¿Cómo diablos lo sabe? Suena el teléfono de Ajello mientras aún está al alcance de mi oído y capto su respuesta.

—No, Milene. No vamos a tener otro gato. Con dos es más que suficiente... No, tampoco vamos a comprar un hámster... Ya sé que son pequeños. Sigue siendo un *no*, *Cara Mia*... Sí, soy una persona terrible. Yo también te amo.

Capítulo 37

Nera

—¡Detente! —brama Kai, de pie en la puerta del avión, mirando hacia la pista.

Me detengo inmediatamente, chocando con su espalda.

—¿Qué pasa?

—No estoy seguro, pero tengo un mal presentimiento. —Saca su pistola—. Payaso A. Ve a buscar mi auto.

—Por favor, no llames “payasos” a mi seguridad —refunfuño mientras entrega la llave de su coche al hombre en cuestión.

—Quítate el abrigo y dáselo al Payaso B. Ponte su chaqueta.

Sigo su orden e intercambio rápidamente mi abrigo con el tipo de seguridad. Es un poco bajito, pero le queda gracioso mi abrigo rojo de tres tallas más pequeño.

Kai volteo hacia el piloto que está en el umbral de la cabina y le pone la pistola en la frente.

—Llama a la torre. Diles que apaguen las luces de la pista y todo lo que esté cerca de aquí. Ahora mismo. Y que corten también la corriente del avión.

El piloto asiente y vuelve a su asiento para llamar por radio al control de tráfico aéreo. Si esto fuera un aeropuerto normal, nada de esto podría pasar. Supongo que los aeropuertos privados están acostumbrados a recibir peticiones extrañas, porque las luces de la pista se apagan un minuto después, seguidas de todas las demás luces de la zona.

El auto de Kai se detiene junto a las escaleras de embarque construidas en la puerta del *jet*. El guardia de seguridad sale del lado del conductor, rodea el vehículo para abrir la puerta trasera del pasajero y espera. En la oscuridad absoluta que ha caído como un manto, el interior iluminado y los faros del coche brillan tanto como un faro en la costa.

—Payaso B, levanta la capucha y baja las escaleras. —Kai golpea con la punta de su pistola en la espalda del hombre—. Despacio.

Mi ritmo cardíaco se triplica mientras mantengo los ojos fijos en mi sueño mientras desciende las escaleras. Está a medio camino de la pista cuando un disparo estalla en la noche. El hombre retrocede bruscamente y cae al suelo.

Kai da un paso atrás y empieza a disparar hacia la izquierda. Los disparos rebotan en todas las superficies cercanas. El otro guardia intenta cubrirse detrás del coche, pero también cae al suelo.

—*Pequeña*, tienes que entrar al auto. Mantente agachada.

Me agacho y bajo corriendo las escaleras. Kai sigue disparando balas mientras desciende los escalones, uno por uno, detrás de mí.

—¡Entra en la parte de atrás! —grita por encima de los disparos—. ¡Al suelo!

Me meto dentro del coche y cierro la puerta de golpe. Kai camina alrededor del cofre, todavía disparando su arma. En cuanto se pone al

volante, pisa el acelerador.

—Debajo del asiento trasero —dice por encima del chirrido de los neumáticos mientras gira el volante para dar una vuelta en U.

Me agarro al borde del asiento trasero y lo levanto, doblándolo para abrir el compartimento oculto. Tres pistolas. Una escopeta. Una especie de rifle corto. Otras dos ametralladoras que no reconozco. Cuchillos. Granadas. Una Uzi.

—AK-47 —suelta—. Tírala al asiento del pasajero.

Miro boquiabierta el arsenal de armas, sin tener ni idea de lo que es un AK-47.

—¿Cuál es?

—Chiquita, mango café. Con un cargador grande y curvado.

El rifle corto. Agarro el arma y me doy la vuelta para dejarla en el asiento del pasajero. Cuando miro por el parabrisas, veo un sedán oscuro que circula a unas decenas de metros delante de nosotros. Y lo estamos alcanzando. Rápido.

—¿Por qué perseguimos a la gente que acaba de dispararnos?

—Para que podamos matarlos, nena. Agáchate.

Grito y me acurruco en el suelo del coche, con las manos cubriendome la cabeza. Al momento siguiente, se produce un violento frenazo y un sonido estruendoso cuando los dos vehículos chocan y se detienen bruscamente. Me agacho todo lo que puedo detrás del asiento del conductor y respiro profundamente mientras se escuchan disparos de armas automáticas.

¿Debería ayudar?

Tengo mala puntería.

No importa.

Vuelvo a levantar el asiento trasero y agarro la primera pistola que cae en mis manos. Es mucho más pesada de lo que esperaba. Reviso el cartucho, lleno, y tiro de la manija de la puerta. Usando la puerta abierta como cobertura, me enderezo y levanto el arma con ambas manos.

El sedán oscuro se ha detenido de lado, con el costado izquierdo muy abollado. Hay un hombre tendido boca abajo en el suelo junto a la puerta del conductor, inmóvil. Kai está sacando al segundo tirador por la puerta del pasajero delantero. No hay nadie más en la parte trasera del coche; parece que mi apoyo no es necesario.

Bajo el arma y me acerco al conductor. Parece bastante muerto, teniendo en cuenta el trozo que le falta en la parte posterior del cráneo. El cuello y la espalda están salpicados de una sustancia viscosa rojiza. Parece sangre y sesos. Trago saliva y me esfuerzo por no vomitar. Le doy la vuelta para verle la cara.

Es uno de los tipos de seguridad del casino Bay View. Estoy bastante segura de que he visto a este bastardo todas las semanas durante los últimos seis meses, por lo menos.

Un gemido de angustia rompe la quietud. Me pongo en pie de un salto y corro alrededor del auto. Kai tiene a su presa inmovilizada en el suelo y le está rompiendo el brazo. El otro brazo del tirador está inerte y en un ángulo extraño.

Crack.

Me estremezco cuando el hombre grita. Con su cara de espaldas a mí, no puedo ver qué aspecto tiene.

—*Pequeña. ¿Puedes abrir mi maletero y ver si hay espacio suficiente?* —pregunta Kai tranquilamente mientras se volteá para agarrar la pierna del hombre.

—*¿Suficiente espacio para qué?*

Crack.

—Para meter a nuestro amigo —indica por encima de los lamentos del hombre y agarra la otra pierna.

—*Umm... ¿Es necesario?*

—Sí. —*Crack.* Una mayor intensidad de gritos—. No tengo una cuerda para atarlo. No puedo arriesgarme a que huya después de haber intentado matarte. Tengo la intención de interrogarlo cuando volvamos.

—No estoy segura de que siga vivo tanto tiempo.

—Lo estará. —Kai suelta la extremidad rota y esta cae al suelo, luego agarra al hombre por la parte trasera de la chaqueta, dándole la vuelta—. Me aseguré de ajustar únicamente sus articulaciones. No hay fracturas abiertas. Esas las reservo para nuestra charla.

Miro al tirador. No hay suficiente luz para ver claramente sus rasgos, así que doy un paso más y jadeo.

—¿Armando?

Un gemido de dolor es la única respuesta que obtengo antes de que Armando ponga los ojos en blanco y pierda el conocimiento.

—El maletero, pequeña.

Asiento con la cabeza y corro hacia el coche de Kai.

Dos bolsas de lona traseras, del tamaño de las normales de gimnasio, ocupan el espacio del maletero, pero cuando agarro la primera para moverla, apenas consigo desplazarla. Abro la cremallera para echar un vistazo al interior y me quedo boquiabierta. Está llena de cajas de municiones. La segunda bolsa tiene más municiones, junto con varias pistolas de varios calibres.

—*Oh.* Me olvidé de esas —agrega Kai a mi lado—. Las pondré en el asiento trasero.

Ajusta su agarre sobre un Armando inconsciente, apoyando el cuerpo inerte bajo su brazo izquierdo, y mueve las bolsas. Despejando espacio en la zona de carga, Kai arroja a mi Capo al vacío como si el hombre no fuera más que un muñeco de trapo, ajusta las extremidades rotas y cierra el maletero de golpe.

—No puedo creer que haya sido Armando —señalo mirando el maletero cerrado—. Si hubiera sido Brio o Primo, lo habría entendido. No paraban de decir que tener a una mujer al frente de la *Familia* es una vergüenza para la *Cosa Nostra*.

—Bueno, parece que están contentos con tu liderazgo, a pesar de lo que han estado diciendo. Aunque aun así los liquidaré por hablar mal de ti.
—Me toma la mejilla con la palma de la mano y sonríe—. ¿Estás completamente segura de que quieres dejar que tu hermanastro se haga cargo?

—Sí. Y no tocarás a Brio ni a Primo.

La sonrisa de Kai se agranda.

—De acuerdo. No los tocaré.

Su cabello se soltó en algún momento de la trifulca y cae desordenadamente alrededor de su cara. El resplandor azulado baña sus rasgos robustos, y los destellos se reflejan en las gotas de lluvia que resbalan por su barbilla. Ni siquiera me había dado cuenta de que había empezado a llover. Ni de que la torre de control debe de haber encendido las luces del aeropuerto.

Me salvó la vida.

Otra vez.

—Así que... —Me atraganto—. ¿Esto significa que se acabó?

—Lo sabremos con seguridad una vez que lo interroguen. Pero, probablemente, sí. Si hubiera alguien más implicado, no habrían enviado a

un drogadicto a hacer el trabajo. —Aprieta mis labios entre sus dientes—. Aun así, me aseguraré de que el personal de seguridad en la propiedad sea aún más estricto esta noche, por si acaso. Lucia y tú estarán a salvo.

Agarro la parte delantera de la camisa de Kai y salto a sus brazos. Nuestras bocas chocan en una tormenta de mordiscos y besos. Sus manos me agarran el trasero, depositándome sobre la capota del maletero, y grito cuando mi piel desnuda entra en contacto con la fría y resbaladiza superficie.

—Me temo que esto tendrá que esperar. No querría que ese precioso coño tuyo se resfriara ahora. —Toma mi labio inferior entre los suyos, chupándolo mientras me levanta de nuevo en sus brazos. Me baja unos pasos hasta el asiento del pasajero, se quita la chaqueta y me cubre con ella —. ¿Mejor?

—Sí —susurro.

Kai da la vuelta al coche y se sienta al volante. Los neumáticos chirrían cuando da marcha atrás y pisa el acelerador, conduciendo hacia la autopista.

Solo dos personas volviendo a casa después del trabajo.

Con un invitado en el maletero lloriqueando por sus extremidades rotas.

* * *

—Por favor, acompaña al señor Mazur al sótano —le ordeno a Timoteo cuando abre la puerta.

La mirada del mayordomo se desliza detrás de mí y sus ojos se desorbitan al detenerse en Kai, que está de pie con el cuerpo de Armando

echado sobre el hombro como si fuera un saco de papas.

—Desde luego. —Grazna el mayordomo—. Por favor, sígame, señor.

Kai asiente y agacha la cabeza para susurrarme al oído.

—Dejaré a Armando abajo para que se enfríe un poco y luego subiré a terminar lo que empezamos. —Me pone la mano en la cadera, luego la desliza por mi vientre y baja hasta presionarla contra mi coño. Apenas contengo un gemido.

Sigo a Kai con la mirada mientras cruza el pasillo hacia la puerta del sótano que el mayordomo mantiene abierta. La cabeza y los brazos deformes de Armando se balancean de izquierda a derecha a la espalda de mi *Demonio*. En cuanto se cierra la puerta del sótano, subo corriendo las escaleras.

Cuando entro a la sala , Zara salta del sofá, sus ojos recorren salvajemente mi cabello enredado, mi blusa medio desabrochada y la chaqueta empapada de Kai para detenerse en mis zapatos enlodados.

—¿Nera? ¿Qué te pasó?

—Nos tendieron una emboscada cuando aterrizamos e intentamos salir del avión. —Aparto algunos de los mechones que caen sobre mi cara.

—¡Qué! ? Cómo? —Cruza corriendo la habitación—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Voy a ver cómo está Lucia antes de que suba Kai. ¿Qué le diste de cenar?

—Estofado de verduras. ¡Nera! ¿Quién te atacó?

—Fue Armando. Kai lo tiene en el sótano, pero se encargará de él más tarde. Te lo contaré todo por la mañana. *Umm...* Gracias por cuidar a Lucia, pero necesito que te vayas ya. —La agarro por la cintura y la empujo ligeramente hacia la puerta—. Buenas noches.

Zara se detiene en la puerta y me mira por encima del hombro.

—¿Estás bien?

—Síp. Solo estoy esperando a Kai. Llegará en cualquier momento. Tenemos que terminar una discusión anterior.

Mi hermana parpadea.

—¿Discusión? —pregunta, pero entonces sus ojos se abren de par en par mientras el color sube a sus mejillas—. Oh. Um... Ya me voy.

En cuanto sale por la puerta, dejo mi teléfono y mi bolso en la mesa del comedor y me dirijo a la habitación de Lucia. Está durmiendo con un tigre de peluche que le compró Kai bajo el brazo. Me siento en el borde de la cama y acaricio ligeramente la barbilla de mi hija.

—Ahora todo estará bien —susurro—. Tu papi prometió que se aseguraría de que estuviéramos a salvo. Y cumplió su promesa.

Detrás de mí se escucha una respiración agitada. Me doy la vuelta y veo a Kai en el umbral, agarrado con fuerza al marco de la puerta. Su rostro está pálido como una hoja de papel.

—Podría haberte escuchado. Deberías tener más cuidado.

—Se lo diremos pronto de todos modos. Merece saberlo. —Me levanto y cierro la distancia que nos separa—. Tú mereces que ella sepa la verdad.

—Nunca. —Observa nuestra hija con la mandíbula tensa.

Tomo su barbilla entre mis manos, inclinando su cabeza hacia abajo, haciendo que me mire.

—¿Por qué?

—¿Qué le dirás que es su padre? —cuestiona con los dientes apretados. Su tono es amargo, pero cada palabra está llena de dolor y tristeza—. ¿Un asesino a sueldo? ¿Un villano que mató a su abuelo? ¿Alguien que ni siquiera recuerda su propio nombre?

—No, amor. —Me pongo de puntitas y le beso la mandíbula—. Voy a decirle que su padre es Kai Mazur. El hombre que me ha estado cuidando durante años, manteniéndome a salvo. Que recibió una bala por mí. El hombre que apenas ha dormido en semanas porque nos ha estado protegiendo. Quien pasó horas simplemente viéndola dormir, en lugar de descansar él mismo. Nuestro ángel de la guarda. El amor de mi vida. —Inclino su cabeza hacia abajo hasta que nuestros labios se tocan—. El hombre que la ama a ella y a su *Mamma* más que a nada. Igual que nosotras lo amamos a él. Eso es lo que le diré a nuestra hija.

—Nera... —susurra en mi boca.

—Kai. Déjame... *déjanos* amarte. Por favor.

Una respiración pesada y dolorosa abandona sus pulmones. Cierra los ojos y toca su frente contra la mía.

—Es el sueño que he tenido pero que nunca me atreví a desear que se hiciera realidad. A la gente como yo no se le permiten tales ambiciones, *Pequeña Tigresa*.

—Bueno, a partir de ahora vamos a vivir nuestros sueños. —Lo beso—. Y todo lo demás puede irse al infierno.

Mi teléfono empieza a sonar en alguna parte. Tomo la mano de Kai y lo llevo conmigo mientras me apresuro hacia el sonido. Simplemente quiero apagar el maldito aparato, pero cuando mis ojos se posan en la pantalla parpadeante, mi cuerpo se pone rígido.

—Es Ajello. —Me estremezco—. Casi nunca llama. Tengo que contestar.

—¿Quieres que mate a ese psicópata por ti?

—No. Yo solo... —murmuro mirando el nombre en la pantalla—. No estoy en el estado mental adecuado para hablar con él ahora, pero tengo que hacerlo.

—Entonces, supongo que debería ayudarte con eso. —Me quita el teléfono de la mano—. No te has puesto la ropa interior, ¿verdad, pequeña?

—No. ¿Por qué?

Una pequeña sonrisa se dibuja en los labios de mi *Demonio*.

—Deja el teléfono sobre la mesa y pon el altavoz.

Kai

—Espero que no sea un momento inoportuno, Nera —La voz de Ajello llega a través de la línea.

Mantengo la mirada fija en mi pequeña mientras le desabrocho el botón de la falda y luego le arranco la prenda.

—En absoluto —dice con voz tranquila mientras me observa bajarme la cremallera de los pantalones—. ¿Qué puedo hacer por usted, señor Ajello?

Rodeo la cintura de Nera con el brazo y la subo a la mesa. Abre la boca para decir algo más, pero le pongo el dedo en los labios y niego con la cabeza. Luego le meto la polla de un solo golpe.

—Escuché que tuviste algunos problemas durante tu regreso. ¿Está todo bien?

Espero a que respire y vuelvo a penetrarla. El teléfono se desliza hacia el centro de la mesa.

—Bastante bien. —Nera me rodea el cuello con el brazo y se humedece los labios. Parece la personificación del pecado, con las mejillas sonrojadas y el coño tragándose mi longitud—. ¿Y cómo consiguió esa información, señor Ajello?

—Tengo mis fuentes.

Agarrando sus muñecas, muevo sus manos hacia el borde de la mesa.

—Agárrate fuerte —susurro.

Nera se agarra a la superficie de madera. Mi mano derecha está en su nuca, mientras la otra agarra su delicioso trasero.

—Pensé que teníamos un acuerdo sobre espiarnos mutuamente. —Arquea la espalda cuando vuelvo a penetrarla.

—Tengo gente vigilando ciertos lugares. Incluyendo aeropuertos privados.

—¿Por qué no me sorprende? —Un gemido sale de la boca de Nera cuando acelero el ritmo. Sus labios tiemblan y su respiración se entrecorta —. ¿Es ese el motivo de tu llamada?

—No. Necesito que le des un mensaje a tu hermanastro.

—Lo escucho.

Agarro la barbilla de Nera entre mis dedos y aprieto sus labios con los míos. Sabe a lluvia, a viento y a sol. A la vida misma. Siento que empieza a correrse mientras su cuerpo se estremece alrededor de mi polla. Le doy un último mordisco en los labios, salgo de ella y la bajo con cuidado a la mesa. Me mira con una mezcla de frustración y confusión. Sosteniéndole la mirada, le abro las piernas y me inclino hacia su centro.

—Ni un sonido —decreto y entierro mi cara en su dulce coño, chupando con fuerza su clítoris.

—Dile a Massimo que me debe... —Me pierdo el resto de las palabras del italiano.

Escalofríos recorren todo el cuerpo de Nera. Suelto su clítoris y deslizo la lengua en su abertura tan profundamente como puedo.

—... Él sabrá por qué. Algún día le cobraré —añade Ajello.

Nera ya está temblando de éxtasis cuando me enderezo y deslizo mi polla hasta donde acaba de estar mi lengua. Le tapo los labios con la palma de la mano y se la meto hasta el fondo.

La línea telefónica se corta.

Y Nera grita en mi mano.

Capítulo 38

Kai

Las cortinas de la ventana francesa están corridas hacia los lados, lo que me permite ver a los hombres de Rafael deambulando por el patio delantero mientras los primeros rayos del sol asoman por el horizonte. Acaricio el delgado brazo de Nera, empezando por el hombro y bajando hasta la palma de su mano. Con cuidado de no despertarla, me llevo la mano a los labios y le doy un beso en la punta de sus dedos. Mientras vuelvo a bajar la mano hasta mi pecho, mis ojos se fijan en su dedo anular.

Desde el momento en que me permitió volver a su vida, el deseo de marcarla como mía me ha estado acechando día y noche. No creo en las ceremonias. No necesito firmar un estúpido papel que me entrega un funcionario sin nombre para reclamarla como mía. O que un vejestorio con ropa rara la proclame como tal. Si algún hombre se atreve a acercarse a mi *Pequeña Tigresa* para robármela, le romperé el cuello. Pero aun así... Le acaricio el dedo anular una vez más, salgo de la cama y agarro mi teléfono de la mesita de noche. Mientras me dirijo al baño y cierro la puerta en silencio, encuentro el número de Felix en mi aplicación de voz a texto.

06:34 Kai: Necesito que hagas algo por mí.

Un minuto después, llega un archivo de audio. Así que no se olvidó de mi pequeño problema con la lectura.

06:35 Felix: ¡¡ESTOY DURMIENDO!!

06:36 Kai: Es urgente.

06:36 Felix: ¿Estás muerto de hambre, deshidratado y muriendo en algún basurero otra vez? Porque si no, PUEDE ESPERAR, MALDITA SEA.

06:38 Kai: No. Necesito un sacerdote. Quiero casarme.

Pasan unos minutos sin respuesta, y entonces:

06:40 Felix: Envíame tu ubicación y no te muevas. ¿Son los mexicanos otra vez? Haré que Sergei vaya a sacarte. ¿Cuándo fue la última vez que te drogaron?

06:41 Kai: No estoy drogado. Búscame un sacerdote y haz que me lo entreguen antes de que acabe el día, o te destriparé muy despacio la próxima vez que te vea.

Le envío la dirección mientras vuelvo a la cama y dejo el teléfono en la mesita de noche.

Nera se agita y levanta la cabeza de la almohada a mi lado.

—¿Qué hora es?

—Casi las siete. —Vuelvo a estrecharla entre mis brazos, le muevo un mechón de cabello rubio oscuro que le ha caído sobre la cara y le beso la nariz.

—¿Crees que fue prudente dejar a Armando en el sótano toda la noche?

—Si te preocupa el vino que hay ahí abajo, descuida. No puede bebérselo con los brazos rotos.

—No me preocupa el vino. ¿Y si entró en *shock* y murió?

—No moriría por unos cuantos huesos rotos. Bueno, al menos no de inmediato. Iré a interrogarlo después del desayuno. Necesitamos saber si alguien más estuvo involucrado.

Nera me abraza con más fuerza y hunde la nariz en mi cuello.

—Estoy deseando que llegue el día en que Massimo salga y podamos dejar atrás este manicomio.

—Pero eres una *Donna* magnífica, *Pequeña*. Podría...

—No quiero que mates a mi hermanastro, Kai. Pero, gracias por ofrecerte. —Ella suspira—. Solo quiero que todos nosotros, tú, yo, Lucia y Zara, estemos lejos de todo esto. Una casa grande. Un patio enorme. Con un montón de animales para que Lucia juegue.

—Y sin vecinos cerca.

Nera se ríe en mi cuello.

—Y sin vecinos.

—¿Cuánto falta para que liberen a tu hermanastro?

—Cinco meses más.

La puerta de la habitación se abre con un chirrido.

Levanto la cabeza de golpe y veo con pavor a Lucia en el umbral, con su tigre de peluche en una mano y un cepillo en la otra. Nos ve a Nera y a mí acostados en la cama, y sus ojos van de mí a su madre. Y entonces, me dedica con una mirada atrevida.

—*¿Pequeña Tigresa?* —susurro—. ¿Qué hacemos?

—*Por qué llamas Pequeña Tigresa a mami?* —La vocecita de Lucia rompe el silencio de la habitación.

—*Um... bueno...* —Lanzo una mirada a Nera, esperando que me ayude, pero ella se limita a soltar una risita—. Es un apodo.

—*Por qué la llamas con *podo*?*

—Porque... la amo.

Lucia arruga su nariz como si pensara en ello.

—Yo también quiero un *podo* —exige, y corre por la alfombra para subirse a la cama. Mi corazón se acelera como un tren desbocado mientras la veo arrastrarse y acurrucarse entre nosotros.

—Bien. —Apenas consigo responder—. ¿Qué tal *Tygrysek*? Significa tigre bebé.

—Me gusta. —Agarra un puñado de mi cabello y empieza a cepillarlo—. Tengo un *podo*, mami. El niño Rapunzel también me ama.

Mis pulmones se contraen tanto que no puedo respirar. La mano de Nera agarra la mía, apretándola.

—Sí. —Apenas consigo hablar—. Te amo mucho, Lucia.

—Lo sé. —Me mira, directamente a los ojos—. Te duele, pero me dejas ponerte el pelo bonito. Claro me amas.

El calor irrumpe en mi interior, tan ardiente como la explosión de una estrella. Casi me derrito por la avalancha de sentimientos que me invade. Estiro la mano y acaricio con cuidado la mejilla de Lucia con el dorso. No estoy seguro de que llegue a comprender la profundidad de mi amor incondicional por mis dos *Pequeñas Tigresas*.

—Te amaré hasta que la última gota de sangre corra por mis venas, *Tygrysek* —susurro.

—*Yucky* —Ella pone cara de asco—. No quiero sangre. Quiero desayunar. ¿Puedo volver a comer galletas y ketchup?

—No —responde Nera a mi lado y se frota los ojos con la mano. Ha estado callada durante todo el intercambio—. Pero podemos enseñarle a Kai a hacerte avena con fruta.

—Bueno. La avena es rica. —Lucia se encoge de hombros, toma la liga de su cola de caballo e intenta ponérmela en el cabello—. La última vez que mami me hizo avena hubo muchos *buums* y mucha lluvia, lo que puso a mami *tiste*. Pero entonces me contó un secreto. Dijo que mi papi se *peledió* hace mucho tiempo en la tormenta. Pero que un día nos encontraría. ¿Eres mi *papi*, niño Rapunzel?

Siento como si alguien me hubiera tirado una puta montaña encima; su peso me opriime el pecho. No puedo moverme. Ni siquiera puedo respirar. Abro la boca para decir algo, pero ningún sonido sale de mis labios.

—Sí —replica Nera, con la voz rota—. Por fin nos encontró.

—*Oh*. Bueno. —Lucia asiente con seriedad y luego me jala el cabello con un rápido tirón—. No vuelvas a *peledete*.

Cierro los ojos y beso la parte superior de su cabeza.

—Nunca más. Te lo prometo.

Capítulo 39

Nera

—Tenemos que reprogramar la reunión de hoy. —La voz de Brio se escucha a través de la línea. Suena muy extraño—. No me encuentro bien.

—De acuerdo —afirmo—. Le diré a Primo que venga para que repasemos los números de este mes.

—Me temo que Primo también está indisputado. Sigue en el hospital. Los médicos están intentando quitarle los restos de pegamento de goma del esófago.

—¿Qué?

Un ataque de tos se apodera de Brio antes de que sea capaz de responder.

—Ambos sentimos mucho haberle faltado al respeto. Por favor, asegúrele al señor Mazur que no volverá a ocurrir. —Por fin suelta las palabras.

Lanzo una mirada hacia la cocina, donde Lucia está sentada sobre el mostrador. Kai está detrás de ella, trenzándole el cabello. Ella quería

peinarse como él y no me dejó hacerlo.

—Se lo haré saber, Brio. —Corto la llamada y me acerco a mi *Demonio*. —A dónde fuiste después del desayuno?

—A traerte flores.

Mis ojos se desvían hacia el ramo de tulipanes rojos que hay sobre la mesa del comedor.

—¿Y eso es todo?

—Puede que tuviera que hacer un pequeño mandado al volver. —Kai se encoge de hombros.

—¿Tenía que ver con mis Capos?

—No les puse ni un dedo encima, pequeña. Solo les pedí que abrieran mucho sus sucias bocas.

—Kai... —Empiezo pero mi teléfono suena de nuevo. Una llamada de la caseta.

—Dos hombres están en la puerta, solicitando entrar, señora Leone —me informa el guardia—. Dicen que son amigos del señor Mazur y que tienen una entrega para él. Intenté llamar al señor Mazur, pero no contesta.

—Es el guardia de la entrada. —Miro a Kai—. ¿Estás esperando una entrega?

—Sí. —Me quita el teléfono de la mano, lo aloja entre su oreja y su hombro y reanuda el trenzado del cabello de Lucia—. ¿Un tipo grande y rubio? ¿Silbando una melodía muy molesta?

—Sí —responde el guardia—. Y otro hombre. De cabello oscuro. Con cara de disgusto.

—Déjalos pasar.

—¿Tus amigos? —pregunto.

—Sí. —Rodea la cintura de Lucia con el brazo y la coloca sobre su cadera—. Vamos a ver si trajeron el paquete que les pedí.

—¿Un paquete? —inquiero mientras sigo a Kai escaleras abajo. Lucia se agarra a su camisa e intenta ponerle una de sus pinzas azules para el cabello con un bonito lazo en la parte superior de la cabeza. La larga trenza de Kai se balancea de lado a lado por su espalda mientras desciende al nivel principal, el extremo de la misma está atado por la *scrunchie* rosa de Lucia —. ¿Y qué hay en el paquete?

—Un sacerdote.

Frunzo el ceño. ¿Un sacerdote? No tengo tiempo de pedir explicaciones, porque Kai ya está abriendo la puerta. Lo sigo afuera y veo a los dos hombres que están en la entrada.

Uno está recargado en el cofre de una camioneta todoterreno vieja con los brazos cruzados sobre el pecho. Viste unos pantalones cargo gris oscuro y una camiseta negra. Cada centímetro visible de su piel, excepto la cara y el cuello, están cubiertos de tinta. Tiene el cabello rubio pálido.

El otro hombre viste un traje negro a la medida que le sienta como un guante. Tiene el ceño fruncido mientras tamborilea con los dedos sobre el techo de su sedán negro.

—No te esperaba —dice Kai, mirando al tipo con el ceño fruncido.

—Albert chantajeó a Az para que me ayudara —suelta el rubio—. Le debe muchos favores al viejo murciélagos.

—¿Quién es Albert? —cuestiona Kai.

—Es Felix. No pregunes —responde el moreno, Az, mientras hace clic en el pequeño control remoto que tiene en la mano—. ¿Podemos terminar con esto? Tengo otras cosas que hacer en Boston.

Se dirige a su auto y se inclina sobre el maletero. Del interior del vehículo surgen sonidos extraños.

—¡Silencio! —exige, y saca a un hombre del espacio del maletero. Tiene las manos atadas y una mordaza colocada. Se retuerce en el agarre de Az mientras es arrastrado y luego depositado unos metros delante de Kai—. Esta es mi contribución.

—¡Yo tengo dos! —El rubio sonríe y abre la puerta trasera de su todoterreno—. Y los míos incluso están vestidos para la ocasión.

Saca a un hombre con una larga túnica negra, atado y amordazado también, y luego a otro tipo en circunstancias similares, pero este está vestido con una vestimenta blanca adornada con elaborados detalles dorados.

—No fuiste específico con tu petición. —El rubio feliz sonríe como un niño en Navidad mientras arrastra a ambos hombres hacia nosotros—. Así que te conseguí uno ortodoxo y otro católico. El de Az es protestante. Ahora tienes uno de cada uno. Elige.

—Jesucristo, ¡carajo! —Kai suspira a mi lado y se aprieta el puente de la nariz—. Ese no es un sacerdote, Belov.

—¿Qué?

—Este... —Kai señala al primer tipo sacado del todoterreno—. Con la bata negra... Es un puto JUEZ.

—¿Oh? ¿Entonces no puede realizar una boda? Mierda. Me desharé de él y te conseguiré uno nuevo.

—¿Una boda? —Curioso, confundida—. ¿Qué boda?

—¿Esta es la novia? —Belov me señala con el dedo—. Parece una buena persona. ¿Qué diablos la hizo querer casarse con un hijo de puta como tú?

—¿Kai? ¿Qué está pasando? —le pregunto.

Me mira, sus ojos se clavan en los míos.

—Nos vamos a casar.

Mis pulmones dejan de absorber aire. Miro fijamente a mi *Demonio* y mi corazón se hincha al doble, luego al triple de su tamaño.

—¿Nos vamos a casar?

—¿Ni siquiera le preguntaste a la pobre si quiere casarse contigo? —desafía su amigo rubio.

—Cállate, Belov —gruñe Kai, sin apartar su mirada de la mía—. Tú eres mi razón para vivir, *Pequeña Tigresa*. Y, en esta vida, no necesito una firma ni una ceremonia para confirmar que eres mía. Lo eres. Y yo soy tuyo, cada célula de mi cuerpo. Hasta mi último aliento. E incluso cuando fallezca, en cualquier otra vida que me espere. —Toma mi mejilla con su mano e inclina la cabeza para que nuestras narices casi se toquen—. Pero quiero hacer esto bien.

—¿Así que hiciste que secuestraran a tres sacerdotes? —suelto, intentando contener las lágrimas.

—Al parecer, solo a dos. Y un juez. ¿Quieres casarte conmigo, *Pequeña Tigresa*?

Entierro los dedos en su cabello y le devuelvo el beso.

—Todos los días de mi vida.

—Mami. Papi —expresa Lucia desde el abrazo de Kai—. ¿Puedo almorzar galletas y ketchup?

—Sí —susurramos Kai y yo en los labios del otro.

—¿Tienes una niña? ¿Y la dejas comer galletas en el almuerzo? —La voz del feliz amigo nos interrumpe—. Eso es, como, superpoco saludable.

—Voy a contar hasta tres, Belov —advierte Kai mientras sigue atacando mi boca—. Si sigues ahí cuando termine, te voy a estrangular.

—Desagradecido hijo de puta —replica Belov—. La próxima vez que necesites una buena selección de sacerdotes, llama a otro. ¿Y qué mierda tienes en el cabello?

Kai

El tipo delgaducho con una larga bata negra mira alrededor de la espaciosa oficina, sus ojos revolotean frenéticamente por el lugar como si buscara una salida. Finalmente se da cuenta de que no hay escapatoria ni nadie que pueda ayudarle, así que me mira a mí.

—N... nunca he celebrado una ceremonia matrimonial —tartamudea, tirando del cuello de la camisa que lleva debajo.

—Entonces, más te vale ser increíble improvisando —amenazo y acerco a mi chica a mi lado—. ¿Cuál prefieres que vaya primero, nena? El ortodoxo, el protestante o el juez.

—*Umm...* No tengo ninguna preferencia. —Nera se pone de puntitas y me susurra al oído—. Quizás deberías desatarlos primero. Parecen un poco asustados.

Miro a los tres hombres de pie al otro lado de la mesa de la sala de conferencias. El juez sigue estirándose el cuello de la camisa y le tiemblan las manos. El sacerdote ortodoxo, un tipo mayor vestido con una toga blanca, tiene la espalda recta e intenta fingir compostura, pero el sudor le

cae de la frente a chorros. Y luego, con el cabello alborotado y las gafas torcidas sobre la nariz, el sacerdote protestante de veintitantes años parece a punto de vomitar. Su rostro está tan pálido que parece verde.

—Se las arreglarán así unos minutos más —aseguro y señalo con la cabeza a los tres hombres—. Que lo hagan los tres juntos, al mismo tiempo.

—¿Al mismo tiempo? —exclama el tipo de la cara verde—. Pero... tenemos rituales diferentes. Los votos son diferentes. ¿Y qué pasa con...?

—¡Soy un maldito juez! —grita el hombre vestido de negro, levantando las manos atadas—. ¡Voy a meterlos a todos ustedes, lunáticos, en prisión!

—Me encantan las bodas —dice Sergei a mi derecha—. Debí haber traído bocadillos.

—Belov —le advierto, pero el idiota sigue divagando mientras el juez continúa gritando sobre esposas y cadenas perpetuas. No debería haber dejado que el ruso loco se quedara, pero insistió en que necesitaba un padrino.

—¿Sabes?, yo solamente tuve un sacerdote en mi boda —comenta—. Tres lo hace mucho más alegre. Cuando ustedes terminen aquí, los llevaré a Chicago para que me casen a mí y a mi esposa de nuevo. A Angelina le encantará...

Al otro lado de la mesa, el juez sigue vociferando amenazas y me señala con el dedo. El sacerdote ortodoxo se mueve inquieto a su lado, con los ojos vueltos hacia el techo, murmurando una oración mientras intenta desatarse las manos. Entre los dos, el tipo de la cara verde está hiperventilando; un minuto más y se desmayará. Un par de hombres de Rafael apuntan con sus armas semiautomáticas a los religiosos y al juez, gritándoles que se calmen.

—... ¿Quizás pueda encontrar un sacerdote católico de verdad de camino a casa? Si no puedo, el juez tendrá que servir —continúa Sergei—. ¿Crees que mi esposa notará la diferencia?

Me echo la mano a la espalda y saco la pistola de la cintura del pantalón. La metí allí después de llevar a Lucia a donde Zara, alejando a mi niñita del puto boca floja de Belov y de su mierda sin parar. «*¿Su esposa notará la diferencia si le pego un tiro a este imbécil?*». Respiro profundamente.

La lámpara del techo aquí es mucho más pequeña que el candelabro del casino, pero servirá a su propósito. Apunto al punto donde la cadena se conecta al techo y dispara. Un fuerte estallido resuena en el interior de la habitación. Casi al instante, el artefacto cae al suelo, justo entre los hombres de Rafael y nuestros invitados involuntarios.

—Los tres comenzarán la ceremonia ahora. Tú. —Apunto con el arma al sacerdote ortodoxo—... Irás primero.

Asiente rápidamente.

Le apunto al protestante.

—Repetirás después de él.

El tipo de la cara verde traga saliva y también asiente.

—Y tú. —Apunto dos veces al juez—. Te asegurarás de seguirlos rápidamente. ¿He sido claro?

Los tres asienten como putos muñecos cabezones.

—Bien. —Dejo la pistola sobre la mesa y me doy la vuelta, tomando la mano de Nera entre las mías.

—*Bienaventurados todos los que temen al Señor...*

Observo los ojos de mi pequeña mientras habla el primer sacerdote, seguido de su colega protestante y luego el juez, pero ignoro las palabras que se dicen. Las palabras no son más que esas primeras estrellas lejanas, cuyo brillo se ve ensombrecido por cosas mucho más brillantes. No me importan las palabras ni la ceremonia. Lo único que importa es el enorme e

indescriptible amor que siento por la mujer que tengo ante mí, y la mirada en sus ojos que dice que ella siente lo mismo.

—... *Bendito sea el Reino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...* *Um...* —El sacerdote se aclara la garganta—. Necesito la Biblia para esta parte.

Sin romper nuestra mirada fija, empujo la pistola que dejé sobre la mesa hacia el sacerdote.

—Esa es mi Biblia. Proceda.

—*Um...* sí. Entonces... *Y del Hijo, y del Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos...*

—No puedes casarnos con una pistola —susurra Nera mientras el sacerdote se gira hacia el este, levantando el arma de la misma forma que haría con la Sagrada Escritura.

—No sé mucho de votos matrimoniales, *Pequeña*, pero sé que mencionan amar, valorar y mantener a salvo a su pareja. En las buenas y en las malas. No te lo juraré sobre un montón de papeles viejos. Te lo juraré sobre el arma que acabará con la vida de cualquiera que se le ocurra hacerte daño a ti, o a nuestra hija. —Levanto su mano hasta mis labios y beso la punta de sus dedos—. Soy tuyo. Y tú eres mía.

—Soy tuya —murmura, con los ojos brillándole—. Y tú eres mío, Kai.

—...*únelos, porque por Ti una mujer está unida a su esposo. Únelos juntos...*

Buscando en el bolsillo de mis pantalones, saco un par de anillos de oro blanco. Los compré esta mañana mientras mi amigo el florista quitaba el polen de los tulipanes.

—¿Quieres por favor convertirte en mi esposa, *Pequeña Tigresa*?

—Siempre, *Demonio*.

Le coloco el más pequeño de los dos anillos en el dedo y observo, sin aliento, cómo desliza el otro en el mío. Entonces, agarro a mi mujer por la cintura y choco mi boca contra la suya.

—*Amén* —pronuncian las tres voces al unísono.

La sala se llena de aplausos bulliciosos, pero de repente se interrumpen por el sonido de algo grande que golpea el suelo.

—Joder, Mazur —exclama Sergei—. ¡Tu sacerdote número tres se acaba de desmayar!

Nera

—¿De verdad se los llevará con él? —pregunto, viendo cómo el amigo rubio de Kai intenta meter al pobre juez en el maletero de su camioneta. Los dos sacerdotes están atados y amordazados en el asiento trasero.

—Eso parece —responde Kai.

Belov cierra el maletero y, silbando para sí mismo, se pone al volante. Toca el claxon dos veces y arranca en dirección a la puerta. Kai me agarra por la cintura.

—¿Deberíamos ir a consumar el matrimonio de inmediato, o ver cómo está nuestro prisionero primero?

Mierda. Me olvidé por completo de Armando.

—Tal vez deberíamos...

No termino la frase porque Kai me empuja detrás de él y saca su pistola. Mirando a su alrededor, veo un elegante coche negro que avanza por nuestra entrada.

—¿Quién carajo dejó pasar ese vehículo por la reja? —grita Kai.

El coche se detiene a unos metros de los escalones de piedra. La puerta del conductor se abre y sale un hombre. Tardo un momento en reconocerlo sin su uniforme de prisión. Tiene puesto un elegante traje gris y debajo una camisa blanca perfectamente planchada, igual que la noche en que la policía lo sacó de nuestra casa. Pero es la única similitud con aquel hombre de veinte años de hace tanto tiempo.

—Hola, hermanita. —Massimo me clava la mirada.

—Está bien. —Tomo la muñeca de Kai y le bajo la mano. Solamente cuando guarda el arma vuelvo a encarar a mi hermanastro—. Massimo, no esperaba verte en libertad hasta dentro de unos meses.

—Yo tampoco. Pero parece que alguien importante movió algunas influencias y consiguió que me soltaran antes. —Massimo sube las escaleras y se detiene frente a nosotros—. Espero que no te importe.

—Creo que voy a celebrar este día como mi segundo cumpleaños —declaro—. Cumplí con mi parte del trato. ¿Vas a cumplir tú la tuya?

En los ojos de Massimo brilla un destello amenazante mientras me examina con su mirada implacable. Luego, cambia su mirada hacia Kai. Ve a mi *Demonio* como si evaluara el nivel de posible amenaza, y su atención se centra en nuestras manos unidas. Massimo enarca ligeramente las cejas.

—Sí —afirma cuando sus ojos vuelven a encontrarse con los míos—. Quedas absuelta de cualquier otra obligación con la *Cosa Nostra*. Me aseguraré de que todos en la *Familia* estén informados.

—No es suficiente, Massimo. Quiero una declaración por escrito de que ya no se me considera parte de la *Familia*. Y quiero la firma de todos los Capos al final.

—¿Quieres que la *Cosa Nostra* te desherede oficialmente? Eso nunca se ha hecho, Nera. No en Boston, al menos.

—No me importa. Me prometiste libertad total. No me conformaré con menos.

Massimo cruza los brazos sobre el pecho, la acción amenaza con reventar las costuras de la chaqueta de su traje debido a sus abultados bíceps, y entrecierra los ojos mirándome. No le gustan mis condiciones, pero no se atreverá a faltar a su palabra.

—Está bien —acepta.

La carga que me ha estado aplastando durante los últimos cuatro años se disuelve y se desvanece con mi siguiente respiración. Por fin soy libre.

—¿Te quedarás aquí o volverás a casa de Nuncio? —pregunta.

—No me quedaré aquí ni un segundo más de lo necesario. Y puedes quedarte con la casa de mi padre siquieres. —Aprieto la mano de Kai—. Mi familia tiene otros planes.

—De acuerdo. Transferiré la cantidad por el valor de la casa a tu cuenta. ¿Me dirás a dónde irás?

—Tal vez —contesto. No será fácil perdonarlo por lo que me ha hecho hacer.

—Muy bien. Vayamos a ver a Armando ahora y terminemos con todo. Por lo que escuché, estabas demasiado ocupada para interrogarlo.

No me molesto en preguntarle cómo sabe lo de Armando. Incluso encerrado, Massimo siempre ha tenido una manera de estar bien enterado. Me doy la vuelta para entrar, pero la mano de Kai se me escapa. Miro por encima del hombro y veo a Kai de pie frente a Massimo, con la mano alrededor del cuello de mi hermanastro.

—La única razón por la que no te estás desangrando en este umbral es porque, por una razón que no puedo comprender, mi esposa todavía se

preocupa por ti. Incluso después de todo lo que tuvo que soportar mientras tú estabas encerrado. —Su voz es grave y amenazante—. Ten cuidado, porque si eso cambia alguna vez, te encontraré y te arrancaré la puta garganta.

Las comisuras de los labios de Massimo se curvan hacia arriba.

—Veo que elegiste al hombre adecuado, hermanita. Supongo que ya no tendré que preocuparme por ti. —Agarra la muñeca de Kai y aparta su mano—. Vamos a ver a Armando.

Cuando bajamos al sótano, el hedor a orina y otros fluidos corporales me golpea como un martillo. Me tapo la boca y la nariz con la mano y echo un vistazo por detrás de la espalda de Kai. El Capo está tumbado de lado, con las extremidades en ángulos antinaturales. Tiene los ojos abiertos pero vacíos, mirando a la nada. Lo que parece espuma blanca le rodea la boca y se ha deslizado por el suelo alrededor de la cabeza.

—¿Está muerto? —pregunto.

—Sí. —Kai se agacha junto al cuerpo y presiona con la palma de la mano el rostro blanco y fantasmal de Armando—. Frío. Teniendo en cuenta la temperatura de esta habitación y el hecho de que el rigor mortis sigue presente, lo mataron durante la noche. —Inclina la cabeza de Armando hacia arriba, observando la espuma alrededor de su boca—. Envenenamiento. Probablemente cianuro.

—¿No fuiste tú? —indaga Massimo mientras se acerca a Kai.

—La muerte por ingestión de cianuro no es demasiado agradable, pero mucho más rápida de lo que había planeado para el hijo de puta. Alguien se escabulló anoche y lo mató para que no hablara. —Kai se levanta y encara a mi hermanastro—. Nos vamos dentro de una hora. Esta es tu mierda ahora, y vas a resolverlo con rapidez. Si me entero de que alguien de la *Cosa Nostra* menciona el nombre de mi esposa de cualquier forma, estás muerto.

—Es un asunto de la *Familia* —gruñe Massimo, desviando la mirada hacia el cadáver—. En cuanto se anuncie que Nera ya no es miembro y que

yo he tomado el mando, quienquiera que la quisiera eliminar cambiará su atención hacia mí.

—Perfecto. —Kai me toma de la mano—. Vamos a recoger tus cosas y las de Lucia, nena.

* * *

—¿Podemos tener patos en nuestra nueva casa? —Lucia chirría desde mis brazos.

—Sí —responde Kai mientras mete la última de mis maletas en el maletero. Quiero irme de este horrible lugar lo antes posible, así que solo empaqué mi ropa y la de Lucia, y algunos juguetes. Alguien puede enviarnos el resto de nuestras cosas después.

—¿Y cerdos? Me encantan los cerdos.

Mi *Demonio* me lanza una mirada preocupada. Yo sonrío y me encojo de hombros.

—Si es necesario —expresa y se estira para quitarme a Lucia—. ¿Dónde está tu hermana?

—Probablemente aún esté haciendo las maletas —digo, girándome para mirar a la puerta principal justo cuando Zara sale. Massimo está justo detrás de ella, cargando sus maletas.

—¿Estás lista para irte, Zara?

—Sí —agrega, pero no hace ademán de acercarse a nosotros. Tiene la mirada fija en el suelo, a sus pies.

Massimo la rodea y baja los escalones de piedra, pero en lugar de llevar las cosas de mi hermana al coche de Kai, se acerca a su propio vehículo y abre el maletero.

—¿Qué está pasando? —inquiero, lanzando miradas entre mi hermana y mi hermanastro, que ahora mantiene abierta la puerta del pasajero.

—Zahara —pronuncia Massimo con voz suave, tan poco habitual en él.

Zara levanta la vista y se encuentra con su expresión enigmática. Durante casi un minuto se miran fijamente, manteniendo una conversación privada con los ojos, antes de que mi hermana se dirija a mí. Su expresión es cautelosa, y una sensación de inquietud me invade mientras intento descifrar el motivo de la culpa que se dibuja en su rostro.

—Lo siento, Nera —se disculpa—. Pero decidí irme con Massimo.

¿Qué?

Shock. Confusión. Incredulidad.

—No lo entiendo. —Todavía estoy tratando de procesar sus palabras mientras cuelgan pesadas en el aire.

Zara baja lentamente los escalones y viene a pararse frente a mí. Ladea la cabeza y una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios.

—Estoy muy feliz por ti, Nera. Por fin has encontrado la paz y la felicidad. —Me rodea con los brazos, hunde su nariz en mi cabello y susurra—. Ahora, yo también intentaré encontrar la mía.

—Pero... Zara...

Da un paso atrás y me suelta de su abrazo.

—Tengo que irme ahora, pero te llamaré mañana. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —acepto, observando la espalda de mi hermana mientras camina hacia el auto de Massimo y entra.

Nuestro hermanastro se desliza en el asiento del conductor. La grava crujе bajo los neumáticos de su vehículo cuando da marcha atrás y sale a toda velocidad en dirección a la entrada. Diez segundos después, el coche desaparece.

Se han ido.

Mi hermana acaba de irse con nuestro hermanastro, al que ni siquiera conoce. Apenas tenía cuatro años cuando lo encerraron.

¿Qué diablos está pasando?

Epílogo

Un mes después

Nera

Mis muñecas se tensan contra la suave tela color escarlata, sujetas con fuerza al poste de la cama, mientras las ásperas manos de Kai se deslizan por mi pecho desnudo. Siento cada cresta y cada callo en sus palmas a la par que exploran mi cuerpo, acariciando cada centímetro de mi piel.

—¿Te até demasiado apretado? —me pregunta mientras se inclina para lamerme el pezón.

Niego con la cabeza. Cuando traje la pañoleta y le pedí que me atara las manos, dijo que no. Fueron necesarios diez minutos de persuasión con mi lengua y su polla hasta que cedió.

—Tengo que admitirlo —dice mientras sigue explorando mi abdomen con sus delicados dedos—. Me encanta verte atada a nuestra cama. A mi merced.

Sus manos bajan y acarician la curva de mi cadera, dejando un rastro de calor a su paso. Jadeo cuando sus dedos se introducen entre mis muslos, provocándome. Se me entrecorta la respiración a medida que aumenta la anticipación. Cada caricia, cada suave roce, enciende en mí un fuego que solo él puede saciar.

—Eres tan hermosa, *Pequeña Tigresa* —elogia mientras desliza dos dedos dentro de mí—. Sobre todo cuando te excitas con solo mi dedo.

Me mira atentamente, con ojos hambrientos. Con cada roce de su pulgar sobre mi clítoris, me lleva más al límite. Me penetra más profundamente, encendiendo mi cuerpo con un calor abrasador que amenaza con consumirme por completo. Me conoce tan bien, capaz de desentrañarme con el más leve roce de sus dedos. Arqueo la espalda, ofreciéndome por completo a él, anhelando más de sus caricias, mientras las sábanas de satén que tenemos debajo crujen con cada movimiento.

—Por favor. —Jadeo.

Sonríe y retira la mano, dejándome vacía y anhelante. Se me escapa un gemido ahogado, pero antes de que pueda pronunciar una sola palabra, me tumba boca abajo. Las ataduras de seda que rodean mis muñecas se tensan y me sujetan firmemente.

Desde atrás, se coloca entre mis piernas para que su dureza presione la humedad que cubre mis muslos. Siento su aliento caliente en mi nuca.

—*Mía!* —Con un fuerte empujón, me penetra hasta el fondo, llenándome hasta el límite. Se me escapa un grito, amortiguado por la suave almohada que tengo bajo la cara.

Me agarra con fuerza por las caderas y me clava los dedos en la piel mientras me penetra sin descanso. Con cada fuerte embestida, golpea un punto en lo más profundo de mi ser que me hace sentir oleadas de placer. Me aprieto a su alrededor, desesperada por liberarme, con el cuerpo temblando de anticipación. Las embestidas de Kai se hacen más urgentes. Me reclama como suya, marcándome con cada golpe de su polla. Su mano se acerca a mi clítoris palpitante, sus dedos me acarician con maestría al

ritmo de sus embestidas febres. La doble sensación me abruma y me lleva al límite de la cordura.

Mis uñas se clavan en la tela y me corro con un gemido, al mismo tiempo que él explota dentro de mí.

El pecho de Kai sube y baja contra mi espalda, nuestros cuerpos apretados en un enredo de extremidades. Me desata las muñecas y nos desplomamos sobre las sábanas de satén. El olor a sudor y sexo flota en el aire.

—¿Crees que Lucia nos escuchó? —Jadeo.

—Después de toda una mañana persiguiendo a los patitos, estará durmiendo al menos una hora más. No te preocupes. Tenemos tiempo para otra ronda. —Me abraza el cuerpo con el suyo y me besa—. Pero antes tengo que preguntarte algo.

—¿Qué? —murmuro entre sus labios.

—¿Te casarías conmigo?

Me inclino hacia atrás y arqueo una ceja.

—Ya estamos casados.

—Estoy bastante seguro de que nuestra ceremonia no fue técnicamente oficial.

—Pensé que no te importaban los papeles y las palabras.

—Yo también lo creí. —Toma mi barbilla entre sus dedos. Hay tanta ternura en su mirada cuando se conecta con la mía—. Pero no puedo soportar la idea de que no seas mía en todos los sentidos posibles. Incluida la palabrería legal. Así que, ¿lo harás? ¿Casarte conmigo? ¿Otra vez?

Me río.

—Sí.

—Bien. —Me atrae para darme otro beso y nos gira hasta que estoy encima de él—. Hora de la ronda número cu... ¿escuchaste eso?

—No. ¿Qué?

—Acaba de llegar un coche. —Kai salta de la cama y se dirige a su pistola, que está en la repisa, donde Lucia no puede verla ni alcanzarla, y luego sale al balcón.

—¡Jesucristo, Mazur! Ponte algo encima, puto exhibicionista—. La voz masculina viene del exterior.

—¡Te dije que mañana! —Kai susurra-grita por encima de la barandilla—. ¿No puedes hacer lo que se te dice por una vez, Belov?

—Lo siento, mañana estoy ocupado. Tendremos que volver a casarte hoy.

Me envuelvo en la sábana y corro hacia el balcón. El amigo de Kai, el rubio alegre, está de pie en nuestra entrada, con un hombre atado al hombro.

—¿Ves? —señala y le da un golpecito en el trasero al tipo—. Tengo preparado a tu oficiante nupcial.

—¿Por qué está atado? —pregunta Kai entre dientes. —Te dije que quiero una boda de verdad, idiota.

—*Oh*, no te preocupes. Me aseguré de que tu trasero socialmente inepto se casara según las reglas esta vez. El juez de la paz, los testigos, los invitados... te tengo cubierto.

—¿Qué invitados? —arremete Kai—. No invité a nadie.

—Lo sé. Pero como te dije, también te tengo cubierto en ese aspecto. —Belov sonríe y coloca dos dedos entre sus labios, haciendo un fuerte silbido.

A lo lejos, se escucha el estruendo de un vehículo y, un minuto después, un gran autobús azul dobla lentamente la curva y se detiene detrás del coche de Sergei. Al menos treinta personas visiblemente alarmadas y vestidas con ropa elegante están sentadas en su interior.

—Sus invitados. —El amigo de Kai hace una reverencia teatral y señala el autobús con la mano.

—¿Amor? —Le doy un codazo a Kai—. ¿Es lo que creo que es?

—Sí. Ese maniático secuestró toda la boda de alguien para nosotros.

—Se da la vuelta y me levanta en brazos—. Lo siento. Realmente quería hacerlo bien esta vez. Podemos echar a ese idiota y tener una boda normal más adelante esta semana.

Le acaricio el largo cabello negro que le cae sobre la cara. El hombre de mis sueños. Mi *Demonio*. El amor de mi vida.

—Sería una pena dejar pasar una oportunidad tan buena. Sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que se esforzó tu amigo para conseguirnos invitados y todo eso. —Sonrío y aprieto mis labios contra los suyos.

—De acuerdo —murmura contra mi boca—. Pero igual vamos a celebrar una boda legal la semana que viene.

—¿La tercera es la vencida? —Me río.

—Sí. Ese imbécil de abajo se casó otra vez con su mujer, utilizando a nuestros curas y al juez. De ninguna manera voy a dejar que el puto Belov tenga más bodas que nosotros, *Pequeña Tigresa*.

FIN

¿Qué sigue?

¡Muchas gracias por leer la historia de Kai y Nera! Sería un honor para mí que dedicaran unos minutos de su tiempo para dejar una reseña, dejando saber a los demás lectores qué les pareció *Pecados Oscuros*. Sus reseñas son siempre bienvenidas. Aunque solo sea una frase, es una gran ayuda para la autora. Cuantas más reseñas reciba un libro, mayor será su exposición en la tienda en línea de su elección. Y unas pocas palabras de su opinión sincera pueden ayudar a la próxima persona a decidir si darle una oportunidad a Kai y Nera.

Deja una reseña para *Pecados Oscuros* ([haz clic aquí](#))

En cuanto a lo que sigue... Por favor, no se enfaden conmigo. Sé que muchos lectores han estado esperando con impaciencia la historia de Arturo y Tara, y está por llegar. Pronto. Se publicará como el libro #11 de la serie *Perfecta Imperfección*. Sin embargo, el próximo libro estará protagonizado por Massimo y Zara.

Nunca planeé esta pareja, pero desde el momento en que estos dos se *reencontraron* en el funeral de Nuncio, su historia invadió mi mente, suplicando ser escrita. Será un romance prohibido (es decir, entre hermanastros) y con diferencias de edad. El título de este próximo libro es *Dulce Prisión*, y pueden leer la sinopsis y preordenarlo aquí:

Dulce Prisión (Massimo y Zara, Libro #10) ([haz clic aquí](#))

Además, como muchos de mis lectores han estado preguntando por el spinoff protagonizado por los hijos de los personajes de *Perfecta Imperfección*, ¡me complace anunciar que la traducción de la serie de la segunda generación, *Legado de Mafia*, está en proceso! Estoy muy agradecida por todo el amor y el apoyo que me han mostrado por mis historias, y esta es mi manera de decir “Gracias”. El primer libro de la serie de *Legado de Mafia* se titula *Hermosa Bestia* y saldrá a la venta muy pronto. *Hermosa Bestia* es una versión informal del cuento de hadas *La Bella y la Bestia*. Esta historia, sin embargo, incluirá un secuestro y un romance entre Vasilisa Petrova (la hija de Roman y Nina de *Cicatrices Marcadas*) y Rafael De Santi (el siciliano que aparece en *Pecados Oscuros*).

Antes del lanzamiento de *Hermosa Bestia*, conoce a Vasilisa en *Papi Roman*, una escena extra disponible de forma gratuita en mi sitio web.

Lee la sinopsis y preordena *Hermosa Bestia* a través del siguiente enlace:

Hermosa Bestia (Vasilisa y Rafael, Legado de Mafia Libro # 1) ([haz clic aquí](#))

Siguiente en la serie:
Dulce Prisión

¿Es posible enamorarse de un hombre que nunca has conocido?

Antes de ver su rostro,

o de escuchar su voz,

o sentir el calor de su toque,

me enamoré de su mente.

Retorcida. Astuta. Engañosa.

El maestro de los planes letales y peligrosos.

La amenaza silenciosa que nadie vio venir.

Manipulando las vidas de la gente como peones en un tablero de ajedrez.

Incendiando el mundo de la Cosa Nostra.

Y reduciendo mi corazón a cenizas...

Sobre la Autora

Neva Altaj escribe apasionante romance de mafia contemporáneo sobre antihéroes dañados y heroínas fuertes que se enamoran de ellos. Tiene una debilidad por los alfas locos, celosos y posesivos que están dispuestos a quemar el mundo hasta los cimientos por su mujer. Sus historias están llenas de erotismo y giros inesperados, y un felices para siempre está garantizado en todo momento.

A Neva le encanta saber de sus lectores, así que no dudes en ponerte en contacto:

Sitio web: <http://www.neva-altaj.com>

Facebook: <https://www.facebook.com/neva.altaj>

TikTok: https://www.tiktok.com/@author_neva_altaj

Instagram: www.instagram.com/neva_altaj

Goodreads: www.goodreads.com/Neva_Altaj

BookBub: www.bookbub.com/authors/neva-altaj

Table of Contents

[Notas de licencia](#)

[Orden de lectura y tropes](#)

[Índice](#)

[Nota de la autora](#)

[Advertencia](#)

[Prólogo](#)

[PARTE 1](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[PARTE 2](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Epílogo](#)

[¿Qué sigue?](#)

[Siguiente en la serie:](#)

[Sobre la Autora](#)